

20

Colección
Actas

I CONGRESO INTERNACIONAL HISTORIA Y LITERATURA: INTERCAMBIOS CULTURALES Y CREACIÓN DE IDENTIDADES

Ángela Pérez del Puerto
Gabriela de Lima Grecco
(Eds.)

UAM
Ediciones

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

28049 Madrid

Teléfono 91 497 42 33

Fax 91 497 51 69

servicio.publicaciones@uam.es

www.uam.es/publicaciones

© UAM Ediciones, 2018

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y resarcimiento civil previsto en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente (salvo, en este último caso, para su cita expresa en un texto diferente, mencionando su procedencia), por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.

eISBN: 978-84-8344-843-4

DOI: <http://doi.org/10.15366/9788483448434.cac.20>

TABLA DE CONTENIDOS

Presentación de las editoras.....	1
Ficción e Historia.....	7
Escritos de memórias sobre passados ditatoriais (Brasil, 1964-1985).....	20
Uno de los suyos. La verdadera historia de un personaje de Max Aub.	38
La transmisión de un modelo de feminidad convencional en las obras de la colección de teatro infantil <i>Teatro Moral</i> (1900-1925).....	52
Las mujeres del 98 en la esfera pública: el caso de Carmen Baroja.....	75
La literatura como fuente histórica, desde una perspectiva de género: una mirada para una mujer que escribe sobre mujeres en el Brasil de 1920.....	94
La literatura como espejo de la realidad: los docentes republicanos en la novela.....	114
Las cartas que le abrieron los ojos. Un tesoro que recibió Margarita Bremer de sus padres.....	130
Arturo Barea: raíces rotas y resistencia	149
Representación del <i>American Way of Life</i> en los cómics de superhéroes.....	166

Presentación

Actas del I Congreso Internacional Historia y Literatura: Intercambios culturales y creación de identidades

Editoras:
Ángela Pérez del Puerto (Universidad Autónoma de Madrid)
Gabriela de Lima Grecco (Universidad Complutense de Madrid)

La historia es un arte como las demás ciencias.
Veronica Wedgwood

La idea de que las narrativas literarias e históricas poseen una relación fronteriza tiene una trayectoria antigua, como la que aparece en el periódico francés, *Journal des Goncourt*, en el año 1862: «La historia es una novela que fue; la novela es la historia que podría haber sido» (Compagnon, 2010: 220). Esta creencia del siglo XIX recuerda paradojas aún más antiguas, como las de la tradición clásica. Aristóteles observó, por ejemplo, que la separación del oficio del historiador y del poeta radica en la naturaleza de su contenido: el poeta estaba llamado a representar lo que podía haber sucedido, mientras que al historiador le competía narrar lo que *realmente* había ocurrido. Sin embargo, pese a esta diferencia, para el filósofo griego el historiador y el escritor no diferían entre sí. Ambos buscaban la verosimilitud, ya que los textos, tanto históricos como poéticos, debían ser coherentes y similares a la realidad. En la estética clásica, la categoría de «verosímil» aseguraba, por lo tanto, el parentesco entre el relato histórico y literario.

La estrecha relación entre Literatura e Historia, sin embargo, se rompería cuando esta se convirtió en una disciplina científica. Este punto de inflexión se produjo con las ideas del historiador alemán Leopoldo Von Ranke, quien determinó que los hechos tendrían que ser relatados tal como habían sucedido (*wie es eigentlich gewesen ist*). Con esta afirmación, tanto las fuentes artísticas como los textos literarios pasaron a ser rechazados como documentos fidedignos para probar la «verdad» histórica. Así, se pasó a considerar la disciplina histórica como ciencia y la literatura como ficción.

Muchos años después, durante la década de 1920, la escuela francesa de los *Annales* se movió en otra dirección. Este movimiento de renovación historiográfica, liderado por los historiadores Marc Bloch y Lucien Febvre, tenía como objetivo

principal ampliar el repertorio de las fuentes históricas, y, de esta manera, los textos literarios pasaron a integrarse en los dominios de las fuentes documentales de la Historia. Para criticar la historiografía tradicional y el predominio de la historiografía político-factual, en 1929 fundaron la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale*. De esta forma, Bloch y Febvre impulsaron la interdisciplinariedad en el campo de las humanidades al señalar la importancia de aprender con las disciplinas «vecinas», es decir, con la antropología, la literatura o la sociología (Burke, 2005).

En este sentido, desde entonces, la literatura ha pasado a ser empleada como fuente, pero también, y, sobre todo, como espacio de creación de imágenes sociales. Por ello, la literatura no puede ser comprendida como mero testigo de la sociedad, en términos de documento destinado al registro de hechos, sino más bien como un fenómeno social que no habla simplemente de la sociedad: por el contrario, la reconstruye, la cambia e, incluso, la niega. De hecho, la relación entre la sociedad y la literatura es, muchas veces, contradictoria e imprevisible. El contenido narrativo del texto literario, no se puede negar, es expresión de formas de pensar y actuar y está dotado de credibilidad y significado para los historiadores que piensan en trabajar con diferentes construcciones discursivas.

Desde la historia, se debe entender la literatura como un ámbito en donde las estructuras de comunicación formales e informales se desarrollan y activan elementos de control y de resistencia y, por tanto, se debe reconocer su capital importancia en la construcción, reconstrucción, negociación y conflicto de las identidades político, sociales, étnicas, culturales y de género. La literatura, además, constituye uno de los medios dominantes y más inclusivos de comunicación a nivel global –dado que es susceptible de una amplia circulación– reconfigurando, incidiendo y transformando culturas políticas locales y nacionales aparentemente singulares y estáticas. La literatura tiene, por tanto, una capacidad transformadora y amplificadora de los discursos culturales. En consecuencia, las sociedades que tienen acceso a ella pueden construir identidades individuales y colectivas que, a su vez, están en constante cambio y revisión. Toda expresión literaria, desde la ficción narrativa, el teatro, la poesía, el ensayo periodístico, o la correspondencia personal, abre la puerta a una resignificación de esferas y percepciones hasta entonces estancas que permite al lector entenderse de un modo alternativo, cuestionando así las «identidades hegemónicas y subalternas en el marco de unas determinadas relaciones de poder» (Andreu, 2016). Es por esto que la literatura adquiere un papel fundamental

en el trabajo de historiar y narrar el pasado, puesto que, en palabras de Isabel Burdiel, ofrece «múltiples maneras de ver y estar en el mundo», de concebir «los papeles asignados a los hombres y las mujeres, a lo doméstico y lo público, a la moral y la ciencia», que son fundamentales para sobrepasar los límites asumidos como naturales e imaginar una realidad alternativa en la que buscar una identidad elástica y plural (Burdiel, 2015).

A partir de estas y otras reflexiones, el *I Congreso Internacional Historia y Literatura: Intercambios culturales y creación de identidades* fue, sin dudas, un foro privilegiado de discusión y renovación historiográfica, en concreto respecto al campo interdisciplinar entre Historia y Literatura. En efecto, los debates y la presente publicación constituyen aportaciones importantes sobre las más recientes reflexiones a partir de esta perspectiva interdisciplinar. En este congreso, participaron historiadoras e historiadores de la talla de Isabel Burdiel, Emilia Perassi o Xavier Andreu, lo que demuestra la relevancia del mismo para el avance de los debates en la subdisciplina de la historia cultural. Asimismo, los diez textos que siguen pretenden realizar una sugerente contribución historiográfica acerca del diálogo entre la historia y la literatura, desde temáticas variadas y perspectivas teóricas distintas.

A modo de presentación, en este monográfico contamos con el texto de la historiadora española, Ángeles Hijano, titulado *Ficción e Historia*. En él, la autora presenta una reflexión teórica sobre historia y literatura a partir de su interpretación de la novela *Hijos de ambos mundos*, del escritor Abraham Verghese. En su texto, reflexiona sobre el oficio del historiador y su relación con la escritura, señalando la importancia de la lectura de novelas para que nosotros, historiadores, logremos escribir de forma más inteligible. La autora, en este sentido, defiende la importancia de conectar la literatura y la historia para ampliar su interés y contenido.

El segundo texto de esta obra, *Escritos de memórias sobre passados ditatoriais (Brasil)*, de la historiadora brasileña Lucileide Costa Carodoso, trata sobre el universo de las memorias escritas de las dictaduras iberoamericanas, en particular, la brasileña. La autora analiza libros cuyos autores son supervivientes de torturas, ex-presos políticos, personas que actuaron en la clandestinidad, exiliados, inmigrantes, es decir, un conjunto de textos de opositores a los regímenes dictatoriales, los cuales pueden ser caracterizados como literatura de denuncia. Dichos textos han tenido el poder de formar y sensibilizar las generaciones que sólo han vivido en la democracia, pero que necesitan comprender los momentos históricos traumáticos de sus países.

Entre estas obras está la del ex-guerrillero Fernando Gabeira, *O Que É Isso Companheiro?* (1979) o la obra autobiográfica de Carlos Marighella, *Por que Resistir à Prisão* (1965). Siguiendo con esta temática sobre represión y literatura, en el texto *Uno de los suyos. La verdadera historia de un personaje de Max Aub*, de Almudena Doncel López y Fernando Hernández Sánchez, los autores analizan una serie de textos del escritor Max Aub publicados entre 1948 y 1951, en la revista *Sala de espera*. Dichos textos tratan sobre el ambiente opresivo para los perdedores de la Guerra Civil española: cárceles, delaciones, clandestinidad, traiciones, atmósfera de sospecha, suicidio, infiltraciones, etc. En estos textos, realidad y ficción se entremezclan, construyendo fronteras muy difusas entre imaginación y la trágica realidad político-social de la guerra civil.

Respecto a la construcción de identidades femeninas, la autora María de la Hoz Bermejo nos trae el estudio *La transmisión de un modelo de feminidad convencional en las obras de la colección de teatro infantil Teatro Moral (1900-1925)*, donde hace un análisis de cuatro obras de teatro infantiles publicadas en el primer cuarto del siglo XX. Estas lecturas perpetuaban una identidad de género sexuada que hacía que las menores interiorizaran desde la infancia su rol en la sociedad como individuos domésticos, eternas garantes de la continuidad de la estructura tradicional familiar. En la misma línea de la construcción de identidades femeninas, destaca también el trabajo de Ofelia González Escoda, *Las mujeres del 98 en la esfera pública: el caso de Carmen Baroja*. A través de los escritos y las memorias de esta escritora se puede ver una identidad individual y colectiva feminista en la que aparece la idea de la mujer moderna que toma el espacio público y emborrona los límites de género vigentes. Asimismo, contamos con el texto de Evelyn de Almeida Orlando, *La literatura como fuente histórica, desde una perspectiva de género: una mirada para una mujer que escribe sobre mujeres en el Brasil de 1920*, el cual explora la presencia femenina en el campo intelectual en Brasil. El texto de De Almeida discute la importancia de recuperar la memoria de mujeres pensadoras que participaron en la construcción de la realidad histórica y cultural de sus países, en particular examina la trayectoria biográfica y los escritos de la educadora brasileña, María Junqueira Schmidt.

Avanzando un poco en el tiempo, Diego Cameno y Janira Susaño firman el texto *La literatura como espejo de la realidad: los docentes republicanos en la novela*, donde analizan la construcción de la identidad del maestro republicano en las

novelas *La lengua de las mariposas* de Manuel Rivas e *Historia de una maestra* de Josefina Aldecoa. Dos relatos que ayudan a contextualizar fidedignamente tanto el momento pedagógico-cultural que ofreció la II República para los docentes, como los retos y las esperanzas frustradas que tuvieron que hacer frente.

Francisca Moya abre el cajón de la correspondencia personal en *Las cartas que le abrieron los ojos. Un tesoro que recibió Margarita Bremen de sus padres* para presentar un estudio de las cartas entre Bautista y Teresa, un matrimonio marcado por el exilio republicano, los campos de concentración y las separaciones familiares. En sus cartas se narra la memoria de una Europa que no ofreció su mejor bienvenida a los españoles que huían de la persecución de la dictadura franquista. Desde exilio también llega el texto *Arturo Barea: raíces rotas y resistencia* de Janete Abrao con su estudio del escritor extremeño Antonio Barea, asentado en Londres tras 1939 y desde donde construyó la identidad del intelectual desarraigado y desarraigado que en la distancia forzada mira a una España a la que no puede volver y a la que poco a poco deja de reconocer.

Finalmente, cerrando este monográfico, contamos con el texto de Andrea Hormaechea Ocaña, *Representación del American Way of Life en los cómics de superhéroes*, en el que analiza la creación de la identidad estadounidense a través de los cómics que retratan los superhéroes de las compañías Marvel y DC. En su análisis, Hormaechea identifica los símbolos en crisis de representación que conforman la identidad de la nación norteamericana tras las movilizaciones y luchas civiles protagonizadas por sectores de la sociedad carentes de derechos. Los cómics, además de reforzar la identidad nacional estadounidense, también sirvieron como herramienta de exportación de los valores americanos a otros países del mundo.

El I Congreso Internacional Historia y Literatura: Intercambios culturales y creación de identidades es el resultado de un gran esfuerzo colectivo y, por lo tanto, no podríamos dejar de agradecer a todos y a todas que participaron en él, pero también, especialmente, a las coordinadoras Carmen de la Guardia y Pilar Toboso, así como a las personas que formaron parte del comité organizador (Alejandro Camino, Daniel Essig, Clara Gutiérrez, Gabriela de Lima Grecco, Ángela Pérez del Puerto, Florencia Peyrou e Israel Vivar García) y a todos y todas del comité científico (James Amelang, Marta Bonaudo, Aránzazu Calderón, Carmen García García, Sandra Lorenzano, Cristina Ortiz, Emilia Perassi, Javier Pérez Núñez, Florencia Peyrou, Elena Sánchez de Madariaga Susana Sueiro, José Teruel y Mercedes Yusta).

Asimismo, aprovechamos para dar las gracias al apoyo económico del Proyecto *Intercambios culturales y creación de identidades a través de fuentes literarias, siglos XIX y XX* (Referencia HAR2016-76398-P, Ministerio de Economía y Competitividad). ¡Muchas gracias!

Referencias

- Andreu, X. (2016), *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Madrid: Taurus.
- Burdiel, I. (2015), «Lo que las novelas pueden decir a los historiadores. Notas para Manuel Pérez Ledesma», en J. Álvarez Junco, R. Cruz y F. Peyrou (eds.), *El historiador consciente. Homenaje a Manuel Pérez Ledesma*, (263-281), Madrid: UAM Ediciones, Marcial Pons Historia.
- Burke, P. (2005), *Historia y teoría social*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Compagnon, A. (2010), *O demônio da literatura*, Belo Horizonte: Editora UFMG.
- Jablonka, I. (2016), *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

Ficción e historia

Ángeles Hijano Pérez
(Universidad Autónoma de Madrid)

Introducción

Bien entrado ya el siglo XXI resulta llamativo que sigamos con las mismas dificultades para entender el objetivo de nuestra disciplina. «Ficción e historia», el título de mi comunicación, se basa en la lectura e interpretación de la novela, *Hijos de ambos mundos*, del escritor Abraham Verghese (2010) y entiendo que resulta idónea para mostrar mis teorías y opiniones sobre la relación que mantienen la historia y la literatura.

Sobre la necesidad de tener conocimientos de obras literarias para poder utilizarlos en beneficio de los escritos de historia, es oportuno recordar un debate ya clásico, sobre lo importante que es para los historiadores leer novelas, pues son muchos los autores que aluden a citas ya clásicas sobre el particular. Entre otros, se puede aludir al caso de historiadores como Jordi Canal (2015) quien al dirigir un volumen de la revista *Ayer*, dedicado a historia y literatura, no dudaba en afirmar que sigue siendo fundamental responder a la pregunta que en su día se hicieron Isabel Burdiel y Justo Serna, acerca de la importancia de leer novelas. Insistiendo sobre el asunto, consideraba que hay muchas ventajas en combinar las dos disciplinas y considera la existencia, al menos, de tres elementos fundamentales para que sea necesaria la lectura de novelas.

En primer lugar, la historia nos suele ofrecer personajes inventados, pero esos personajes pueden ser utilizados por un novelista para crear múltiples sujetos que ampliarían nuestro conocimiento. Otra cuestión sería que la lectura de novelas nos crea unos escenarios desconocidos que pueden ser utilizados en la búsqueda de nuevos terrenos históricos. Más aún, gracias a las novelas, seríamos capaces de escribir con un mejor criterio y conseguiríamos que nuestros trabajos fueran más inteligibles para los lectores. Finalmente, combinando las dos actividades se produciría una retroalimentación positiva.

No puedo dejar de mencionar aquí, la obra de una historiadora de la que hemos aprendido todos los historiadores y a la que nos hubiera gustado emular. Sería

oportuno recordar la percepción que tiene de este asunto Isabel Burdiel, cuando dice que la naturaleza histórica de una obra literaria no se encuentre fuera de ella misma: «la Historia (con mayúsculas) ocurre dentro del relato de ficción y, como tal, inevitablemente, ocurre como conflicto» (Isabel Burdiel y Justo Serna, 1996).

Isabel Burdiel ya defendió en su día que los historiadores deben leer novelas porque es probablemente lo que hace posible que el historiador sea consciente de que hablar del pasado no signifique quedarse sólo con los documentos oficiales, sino que sea capaz de vivir en un entorno que indefectiblemente le está vetado porque no vive ese momento personalmente (Isabel Burdiel y Justo Serna, 1996).

Historia y ciencia

Se puede demandar el carácter científico de la historia, pero solemos quedarnos con una atribución más sencilla, resaltando que la historia es una ciencia distinta, relativa, con carácter narrativo, interesada en las acciones humanas, por lo que se admite que dentro de lo que entendemos por historia sea posible que nuestros objetivos se puedan dedicar a cuestiones más amplias que las de recabar el conocimiento de los hechos del pasado.

En distintos congresos he reivindicado ambas cosas: tanto el carácter científico de la historia, como que su conexión con la literatura, lejos de empobrecerla, consiga que amplíe su interés y su contenido (Isabel Burdiel y Justo Serna, 1996). El relato siempre tiene un punto de subjetividad y, por tanto, ese punto de ficción parece distanciarlo de la verdad de la historia, pero ese debate resulta trivial en la actualidad, pues está comprobado que los historiadores tenemos que utilizar muchas otras disciplinas para completar nuestros trabajos y que en esa búsqueda debe admitirse la subjetividad del autor.

En algunas ocasiones, si un libro de historia es calificado de pésimo, se dice que es como si fuera una novela, por lo que se entiende que un libro de historia debe ser muy científico para ser bueno y, en consecuencia, poco literario, pues ese parecido con la literatura lo convertiría en un trabajo de mala calidad, pues sería poco científico.

Parece que este conflicto se debe a que una investigación que quiera conseguir un vínculo entre ambas materias tiene por el momento el grave hándicap de falta de bibliografía, pues no ha sido un asunto sobre el que se hayan elaborados muchos libros teóricos, salvo los básicos de White (Hayden White, 2003), de Veyne (Paul

Veyne, 11973), o de Foucault.¹ También, otros autores, como Dominick LaCapra (2006: 147), consideraron que la historia debería estar en muy buena relación con la literatura, para conseguir que sus resultados fueran mejores. Parece que no hay duda: sería deseable que existiera esa relación.

Las diferencias entre historia y literatura

El mismo problema que ha tenido la historia para ser considerada como una disciplina científica, lo tiene ahora para poder admitir su conexión con la literatura. El ya mencionado Hayden White en una de sus obras ha reflexionado sobre este asunto, siendo consciente de las dificultades que para la historia supone la vinculación con la literatura. Hayden no quería ser determinista cuando afirmaba que los historiadores del siglo XIX conocieron su fracaso cuando intentaron comprometerse con un ideal imposible de claridad, literalidad y con una consistencia de tipo lógico. Según él los historiadores profesionales fracasaron cuando quisieron hacer de los estudios históricos una ciencia (2001: 261).

Siguiendo a White la principal forma por la que se impone el significado a los acontecimientos históricos es a través de la narrativización.² La escritura histórica es un medio de producción de significado. Es una ilusión que los historiadores sólo desean contar la verdad acerca del pasado. Seguramente, los historiadores lo que hacen es contar la verdad acerca del pasado, pero dándole unos tintes de verosimilitud que irán cambiando con el tiempo y con el estilo de cada autor.

No obstante, cuando analizamos una novela, podemos ver en ella planteamientos muy similares a los que utiliza un historiador cuando escribe un texto histórico. Cualquier autor, como el que analizamos, Abraham Verghese (2010), cuando escribió *Hijos del ancho mundo*, estaba utilizando mecanismos muy similares a los que utilizaba un historiador. Contaba con un material sobre el que escribir, para lo cual necesitaba de una serie de fuentes, archivísticas, periodísticas, radiofónicas, televisivas, orales y de cualquier otra naturaleza para poder hacer el relato de un acontecimiento que ocurría en un determinado entorno geográfico.

¹ Por su parte, Louis Althusser o Michael Foucault en 1978 se destacaron como un grupo de autores que habían considerado las dificultades que la historia sufría por no haberse atrevido a realizar leyes históricas con carácter explicativo.

² Parece que White y LaCapra consideran y vuelven a entender la historia como un género puramente literario porque para escribir correctamente sería muy bueno que la escritura histórica tuviera visos de literatura. En esta tesitura, es necesario confirmar que la literatura y la historia, sin ser disciplinas sinónimas si pueden colaborar para obtener fines positivos.

En este sentido, el narrador sólo cuenta con algo distinto a los elementos con los que cuenta un historiador para hacer su trabajo, su creatividad. Esa creatividad es la que no le está permitida al historiador, pues no puede o no debe inventarse nada, pero el relato que elaborará tendrá un punto conectado con la realidad que le impedirá que use la muy criticada subjetividad en la historia. Finalmente, parece que el novelista en este caso tomaría partido, algo indiscutible, y que no podría realizar si fuera un historiador, que no quiere comprometerse con el relato que escribe, es decir que no puede inventar nada. Estaríamos aquí ante ese problema histórico de la subjetividad (Adam Schaff, 1970: 114).

En su día Paul Ricoeur analizó el factor subjetivo, llegando a plantear que el historiador construye casi siempre una parte de la historia, pues debe quedar claro que la objetividad pura es una ficción (Adam Schaff, 1970: 338). En contrapartida, habría dos tipos de subjetividades, la «buena», que sería aquella que procede de la pura esencia del conocimiento y la «mala», entendida como aquella subjetividad que deforma el conocimiento, en función de múltiples alicientes, tales como el interés, la parcialidad. Según él, la objetividad sería la diferencia entre la buena y la mala subjetividad y no la eliminación total de la subjetividad. En un principio la objetividad se nos ha presentado como la intención científica de la historia, se debe intentar que la objetividad, además de ser considerada lógica, sea entendida también como ética.³ Parece que esto es algo que siempre debe rechazar cualquier historiador que se precie, pues su objetivo siempre debe ser la búsqueda de la verdad. Esa búsqueda es una de las tensiones que produce la unión de la historia con la literatura y, en consecuencia, dificulta más su relación.

El novelista, al hacer su trabajo, está condicionado por la búsqueda de fuentes que le permitan rellenar las preguntas que se ha planteado al iniciar su investigación. Si pretende estudiar cómo se vivía en Etiopía en los años de la declaración de independencia del país, ¿quizás debería hacer una búsqueda similar a la de un historiador?

Para ello, deberíamos conseguir las fuentes necesarias proporcionadas por distintos archivos. Buscaríamos sobre todo mapas que pudieran situar el país del que queremos hablar, cómo es el territorio, sus montañas, sus valles, sus ríos, sus ciudades, sus pueblos y todo el aspecto geográfico de un territorio en concreto. La

³ Adam Schaff piensa que la búsqueda de la verdad histórica acaba siendo un problema de ética, *op. cit.* 1970, Barcelona: Crítica, p. 339.

documentación podríamos buscarla en múltiples y muy diversas fuentes, informaciones de los periódicos del momento, de los documentales elaborados sobre el lugar, incluso cualquier comentario o información que se hubiera publicado sobre el territorio como destino turístico. Si quisiéramos ser buenos investigadores en nuestra elaboración, podríamos hacer entrevistas a distintos personajes vinculados directa o indirectamente con las profesiones de las que se hablaría en la novela y con todo ese material recopilado, obtendríamos el entorno en el que ubicar nuestro relato, y de este modo, podríamos articular que había ocurrido en ese territorio determinado, durante unos años concretos.

Sin embargo, todo ese trabajo lo encontramos casi hecho en esta novela. Seguramente, el autor se había ocupado, incluso, de entrevistar a distintos protagonistas del momento para encontrar cómo debía hablar del acontecimiento de la visita hecha por el Emperador a la ciudad más importante del país. Aquí es donde surge el elemento que da más calidad a un relato que sólo se haría con datos archivísticos, ese dato es el creado por el narrador y no es otro que la manifestación de distintos sentimientos, del elemento del dolor, del sufrimiento y de la pasión que el novelista introduce porque es su propio dolor, el sufrido personalmente a la hora de escribir el texto.

Quizá una de las diferencias importantes entre historia y literatura es que al historiador se le exige que no escriba nada de su propio dolor al hablar de un suceso, sea de la naturaleza que sea, mientras que a la novela casi se le exige que tenga esa pulsión propia que deberá aparecer en una novela que sea premiada por su pasión a la hora de hablar de un suceso realmente doloroso. En el quirófano del hospital de esta novela, siempre está presente la emoción, la alegría, el sufrimiento y el dolor, lo que contribuye a que el relato se introduzca directamente en el lector de la novela.

Hijos del ancho mundo. Los protagonistas

Mi propuesta aborda la conexión entre la literatura y la historia, basándome en la novela *Hijos del ancho mundo*, escrita por un médico indio Abraham Verghese, que estudió medicina en Addis Abeba, Etiopía, lugar donde se formó, para especializarse después en Madrás, actual Channay, y en Estados Unidos.

La novela, es el relato de la vida de dos hermanos gemelos, Marion y Shiva, hijos de una monja enfermera, Mary Joseph Praise, fallecida al nacer los niños y del médico más importante del centro de salud donde trabajaba, Thomas Stone. El relato

lo hace uno de los gemelos, Marion, con una exposición muy emotiva y sentida de la vida de esos dos huérfanos, desde su nacimiento. Crecerán en el centro de salud, hospital Missing, siendo tutelados por dos médicos hindús, Hema, especialista en partos complicados y en cualquier cirugía para la que fuera necesaria y Gosh, el otro médico hindú que serán los padres de los dos niños y les enseñarán casi todo lo que unos padres pueden enseñar a sus hijos.

Desde el principio habrá un relato donde, aparecen muchas de las tramas del país donde se desarrolla, la escasez y la miseria del centro sanitario donde pasaron todos sus años de infancia, cuidados por los mencionados Gros y Hema, personajes fundamentales de la novela, pues son casi los creadores de los aspectos y apartados fundamentales de la historia. Con su presencia al cuidado de los niños, se harán visibles sus propias biografías, en ese entorno dedicado a la cura sanitaria, de sus dos hijos gemelos, cuya vida en un hospital va dejando distintas pinceladas de vida familiar, generosidad, amor, celos, compañerismo y toda una serie de sensaciones que afectan al ser humano.

En el centro sanitario se manifiestan en determinadas ocasiones las diferentes religiones del lugar. Los etíopes son en su mayoría cristianos coptos, pero alguno de los protagonistas practica cultos tradicionales africanos, lo que nunca aparece como una situación conflictiva, sino como algo admitido. Realmente, no se aprecia casi en ningún momento de la lectura que haya problemas de rechazo del sincretismo religioso, sino que parecen aceptadas las distintas costumbres que puedan ejercer los habitantes.

Por otro lado, el relato hecho por uno de los dos hijos, nos sitúa en otras biografías, las de cada uno de los personajes importantes de la novela. No solo hay una biografía de una mujer, enfermera y madre, sino también la de un médico, inglés, padre de los dos niños, que cuando se entera de su nacimiento huye despavorido, sin asumir su responsabilidad, la del narrador que es uno de los hijos y la de los demás personajes que presentan también un aspecto biográfico. El padre volverá a aparecer al final del libro, cuando el narrador de la obra quiere conocer por fin a su famoso padre, ese cirujano brillante del que nunca ha sabido nada.

El escenario del relato. Etiopía

No estaría de más, saber que el país donde se desarrolla la acción es Etiopía, un lugar del que se sabe más por sus folletos sobre turismo, que por su historia. Tendríamos que recabar información sobre este país, algo que tiene mucho que ver con las obras publicadas sobre el mismo, que no son muchas, aunque se puede disponer de un libro, tan básico, como es *La Guía del mundo*, texto que proporciona una serie de datos generales sobre su emplazamiento. Gracias a su consulta, sabemos que se trata de uno de los países más pobres del mundo, que ha sufrido muchas inclemencias medioambientales, así como distintas guerras civiles. El país estuvo bajo dominación italiana y se independizó en 1975, fecha en la que se convirtió en una república parlamentaria federal, desde el 21 de agosto de 1995, similar al ejemplo de las repúblicas occidentales, con un jefe de estado, que ostenta un poder simbólico, un jefe de gobierno que realmente tiene el poder ejecutivo y dos cámaras distintas, similares al modelo estadounidense.

En la novela se tiene muy en cuenta la zona geográfica en la que se sitúa y da muestra de las carencias económicas sufridas por el país. Elegir como escenario de los acontecimientos un recinto sanitario, muestra la imagen de necesidad vivida en esa zona. Era fundamental que se consiguiesen vacunas, dinero para pagar los salarios de los únicos médicos de la zona y todo el utillaje necesario para mantener un centro sanitario. Allí acudía cualquier persona del lugar, con las dolencias más variopintas: necesidad de recolocar un hueso, diabetes, problemas de hígado, riñón, estómago, cerebro, cualquiera de las necesidades que en los países desarrollados cuida un médico de medicina primaria para desviarlo a un especialista. Pero allí, todo es distinto, la necesidad es visible desde las primeras páginas y se relata con tanta fuerza que se siente la necesidad de que el paciente consiga éxito en su tratamiento.

Que un hospital sea el centro donde se desarrolla la acción, permite ver el grado de precariedad de la población que asiste a ese centro de salud y el privilegio que todos los trabajadores del centro consideran que supone disponer de un edificio de esa naturaleza, sobre todo por el cuidado que daría a la población. Curiosamente, cuando estoy escribiendo estas páginas, leo en un periódico que en la Etiopía donde se desarrolla la novela que analizo, se está produciendo una situación muy complicada, casi tanto como las múltiples dificultades que se describen en la novela.

Se comenta en la noticia que los combates en la región etíope de Tigray han expulsado a cientos de miles de personas hacia otros lugares y que siguen teniendo

miedo. Debe ser muy doloroso tener que narrar una situación tan complicada, como hace la autora de este relato, cuando se ve que muchas personas padecen necesidades por falta de alimentación y de los cuidados más básicos para mantener la salud.

Si hiciéramos una lectura paralela de esta noticia y de la novela, nos encontraríamos en el mismo territorio, en una situación de precariedad, donde hay escasas posibilidades de sobrevivir. El Missing, aparecería como la salvaguarda de la salud de las personas, el único lugar donde las dolencias, sea cual sea su grado de complicación, podrían ser solventadas. Parece casi premonitorio que el inventor de este libro pudiera ser tan consciente de las enormes dificultades que un pequeño centro médico podía sacar adelante. El escenario de esta noticia alude a la existencia de cientos de personas que debe caminar para poder ser alojadas en la Universidad de Shire. Este sería el lugar, similar al Missing, donde acudirían esos refugiados en busca de algo, lo que sea, porque carecen de todo. Su única pretensión sería tener un lugar donde cocinar, comer o dormir. Penurias más que básicas que parecen existir en la novela y en la actualidad.

Esta situación se vive en el mes de abril del año 2021 y tengo la impresión de que traduce a la realidad una visión real de lo que ocurría en la novela que estoy analizando. Quizás la mayor diferencia y eso no es algo menor, es que la noticia de la actualidad habla de un conflicto bélico, algo que no ocurre en la novela.

Lamentable escenario que, desgraciadamente, debe producirse de forma cotidiana. Aquí la realidad supera la ficción. Creemos que la novela nos va a dar información inventada o manipulada, pero nos encontramos con que la realidad nos da una visión todavía más dramática de lo que un autor puede inventar.

Esta crónica reproduce alguno de los contenidos de esta novela. Enfermos que asisten a un hospital, el único del entorno. Personas con múltiples necesidades que son atendidas por el escaso personal de ese centro sanitario y muestran al mundo la incompreensión de mantener esa forma de vida de tanta precariedad.

El desarrollo de la obra por distintos países, está incitando a buscar información del país concreto en que se desarrolla para buscar aclaraciones y hacer indagaciones del mismo, de los conflictos políticos y de la guerra en que se implica, sin perder nada del relato. A veces la lectura de un libro nos hace pensar que estaba escrito en imágenes. Es tal la fuerza de este relato, que nos parece ver gráficamente lo que estamos leyendo.

Escribir la obra

Desde el inicio estamos casi obligados a entender que Etiopía es un país con una historia que se desconoce habitualmente, por lo que la novela casi te obliga a informarte de ella. Esto que le ocurre al lector, probablemente también le haya ocurrido al autor.

Si nos planteamos cuál es el grado de complicación que supone el trabajo de un historiador, debemos recopilar la cantidad de tareas que debe realizar. En primer lugar pensar en la materia sobre la que trabajar, la etapa histórica, el espacio territorial donde se produzca el estudio, las características de la población del lugar, el régimen político en el que se vive, la situación económica, el ambiente social, las costumbres... no pararía nunca y esa es una tarea realmente compleja desde su inicio.

Si, por el contrario, nos ocupamos de lo que debe conocer un novelista para escribir su novela, las dificultades no son menores. Podemos pensar que quien escribe conoce todo lo que va a ocurrir en su relato porque lleva pensando en él casi desde su más tierna infancia, o que la idea se le ha ocurrido en un momento determinado y, a partir de esa idea, ha tenido que buscar información sobre múltiples cuestiones. Si las desconoce no tendrá capacidad de desarrollar toda la trama literaria y su obra tendrá un montón de trazos deshilvanados que restarán interés a su libro.

Pensando es este asunto, me vuelven las similitudes entre una materia y otra. Si me he referido a las dificultades de un historiador para elaborar su investigación, pensemos ahora en la del escritor de esta novela.

Enumerando de forma sintética, el autor debe conocer todo lo relativo al lugar donde se produce su historia. Qué sabe de Etiopía, de su situación en el mapa del mundo, de su población, cuáles son sus fronteras, cuál es su régimen político... Le pasa lo mismo que al historiador, o lo conoce porque siempre ha vivido allí o debe documentarse mediante lecturas de libros, de mapas, de diarios, de revistas, de documentación archivística. Le sucede lo mismo que al historiador y, además, tampoco tiene permitido equivocarse en esas descripciones. Puede permitirse interpretar de una manera u otra lo que describe, pero no debe cometer errores. Por ejemplo, no debe olvidar cuál es la religión o religiones de la población del país, cuál es la lengua en la que se comunican. Fueron siempre un país independiente o han sido una colonia. En esta tesitura, a qué país ha pertenecido y cuándo se independizó de esa colonización. Mil asuntos que van apareciendo al tiempo si se quiere que el relato, aunque parta de una historia inventada, de una ficción, debe producirse en

escenarios reales, donde el lector estará informándose de muchas cuestiones que seguro desconocía antes de leer el libro.

Podría seguir estableciendo similitudes entre ambas tareas, entendiendo siempre que son distintas y que sus objetivos también lo son.

El entorno del Missing

Como suele ocurrir, el narrador describe minuciosamente el lugar donde se realiza la acción, pero no solo el lugar, también a las personas que, por cualquier motivo, aparecen en esa zona. Si, nos encontramos ante una sala de espera de un sanatorio, eso permitirá que nos hable de los distintos pacientes, pero no solo contando la razón médica que les ha llevado allí, sino que también nos hablará de más cuestiones de su vida, de donde vienen, cómo han accedido a ese hospital y porqué.

Volviendo a la trama de la novela, los dos pequeños que nacieron en el hospital, serán un elemento de cuidado para todas las personas que trabajen allí. Siempre lo harán pensando en su madre y cuando piensan en ella, detallarán más cuestiones de su vida. Nos cuenta porqué estaba tan interesada en trabajar en ese centro médico. Porqué era importante para su profesión de enfermera. Porqué era un lugar magnífico para profundizar en su sentimiento religioso y para hacer que su estancia allí fuera realmente productiva. Esas ideas iniciales irán cambiando cuando comprenda que se ha enamorado de un médico, del más conocido y famoso del lugar y, en consecuencia, del que era más improbable que pudiera estar a su cuidado.

Todo se desmorona cuando ella muere en el parto y entonces surge otro relato. Quién va a cuidar a los niños. Hay muchos candidatos, todo el personal del hospital estará a su cuidado y el único que no participará en ese cuidado será el padre que, desde el principio, huye del lugar por razones profesionales, pero por un claro egoísmo o una desinhibición para no comprometerse con algo de lo que no quería ser consciente.

Desde el comienzo las descripciones son minuciosas y detalladas. Para describir qué ocurre en la sala de espera del aeropuerto, nos está poniendo en una historia de gran profundidad. La habilidad del narrador es muy llamativa, pues consigue que su descripción nos sitúe en el lugar y estemos pendientes, desde el principio, de lo que va a ocurrir en esa parte del aeropuerto.

Quizás el novelista juegue con el carácter de cada uno de los lectores del libro, pero en mi caso concreto, consigue provocar el interés por lo que pueda ocurrir a lo largo del discurso. El viaje de una monja a un lugar alejado del mundo urbano ya era una situación de cierto temor. ¿Qué podría ocurrirle? Cómo sucederían los acontecimientos, con qué personas se encontraría. Serían pacíficas, bondadosas o, por el contrario, serían violentas, malvadas, o cualquier otra descripción que se pueda imaginar del ser humano. Parecía que la joven monja iba a su destino preparada para lo que pudiera ocurrirle, pues estaba convencida de que todo lo hacía por amor a Dios y a sus congéneres.

Solo para narrar el inicio del viaje de la joven monja de diecinueve años que consiguió salir de Yemen, cruzar el golfo de Adén, seguir por tierra quizás hasta Harar, la antigua ciudad amurallada, o hasta Yibuti, y continuar en tren a Etiopia vía Dire Dawa hasta Adis Abeba, invierte buena parte del inicio de la novela. Con esas primeras páginas se consigue tener delimitado el entorno geográfico del lugar donde se producirá el relato, un escenario que llama la atención y que está provocando buscar rápidamente un mapa para poder colocar esos lugares en una zona conocida o que, al menos, tenga un nombre.

Sin duda, el libro está dando argumentos para provocar la curiosidad del lector y esa curiosidad hará que esté casi obligado a buscar información que permita visibilizar lo que se está leyendo. Esta sensación es una de las primeras que puede producir la lectura, aunque cada lector encontrará otras fórmulas para continuar con dicha lectura.

De inmediato la joven monja se incorporará al hospital Missing y empieza conociendo a la enfermera jefe, ante la que tuvo que presentarse, para luego ser atendida y pasar al Quirófano 3, donde conocería al nuevo cirujano, Thomas Stone.

Uno de los dos hijos de la monja enfermera es quien inicia la historia a contar y a partir de ahí se desarrollará toda la trama de la historia.

Queda claro que el inicio de la obra es el relato de uno de los dos hijos que va a conocer por primera vez a su padre y no tiene la menor idea de cómo afrontar la situación. Es un claro ejemplo de familia desestructurada, donde no están los miembros básicos de una familia, sino que los elementos fundamentales, padre y madre, han sido sustituidos por otras personas que han manifestado enorme cariño y amor por esos niños, pero no son sus padres. Quizás la carencia del carácter familiar de la situación es algo más sentido por los hijos, pero es muy difícil crear ese vínculo

familiar si no hay ningún elemento para fomentarlo. Los cuidadores de hospital ejercieron el papel de madre y de padre, pero no es fácil crear un vínculo de la nada. El amor quizás no sea suficiente y es necesario contar con un elemento más tangible, más material. Se necesitan relaciones más personales, para que surja dicho vínculo.

Conclusión

Hay que contar también con cierto grado de sensibilidad para que la historia te impresione y conseguir así una empatía que te obligue a seguir leyendo el relato, claramente en solidaridad con lo que está ocurriendo. Sin duda, lo que está ocurriendo engancha al lector, pues en cada capítulo se espera que ocurra algo nuevo, que siga avanzando el relato, que se produzca otra situación. No es que sea un relato de misterio donde hay que descubrir quién es el culpable, sino que se trata de algo más sencillo, de esperar que aquellos huecos que han quedado patentes en la novela, tengan una resolución final.

En el plano personal, cuando leo una novela, tengo que sentirme interesada por lo que ocurre, por la trama creada y por lo que le sucede a cada protagonista. Si eso no pasa, el relato será fallido porque no ha conseguido el interés del lector, lo cual resulta negativo casi siempre.

No ocurre así con esta novela donde, incluso en el apartado final de reconocimientos de la novela, el propio autor reseña el agradecimiento necesario que debe dar a la historia para realizar su libro, detallando frases, expresiones y acontecimientos que fueron copiados de situaciones reales. Los distintos autores, tanto de novelas, como de textos científicos, son personajes a quien agradecer haberle servido de fuentes.

No parece que pueda haber muchas novelas que demuestren esa unión casi infinita entre historia y literatura.

Referencias

- Burdiel, I. (2015), «Lo que las novelas pueden decir a los historiadores. Notas para Manuel Pérez Ledesma», en Álvarez Junco, José, Cruz, Rafael, Peyrou, F. *et al.* *El Historiador consciente. Homenaje a Manuel Pérez Ledesma*, Madrid: UAM Ediciones, Marcial Pons Historia.
- Burdiel, I. y Serna, J. (1996), *Literatura e historia cultural o Porqué los historiadores deberíamos leer novelas*, Valencia: Episteme.
- Canal, J., ed. (2015), «Historia y literatura», *Ayer*, 97.
- Foucault, M. (1978), *Las palabras y las cosas*, México: Siglo XXI.
- Hempell, W. (1979), *La explicación científica*, Buenos Aires: Paidós y (1989), *Filosofía de la ciencia natural*, Madrid: Alianza.
- Hijano, A. (2000), «La historia como ciencia. Reflexiones sobre los valores de la historia», V Congreso de la Asociación de historia Contemporánea, *El siglo XX: balance y perspectivas*, Valencia: Cañada Blanch.
- Hijano, A. (2018), «Del secuestro considerado como una de las bellas artes». Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Alicante: Universidad.
- Instituto del Tercer Mundo, (2007), *Guía del Mundo*, Colombia: Alfa Omega.
- Lacpra, D. (2016), *La historia y sus límites. Humano, animal, violencia*, Barcelona: Bellaterra.
- Schaff, A. (1970), *Historia y verdad*, Barcelona: Crítica.
- Vergheze, A. (2010), *Hijos del ancho mundo*, Barcelona: Salamandra.
- Veyne, P. (1973), *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid: Fragua.
- White, H. (2003), *El texto histórico, como artefacto literario*, Barcelona: Paidós.

Escritos de memórias sobre passados ditatoriais (Brasil, 1964-1985)

Lucileide Costa Cardoso⁴
(Universidade Federal da Bahia)

O universo memorialístico ibero-americano sobre os passados ditatoriais de suas últimas ditaduras, constituem um imenso acervo de escritos de memórias que se dividem entre autobiografias, biografias, diários, entrevistas, romances, audiovisuais, filmes, poesias e livros de pretensão historiográfica. Tais materiais são de autoria de críticos e defensores dos regimes e é, sob este crivo, que selecionamos apenas os escritos daqueles que denunciaram de alguma maneira os excessos e os crimes hediondos praticados pelos agentes repressivos. A intenção é traçar um panorama mais geral sobre as características da produção brasileira, utilizando-se de alguns exemplos que nos permitem elucidar a tese de que o memorialismo da repressão, em alguns casos, adquiriu o status de literatura, ultrapassando o seu valor de documento histórico, ou de uma simples história de vida. Ademais, o conceito de testemunho, tão caro aos historiadores do tempo presente, assume valor de prova em processos judiciais, enquanto visa reparações próprias do período de justiça transicional.

O mote dessa análise consiste em compreender que governos ditatoriais ao montarem suas comunidades de informação e segurança nunca foram capazes de calar a voz dos que a eles se opuseram. O silêncio imposto pelo fim do corpo, pela censura, pelo medo do horror, logo é rompido quando surgem pequenas brechas de resistência democrática. Destarte, críticas e autocríticas permeiam as narrativas daqueles que foram torturados, militantes da esquerda armada e de oposição moderada. Divergem entre si, situam os erros cometidos, tendem também a heroificar os seus atos, teleguiados por suas organizações ou partidos políticos. Alguns escreveram dentro da prisão, outros no exílio, já engajados em diferentes lutas de caráter coletivo. Os denominados «retornados» pautaram-se por atitudes de memórias em seus países de origem, produzindo e publicando livros, entre outros artefatos, participando de atos e movimentos memorialísticos, abraçando projetos políticos próprios. Outros, filhos e netos dessa geração, produziram romances, escreveram diários e concederam entrevistas, fizeram filmes e documentários

⁴ Professor Visitante Sênior da Universidade Autônoma de Madri, Programa CAPES/PRINT, Processo 88887.470137/2019-00, mar./20-fev./21. Profa. Titular do Departamento e do PPGH/UFBA/Brasil. Email: lucileidec@ufba.br.

consubstanciando no que podemos denominar de uma pós memória ou memória herdada, interpretada pela não interrupção do exercício da rememoração enquanto dever ético-político para se evitar repetições.

Para tanto, se faz necessário marcar o tempo presente da memória, uma produção que não se esgota no período de transição democrática quando adquiriu seu maior surto e sucesso editorial no Brasil, ela continua seguindo um ritmo acelerado de publicações, especialmente porque muitos dos participantes da resistência daqueles anos continuam vivos e tomaram para si e para o seu projeto político o combate do passado ditatorial. Sem dúvida, que esta produção se sustenta em contexto de políticas de memórias propiciadas pelos Estados e por instituições, além dos movimentos sociais. Avançaram em leis memoriais, comissões de verdade, criação de autarquias, museus, centros de memórias, proliferação de sites de condensação de documentos e materiais sobre as vítimas dos regimes. Assim, o reconhecimento e indenização por parte do Estado no caso dos perseguidos políticos, mortos e desaparecidos, constituíram marcos importantes da justiça de transição em vários países que tiveram passados traumáticos.

No Brasil, uma vasta literatura do testemunho também obteve êxito editorial e de público, especialmente a produção de memórias de grupos oposicionistas, bem mais prementes em uma primeira avaliação e condenação da ditadura do que a produção dos historiadores. No quadro mais amplo dos círculos culturais, muitos deles estiveram confinados ao silêncio e autorrepressão, mediante a censura, a perseguição e o controle das universidades, instituições científicas e educacionais do país. Não podemos esquecer que a repressão atingiu um lado social e político amplo, como aponta a cientista política Maria Helena M. Alves, ao explicar as três variáveis da «cultura do medo» que se impôs:

«O uso generalizado e institucionalizado da tortura numa sociedade cria um efeito demonstrativo capaz de intimidar os que têm conhecimento de sua existência e inibir a participação política. A evidência da repressão do Estado criou uma ‘cultura do medo’ na qual a participação política equiparou-se ao risco real de prisão e conseqüente tortura e coibiu a participação em atividades de oposição comunitária, sindical ou política.

Essa ‘cultura do medo’ tinha três importantes componentes psicológicos: o primeiro era o silêncio imposto à sociedade pela rigorosa censura (...). Este silêncio imposto provocou profundo sentimento de isolamento naqueles que sofriam diretamente a

repressão e/ou exploração econômica. (...) Amplos setores da população viram-se marginalizados e isolados de outros segmentos que poderiam oferecer-lhes apoio e ajuda. (...) Parecia impossível enfrentar o poder do Estado. Um sentimento de total desesperança passou a prevalecer na sociedade, (...), silêncio, isolamento e descrença eram os fortes elementos dissuasivos da ‘cultura do medo’» (2005: 205).

Na tentativa de recompor o traço que segue no presente com tantas variáveis, retomamos os discursos memorialísticos produzidos em meados dos anos sessenta e setenta no Brasil, seguindo atuante até o fim da hegemonia militar e revigorados pela transição política. Reverberações da inflexão política de 1964, assumindo matizes ideológicos defensáveis ou condenáveis ao regime adquiriram «surto» de memórias, concretizados com proliferação de publicações, eventos, vídeos, filmes, entre outros produtos culturais. Os 40 anos e os 50 anos ganharam expressividade e (re)criaram novas leituras de acordo com os interesses e embates do presente. A literatura política e as primeiras obras de cunho histórico anunciaram contendas que insistem em permanecer.

Nunca se publicou tanto sobre o tema, condição que nos permite indagar se os constantes lançamentos editoriais, projetos governamentais, produtos multimídia podem revelar o caráter não só político, mas também rentável de tal empreendimento. Trata-se de «novas roupagens» para uma velha história? É possível nos referirmos ao processo de mercantilização da memória ou do imperativo de uma era da memória e não mais da história? Esta tendência continua direcionando o nosso mercado editorial, cujos escritos orientam-se na perspectiva de polos antagônicos: «vencidos» versus «vencedores», opressores versus oprimidos, torturados versus torturadores, todos buscando, através de suas memórias, entregues à opinião pública, uma absolvição frente ao tribunal da história. Grandes projetos editoriais, financiados por particulares, governos, instituições civis ou militares, resultam em publicações luxuosas e caras. Espécie de empresa auto(bio)gráfica a serviço de técnicas de marketing e de recursos estilísticos cada vez mais sofisticados, pretendendo provocar o encantamento e a consagração da sua versão como a verdade de uma época. Anula-se o entendimento público do passado ditatorial, especialmente da violência política, e cristaliza-se uma história-memória que termina por legitimar a censura ao excluir parcelas consideráveis da sociedade, herdeiros de uma memória social mais ampla.

Contrariando essa tendência, a tarefa a que nos propomos consiste em tentarmos realizar uma arqueologia das criações da memória, que ganharam o estatuto de escritos combatentes, representados por grupos de autores críticos do regime. Esses escritos, elaborados durante os 30 anos que se seguiram ao golpe, ofereceram ao público material narrativo para exorcizar a situação vivida no passado. Contudo, o lugar reservado em bancas e livrarias, para biografias, autobiografias, entre outras modalidades e expressões da memória, não se deveu, exclusivamente, ao talento dos seus autores. Em parte, foi responsabilidade do mercado editorial, ampliado a partir dos anos 70 pelas técnicas de marketing, esquemas de distribuição e divulgação das obras e cuja expansão comercial também foi responsável por deslocar o eixo RJ-SP-MG. Foi o «boom de 75», dividido entre contistas, romancistas e poetas, todos produzindo uma ficção voltada para o real imediato. A intenção era de «contar a história, testemunhar, colar-se ao real imediato» (Heloísa B. de Hollanda & M.A. Gonçalves, 1979: 13).

Nesse ponto, podemos dizer que os livros representativos da «memória dos vencidos» romperam o cerco da «cultura do medo», do silêncio, do isolamento e da descrença, já a partir de 1964. Mas, por serem também discursos, não podem ficar confinados numa «cristalização inabordável»: «É mais importante entender do que lembrar, embora para entender também seja preciso lembrar» (Beatriz Sarlo, 2007: 22). No geral, os discursos de memórias dos «vencidos» podem ser classificados como: livros de denúncias contra os governos militares, depoimentos de exilados e ex-presos políticos, obras de parlamentares de oposição, livros-reportagem, memórias auto(bio)gráficas e romances políticos. Essa avalanche de livros, em conjunto com a imprensa, com as cartas de presos políticos e com os documentos que foram produzidos dentro e fora das prisões, expuseram a violência da ditadura ao mundo e clamaram por justiça.

No entanto, a memória dos «vencidos» só poderá ser compreendida sob a chave de leitura da pluralidade de vozes que relataram a violência da ditadura, incluindo os relatos dos «vencedores», com efeito retardado e ressentido. No momento em que o enfrentamento político mais direto e aberto com a ditadura tornou-se impossível ou não mais desejável, o livro foi o instrumento da denúncia da tortura, provocando respostas dos seus algozes que logo trataram de se defender, produzindo relatos articulados em controvérsias. Guerra, luta, contenda, combate ou disputa de memórias, representam termos comuns às novas e diversas abordagens

historiográficas sobre o assunto. (Cardoso, 1994, 2012; Martins Filho, 2002). Com isso, destacamos que o tema da tortura assume centralidade em algumas narrativas, representando uma «ferida» aberta, que inspira combates dos dois lados. Nos limites desse texto, selecionamos os mais significativos e aqueles produzidos durante a vigência do regime e no período de meados dos anos oitenta, considerados de transição política.

Dois livros de teor memorialístico de que temos notícia, publicados em 1964, procuraram dar conta dos acontecimentos que precederam a deposição do governo de João Goulart e os impasses da política institucional requisitada pelos conspiradores para consolidar o golpe de 1964. O primeiro compreende a obra, *Sexta-feira, 13: Os Últimos Dias do Governo Goulart*, Rio de Janeiro, 3a. Ed., Editora O Cruzeiro, 1964, feita pelo Ex-ministro da Justiça do governo João Goulart, Abelardo Jurema. Sua repercussão foi imediata, para um público mais amplo, por meio da Revista *O Cruzeiro*, que publicou vários capítulos esparsos, visando incentivar o julgamento crítico dos seus leitores e despertar a atenção para o fato de que havia uma relativa liberdade para divulgar opiniões divergentes da oficializada pelo governo do general Castelo Branco. Trata-se de uma memória escrita por um membro do executivo que buscou naquele momento denunciar as arbitrariedades contra o governo Goulart, constitucional e democraticamente eleito.

O segundo inclui um *best-seller* de 1964, relançado em 2014, pela Editora Nova Fronteira, com o título *O Ato e o Fato*, do escritor Carlos Heitor Cony, reunindo crônicas publicadas na coluna «*Da Arte de Falar Mal*», assinadas por ele no *Correio da Manhã*. A ideia para esses escritos surgiu de um passeio do jornalista com o poeta Carlos Drummond de Andrade na tarde do 1º. de abril de 1964, quando presenciaram soldados e oficiais, à paisana, armando uma barricada em frente ao Forte de Copacabana. Local tomado pelos golpistas que supunham uma desesperada resistência do governo Goulart, enviando tropas sediadas no Rio com o auxílio das tropas do general Amauri Kruehl de São Paulo.⁵ O fato inspirou uma série de textos corajosos de Cony, condenando o golpe. Organizada pelo editor Ênio Silveira,⁶ a

⁵ Cony, H.C. (2004), *A Revolução dos Caranguejos*. Col. Vozes do Golpe. Memória. São Paulo: CIA das Letras, pp. 16-17. Ver matéria «*Best-seller de 1964, série de Cony contra a Ditadura é relançada*». FSP, 26 de Abril de 2014. Caderno Ilustrada E-4.

⁶ Ênio da Silveira, comunista, dono da editora Civilização Brasileira. Manteve uma linha inconformista de edições, e liderou uma resistência cultural ao dispor a sede da editora para realizações de reuniões clandestinas com a presença de vários intelectuais perseguidos. O editor foi preso e respondeu a vários inquéritos movidos pela Justiça Militar. Para visão mais ampla sobre a repressão

coletânea foi lançada em 1964 e, na noite de autógrafos, Cony assinou 1.600 exemplares, além de presenciar uma sessão que se transformou num ato de repúdio à ditadura. O jornalista não poupou ninguém em suas crônicas, atacou a prepotência militar, os generais líderes do regime e os políticos, como Juscelino Kubistchek, Carlos Lacerda e João Goulart. A novidade dessa nona edição, motivada pelos 50 anos do golpe, é o acréscimo do relato memorialístico do escritor, publicado há dez anos numa série sobre o golpe, organizada pela editora paulistana, CIA das Letras, e com apresentações de Otto Maria Carpeaux e Paulo Francis. Heitor Cony sofreu com ameaças de morte, prisões, além de responder ao processo do então ministro da Guerra e futuro presidente, general Costa e Silva, que queria condená-lo a 30 anos de prisão por incitar, com os seus textos, atritos entre militares e civis.

Em 1965, ano seguinte, como parte de uma cultura comunista mais ampla, foi lançado um misto de relato autobiográfico e documento político, em formato de livro, *Por que Resistir à Prisão*, de Carlos Marighella. O livro, reeditado em 1994, tendo em vista os 30 anos do golpe de 1964, conta com apresentação do renomado crítico literário, Antônio Cândido, que destaca exatamente a ideia de superação de um relato da experiência individual para uma análise da situação política, do ponto de vista do desafio revolucionário no enfrentamento com a ditadura (Cândido, 1994: 8). O prefácio de Jorge Amado recupera o homem e o herói, remete ao livro como mescla de reportagem, relato pessoal e documento político, permeado sempre por emoções. Composto de maneira interessante, a narrativa começa por um fato concreto, em que o autor descreve a sua prisão em nove de maio de 1964, denunciando os requintes desnecessários da brutalidade da repressão, durante uma sessão de cinema cheia de crianças, no bairro da Tijuca, Rio de Janeiro. Nesse episódio, Marighella resistiu e foi baleado no peito, sendo a seguir preso e longamente maltratado. O caráter de exemplaridade norteia a narrativa com o propósito de preparar os futuros militantes para o enfrentamento com a ditadura.

O autor ainda trata do polêmico tema das «Cadernetas Prestes», base do Inquérito Policial Militar do Partido Comunista Brasileiro, IPM/PCB, instaurado em 1964, sob o comando do coronel Ferdinando de Carvalho. Marighella desbrava os homens do DOPS do Rio de Janeiro e São Paulo, seus algozes, sempre driblando todas as investidas dos policiais com o fito de vincular seu nome ao de Prestes e ao

política e cultural aos intelectuais, incluindo o editor aqui citado, consultar Cardoso L. (2013), «Nelson Werneck Sodré: Censura, Repressão e Resistência», *Revista Anos 90*, 20, 237-267.

PCB. Refere-se à ditadura como «fascismo militar» do tipo brasileiro, numa linguagem mais de manifesto do que propriamente de enfrentamento teórico-conceitual, não existindo uma preocupação em dar conta das implicações que o uso do termo acarreta, pois, o sentido é outro, convocar todos os brasileiros para encampar a luta de resistência. A palavra resistência comparece no texto, mas o critério não é o da resistência democrática, e sim revolucionária. O autor foi solto nesse mesmo ano, por pressão dos jornais que passaram a denunciar a prática da tortura. Para tanto, importa lembrar que ainda não vigorava o AI-5, imposto em 13 de dezembro de 1968 e revogado somente em 1979.

O comunista e ex-deputado federal, Carlos Marighella, experimentou prisão, tortura, exílio e clandestinidade, tornando-se líder da organização da esquerda armada ALN (Ação Libertadora Nacional) até ser assassinado, em 1969, a mando do delegado Sérgio Paranhos Fleury, chefe da repressão em São Paulo. Existem inúmeros escritos memorialísticos e acadêmicos sobre o personagem, cujo molde, após os 50 anos do golpe, resiste a uma tentativa de enquadramento em memória institucionalizada, movidos pela convicção de que Marighella sempre acreditou na resistência coletiva e não individual. Portanto, redesenhar a grafia de sua vida exige o compromisso de não cair na tentativa da heroificação. Um grande best-seller comporta sua biografia, escrita pelo jornalista Mário Magalhães, lançado em várias livrarias brasileiras, em 2012, e vencedor do Prêmio Jabuti de 2013, maior prêmio da literatura brasileira. As sessões de autógrafos aglutinam familiares, militantes de esquerda, simpatizantes e curiosos em geral que transformam esses momentos em atos de reforço da memória, para que não se esqueça a luta daqueles que deram a vida para derrubar a ditadura. Contudo, não devemos deixar de pontuar que tais sessões podem representar iniciativas e estratégias de marketing editorial, contaminado pelos interesses midiáticos e de mercado, interessados em produtos que representem as «guerras de memórias» no momento em que se deu muita visibilidade política as diversas Comissões de Verdade que se instalaram no Brasil, especialmente a CNV, Comissão Nacional da Verdade.⁷

⁷ Trata-se do livro *Marighella: O Guerrilheiro que incendiou o mundo*, escrito por Mário Magalhães. SP; Editora CIA das Letras, 2012. Além de capa e edição luxuosas, estratégia editorial, que aposta e financiam vários outros projetos biográficos, o autor recebeu do jornalista baiano Emiliano José um extenso acervo documental sobre o personagem. Consultou uma vasta bibliografia e apresenta um rico material coletado no exterior. O itinerário político de Marighella, mulato, descendente de negros e de imigrantes, destemido e revolucionário, adequa-se aos novos ventos democráticos, sempre em

Assim, no período de 1964-65 surgiram as primeiras denúncias de tortura em formato de livros, artigos na imprensa, discursos proferidos em instituições políticas e manifestos variados, o que significa dizer que a ditadura foi extremamente violenta em seu momento inicial, conforme atestam os novos estudos e fontes condensados em relatórios parciais de Comissões de Verdade e divulgados pela imprensa. A ideia de uma «ditadura envergonhada», atestada pelo título do primeiro volume da coleção escrita pelo jornalista Elio Gasparin, publicada em 2004, não convence os observadores mais atentos. O conteúdo desenvolvido no livro não recupera a dinâmica da sociedade. No apreço à verdade, o jornalista constrói sua bela narrativa centrada em dois sujeitos históricos: o sacerdote (general Golbery do Couto e Silva) e o feiticeiro (general Ernesto Geisel). Com isso, pretende criar uma moldura do início da ditadura que já prenuncia o seu devir, neste caso, uma política de transição sem conflitos. O último volume da coleção, intitulado «A Ditadura Derrotada», com requinte e apelo de marketing editorial, buscou expressar que os dois «gênios», Geisel e Golbery, arquitetos da política de abertura, devolveram o poder aos civis sem traumas e sem possibilidade de revanche. Em suma, a obra condensada em quatro volumes, obteve grande sucesso editorial e orientou o debate político em torno dos 40 anos do golpe. Mais uma vez a obra de um jornalista repercutiu mais do que a própria historiografia que trata do assunto.

A questão consiste em entendermos quando que a ditadura foi derrotada? Houve ruptura política? Revolução, guerra ou troca de governantes, através de processos eleitorais democráticos? A resposta, evidentemente, é não. Nossa ditadura teve fim com um colégio eleitoral negociado e conciliado por militares e civis, que atestaram a candidatura do mineiro Tancredo Neves à Presidência da República, em 1985. Não chegou a tomar posse, logo após a sua morte, por motivo de doença, assumiu o seu vice, José Sarney, antigo político civil apoiador da ditadura e líder da ARENA, no Maranhão. Assim, nascia a Nova República, com todos os problemas e impasses para a consolidação democrática, seguindo uma política de pactuação, sem revanches e sem cortes. 50 anos depois, a memória frustrada dos que sobreviveram à tortura e dos parentes das vítimas de assassinatos e desaparecimentos, reclama e clama por verdade e justiça.

busca de forjar heróis que identifiquem o povo com a república, centrada na noção do otimismo das três raças, ou no mito da mestiçagem, que nos identifica como nação.

Nessa luta de poder, muitos militares defensores da ditadura, ainda não desistiram ou agonizaram, buscando revidar a cada investida das Comissões de Verdade, cerca de 100 que se espalharam por todo o país. No dia 01 de abril de 2014, data que marcou os 50 anos do Golpe de 64, as Forças Armadas anunciaram a abertura da investigação para apurar a prática da tortura e mortes em sete unidades militares. Alguns meses depois, a apuração dos próprios militares sobre os crimes da ditadura resultou em mais frustração: «*Forças Armada silenciam sobre a tortura e assassinatos na ditadura*», matéria publicada pela *Folha de São Paulo*, em 19 de junho de 2014. Nessa matéria, o Exército, Marinha e Aeronáutica negam ter usado quartéis em desacordo com legislação da época. O jornal *Folha de São Paulo* reproduziu o trecho do Relatório do Exército sobre o DOI-CODI de São Paulo: «Não foram encontrados registros que comprovem o uso das instalações para fins diferentes dos que lhes tenham sido prescritos» (Caderno Poder, A-7). Em contrapartida, a Comissão Nacional da Verdade apontou 24 vítimas (15 torturados e nove mortos) em instalações militares, que foram objeto de sindicâncias internas.⁸ Em todos esses casos, o Estado brasileiro reconheceu a responsabilidade nos episódios e indenizou vítimas de familiares. Os relatórios emitidos pelas unidades investigadas (DOIs de São Paulo, RJ e Recife; quartéis da 1ª Campanha da Polícia do Exército Vila Militar, no RJ; 12º Regimento de Infantaria do Exército, em BH; Base Naval, da Ilha das Flores; e a Base Aérea do Galeão) são similares em seu conteúdo e afirmam não terem documentos que comprovem «desvios de finalidade». Os relatores citam legislação, documentos da época e realizam um longo histórico sobre as unidades, mas não abordam os casos de mortes e torturas.⁹

⁸A CNV foi instituída em 2012, após a Lei NO. 12.528/2011 ter sido sancionada no fim do ano anterior pela presidenta Dilma Rousseff. Instrumento criado pelo Estado para apurar violações aos direitos humanos entre 1946-1988. Sua atuação tem contribuído para consolidar ações de justiça de transição no Brasil.

⁹ Documentos oficiais dos EUA entregues ao governo brasileiro descrevem de forma minuciosa a prática da tortura empregada nas instituições militares. Ver matéria «*Documentos dos EUA mostram que país sabia de torturas da ditadura militar no Brasil*», publicada no *Jornal O Estado de São Paulo* em 02 de Julho de 2014. «Os documentos entregues pelo governo americano à Comissão Nacional da Verdade mostram que os diplomatas do país tinham conhecimento em detalhes das torturas praticadas nos porões do regime militar, mas pouco fizeram para evitá-las. (...) Apesar de não terem abandonados os tradicionais choques elétricos e o pau de arara, ‘uma nova, mais sofisticada pressão psicológica e física’ estava sendo usada para intimidar e apavorar os interrogados, (...) o que ficou conhecido como método inglês». Disponível em <http://politica.estadao.com.br/>. Acesso em 26/07/2014. Os documentos não contribuíram com os trabalhos da CNV, principalmente porque a maioria das informações apresentadas já foram mapeadas, com o uso de outros registros.

A atual historiografia brasileira também teceu considerações sobre o assunto. Os dados sistematizados merecem ser citados, mesmo quando geram questionamentos do ponto de vista da produção das fontes que sustentam a análise. Esses dados são capazes de responder a uma determinada memória imposta na sociedade brasileira, de que a violência só ocorreu durante o período da luta armada, o mal denominado «anos de chumbo». Estudo recente afirma que cerca de 50 mil pessoas foram presas somente nos primeiros meses de ditadura por motivação política. Durante vigência do regime cerca de 20 mil presos foram submetidos a torturas físicas, uma quantia desconhecida de mortos em manifestações públicas, cerca de 400 mortos e desaparecidos políticos; 7.367 indiciados e 10.034 atingidos na fase de inquérito, totalizando 707 processos judiciais, 4 condenações à pena de morte, 130 banidos, 4.862 cassados, 6.592 militares atingidos, além de número significativo de exilados, camponeses e indígenas assassinados. (Teles, 2005: 15).

Não é difícil supor que os livros de denúncia da tortura constituem o maior conjunto memorialístico e merecem ser analisados como peças de combate pela memória de um passado que muitos querem esquecer. Quando também, outros ainda insistem em lembrar com ações e construções de narrativas sedimentadas no dever de memória. Algumas delas foram publicadas primeiramente no exterior, outras circularam de forma clandestina e restrita, com edições nem sempre bem elaboradas. Outras se tornaram livros com alta tiragem, concretizadas em várias edições, ganhando o estatuto de verdadeiros *best-seller*. Mas esse alcance não se deve exclusivamente ao talento do escritor, provocando o encantamento da leitura ao narrar a sua experiência. O modelo como se organiza a difusão dos livros em uma sociedade, e das redes de sociabilidades que se sucedem, merecem também alguns comentários. No Brasil, em meados da década de setenta ocorreu uma rápida expansão do mercado editorial. As editoras já estabelecidas, como a Civilização Brasileira, a Brasiliense, Vozes e a Paz & terra, ousaram ao publicar obras de opositores, assumindo o risco da repressão que se impôs. Surgiram novas editoras comprometidas com esse perfil, entre elas Codecri, Global, Alfa-Omega, Debates, Kairós, entre outras.

Márcio Moreira Alves, ainda em abril de 1964, foi o primeiro a denunciar a tortura do novo regime, publicando corajosos textos na imprensa que motivaram sua prisão, fato relatado por Heitor Cony quando dividiram a mesma cela em novembro de 1965. Em 1966, lança o livro pioneiro, *Tortura e Torturados*, RJ, Idade Nova, que

teve sua primeira edição proibida e recolhida. Um relato documental, composto de descrição de casos de torturas, conteúdo suficiente para sustentar o argumento de livro subversivo usado pelo governo Castelo para impugnar a candidatura a deputado federal do autor. No ano seguinte, 1967, a obra foi liberada pela justiça. Eleito deputado federal, proferiu um discurso na Câmara, em resposta a invasão da Universidade de Brasília, conclamando a juventude a não comemorar o 7 de setembro, o dia da Pátria. O discurso serviu de pretexto para edição do AI-5 em 13 de dezembro de 1968.

Ainda nessa década, outro texto importante, intitulado «Documento de Linhares», de 1969, produzido dentro da prisão, encaminhado às autoridades brasileiras, que não por acaso fizeram descaso do mesmo, e depois largamente divulgado no exterior, passou a incomodar a imagem do regime e motivar a luta contra a tortura no mundo. Mais tarde o texto originou a peça autobiográfica, intitulado *D. Linhares: Memorial da prisão política*, de Gilney Amorim Viana, Comitê Brasileiro de Anistia/Minas Gerais, relato de experiências de um autor ainda preso em 1979.

Na década seguinte, precisamente a partir de 1973/74, a luta de familiares dos presos, mortos e desaparecidos, organizando grupos em diversos Estados brasileiros, passaram a denunciar as torturas e as degradantes condições dos cárceres. Antes, porém, a ficção política cumpriu um papel relevante de denúncia da tortura frente ao recrudescimento da repressão. Em 1971, o romance político de Antônio Callado, *Bar Don Juan – autocrítica da luta armada*, realizou uma avaliação dos impasses dos grupos armados.¹⁰ Em 1973, Lygia Fagundes Telles, no capítulo seis da obra *As Meninas*, reproduziu uma carta de um preso político, denunciando a tortura.¹¹ No campo ainda da ficção política, podemos destacar em 1975, *Zero: romance pré-histórico*, de autoria de Ignácio de Loyola Brandão, lançado primeiro na Itália e logo proibido no Brasil, liberado apenas em 1979, com a decretação da anistia e retorno dos exilados.

¹⁰ Os romances políticos de Callado engajam-se na utopia da revolução brasileira sempre pelo viés autocrítico e da derrota anunciada: *Quarup* (1967), *Bar Don Juan* (1971), *Reflexos do Baile* (1976) e *Sempre-viva* (1981).

¹¹ Entrevista realizada por SUCUPIRA, Elizabeth. *O engajamento de Lygia Fagundes Telles*. Disponível em: <http://www.portalliteral.com.br/artigos/o-engajamento-de-lygia-fagundes-telles> e datado de 01/02/2005. Acesso em 25/06/2014.

Em 1976, dois romances, entre outros, são considerados de resistência: *A Festa*, de Ivan Ângelo, representação de uma crítica social mais ampla ao regime, e *Quatro-Olhos*, de Renato Pompeu, exploração do fenômeno da «loucura» como resultado da máquina repressiva.¹² Mas, do ponto de vista da denúncia da tortura, podemos considerar como um dos importantes romances políticos do período, *Em Câmara Lenta*, 1977, de Renato Tapajós. O autor apresenta cenas de prisão e bárbara tortura vivida por sua companheira, quando ambos eram militantes da organização revolucionária Ala Vermelha. O trauma da execução dela em estabelecimento militar, em 1972, é repetido incessantemente na narração, como forma de relatar a sua própria prisão e também morte sob tortura de tantos outros. Narrar as ruínas e o desmoronamento do projeto político revolucionário de sua organização transformou-se no compromisso de atualizar a memória dos que sobreviveram e falar em nome dos mortos, representando, nesse ato, uma centelha de vida que ainda pulsa, mesmo considerando a proibição do romance e todas as suas repercussões a posteriori.¹³ Em 1977, outro livro, de autoria de Rodolfo Konder, *Cadeia para os Mortos, História de ficção política*, narra cenas de torturas vividas por ele. Do mesmo autor, temos um ano depois, em 1978, *Tempo de Ameaça, Autobiografia política de um exilado*, momento em que o autor rememora a experiência do exílio.

A produção poética voltada a denunciar as violações nos cárceres pede uma análise apurada. Aqui, referenciamos apenas *Poemas do Povo da Noite*, livro de Pedro Tierra, pseudônimo de Hamilton Pereira da Silva, publicado antes na Espanha e depois no Brasil. Como principal expoente da poética encarcerada, *Inventário de Cicatrizes*, de Alex Polari, escrito na prisão em 1978. Nele, o autor apresenta cenas de torturas e reflexões sobre o sentido da luta armada. Polari nasceu em João Pessoa, em 1951, militante da VPR, Vanguarda Popular Revolucionária, participou do

¹² No entanto, para obter uma visão de conjunto da literatura política do período e de romances considerados de resistência, consultar Franco, R. (2003), «Literatura e Catástrofe no Brasil: Anos 70» (p. 351-370) in Seligmann-Silva, M. (org.), *História, Memória e Literatura: o Testemunho na Era das Catástrofes*. Campinas, São Paulo: UNICAMP. Além desse artigo, temos o livro, também de sua autoria, intitulado *Itinerário Político do romance pós-64: A Festa*. SP: UNESP, 1998.

¹³ A história de sua militância e do livro foi recuperada em vários trabalhos acadêmicos. Entrevista com Renato Tapajós e análise da obra pode ser lida em Silva, M.A. (2008), *Os Escritores da Guerrilha Urbana. Literatura de testemunho, ambivalência e transição política (1977/1984)*. SP: Annablume; Fapesp, além do trabalho mais específico de Maués, E. (2008), *Em Câmara Lenta, de Renato Tapajós: A história do livro, experiência histórica da repressão e narrativa literária*. Dissertação (Mestrado em História) - Departamento de História da Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade de São Paulo (FFLCH-USP). Ver também Franco, R. *op. cit.* pp. 351-370.

sequestro do embaixador alemão, nos anos 70, preso no DOI-CODI em 1971, e barbaramente torturado. Polari sobreviveu para denunciar ao próprio Tribunal Militar o assassinato de Stuart Angel, retratado no poema «Canção para Paulo», (filho da estilista Zuzu Angel, também assassinada pelo regime após a sua intensa luta em busca do paradeiro do filho e denúncia da ditadura no país e no exterior). As torturas que Polari sofreu e presenciou foram expostas em um dos seus poemas mais celebrados «Amar em Aparelhos».¹⁴

Os livros de não ficção também somam a estes, como por exemplo, em 1972, o *Livro Negro da Ditadura Militar*, dossiê de violações produzido pela Ação Popular Marxista-Leninista com circulação muito restrita, já que a publicação era clandestina e nem recebeu tratamento editorial para fins de um público mais amplo. Interessante que os militares também produziram um documento denominado o *Livro Negro do Terrorismo no Brasil*, com 996 páginas, divididos em dois volumes e que reúne textos de militares mantidos até então em sigilo. O livro, organizado pelo Centro de Inteligência do Exército, o CIE, dá a versão oficial das Forças Armadas para os «anos de chumbo» e resultou em pistas importantes sobre o destino dos desaparecimentos. Revela que pelo menos 23 das 135 pessoas desaparecidas durante a vigência do regime foram mesmo mortas, incluindo o caso de Rubens Paiva.¹⁵ Mas antes dos militares, um livro corajoso, datado de 1974, *Oposição no Brasil Hoje*, com pronunciamentos políticos de Marcos Freire, advogado e deputado federal pelo MDB, deve ser considerado a primeira publicação que remete ao famoso caso do desaparecimento do deputado federal Rubens Paiva.¹⁶

¹⁴ O esclarecimento do caso de assassinato, seguido de desaparecimento de Stuart Angel, parece ter chegado ao fim com o depoimento do capitão reformado Álvaro Moreira de Oliveira Filho, 89 anos, concedido a CNV em dezembro de 2013, afirmando que o corpo do militante desaparecido, em 1971, foi ocultado na Base Aérea de Santa Cruz, localizada na zona oeste do Rio de Janeiro. Os Comissários consideram o depoimento do militar verossímil, mas acham difícil realizar buscas no local. Maiores detalhes ver: «Stuart Angel foi enterrado no Rio, diz capitão». FSP, 10 de junho de 2014. Caderno Poder A-11.

¹⁵ Informação extraída da matéria «O Livro Negro da Ditadura», publicada pela *Revista Isto É*, em 25 de abril de 2007, reportagem de autoria de Hugo Studart. P. 54-56.

¹⁶ Caso também já esclarecido pela CNV. Consultar a matéria «Justiça abre ação no caso Rubens Paiva», FSP, 27 de maio de 2014 – Caderno Poder – A-11, em que cinco militares serão processados pela morte do deputado, desaparecido desde sua prisão pela ditadura, em 1971. Tal atitude surge no contexto de pressões para revisão da Lei da Anistia. Sobre isso ver a matéria importante também divulgada em primeira página pelo jornal A Folha de São Paulo no dia 31 de março de 2014, data da antevéspera do golpe de 64, 50 anos depois, «6% apoiam revisão da Anistia, diz Datafolha». O conteúdo da pesquisa realizada pelo instituto Datafolha detalha que 54% querem julgar quem realizaram atentados, e 46%, os torturadores.

A partir de 1975 a 1980, com o início do processo de «Política de Abertura», promovido pelo governo do general Ernesto Geisel, notamos uma espécie de «surto memorialístico», especialmente ocasionado com o abrandamento da censura e pela Campanha da Anistia em 1977/78/79, permitindo uma proliferação de peças com características autobiográficas. Somando-se ao conjunto três livros de Frei Betto: *Cartas de Prisão* de Frei Betto, 1977; *Das Catacumbas: cartas de prisão, 1969-71* e *Cantos na Fogueira*, ambos publicados em 1978. Com esses escritos, os dominicanos expuseram-se ao público e, mesmo sem qualquer palavra contundente de acusação, denunciaram a condição de presos políticos que haviam vivido. As cartas enfatizam a prática da tortura aplicada a eles e aos companheiros de cela, as greves de fome para reivindicar melhores condições carcerárias e o cotidiano das relações entre presos políticos e presos comuns. As cartas são fragmentos dessa experiência na prisão. Ainda não era o momento das veementes denúncias que marcaram sua obra publicada em 1982, *Batismo de Sangue*, que virou um clássico do gênero e inspirou um filme, do mesmo nome, exibido nas salas de cinema em 2007. (Cardoso, 2012: 201). Frei Betto reproduz no livro o dossiê que procurou reunir provas documentais para denunciar um dos casos mais terríveis de tortura aplicados a um preso político, trata-se do «*Dossiê Frei Tito*». Outro livro reportagem importante é *A sangue-quente: A morte do jornalista Vladimir Herzog*, publicado originalmente no jornal alternativo EX, em novembro de 1975, de autoria do jornalista Hamilton Almeida Filho. O objetivo foi desmontar a versão do suicídio através de um relato dos principais fatos que conduziram e seguiram com a morte do jornalista Vlado Herzog nas dependências do DOI-CODI de São Paulo.¹⁷

As fortes limitações da Lei da Anistia de 1979 frustraram as expectativas dos opositores do regime, permanecendo a luta de versões, visões e ficções, justificadas até hoje como dever de memória contra o esquecimento. Não obstante a esse compromisso político, notamos um maior dinamismo do mercado editorial, já que o sucesso de «obras de esquerda» passou a agradar cada vez mais o público-leitor, ávido em ouvir dos próprios participantes da luta armada a sua versão sobre a

¹⁷ Dezesesseis números do periódico *Ex* foram às bancas. O jornal mensal foi produzido entre 1973 e 1975, e teve vários exemplares recolhidos pela ditadura militar. O último número, «*Liberdade, liberdade, abre as asas sobre nós*», revela o assassinato do jornalista Vladimir Herzog, em outubro de 1975. Esta edição vendeu 50 mil exemplares, e foi a que levou ao encerramento da publicação. A reunião das publicações é uma iniciativa da Imprensa Oficial do Estado de São Paulo e do Instituto Vladimir Herzog, disponível no site <http://www.imprensaoficial.com.br/jornalex/>. Acesso em 02/07/2014.

história censurada. Memórias subterrâneas vieram à tona (Pollack, 1989). Nesse ano de 1979, temos a publicação de *Desaparecidos políticos: Prisões, sequestros, assassinatos*, organizados por Reinaldo Cabral e Ronaldo Lapa – Centro Brasileiro Anistia/RJ – espécie de dossiê; *Tortura: A história da repressão política no Brasil*, do jornalista Antônio Carlos Fon, originalmente publicado no formato de uma reportagem para a Revista Veja, trazendo a novidade em denunciar a tortura como prática «científica». Logo após a publicação, temos o enquadramento de Fon na LSN (Lei de Segurança Nacional).¹⁸ Completa a série, mais um livro sobre o caso Herzog, jornalista morto em 1975, *Dossiê Herzog: Prisão, tortura e morte no Brasil*, de Fernando Pacheco Jordão, livro reportagem que narra a farsa do assassinato e o movimento social pelo esclarecimento de sua morte. Vários escritos sobre o caso Herzog proliferaram ao longo dos 50 anos, um dos livros mais recentes, lançado em 2012, de autoria de Audálio Dantas, *As duas guerras de Vlado Herzog*. editora Civilização Brasileira, recebeu também o importante Prêmio Jabuti de 2013, em sua categoria.

Voltando à ficção, os antigos exilados continuaram expressando a violência perpetrada pelo Estado. Entre eles, citamos dois livros de Reinaldo Guarany, *Fornos Quentes*, publicado no Brasil em 1978, quando o seu autor continuava exilado na Suécia, negociando, dois anos antes do seu retorno, a editoração do livro com a Alfa-ômega de São Paulo. O segundo livro, publicado em 1984, *A Fuga*, não obteve tanto sucesso editorial, talvez porque denunciar a tortura já não era mais impactante e nem despertava a curiosidade do público leitor. Temos ainda o texto *A fábrica de chocolate*, peça teatral de Mário Prata, encenada em SP, em 1979, por Ruy Guerra, em que cenas de tortura são reproduzidas com toda a sua crueza no palco. O movimento autobiográfico seguiu com diversas publicações: *Milagre no Brasil*, de Augusto Boal; *Nas profundezas do inferno*, de Augusto Porner, premiado na Itália em 1978, mas publicado no Brasil só em 1979; *Confesso que peguei em armas*, de Pinheiro Salles; e *Esquerda armada: testemunhos dos presos políticos do Presídio Milton Dias Moreira no RJ*, organizado por Luzimar N. Dias.

¹⁸ Antônio Carlos Fon é um jornalista engajado em vários atos, movimentos, mobilizações contra a tortura. Participou como depoente no documentário, *Cidadão Boilesen*, de 2009, destinado a expor os vínculos entre militares e empresários, empreiteiros da tortura em São Paulo, especialmente na estruturação da OBAN, Operação Bandeirantes, fundada em 1969. Outras informações sobre ele e o livro podem ser extraídas do artigo: Maués, F. (2009), «A tortura denunciada sem meias palavras: um livro expõe o aparelho repressivo da ditadura» in Santos, C. et al. *Desarquivando a Ditadura: Memória e Justiça no Brasil*. São Paulo: Hucitec. pp.110-134.

Apesar da lista ser bem mais extensa do que os livros já destacados, incluindo várias publicações no exterior¹⁹, referenciamos quatro autores, de menor ou maior sucesso editorial, que influenciaram uma geração de leitores na perspectiva da autocrítica, bem como da autoafirmação dos valores do passado no presente. Trata-se dos ex-guerrilheiros e antigos exilados, Fernando Gabeira, *O Que É Isso Companheiro?* (1979). O livro venceu o Prêmio Jabuti de Literatura na categoria memórias em 1980 e foi transformado em filme pelo cineasta Bruno Barreto em 1997. Escreveu ainda *Crepúsculo do Macho* (1980) e *Entradas e Bandeiras* (1981). Alfredo Syrkis, *Os Carbonários: Memória da Guerrilha Perdida* (1980). A 14ª edição foi revista, em 1998, e uma edição de bolso foi lançada em 2002, além de *Roleta Chilena* (1981). Os seus relatos guiam-se pelo viés do rompimento passado/presente, compreendendo a «manifestação de derrota» dos projetos revolucionários. Adeptos dos movimentos libertários realizaram a autocrítica da luta armada e da esquerda tradicional. Do ponto de vista da permanência do valor da luta e da resistência armada ou não a ditadura, temos os livros já citados de Frei Betto, especialmente o *Batismo de Sangue* (1982) e do ex-padre português, Alípio de Freitas, *Resistir é Preciso: Memória da Morte Civil no Brasil*, (1981), que oscilam entre o heroísmo revolucionário e o desejo do testemunho, estabelecendo uma relação de continuidade entre passado/presente. O combate pela memória de Betto e Freitas espelha uma luta de resistência e autoafirmação dos ideais revolucionários socialistas do seu tempo (Cardoso, 2012: 199).

À guisa de conclusão, afirmamos que esse conjunto de memórias que denunciaram a repressão representa um exercício de explicação histórica a respeito da identidade que se abandonou. O significado delas emerge no interior da dimensão temporal e o sentido atribuído aos acontecimentos passados foi produzido depois deles terem se dado. A narrativa que produz não é exclusivamente sua, mas

¹⁹ Alguns livros de denúncia da tortura e da repressão no Brasil editados no exterior são: *Brasil: Tortura, represión y muerte. La represión como instrumento de poder del gobierno de Brasil*. Caracas, Ediciones Bárbara, 1970; «*Pau de Arara*» – *La Violence Militaire au Brésil*. Paris, François Maspero, Cahiers Libres, 1971; Alarcon, Rodrigo. *Brasil: represión y tortura*. Santiago de Chile, Orbe, 1971; «*Pau de Arara*» – *La Violencia Militar en el Brasil*. Ciudad de Mexico, Siglo XXI, 1972 (Informação extraída da COMISSÃO de Familiares de Mortos e Desaparecidos Políticos. *Dossiê Ditadura: Mortos e Desaparecidos Políticos no Brasil (1964-1985)*. São Paulo, IEVER/Imprensa Oficial, 2009. p. 260, esta obra foi organizada por Bernardo Kucinski, Ítalo Tronca e Luiz Eduardo Merlino); Biocca, Ettore. *Estratégia do terror: A face oculta e repressiva do Brasil*. Lisboa, Iniciativas Editoriais, 1974; Bimbi, Linda. *Brasile, Violazione dei Diritti dell'Uomo. Dossiê do Tribunal Russel II*. Milão, Feltrinelli, 1975; *Dos presos políticos brasileiros: Acerca da repressão fascista no Brasil*. Lisboa: Maria da Fonte, 1976.

reveladora da experiência de vários outros. O viés ideológico, centrado na condenação do regime autoritário oscila entre o heroísmo revolucionário e a autocrítica/ruptura com o passado. Alguns autores aspirantes ao poder, elaboraram distintos projetos de revolução que visaram derrubar a ditadura através da luta de guerrilhas. Mas no geral, o sentido do estatuto da memória e do seu discurso é o de luta de resistência contra o esquecimento, capaz, portanto, de informar, influenciar e «despertar a memória». Constituindo uma moldura de crônicas com pretensões historicista/documental/analítica e interpretativa em que imaginário e real se interpenetram, tensionada pela relação história-mídia--memória.

Referências

- Alves, M.A. (2005), *Estado e oposição no Brasil (1964 – 1985)*. Bauru, São Paulo: EDUSC.
- Arns, D.P. *Prefácio* (1985). *Brasil: Nunca Mais*. Petrópolis, Vozes.
- Cardoso, L. (2022), *Militarismo e democracia no Brasil: 1964 entre velhos e novos combates*. In: Livia Diana Rocha Magalhães, José Alves Dias, Cláudio Eduardo Félix dos Santos. (Org.). *Memória, ditadura e sociedade: educação e epistemologia da história*. 1ed.São Carlos, São Paulo: Pedro & João Editores, v. , p. 251-276.
- Cardoso, L. (2014), *Revolução e resistência: historiografia e luta armada no Brasil*. Universidade do Porto. *Revista da Faculdade de Letras. Série de História*, v. 4, p. 33-49.
- Cardoso, L. (2012), *CRIAÇÕES DA MEMÓRIA: Defensores e Críticos da Ditadura (1964-1985)*. 1. ed. Cruz das Almas: Editora da UFRB, v. 1. 248p .
- Cardoso, L. (1994), *Construindo a memória do regime de 64*. In: *Revista Brasileira de História*. São Paulo: ANPUH/Marco Zero, vol.14, nº 27, 1994, pp. 179-196.
- Fico, C. (2017), «Ditadura militar brasileira: aproximações teóricas e historiográficas». *Revista Tempo e Argumento*, 20, p. 05-74.
- Fico, C. (2004), «*O estado da arte*». In: *Além do golpe: versões e controvérsias sobre 1964 e a Ditadura Militar*. Rio de Janeiro: Record, p. 15-67.
- Gaspari, E. (2002 a 2004). *As Ilusões Armadas: A ditadura Envergonhada, A Ditadura Escancarada, A Ditadura Derrotada, A Ditadura Encurralada*. Coleção As Ilusões Armadas. São Paulo: Cia. das Letras, 4 volumes.

- Hollanda, H. & Gonçalves M.A. (1979). «*Política e Literatura: A Ficção da Realidade Brasileira*». In: Anos 70 vol. 2 - Literatura. Rio de Janeiro, Europa Gráfica e Editora, pp. 7 - 79.
- Loff, M. (2000), «*Esquecimento, revisão da História e revolta da memória*», In DELGADO, Ivã, LOFF, Manuel; CLUNY, Antônio; PACHECO, Carlos; MONTEIRO, Ricardo (Eds.), *De Pinochet a Timor Lorosae. Impunidade e Direito à Memória*. Lisboa: Fundação Humberto Delgado/Edições Cosmos, pp. 189-202.
- Martins Filho, J.R. (2002), *A guerra da memória: a ditadura militar nos depoimentos de militantes e militares*. Varia História. UFMG, 28, pp. 1-18.
- Pollak, M. (1989), «Memória, esquecimento, silêncio», *Estudos Históricos*, 3, pp. 3-15.
- Reimão, S. (2001), *Repressão e Resistência: Censura a livros na Ditadura Militar*. SP: EDUSP/FAPESP.
- Rodeghero, C. (2006), «Os historiadores e os estudos sobre o Golpe de 1964 e o regime militar no Brasil», *Revista L'Ordinaire Latino-Americano*, 203, pp. 93-123.
- Rolleberg, D. e Cordeiro, J. (2021), «*A História vigiada*» in Por uma revisão crítica. Salvador, Ed. Sagres.
- Rolleberg, D. e Quadrat, S. (2010), *A Construção Social dos Regimes Autoritários*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Reis Filho, D. (1997), «Um passado imprevisível. A construção da memória da esquerda nos anos 60». in Reis Filho, D. et al. *Versões e Ficções: O Sequestro da História*. SO: Perseu Abramo, pp. 31-45.
- Sarlo, B. (2007), *TEMPO PASSADO: Cultura da Memória e Guinada Subjetiva*. São Paulo: CIA das Letras, Belo Horizonte, UFMF.
- Seligmann-Silva, M. (2003), «Reflexões sobre a Memória, a história e o Esquecimento»; «O testemunho: entre a Ficção e o Real» in Silva, M. (orgs). *História, Memória e Literatura: o Testemunho na Era das Catástrofes*. São Paulo: Ed. Da UNICAMP, pp. 59-88 y pp. 371-386.
- Schmidt, B. (2007), «Cicatriz aberta ou página virada? Lembrar e esquecer o golpe de 1964 quarenta anos depois», *Revista Anos 90*, 26, pp. 127- 156.
- Teles, J. (2005), *Os Herdeiros da Memória: a luta de familiares de mortos e desaparecidos políticos no Brasil*. Dissertação de Mestrado, FFLCH-USP.

Uno de los suyos. La verdadera historia de un personaje de Max Aub

Almudena Doncel López
(IES. Salvador Allende. Fuenlabrada)
Fernando Hernández Sánchez
(Universidad Autónoma de Madrid)

Introducción

En la colección de escritos agrupada en la revista *Sala de Espera*, Max Aub publicó entre 1948 y 1951 una serie de textos cuya temática abundaba en la reflexión sobre la guerra civil y la situación de sus perdedores, que a muchos de ellos había llevado a desvincularse progresivamente de los ideales por los que habían luchado durante su juventud. Aub esperaba en el futuro verlos reunidos en formato de libro con el significativo título de *No son cuentos* (2004). El desencanto, la asunción de la derrota, la aclimatación al exilio y el desarraigo son algunos de los dolorosos temas que afectan a unos personajes torturados por sus propias contradicciones, aparecidos en los números 2, 3, 4, 7, 10, respectivamente. Todos ellos presentan diferencias significativas entre sí: el opresivo ambiente social en España que acecha a una expresa política que sale de cárcel y vuelve a su casa, reflejado en «La vuelta»; la delación como medio de vida en «A la deriva»; la irrespirable atmósfera de sospecha que lleva al suicidio a la protagonista de «La cárcel»; o la infiltración de un guardia civil en un grupo de maquis en «Los guerrilleros».

Entre todos ellos, destaca la singularidad de «Un traidor». Narra la trayectoria de un sujeto desde los prolegómenos de la guerra civil hasta el exilio en Francia, un personaje equívoco que acaba mostrando su faz más miserable en ese último periodo. Lo que podría pasar por un bosquejo, uno más, de los personajes que Aub perfiló en sus relatos a modo de continuación de su gigantesco friso, *El laberinto mágico*, adquiere otra lectura si cotejamos los datos del supuesto tipo de ficción con los de uno de los responsables de la mayor caída de la organización interior del Partido Comunista de España (PCE), acaecida entre abril y mayo de 1947. El Luis González Merino de Aub guarda inquietantes y numerosas similitudes con Luis González Sánchez, probable agente de policía infiltrado en las filas comunistas.

Los que se dieron la vuelta.

Entre 1946 y 1947, el PCE sufrió una de sus mayores debacles bajo la dictadura franquista. Una infiltración policial exitosa que afectó a su cúpula llevó a la desarticulación prácticamente completa de la organización, a la detención de sus principales dirigentes en el interior del país y a la condena, ejecución o largas penas de cárcel para muchos de ellos. Los autores de la operación fueron dos jóvenes recientemente venidos de Francia, de donde habían llegado con credenciales de resistentes pero que, una vez en España, se pusieron al servicio de la Brigada Social y de su más caracterizado agente, el policía Roberto Conesa. Sus nombres eran José Tomás Planas, cuyo alias de guerra era «el Peque» y Luis González Sánchez, conocido en la clandestinidad como «el Rubio» (Hernández Sánchez, 2015: 223).

José Tomás Planas, secretario del Comité Nacional de la JSU, contaba entonces veinticinco años y pertenecía al partido desde septiembre de 1938. Natural de Altorricón (Huesca), comenzó a militar en los pioneros en 1932, con once años. A los quince, intervino en representación de esta organización en tres mítines de la campaña de febrero de 1936. En octubre de 1937, fue incorporado a la sección de propaganda del comisariado y poco tiempo después se le responsabilizó del trabajo de la Juventud Socialista Unificada (JSU) en la XIII Brigada y, posteriormente, en la 35 y la 56 División. Cruzó la frontera francesa el 9 de febrero de 1939, siendo internado en el campo de Argèles. Pasó por Gurs y acabó en la 147 Compañía de Trabajadores Extranjeros (CTE). En febrero de 1941 marchó a Perpiñán con documentación falsa. A principios de 1944, fue responsabilizado por la comisión en Francia de la JSU del servicio en un sector del aparato de pasos. Para encubrirlo, organizó un *chantier* forestal como punto de apoyo «que servía de guarida a los camaradas que escapaban de cárceles y de los alemanes, así como punto de apoyo de los camaradas que pasaban a España». Es decir, controló un lugar que proporcionaba información vital sobre quiénes cruzaban la frontera. Tenía nueve guías bajo sus órdenes. La ruta clandestina en su demarcación partía de tres lugares distintos de Toulouse: el Hotel Ruta de España, donde «no se hacía ficha ni nombre»; el Hospital Varsovia o el Hotel de la calle Gran Bretaña. En septiembre de 1944 asumió la secretaría general de la Juventud Combatiente. Ignacio Gallego dijo de él: «Este camarada siente un gran cariño hacia la Juventud y hacia el Partido. Siempre ha manifestado un gran deseo de trabajar en España y reúne buenas condiciones para el

trabajo clandestino por su firmeza y por su carácter prudente».²⁰ Lo decía seguramente con profunda autosatisfacción: ambos constituían el paradigma del nuevo dirigente estalinista, sin biografía comprometedora, sin tacha de desviacionismo.

«El Rubio»: literatura y realidad

Al otro traidor, Luis González Sánchez, lo encontramos en dos fuentes de distinta naturaleza, pero asombrosamente complementarias: la autobiografía elaborada para la Comisión de Cuadros del PCE, fechada el 18 de julio de 1945, trasladada a la dirección por un desconocido instructor de la Escuela de Formación radicada en Toulouse²¹ y el texto del cuento de Max Aub. Hemos procedido a un cotejo de ambas para señalar las coincidencias. Luis González Sánchez dijo haber nacido en Madrid el 13 de enero de 1922, pero es probable que la fecha no sea cierta. Dado que afirmó haber estudiado «cuatro años» en la Escuela de Comercio de Madrid, donde se ingresaba a los doce, y que dejó los estudios en julio de 1936, su verdadero natalicio debería remontarse, al menos, a 1920. La Escuela de Comercio se reveló, por cierto, como un fértil vivero de reclutamiento para la policía: varios inspectores de la Brigada Político-Social (Saturnino Yagüe, futuro Comisario Jefe, y Ramón Piñeiro, Director General de Seguridad) y algún agente de los servicios de información del Ejército, la 2ª Sección Bis cursaron estudios allí. El paso siguiente era la preparación de las oposiciones a policía en la Academia Reus de la Puerta del Sol, con residencia incluida para alumnos procedentes de provincias en la calle del Correo (Hernández Sánchez, 2018: 139).

Luis González Sánchez dijo haber militado en la Federación Universitaria Española (FUE) e ingresado en ella en agosto de 1936. Otro cuadro del PCE, preso en los años 40 en el penal de Burgos, Mariano Peña, compañero de estudios, le recordó como esquirol en las huelgas estudiantiles.²² Por su parte, Max Aub escribe que iba para inspector, probablemente de tasas y tributos y que entró a trabajar en el Banco de Bilbao. Antes de la guerra, dice Aub, «la Casa del Pueblo le llenó de una ilusión nueva, tenía fácil la palabra y se descubrió talento de orador». Tanto Aub como el instructor del PCE coinciden en señalar que Luis González era un excelente

²⁰ Archivo Histórico del PCE (AHPCE), Informes de camaradas, jacq. 1015 «Tomás Planas, José».

²¹ AHPCE, Informes de camaradas, jacq. 848 «González Sánchez, Luis».

²² AHPCE, Represión franquista, jacqs. 320-379. «Peña Hernando, Mariano».

orador, un «pico de oro» en el lenguaje de la época. Ahora bien, si estaba sindicado en la UGT antes de la guerra, ya no era un mero estudiante, lo que plantea de nuevo la veracidad de su edad. Su relato para la Comisión de Cuadros no hace sino confirmar las sospechas. Es cierto que sería menor cuando pasó la frontera en 1939, puesto que tendría menos de veintiún años, como lo es que se había incorporado al ejército republicano en julio de 1938, coincidiendo con la batalla de Ebro. Si hubiese pertenecido a la Quinta del Biberón, cuyos miembros fueron movilizados con dieciséis, de julio a finales de octubre de 1938, seguramente lo habría señalado al ser un timbre de distinción. No lo hizo.

Max Aub lo describe como rubio y con ojos azules, «muy blanco, con un tinte enfermizo que ninguna dolencia específica justificaba». Era un hombre enjuto y delgado, con los labios poco marcados, miope. En el informe del PCE, se refieren a él con el alias de «el Rubio». Consuelo Peón, responsable de la Unión de Muchachas que trabajó con él en la clandestinidad, le describió como «de mediana estatura, muy rubio, pelo algo rizado y siempre llevaba gafas ahumadas». Es probable que el color de su cabello fuese tan llamativo que se tiñera para disimularlo.

El instructor del PCE dijo de él que era «un poco niño listo». Max Aub le caracteriza como «un poco redicho». Coinciden ambos textos en que era hijo único, de padres mayores, vallisoletano él, extremeña ella, que regentaban, con grandes estrecheces («a fuerza de lacerías»), un comercio de tejidos en la calle de Atocha. Luis González señala la condición «proletaria y pequeño burguesa» de la familia como un reveladora de esa modestia económica. Hay que decir que, de acuerdo al ambiente de la época, se tendía a reivindicar un origen popular o proletario y disimular en lo posible las raíces burguesas familias en este tipo de biografías o autobiografías. Según Aub, los padres no deseaban que el hijo se casara. En la biografía de Comisión de Cuadros, Sánchez dice de sí mismo que estaba soltero. Aub añade también que, antes de la Escuela de Comercio, estudió en los Escolapios. En los años treinta, había dos escuelas de esta orden en Madrid: las Escuelas Pías de San Antón de calle de Hortaleza y las Escuelas Pías de San Fernando, sitas en Mesón de Paredes, donde cursó sus primeros estudios Arturo Barea.

Max Aub no dice nada acerca de la militancia política de Luis González durante la guerra. Todos los datos relativos a este periodo provienen de la propia autobiografía del «Rubio». Desde agosto de 1936 participó en la creación de movimiento Alerta, constituido por muchachos en edad premilitar (16-18 años) con

funciones de protección civil –ayuda a la evacuación, señalamiento de refugios, avisos preventivos de bombardeos. Según su autobiografía, fue instructor de la escuela nº 31 de Alerta en Madrid. Este movimiento formaba parte del conglomerado político de la JSU. También afirmó haber pertenecido al Socorro Rojo Internacional y a los Amigos de Unión Soviética. Tal plétora de carnés indica la necesidad de protegerse. Todos ellos tenían fecha posterior al 18 de julio de 1936. Según para qué actividad tenía preparado un documento, una conducta propia de los emboscados (Hernández Sánchez, 2010: 293).

En enero de 1938 se afilió al PCE. Si la fecha de nacimiento que da Luis González fuese cierta, habría ingresado en el partido adulto a la edad de dieciséis años, algo muy infrecuente ya que la promoción desde la Juventud se efectuaba habitualmente entre los veintiuno y los veinticinco. Baste pensar que dirigentes muy significados como Santiago Carrillo o Fernando Claudín lo hicieron a los veintiuno y a los veintitrés, respectivamente. Si según Max Aub, Luis González estuvo en la columna del coronel Julio Mangada en julio de 1936, combatió en la Ciudad Universitaria y alcanzó el grado de capitán, la duda sobre su edad dejaría de ser razonable para convertirse en certeza: nadie con catorce o dieciséis años podría haber ostentado aquella graduación. Nuestra conclusión es que se fabricó una autobiografía ficticia en la convicción de que la mayor parte de quienes hubieran podido dar datos sobre él durante aquel periodo ya no podrían hacerlo.

Según su propio testimonio, Luis González Sánchez desarrolló una intensa actividad política entre 1936 y 1938. En enero de 1938 estuvo en la Escuela de Cuadros de la JSU del Comité Provincial de Madrid. Fue secretario general del Círculo Estudiantil Lenin, secretario de agitación y propaganda, de cuadros y del sector Oeste de la JSU de Madrid, profesor de la Escuela del Ejército y secretario general de la Juventud en la XIV Brigada y en la 45 división, con la que cruzó la frontera en febrero de 1939. Estuvo en distintos campos: Saint-Cyprien, Barcarès y Argelès. Comparando las versiones de Aub y la de la Comisión de Cuadros, hay un sorprendente grado de coincidencia en la descripción de las dos estancias en Saint-Cyprien, separadas por un intervalo que para Max Aub corresponde a una fuga y para Luis González a un traslado al campo de Barcarès.

Luis González Sánchez afirmó que, tras su salida de campo en enero 1940, enlazó con el PCE a través del secretario general de la 11/114 CTE, acantonada en el departamento del Aude, en la que permaneció hasta el armisticio del 21 junio. Desde

agosto del 1940 hasta julio de 1941, estuvo destacado en varios destinos ubicados en la zona del Gobierno de Vichy. La manera prolija de informar sobre sus actividades probablemente tenga que ver con el hecho de que, al existir testigos de ellas, tuviera la necesidad de ser más preciso. Contrasta su relato con los recuerdos de Mariano Peña, para quien Luis González «fue otro de aquellos con lo que se perdió contacto cuando los alemanes ocuparon Francia».²³

Luis González afirmó que desde agosto de 1940 hasta julio de 1941, se encontró destinado en el Parque Automovilístico de Saint Junien, región de Lemousin, departamento de Haute Vienne. En junio de 1941, al producirse la invasión alemana de la Unión Soviética, comenzó a desplazarse por el territorio de la denominada zona libre controlada por el Gobierno de Vichy. Por entonces, se integró en el destacamento 643 de los Grupos de Trabajadores Extranjeros (GTE) movilizadas por el gobierno colaboracionista y actuó como enlace entre ese grupo y la 644. Durante este periodo dijo haber estado un mes sin control del PCE por la detención de los camaradas de su grupo de trabajo, salvo dos o tres entre los que felizmente se encontraba él, manteniendo el contacto con el secretario general de la Compañía, Mariano Campos, que estaba en la cárcel. Citaba como avalista de sus actividades a un tal Ángel Segura, perteneciente al sector minoritario de la CNT proclive a colaborar con los comunistas. Este se encontraba en Urzeche, departamento de Corrèze, región de Lemosin.

Entre septiembre de 1941, fecha en que se disuelven las CTE, y enero de 1944 se retiró a una granja en el departamento de Haute-Vienne, entablando una relación con una mujer alsaciana, probablemente de habla alemana, como lo es la mujer con la que se empareja el personaje del cuento de Aub. Desde ese momento, las trayectorias divergen. El personaje del cuento, acaba en Marsella traficando con salvoconductos y delatando a los miembros de la red. Luis González Sánchez traficaba con cartillas de racionamiento de pan y Mariano Peña dijo que: «cuando se volvió a tener noticia de él en 1942, se supo que se había incorporado a un grupo de la *Armée Secret* (AS) de De Gaulle». Tal militancia contradecía su adscripción comunista, ya que la AS y la Agrupación de Guerrilleros Españoles (AGE) eran organizaciones muy diferentes en cuanto a ideología, estrategia y objetivos. Un rasgo constante de este periodo es que los grupos en los que estuvo encuadrado sufrieron

²³ AHPCE, Represión franquista, jacqs. 320-379. «Peña Hernando, Mariano».

detenciones de las que él, felizmente, siempre escapó. Desde marzo de 1944 hasta agosto de ese año, tras el desembarco aliado en Normandía, González Sánchez perteneció a un maquis de la Mano de Obra Inmigrada (MOI), sección de extranjeros del Partido Comunista francés y a la AGE hasta su desmovilización en julio de 1945.

Aseguró haber sufrido dos percances con los alemanes. El primero, en mayo de 1944, un registro a bordo de un tren, volviendo de una reunión con un grupo de los *Franctireurs Partisans Françaises* (FTPF), de adscripción comunista. El segundo, quince días más tarde, una detención a manos de la Gestapo, que le interrogó durante cuatro horas. Según él, una vez revisada la documentación, su edad y ser español fueron motivos suficientes para ser puesto en libertad. Semejante cúmulo de buena suerte debería haber alertado a su responsable en el PCE: en aquellos momentos en que los alemanes estaban llevando a cabo razias en pueblos enteros era muy difícil de creer que un «rojo español» pudiera salir indemne dos veces seguidas. Descartado un cúmulo de azar imposible de creer, la explicación es mucho más prosaica: para entonces, Luis González Sánchez ya se había convertido, como el Luis González Merino del cuento de Aub, en un traidor.

Trama con final dramático

La trayectoria de Luis González Sánchez en España la conocemos por los expedientes instruidos a raíz de las detenciones que entre abril y mayo de 1947 acabaron con el PCE en el interior. «El Rubio» se había convertido en la mano derecha de otro jovencísimo militante también entrenado en Francia, José Tomás Planas («el Peque»), secretario del Comité Nacional de la JSU. Integrados ambos en la troika de dirección comunista, mantuvieron frecuente contacto epistolar con Santiago Carrillo en su calidad de responsable de organización para el interior, prometiéndole lanzar una gran campaña conmemorativa del 14 de abril y del 1º de Mayo y una huelga general.

«El Rubio» cultivaba un aire de seductor. A ese carácter seductor contribuía, sin duda, un aspecto físico como el que evocaba Consuelo Peón. Esta veterana militante había caído presa en 1940 por formar parte del Comité Provincial de Asturias. Condenada a muerte y conmutada su pena por la de treinta años, cumplió condena en Ventas y Segovia hasta el 1 de marzo de 1946. A su salida, se incorporó por orden del partido al trabajo en la JSU en Madrid. Se encargó de organizar la

Unión de Muchachas (UDM) para ayudar al mantenimiento de la moral de los presos mediante el madrinazgo por correspondencia²⁴. Allí conoció a los recién llegados:

«Conocí a Luis y a Carlos (no sé cuáles son sus verdaderos nombres)²⁵, que según me enteré más tarde habían venido de Francia a organizar el partido y la JSU. Eran, Carlos [«el Rubio»] de mediana estatura, muy rubio y pelo algo rizado, siempre llevaba gafas ahumadas y Luis [Tomás «el Peque»] algo más bajo, pelo rizado y castaño, tez más bien morena, cara muy menuda y unos ojos oscuros muy vivarachos. Luis parecía que se movía mucho y tenía entusiasmados a los que le conocían. Decían que si hubiera unos cuantos como él, todo marcharía sobre ruedas. Era, según ellos, muy inteligente y de una actividad asombrosa».

El estilo untuoso y condescendiente no funcionaba con mujeres como Consuelo –«[Luis] me dijo, como siempre, frases de halago que a mí me sabían a cuerno quemado»-más preocupadas por la marcha eficaz de la organización que por los requiebros: «Las cosas no marchaban. Yo observaba mucha desorganización, no hacían más que mover gente nueva y vengan citas y más citas, pero no se concretaba nada».

En contraste con la carencia de trabajo práctico, más allá de la edición rutinaria de *Mundo Obrero* y *Juventud*, «El Rubio» desbordaba de un activismo grandilocuente y con unos planteamientos temerarios. En una reunión del sector Norte de la Juventud, en octubre de 1946, propuso el despliegue de una campaña de sabotajes y colocación de bombas. «La JSU estaba organizando unos grupos de acción, el del sector Norte era bastante numeroso y tenía muchos deseos de actuar. Por eso mis compañeros de sector –relataba Consuelo Peón- se pusieron contentos con las orientaciones de «Carlos».²⁶ Se organizó una denominada Brigada Eugenio Mesón, en homenaje al responsable de la Juventud madrileña preso tras el golpe de Casado y fusilado en 1941 (Doña, 2003). Las operaciones consistieron en la colocación de petardos y en atentados contra algunos guardias civiles para recuperación de armamento. Una de las misiones encomendadas a la División fue el ajusticiamiento de traidores, pero «jamás se logró ninguna operación en este sentido, siempre había fallas, faltaba alguna cosa y se fracasaba». Maruja de Diego, de la

²⁴ AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, 50/2 «Peón, Consuelo, Autobiografía».

²⁵ Consuelo creía que Luis y Carlos era personas distintas, atribuyendo el nombre de Luis González a Tomás Planas.

²⁶ AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, 50/2 «Peón, Consuelo, Autobiografía».

Unión de Muchachas, y «el Rubio» pidieron a la organización de cárceles nombres y domicilios de funcionarios de prisiones para eliminarlos. La información, qué casualidad, cayó en manos de la policía. La calidad de los integrantes era muy desigual. La acción más destacada de la Brigada Mesón fue la colocación de un petardo en la embajada argentina, que acarreó la detención de Juana Doña y su condena a muerte, luego permutada en treinta años de prisión.

«El Peque» convenció al resto de la dirección de que dejaran en sus manos el control del aparato guerrillero para enmendar el deficiente trabajo de sus responsables, Barahona y Pedro Sanz Padres («Paco el Catalán»). Y a fe que lo enmendó: Barahona fue el primero en caer detenido, seguido de «el Catalán», jefe de la Federación de Agrupaciones Centro, y los también guerrilleros Núñez, Pablo y Bueno (el jefe de la Agrupación de Gredos). Todos ellos fueron fusilados el 19 de abril de 1947 en el penal de Ocaña. En la operación cayeron muertos Juan Sanz Pascual, jefe de la Agrupación de Madrid, y Agustín Díaz Rebollos, que se suicidó antes de caer en manos del enemigo. Las detenciones se extendieron a Levante (Sánchez Cervelló, 2003: 92):

«Recibimos hace unos días un viajante de Valencia que nos informó de la sucursal de allí, encontrándose enfermos [fusilados] el 1, 2 y 3 [la dirección del Comité Regional], solo queda el 4, al amigo Deli [Juan Delicado] no le ha pasado nada, continua allí [...] También ha caído enfermo el 1 del monte [Vicente Galarza, «Andrés»] (...) El 2 en su enfermedad ha delirado [confesado] bastante y también hay agentes de otras plazas en paro [detenidos], aún no sabemos la cuantía pero los datos que se tienen señalan bastantes parados en Alicante, Murcia, Albacete, Castellón, Teruel, etc.»²⁷

Lo único que funcionaba bien era el trabajo de la JSU, donde había lucido extraordinariamente el trabajo del «Peque» y del «Rubio» (Puerta, 2011: 60). Tenían organizados siete sectores con un total de más de cuatrocientos militantes, habían penetrado en clubs de fútbol y fábricas y planeaban un trabajo conjunto con UGT para celebrar 14 de abril y 1 de mayo. Habían logrado la salida normal de su órgano, *Juventud*, que además había mejorado mucho de contenido. Se marchaba hacia la consolidación de la Comisión Nacional de la UDM bajo la dirección de Pilar

²⁷ AHPCE, Documentos PCE, Anexos, Caja A, jacq. 110-111, «Informe de la Delegación del Partido en la Región Centro (¿marzo? de 1947)».

Medrano²⁸ y Consuelo Peón. El 20 de enero de 1947, Consuelo y «el Peque» se reunieron para tratar de la marcha de la UDM. Ella le comunicó que estaban a punto de sacar su propio periódico. Cuando finalizó la cita, él la acompañó hasta la boca del Metro, donde se despidieron:

«Él me conocía por el nombre de «Juanita». No hicimos más que despedirnos, yo iba a empezar a bajar la escalera del Metro y entre el murmullo de la gente y los autos y tranvías que pasaban sentí a mi espalda una voz: «Consuelo», dijo alguien. Me volví rápidamente y sorprendí a [«el Peque»] mirándome unos pasos más allá. Al volverme yo, él dio también una vuelta rápida y se marchó. Bajé el Metro muy preocupada. No volví a verle. A los tres días caí en poder de la policía».²⁹

Una vez se deshizo de quienes podían estorbarle, «el Peque» asumió la responsabilidad del aparato de propaganda, las cárceles y la juventud, mientras otros dos camaradas recién llegados llevarían el aparato militar, guerrilleros, la estafeta con el Buró Político, los aparatos de Madrid y provincia y los intelectuales. El más significado de ellos era Manuel Benítez Rufo, antiguo integrante –como Tomás Planas- del comité de la JSU de la zona pirenaica francesa durante la resistencia antinazi (Agudo, 2003: 95). Comenzó la campaña preparatoria del ciclo de efemérides comprendidas entre el 14 de abril y el 1º de Mayo. Se editó propaganda y se fantaseó con una huelga general. Pero lo que se desencadenó fue la catástrofe.

La policía hizo el paripé de detener al «Rubio» durante una entrevista con un enlace. «El Rubio» entregó a todos sus colaboradores. Fueron apresados veintitrés jóvenes de Alcalá de Henares, acusados de la voladura del polvorín de la ciudad. La explosión causó veintiséis víctimas y, aunque la comisión técnica del ministerio de la Guerra dictaminó que la explosión «no estaba determinada por ningún sabotaje», el fiscal pidió la muerte para doce de ellos. La confesión fue extraída bajo torturas y simulacros de ejecución. Al final, ocho de ellos fueron fusilados en Ocaña en 1948 (Vadillo Muñoz y Remeseiro Fernández, 2017).

A raíz de las delaciones del «Rubio», la organización de la JSU se deshizo como un azucarillo. El 21 de abril cayó Manuel Benítez Rufo. Esa misma noche detuvieron a los encargados del aparato de propaganda (Cardona Peraza y Domínguez González, 1995: 91). Al día siguiente le tocó el turno a María Luisa

²⁸ Pilar Medrano era la hermana del malogrado secretario juvenil comunista Trifón Medrano y la primera mujer de Ricardo Muñoz Suay, dirigente de la FUE.

²⁹ AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, 50/2 «Peón, Consuelo, Autobiografía».

Antón («Tania»), responsable de distribución de *Juventud*. Luis González preparó una entrevista por mediación de su novia con «el Peque» en la DGS. El 1º de mayo se vio entrar a Tomás Planas en Gobernación. Desde ese momento, los golpes policíacos se redoblaron. El 9 de junio cayeron otros dos activistas entregados por Tomás en el curso de una cita, entre ellos, Cecilio Mesa, el número dos de la organización del partido. El 15 de septiembre se detuvo al nuevo responsable nacional de la JSU. Las caídas se sucedían en interminable cascada: el secretario de organización del Comité Regional, Escribano; el secretario general del provincial, Parra; y la dirección de la Unión de Intelectuales Libres. Quedaron al descubierto las estafetas de Andalucía y de Francia, lo que reveló a la policía los pasos empleados por la organización. En el mes de octubre, llegaron a Madrid Luis de las Heras y el veterano guía Julio Álvarez Claro («Pradal»), que fueron detenidos el mismo día de su llegada señalados por «el Peque».³⁰

El 22 de octubre, la mujer de Manuel Benítez Rufo, alertó a Fernando Claudín con el reenvío de una carta remitida por su marido:

«De Tomás Plana te digo que me quiere muy mal, igual a toda la familia; con decirte que ha hecho cosas muy malas ¡Qué vergüenza cuando se tenga que ver con la abuela [Dolores Ibárruri] o con su primo Ignacio [Gallego]! [...] Sus cosas no las olvidaremos nunca, porque ha hecho como el que lo da todo aunque no sea suyo, y además todos sus negocios, que iban muy bien, los ha entregado a un tipo repugnante, que no levantarán cabeza hasta que su familia no se convenza y lo mande a hacer gárgaras, porque es que todo lo que le manden lo entrega y lo echa a perder».³¹

A últimos de mayo había caído toda la organización. A las cárceles iban llegando oleadas de militantes en cuyo relato había un denominador común: que «el Rubio» y «el Peque» habían resultado ser confidentes de la policía y habían hecho caer todo. González Sánchez se regocijó de su éxito: en abril del año siguiente, algunas presas de la cárcel de Ventas elevaron una dura crítica contra una de las internas, Carmen Sierra, porque «la habían visto en el locutorio comunicando con el traidor. Ella explicó que no era cierto, que lo ocurrido era que tenía amistad de toda

³⁰ AHPCE, Documentos no incluidos en catálogo, anexo caja A, jacqs. 162-163 «Informe al Comité Central sobre las causas de las caídas del Partido en Madrid de los camaradas Sánchez Biedma y Silverio Ruíz. Situación de la JSU, militantes. Relación de militantes venidos del exilio y que están en el penal de Ocaña, comportamiento de estos ante la policía y relación de confidentes de la policía (s/f)».

³¹ AHPCE, Documentos no incluidos en catálogo, anexo caja A, jacq. 117.

la vida con la familia de Carmen Tapia, una simpatizante del partido presa por pertenecer a la Unión de Intelectuales Libres, que «el Rubio» era novio de una hermana «y que un domingo que vinieron a comunicar, "Carlos" venía acompañando a su novia y en el locutorio él se había quedado justo a la puerta y no se había acercado a la comunicación para nada».³² El comité de Burgos ratificó esta versión: «Damos como dato que la novia de "Carlos" vive en Zurbano. Él va mucho por la prisión de Ventas, los domingos por la mañana».³³ Era una llamada de atención para que alguien le ajustara las cuentas, pero no quedaba nadie para responderla.

El «Rubio» y «el Peque» entregaron al policía Roberto Conesa todo lo que habían controlado: partido, juventud, sindicato, mujeres antifascistas y organización de intelectuales. Entre octubre de 1946 y enero de 1947 hubo más de 2.000 detenciones, se dictaron 46 penas de muerte y la suma total de condenas ascendió a 1.744 años (Hernández Sánchez, 2015: 233). La organización fue deshecha y solo quedaron grupos aislados, dirigidos por militantes inexpertos. A Luis González Sánchez se debe, junto a su colega «el Peque», que a finales de los años 40 la organización del PCE estuviese reducida a las cárceles, replegada en el exilio, aislada en los montes o enterrada en los cementerios. Todavía a finales de 1950, los últimos resistentes que llevaban más de una década en los montes y a los que la dirección en París calificaba como «viejos guerrilleros [que] fueron degenerando transformándose en una especie de bandidos generosos» sin perspectiva ni formación política, se negaron a reconocer «a los que venían de Francia, diciendo que eran gente dudosa y comparándoles con los provocadores que la policía franquista introdujo entre ellos en 1947 y que tan graves daños les causaron».³⁴

Conclusión

¿Fue el cuento de Max Aub solo un ejercicio literario o contenía una advertencia para quienes todavía persistían en pasar a España para reconstruir estructuras de oposición al régimen? Aub, expulsado del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en 1944 por su alineamiento con el sector afín a Negrín, conservó

³² AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, 50/2 «Peón, Consuelo, Autobiografía».

³³ AHPCE, Documentos PCE, Anexos, Caja A, jacq. 110-111, «Informe de la Delegación del Partido en la Región Centro (¿marzo? de 1947)».

³⁴ AHPCE, Dirigentes, carpeta 30, leg. 1/2. «Informe de F. Antón y Santiago Carrillo sobre Francia y el "interior", diciembre 1950, Ilegalización del PCE en Francia».

sus relaciones con los comunistas de los que le separaba, sin embargo, su independencia de criterio y su irrenunciable tendencia a pensar por sí mismo. Desde México, y hasta que quedó totalmente liberada Francia, partieron hacia España, vía Lisboa, diversas expediciones de instructores del PCE con la misión de reconstruir la organización en el país. Todas se saldaron trágicamente. Aub relató uno de estos casos, recreándolo en la ficción, en la última entrega de *Sala de espera*, en el cuento titulado «Librada». Contaba la historia de un personaje, Ernesto Rodríguez Monleón, enviado por el partido desde Veracruz, detenido al intentar cruzar la frontera por un «soplo desde Francia» que acabaría costándole la vida. Aunque «Librada» le costó a Aub una agria polémica con los comunistas, lo cierto es que entre estos corría el clamoroso rumor sobre la suerte que esperaba a quienes marchaban a España debido a la exitosa infiltración policial y a la negligencia del aparato de seguridad del partido. Tanto que cabe hacerse la siguiente pregunta: ¿Pudo llegar a Aub la identidad del traidor a través de las conversaciones con Felipe Muñoz Arconada, el responsable del PCE en México? Arconada, hermano de César, el novelista, había sido responsable de la JSU en Madrid durante la guerra y, probablemente, en algún momento debió avalar al «Rubio». Los ascensos en el *cursus honorum* del PCE – como en los del cualquier partido- venían determinados por los positivos informes favorables de los superiores. No sería extraño que Arconada pretendiese remediar un error del pasado poniendo en alerta, por interposición de Aub, a quienes se lanzasen a la aventura de sumergirse en la clandestinidad con armados con más entusiasmo que referencias. A falta de una fotografía actualizada, más allá de la que dejó en el álbum del aparato técnico encargado de elaborar la documentación falsa, buenos eran los trazos que resumían, a modo de guía para el usuario, una vida consagrada a la felonía. Quedan por dilucidar unas cuántas incógnitas que, en cualquier caso, nos permiten transitar por la frontera invisible entre la ficción y la trágica realidad de una época oscura.

Referencias

- Agudo, S. (2015) *Los españoles en la resistencia francesa y su aportación a la lucha antifranquista*, Zaragoza: UnaLuna.
- Aub, M. (2004), *No son cuentos*, Madrid: Huerga y Fierro.
- Cardona Peraza, M.J. y Domínguez González, J.J. (1995), *Manuel Benítez Rufo. Su vida y su tiempo*, Sevilla: Ayuntamiento de Dos Hermanas.

- Doña, J. (2003), *Querido Eugenio*, Barcelona: Lumen.
- Hernández Sánchez, F. (2010), *Guerra o revolución. El PCE en la guerra civil*, Barcelona: Crítica.
- Hernández Sánchez, F. (2015), *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo*, Barcelona: Crítica.
- Hernández Sánchez, F. (2018), *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco*, Barcelona: Pasado & Presente.
- Puerta, G. (2011), *Palomas tras las rejas. Memorias de un luchador antifranquista*, Madrid: Endymion.
- Sánchez Cervelló, J. (2003), *Maquis: el puño que golpeó al franquismo. La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón*, Madrid: Flor del Viento.
- Vadillo Muñoz, J. y Remeseiro González, A. (2017), *La explosión del polvorín en Alcalá de Henares (1947)*, Alcalá de Henares: Marcos Antonio González López

Documentos del AHPCE

- Dirigentes, carpeta 30, leg. 1/2. «Informe de F. Antón y Santiago Carrillo sobre Francia y el “interior”, diciembre 1950, Ilegalización del PCE en Francia».
- Documentos no incluidos en catálogo, anexo caja A, jacq. 117.
- Documentos no incluidos en catálogo, anexo caja A, jacqs. 162-163 «Informe al Comité Central sobre las causas de las caídas del Partido en Madrid de los camaradas Sánchez Biedma y Silverio Ruíz. Situación de la JSU, militantes. Relación de militantes venidos del exilio y que están en el penal de Ocaña, comportamiento de estos ante la policía y relación de confidentes de la policía (s/f)».
- Documentos PCE, Anexos, Caja A, jacq. 110-111, «Informe de la Delegación del Partido en la Región Centro (¿marzo? de 1947)».
- Informes de camaradas, jacq. 848 « González Sánchez, Luis».
- Informes de camaradas, jacq. 1015 « Tomás Planas, José».
- Represión franquista, jacqs. 320-379. «Peña Hernando, Mariano».
- Tesis, manuscritos y memorias, 50/2 «Peón, Consuelo, Autobiografía».

La transmisión de un modelo de feminidad convencional en las obras de la colección de teatro infantil *Teatro Moral* (1900-1925)³⁵

María de la Hoz Bermejo Martínez
(Universidad de Alcalá; LEA-SIECE)

El siglo XIX va a vivir un avance paulatino e imparable de la lectura y de la escritura en la sociedad española de la época que, especialmente a lo largo del primer tercio del siglo XX, va a dar lugar a lo que se ha denominado la «democratización del libro» y la «lectura de masas». Grupos sociales que hasta entonces apenas habían tenido acceso a la cultura escrita, como las mujeres, la infancia o los obreros/as, pudieron tener a partir de ese momento, y en muchas ocasiones por primera vez en sus vidas, un libro entre sus manos que les entretuviera y/o les ayudara a su formación intelectual. Numerosos factores explican este fenómeno, como veremos más adelante, pero, en lo referido a la infancia, fue especialmente el desarrollo de la alfabetización con la consiguiente incorporación de los niños y las niñas al sistema educativo nacional, unido a la progresiva industrialización del sector editorial, lo que permitió una creación masiva, por primera vez en nuestro país, de productos editoriales dirigidos específicamente a la infancia española. Manuales escolares, cuentos, novelas, «galerías dramáticas», revistas y periódicos, tebeos y un largo etcétera van a llenar los escaparates de las librerías de la época y las estanterías de la infancia española (Antonio Castillo Gómez, 2004: 68-82).

Entre los numerosos géneros creados para el público infantil y juvenil español, el teatro alcanzó un notable éxito entre los más pequeños y pequeñas en torno a la década de 1880 y, especialmente, durante el primer tercio del siglo XX, para incorporarse definitivamente a las publicaciones de editoriales educativas a partir de las décadas de 1940 y 1950. Este «teatro infantil tradicional», según lo definió Juan Cervera (1982: 119-194), se incorporó a los catálogos de algunas de las casas editoriales más importantes de la época, localizadas fundamentalmente en Madrid y Barcelona. En la capital, la célebre editorial Saturnino Calleja publicó la colección *Teatro de la Infancia. Galería Dramática para niños y jóvenes*, con obras de Francisco Pi y Arsuaga; Manuel Ossorio Bernard publicó su *Teatro de Salón* en

³⁵ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación “Vox populi. Espacios, prácticas y estrategias de visibilidad de las escrituras del margen en las épocas Moderna y Contemporánea” (PID2019-107881GB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y la Agencia Estatal de Investigación del Gobierno de España.

la editorial Hernando o la editorial de Bruno del Amo creó la colección *Teatro Moral*; mientras que en la ciudad condal la editorial Bastinos ofrecía el *Teatro de la Niñez* y la *Galería Dramática Infantil* o los Sucesores de Blas Camí compilaron las obras de Eduardo Sainz Noguera bajo la *Galería Dramática Moral*.

Estas «galerías dramáticas» fueron para la infancia española un novedoso modo de entretenimiento al tiempo que un instrumento moralizante de primera orden situado en la línea del célebre lema pedagógico del «instruir deleitando». Las historias de príncipes y princesas, guerreros, campesinos o amas de casa que narran reflejan la sociedad y la cultura de aquel entonces y nos permiten hoy comprobar cómo su lectura y representación fueron vías eficaces de transmisión de los roles sexuados que deberían desempeñar en el futuro en tanto que hombres y mujeres. Por tanto, estas historias de teatro infantil, como las que contenían otros productos editoriales del momento, sirvieron para explicar a los niños y niñas cómo estaba pensado el mundo en el que vivían y las funciones o deberes que estaban llamados a cumplir en función de su sexo. Al igual que los y las protagonistas que admiraban, ellas deberían permanecer en el ámbito privado al cuidado de su esposo, de sus hijos e hijas y de su hogar, mientras que ellos deberían ser los actores en el espacio público, los protectores de las tradiciones y los garantes del orden social establecido.

Se han escogido cuatro obras de teatro infantil tituladas *¡¡¡A freír espárragos!!!*, *La hija del mar*, *Tres eran tres...* y *La herencia de tía Isabel*, publicadas en Madrid entre 1901 y 1925 para la colección *Teatro Moral*, con las que poder comprender mejor cómo esta literatura infantil y juvenil de la época fue concebida por los adultos como un vehículo para la transmisión de las funciones sexuadas que las futuras generaciones deberían desempeñar en la sociedad, perpetuando la tradicional ubicación de la mujer exclusivamente en el ámbito privado como hija, esposa, madre y ama de casa, es decir, en tanto que garante de la familia y del hogar y al servicio de los demás, objetivos vitales del sexo femenino en el marco de una sociedad heteropatriarcal como lo era la de la España de finales del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX.

La democratización de la cultura escrita y la aparición de la infancia como nuevo público lector

Desde la década de 1880 aproximadamente, el mundo de la cultura escrita sufrió numerosas transformaciones que permitieron, con el inicio de la nueva centuria, la consolidación de lo que los historiadores e historiadoras han venido a denominar la Edad de Oro del Libro. El paso del siglo XIX al XX es símbolo de ese triunfo del libro y de la lectura. Fueron numerosos los factores que permitieron esta progresiva democratización de la lectura y de la escritura y el inicio del periodo de máximo protagonismo y esplendor del libro que duraría, aproximadamente, hasta mediados del siglo XX, cuando fuera eclipsado por los medios de comunicación de masas.

Los avances producidos por la Revolución Industrial permitieron, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, una gran modernización del sector editorial. Pocos habían sido los cambios acontecidos desde que en el siglo XV Gutemberg inventara la imprenta, pues desde entonces se había mantenido el mismo procedimiento tipográfico. En España, no fue hasta 1855 que se aplicó la primera máquina de vapor en una imprenta por lo que, hasta ese momento, el procedimiento había sido manual. Algunos talleres madrileños y barceloneses adoptaron entonces las modernas prensas cilíndricas que Friedrich Koenig había inventado hacia 1811 pero, el gran avance se produjo cuando hacia la década de 1880 Otto Mergenthaler inventó la *Bar Indenting-Machine* o *Linotype*, conocida como linotipia, que llegaría a Barcelona hacia 1908. Unido a todos estos cambios, en 1875 se produjo el descubrimiento de la celulosa que transformó por completo la fabricación del papel, así como el final de la fabricación artesanal de las tintas para dar paso a una producción industrial. La imagen, hasta entonces realizada por xilografía o impresión en madera, también vivió su propia revolución con la aparición, primero de la calcografía o impresión en metal y, después, de la litografía o impresión en piedra caliza. En España, el primer taller que introdujo el uso de la litografía fue el de Antoni Brusi fundado en 1820 (Pilar Vélez i Vicente, 2003: 545-551).

Esta industrialización del sector editorial, unida al consiguiente abaratamiento de los costes en la producción, a la diversificación y aumento de la oferta y a la modernización de las técnicas de comercialización con ventas por entregas o suscripciones a colecciones o «bibliotecas», permitieron que, desde mediados del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX, se produjera una

lenta y progresiva consolidación de la edición moderna. Durante ese tiempo, convivieron antiguas imprentas familiares en las que se aunaban bajo una única figura las funciones del impresor-editor-librero frente a las modernas y competitivas sociedades anónimas ubicadas, fundamentalmente, en Madrid y Barcelona. Esta transformación la vivieron casas editoriales como Calleja o Hernando en Madrid y Bastinos o Sopena en Barcelona. La profesionalización de la figura del editor, dedicado ahora a la financiación, producción y difusión del libro, hizo que cada uno creara su propio espacio comercial especializándose en la edición de determinados productos dirigidos a un público concreto (Jesús A. Martínez Martín, 2003: 601-608). En definitiva, y como bien indica Antonio Castillo Gómez (2004: 72), «la conjunción de todos estos aspectos propició un despertar del libro y de la lectura ligado al protagonismo adquirido por tres públicos lectores que, en cuanto tales, se pueden considerar nuevos: las mujeres, los niños y los obreros».

En lo que respecta a la aparición de la infancia como nuevo público lector, el siglo XIX sirvió de antesala al desarrollo y consolidación del sistema educativo nacional al que la infancia española estaba llamada a incorporarse y donde aprendería, entre otras materias en función de su sexo, a leer y a escribir. La Ley Moyano de 1857 establecía la obligatoriedad de la escolarización de niños y niñas de entre 6 y 9 años, mientras que el Decreto de Primera Enseñanza de 1901 lo incrementaba hasta los 12 años. La incorporación de la infancia española a la escuela pública y la consiguiente alfabetización de masas, iniciada en la segunda mitad del siglo XIX y desarrollada fundamentalmente ya a lo largo del primer tercio del siglo XX, generó un aumento de la demanda de producciones editoriales destinadas a la infancia, tanto para su consumo en la escuela, como para su propio entretenimiento.

En el caso de la escuela, la creciente demanda de recursos pedagógicos, especialmente de manuales escolares de instrucción Primaria, hizo que numerosos autores/as y editores/as se especializaran en la producción de materiales como «los libros de lectura, los libros de manuscritos, los libros de lecciones de cosas y las enciclopedias; a los que, en el primer tercio del siglo XX, se añadieron los *Quijotes* escolares, o los libros de lectura extensiva, y los *Centros de interés* o *Concentraciones*» (Antonio Castillo Gómez, 2004: 87). Algunos de los manuales escolares que más reediciones vivieron fueron, en el caso de la educación de los niños, el célebre *Juanito* de Parravicini, traducido del italiano *Giannetto* y publicado por primera vez en 1837; y en el caso de las niñas, *Flora o la educación de una niña*,

de Pilar Pascual de Sanjuán, publicado por Faustino Paluzie en 1881 y reeditado hasta mediados del siglo XX.

Entre las numerosas editoriales que dirigieron sus productos a la infancia española de entre siglos, como Hernando (1828), Paluzie (1837), Bastinos (1854), El Magisterio Español (1867), Ramón Sopena (1894), Dalmau Carles (1904), Seix Barral (1911), Perelló Vergés (1913) o Salvatella (1922), entre otras muchas, sin duda la que mejor supo entender al emergente público infantil fue la de Saturnino Calleja, con colecciones que alcanzaron enorme popularidad en la época como los «Cuentos de Calleja» o su «Biblioteca escolar recreativa».³⁶ Así mismo, también tuvieron gran auge las publicaciones de revistas y periódicos infantiles, como el *Periódico de la Infancia* (1867), *La Ilustración de los Niños* (1878), *La niñez* (1879) dirigida por Manuel Ossorio Bernard, *El Mundo de los Niños* (1887), *Blanco y Negro* (1891), *Gente Menuda* (1906), *Pinocho* (1925) creado por el ilustrador Salvador Bartolozzi o *El perro, el ratón y el gato* (1931) creado por Antoniorrobes, entre otros.³⁷

Por otra parte, esta nueva literatura creada para el entretenimiento de la infancia y la juventud española estuvo plagada de intenciones moralizantes que pretendían la formación del niño/a y del/de la joven en el mantenimiento de una sociedad sustentada en los valores del catolicismo, el nacionalismo y el heteropatriarcado. El objetivo quedaba enmarcado en el lema pedagógico del «instruir deleitando», es decir, lograr aunar el propósito educativo y el recreativo en una misma lectura (Jaime García Padrino, 1992: 18-24). Así quedaba reflejado no solo en el contenido de la mayoría de las publicaciones del momento, sino también en su continente, con prólogos y justificaciones a las ediciones plagados de estas intencionalidades instructivas, como vemos por ejemplo que hace Faustino Paluzie en el prólogo a la tercera edición de *Flora o la educación de una niña* publicada en el año 1889:

³⁶ Saturnino Calleja Fernández fundó y dirigió la empresa desde 1876 y 1915, cuando pasó a manos de su hijo mayor, Rafael Calleja Gutiérrez, quien modernizó la editorial hasta que, en 1928 y por discrepancias familiares, quedara a manos de su segundo hijo, Saturnino Calleja Gutiérrez, quien mantuvo su dirección hasta el inicio de la Guerra Civil en 1936. La editorial Calleja fue especialmente conocida por la creación de sus famosos «Cuentos de Calleja», que popularizaron, gracias a sus bajos precios y sus cuidadas ilustraciones, cuentos de autores extranjeros como Perrault, los hermanos Grimm, Andersen o Julio Verne, entre otros. Es precisamente de esta colección de donde nace, como ya han señalado numerosos/as autores/as (Carmen Bravo Villasante, 1969; Jaime García Padrino, 1992; Raquel Sánchez García, 2002), la célebre expresión «tener más cuento que Calleja».

³⁷ Para más información sobre las publicaciones periódicas infantiles españolas desde el siglo XVIII y hasta comienzos del XXI, véase Mercedes Chivelet, 2009.

«Fíjense bien las señoras Maestras en el presente libro, y en él verán que su autora sigue un buen método en todo su plan y desarrollo, pues tomando a Flora desde su más tierna infancia, no se separa ya de ella hasta dejarla casada y en perfecta disposición de ser tan buena esposa y madre como ha sido excelente hija; por consiguiente, creo que esta obra, de suma utilidad para las niñas, merecerá la aprobación unánime de las señoras Maestras, y que en la aceptación y aprecio de este libro de lectura hallaré la recompensa de los buenos deseos que me animan y de los afanes que empleo en pro de la mejor enseñanza popular de mi querida Patria» (Pilar Pascual de Sanjuán, 1889: 4).

Esta intencionalidad moralizante va a estar presente en la inmensa mayoría de las publicaciones de la literatura infantil y juvenil del momento, que servirán, o pretenderán servir, como canal para la transmisión, entre otros valores, de una moral convencional enmarcada en el modelo de sociedad heteropatriarcal imperante. De este modo, y como veremos más adelante, también en las publicaciones de teatro infantil encontraremos estas mismas premisas pues, como señala Elisa Fernández Cambria (1987: 13), «dentro de este sistema rígido y paternalista no había mucho lugar para la frivolidad, y el teatro era un medio más de formación pedagógica entreverada con sólo un poquito de entretenimiento».

Las «galerías gramáticas» para la infancia y la juventud

Desde la década de 1880 y a lo largo del primer tercio del siglo XX, fueron muchas las casas editoriales que se sumaron a la moda de las «galerías dramáticas» y decidieron crear sus propias colecciones con obras de teatro infantil destinadas, a modo de premio,³⁸ a ser representadas por los niños y niñas tanto en la escuela como en el hogar. El *Teatro de Salón*, *Teatro Moral*, *Teatro de la Infancia*, *Teatro de la Niñez* o la *Galería Dramática Infantil*, entre otras, son ejemplo de este nuevo y exitoso género editorial dirigido específicamente a la infancia y la juventud española. Estas colecciones podían ser compilaciones de obritas de diferentes autores y autoras o, por el contrario, el conjunto de la producción teatral de un único autor o autora. Así mismo, también hubo algunos/as autores/as que prefirieron publicar individualmente sus obras y no dentro de una de estas colecciones, lo que supone hoy en día un gran reto a la hora de localizar dichos ejemplares.

³⁸ Lo más habitual es que estas colecciones de teatro infantil aparezcan en los catálogos editoriales de la época anunciadas como «premios» para los niños y niñas.

Algunas colecciones publicadas en Madrid y Barcelona

Los principales focos de las producciones editoriales infantiles estaban ubicados, como ya se ha indicado, en Madrid y Barcelona, y es precisamente aquí donde va a nacer este «teatro infantil tradicional». A finales del siglo XIX, vieron la luz en Madrid colecciones como el *Teatro de Salón*, creado hacia 1890 por Manuel Ossorio Bernard y publicado por la editorial madrileña Hernando³⁹ con obras de numerosos/as autores/as como Pedro J. Solas, Enrique Segovia Rocaberti, Lope Damián Ruiz, Eduardo Guillén, José del Castillo y Soriano, Juan Redondo Menduiña, Santiago Olmedo y Estrada o Josefa Álvarez Pereira, entre otros, además del propio director de la colección. Según el catálogo de la casa editorial de la Viuda de Hernando y C^a para el año 1892, la colección de Ossorio Bernard, compuesta por 28 títulos, era «la colección más completa y variada en su género, y sus autores han sabido hermanar con arte la moralidad con las buenas formas literarias y la amenidad»,⁴⁰ haciendo hincapié en esa unión de lo educativo con el entretenimiento. Cada obra se vendía a 50 céntimos, aunque también existía la posibilidad de adquirir por 5 pesetas uno de los «dos tomos preciosamente encuadernados en tela, destinados para premios a los niños y niñas» con 14 comedias cada uno. Para 1931, la colección había aumentado sus fondos con 45 títulos que mantenían el precio de 50 céntimos por obra, pero que incrementaba a 7 pesetas y a 20 obras las compiladas en uno de los dos tomos que tenían a la venta.⁴¹ Algunos de los títulos de su colección son *El castillo de Fuensaldaña y la bodega del tío Juan* o *Quedarse zapatero* para niños, *Dios premia la caridad* o *La conciencia* para niñas y *Contra envidia, caridad; Quien siembra, recoge* o *La galantería* para ambos sexos.

Pero también se publicaron «galerías dramáticas» con obras de un único autor/a, como el *Teatro de la Infancia. Galería Dramática para niños y jóvenes*, publicada por la editorial madrileña Calleja con obras exclusivamente de Francisco Pi y Arsuaga, a quien Saturnino Calleja Fernández había comprado «en 1893 la

³⁹ La editorial Hernando fue fundada en 1828 por Victoriano Hernando y Palacios (1783-1866), aunque en 1883 cambió su nombre por el de Viuda de Hernando y C^a y en 1908 por el de Sucesores de Hernando, hasta su venta y posterior dispersión de los fondos editoriales en 1985. En 1847 publicó su primer catálogo con más de 200 títulos, *Catálogo general de obras de educación*, especializándose con el paso de los años en la edición de libros escolares a la venta tanto en el mercado nacional como en el americano. Para más información sobre esta editorial, véase Jean-François Botrel, 1993.

⁴⁰ Catálogo del material y efectos para las clases. Libro de primera enseñanza y obras de consulta y de utilidad para los maestros, Librería de la viuda de Hernando y C^a. Madrid, 1892, p. 435.

⁴¹ Catálogo de las obras de primera enseñanza y libros de consulta y de utilidad para los maestros, bibliotecas, diplomas, medallas y otros objetos para premios en las escuelas, Librería y casa editorial Hernando (S.A.). Madrid, 1931. CEME (Murcia), CAT-HRN 6, p. 81-83.

propiedad absoluta de 44 obras cómico-dramáticas para niños a 25 pesetas» (Jesús A. Martínez Martín, 2002: 64). Este autor ya había publicado anteriormente y en esta misma casa *Comedias para niños* (¿1895?) y *Doce comedias en verso para niñas* (1898), preludio de lo que sería después su colección del *Teatro de la Infancia*. Según aparece en el catálogo de la casa editorial para agosto de 1911 y en la relación extractada del mismo con las publicaciones referidas al periodo 1876-1922, en esta colección, Francisco Pi y Arsuaga tenía publicados un total de 65 títulos a 50 céntimos cada uno con 25 obritas para niños, 19 para niñas y 21 para ambos sexos, con títulos como *El taller de carpintero*, *Escuela del impaciente*, *La avaricia rompe el saco* o *Por disfrazarse de bueno* para niños, *La fiesta de la Virgen*, *La revoltosa*, *Las travesuras de Lola* o *Perdonar las injurias* para niñas y *Clotilde y Amalarico*, *La viuda de don Rodrigo* o *Un viejo que no fue joven* para ambos sexos.⁴²

Aunque con menor frecuencia, también encontramos a algunas autoras de obras de teatro infantil, como es el caso de María del Pilar Contreras de Rodríguez, quien entre 1910 y 1917 recopiló su producción de obras dramáticas infantiles en seis volúmenes publicados por la imprenta madrileña de Antonio Álvarez primero, y por la Imprenta de la Viuda de Antonio Álvarez, después, con «diálogos, monólogos, comedias, apropósitos y revistas en un acto, en prosa y en verso, para escuelas, colegios y salones» como indica al inicio de su primer volumen (María del Pilar Contreras Rodríguez, 1910).

Pero también en Barcelona surgieron colecciones de este tipo, como el *Teatro de la Niñez* o la *Galería Dramática Infantil*, publicadas hacia 1880 por la editorial Bastinos⁴³ con obras de diversos/as autores/as. Según el catálogo de la casa editorial para el año 1897, estas colecciones incluían «lindos y sencillos juguetes dramáticos, compuestos para ser representados por niños, los cuales, [...] aparte de las lecciones morales que encierran, tienen especial atractivo o interés para la infancia, pueden contribuir al despejo y soltura de los niños, y a familiarizarlos con el habla castellana, aprendiendo agradablemente y sin esfuerzo los giros y bellezas de nuestro idioma».⁴⁴

⁴² Catálogo Editorial «Saturnino Calleja» S.A. relación extractada 1876-1922. Madrid, 1922. CEME (Murcia), CAT-CALLE 1, p. 20 y Catálogo Casa Editorial Saturnino Calleja Fernández. Madrid, agosto 1911. CEME (Murcia), CAT-CALLE 2, p. 55.

⁴³ Juan Bastinos (1826-1893) adquirió en 1852 los fondos de la antigua casa barcelonesa Estivill, a partir de la cual creó su Librería y Casa Editorial Bastinos. Desde 1890, la editorial fue conocida como Antonio J. Bastinos, nombre de su hijo y sucesor al cargo de la empresa familiar. Para más información sobre la casa Bastinos, véase Antonio Durán y Sampere, 1952.

⁴⁴ Catálogo de la Casa Editorial Antonio J. Bastinos. Barcelona, 1897. CEME (Murcia), CAT-BAS 1, pp. 71-72.

En el *Teatro de la Niñez* colaboraron autores/as como Eduardo Sainz Noguera, Pedro J. Solas, Eduardo Guillén, Maximiliano M. Monge, Genaro Rentero o Joaquina Balmaseda de González, entre otros, con títulos como *Soberbia y humildad*, *Enrique el envidioso* o *Venganza de un alma noble* para niños, *La pordiosera*, *Conchita la Ramilletera* o *El castigo del orgullo* para niñas y *Honrar padre y madre*, *El ángel de la familia* o *El ángel del hogar* para niños y niñas. En la *Galería Dramática Infantil* se publicaron obras de Baldomero Mediano y Ruiz, Isidoro Domínguez, Felisa Girauta Lajusticia o María del Amparo Arnillas de Font, entre otros/as autores/as, con títulos como *Lo peor ser vanidoso o niños y mariposas*, *La primera comunión*, *La promesa de María* o *Premio y castigo*.

En lo referente a colecciones con obras de un/a único/a autor/a, destaca la publicación por la editorial barcelonesa Borrás, Mestres y C^a de doce obritas de Manuel Marinelló bajo la fórmula *Teatro Escolar*, una colección de comedias y cuadros dramáticos de un único acto y argumentos sencillos con los títulos *Almas bellas*, *El mal vecino*, *El monedero de piel* y *Un vendedor ambulante* para niños, *Aparecidos*, *La sortija*, *Las golosinas* y *Los apuros de Colasa* para niñas y *El brujo*, *La corona de rosas*, *La hija de la portera* y *La previsión* para ambos sexos; a la venta por 25 céntimos cada obra según el catálogo general de la Librería y Casa Editorial Perelló y Vergés para 1915.⁴⁵ Así mismo, la *Galería Dramática Moral* publicada por las editoriales barcelonesas Bastinos y Blas y Camí recogió las obritas teatrales de Eduardo Sainz Noguera, quien para Juan Cervera fue, sin duda, «la figura más prolífica en la producción de teatro infantil del núcleo barcelonés para esta época» (Juan Cervera, 1982: 159). Sus obras, como sucedería con las de otros muchos/as de sus compañeros/as, fueron absorbidas más adelante por la *Galería Dramática Salesiana* hacia las décadas de 1940 y 1950, momento de máximo esplendor de esta colección que trataba de mantener vivo un «teatro infantil tradicional» que, excepto por este pequeño reducto, se puede afirmar que ya había desaparecido en España hacia 1936.

⁴⁵ Catálogo General 1915 Librería y casa editorial Perelló y Vergés. Barcelona, 1915. CEME (Murcia), CAT-PER 1, p. 180.

Los fondos de la colección de teatro infantil «Teatro Moral»

Al mismo compás y con idénticas características al resto de las «galerías dramáticas» anteriormente señaladas, la colección *Teatro Moral* salió a la luz en Madrid hacia la década de 1890. Según se ha podido comprobar en los catálogos editoriales de la época,⁴⁶ a lo largo del más de medio siglo que esta colección permaneció en activo, el *Teatro Moral* llegó a albergar entre sus fondos más de 120 obras teatrales para niños, 110 para niñas y una veintena para ambos sexos, convirtiéndose en la colección con más títulos publicados del momento, únicamente superada por la *Galería Dramática Salesiana* ya en la década de 1940 y 1950.

Es lógico que con una lista tan larga de obras publicados también lo sea la de los autores y autoras que participaron con sus textos en la colección. Algunos/as de ellos/as gozaron incluso de gran popularidad entre las décadas de 1900 y 1930, como es el caso de Antonio Juan Onieva (1886-1977), pedagogo, periodista y prolífico escritor que publicó para el *Teatro Moral*, bajo su nombre o con el anagrama Nonato Ovejuna Inia, títulos como *Un pelma de órdago*, *Derecho de asilo*, *Hambre atrasada*, *Como la tumba*, *Matías timador* o *El octavo, no mentir* para niños y *El demonio de la bruja*, *Las de Ortiguera*, *Las antipáticas del segundo*, *Cinematógrafo feminista* o *¡Chiquillos!* para niñas. Igualmente numerosas fueron las publicaciones de José Álamo Naranjo, con *Oratorio infantil* o *La flauta mágica* para niños y *Se necesita criada*, *Carta a la Virgen*, *La modista modelo* o *Doña Juana... La Loca* para niñas; de Pedro J. Solas con las obras para niñas *El secreto de Pilar*, *La despedida* y *Por curiosa* o de Bonifacio Sainz con *La medalla de la Virgen*, *¡Mi muñeca!*, *¡Qué los tenga muy felices!*, *Del trono al claustro*, *Bendita sea tu pureza* o *A ti, celestial princesa* para niñas. Aunque en menor medida, también destacaron autores como Gerardo Vallejo y Asenjo, Fernando Rosales, Hilario Magro Molina, Víctor Espinós Moltó o Francisca García Estrada.

Las obras de la colección oscilan entre los 2 y los 13 personajes, como en *Velada improvisada* de G. Iurreku, aunque lo habitual es que estén pensadas para unos 5 niños y/o niñas. En cuanto a su precio, para 1915 todos los títulos se vendían

⁴⁶ Catálogo General 1915 Librería y casa editorial Perelló y Vergés..., pp. 180-182; Catálogo de obras para la juventud, Librería Chirivella. Madrid, 1925. CEME (Murcia), CAT-SUB, p. 65 y pp. 73-75; Catálogo ilustrado de la Librería Escolar Hijos de Antonio Pérez. Madrid, 1930. CEME (Murcia), CAT-1C, pp. 201-202; Catálogo de las obras de primera enseñanza y libros de consulta y de utilidad..., p. 83-85 y Catálogo escolar Librería y Casa Editorial Hernando S.A. Madrid, 1948-1949. CEME (Murcia), CAT-HRN-1, pp. 22-24.

a 1 peseta cada obra según el catálogo de la casa Perelló y Vergés;⁴⁷ en 1925 el catálogo de la Librería Chirivella mantenía el mismo precio y únicamente lo incrementaba a 2 pesetas para los títulos *Fabiola*, *La lámpara del santuario*, *La perla escondida* y *Santa Cecilia*;⁴⁸ mientras que, para la década de 1930, los precios ya habían aumentado y estaban condicionados por el número de actos de cada obra. Así, en el catálogo de Hernando de 1931, las obras de uno o dos actos se vendían a 1 peseta, mientras que las de tres o más actos costaban 1,50 pesetas.⁴⁹ Para la década de 1950, todas las obras costaban ya dos pesetas sin distinciones por actos.⁵⁰ Sobre la temática de las obras, Juan Cervera considera que «por lo general, los textos están bien cuidados y abundan los temas costumbristas y de ambiente regional con imitación de las hablas dialectales y populares» (Juan Cervera, 1982: 146).

Hasta que todos los fondos de la colección pasaron a la propiedad exclusiva de Bruno del Amo, aproximadamente hacia la década de 1920, las obras de la colección fueron publicadas indistintamente por varios talleres madrileños, además de por Bruno del Amo, especialmente por la Tipolitografía de Luis Faure, ubicada en Alonso Cano 15-17 y Morejón 10; por R. Velasco Impresor, situado en Marqués de Santa Ana 11; y por la Imprenta de J. Fernández Arias, en la Carrera de San Francisco 1. Pero a partir de la década de 1920, las obras del *Teatro Moral* pasaron a formar parte únicamente de los fondos de la editorial Bruno del Amo, ubicada en la calle Toledo 72, y, sucesivamente, fueron impresas en la Imprenta de Galo Sáez, la Imprenta de la Viuda de Galo Sáez y, finalmente, en la Imprenta Rafael Taravilla Paúl, situada en la céntrica calle Mesón de Paños 6. En esta segunda etapa de la colección, entre las décadas de 1920 y 1940, muchas de las obras del *Teatro Moral* fueron coeditadas por Bruno y del Amo y por la Librería Salesiana, ubicada en el barrio barcelonés de Sarrià. Sin embargo, hacia el final de la década de 1940, los fondos de la editorial Bruno del Amo, junto a los de otras editoriales como Bastinos o Sucesores de Blas Camí y de autores como Eduardo Sainz Noguera, fueron adquiridos por la *Galería Dramática Salesiana*. Fue precisamente gracias a la adquisición de estas obras teatrales que la colección salesiana logró sobrevivir como último reducto de este «teatro infantil tradicional» ya desaparecido:

⁴⁷ Catálogo General 1915 Librería y casa editorial Perelló y Vergés..., pp. 180-182.

⁴⁸ Catálogo de obras para la juventud, Librería Chirivella..., p. 65 y 74.

⁴⁹ Catálogo de las obras de primera enseñanza y libros de consulta y de utilidad..., p. 83-85.

⁵⁰ Catálogo escolar Librería y Casa Editorial Hernando S.A..., p. 24.

«Pero en realidad, este fenómeno de fusión de autores y colecciones por parte de la *Galería Salesiana* alrededor de los años 40 significa el último esfuerzo por sobrevivir del teatro infantil como espectáculo, por lo menos de este teatro infantil que hemos dado en calificar como tradicional. Y el hecho de que la Galería Salesiana tenga su máxima expansión y difusión de 1940 a 1950, no significa más que, sacando fuerzas de flaqueza y aunando sus empeños, favorecidos por determinadas circunstancias sociopolíticas, consigue hacerse sobrevivir, aunque solo con vitalidad aparente, a un género que hace fenecido ya como tal a partir de los años 40, para dar paso a otras formas que, aunque tímidamente, empiezan a abrirse camino ya» (Juan Cervera, 1982: 161).

Hacia un análisis de género de las obras del *Teatro Moral*

Con el fin de realizar un estudio de género que permita descubrir algunos de los valores patriarcales que se intentaban transmitir a la infancia de la época a través de los diálogos de sus obras, se han escogido cuatro obras de la colección el *Teatro Moral* tituladas *¡¡¡A freír espárragos!!!*, *La hija del mar*, *Tres eran tres...* y *La herencia de tía Isabel*, publicadas en 1901, 1908, 1916 y 1925 respectivamente. A través de sus protagonistas, estas obras inculcaban el valor del matrimonio y de la maternidad como ejes centrales de la feminidad imperante en la sociedad española del momento, al tiempo que criticaban el modelo de la «mujer moderna» o «tercer sexo» aparecido hacia la década de 1920 y que se oponía radicalmente a ese otro arquetipo tradicional de feminidad que, salvando las escasas transformaciones sufridas con el paso de los siglos, ya había definido en 1583 Fray Luis de León en su obra *La perfecta casada*. Sus protagonistas, decididas a cumplir su destino y misión en la sociedad, no pararán hasta lograr ser esa «mujer perfecta».

Tres eran tres... es una obra escrita por José Carmena Santos, publicada en 1916 por la Imprenta de J. Fernández Arias para el *Teatro Moral* y anunciada como un «juguete graciosísimo en un acto y en prosa». La historia transcurre en el Madrid de la época a lo largo de dieciséis escenas y con la intervención de siete personajes: doña Robus (madre de Marcela, Luisa y Felicitas), Marcela, Luisa, Felicitas, tía Ramona, doña Isabelita, criada. La historia cuenta los problemas para contraer matrimonio de las tres hijas de doña Robus. La hija mayor, Marcela, se ha fijado en un hombre que parece ser estudiante de último año de ingeniería de caminos; a la mediana, Felicitas, le gusta uno que aparenta ser un abogado de buena familia y, por

último, Luisa, la más pequeña de las tres, que se ha fijado en un supuesto oficial. Cada noche, los pretendientes se ponen debajo de la ventana para rondar a las tres hijas, pero en realidad, es siempre el mismo chico: el cobrador del alquiler. La tía Ramona propone sucesivamente a las tres niñas que se casen con su primo Pepe, pero todas rechazan su oferta hasta que, un día, llega a la casa una carta a nombre de doña Robus que todas piensan es su petición de mano pero que, en realidad, es el cobro del alquiler. Desilusionadas, le piden la mano del primo Pepe a la tía Ramona, quien se niega por rotundo, haciendo que las tres hijas queden solteras e infelices.

La historia de Marcela, Felicitas y Luisa habla del destino vital e ineludible de toda mujer: el matrimonio. El equilibrio de la sociedad heteropatriarcal pasaba inevitablemente por la unión entre el hombre y la mujer a través del matrimonio y en la posterior creación de una familia. Las protagonistas de la obra son víctimas inconscientes de la presión social que se ejercía sobre aquella mujer que, a partir de una cierta edad marcada por sus posibilidades biológicas de embarazo, seguía sin contraer matrimonio y formar una familia, es decir, sin cumplir las obligaciones de su sexo. Así lo vemos en la conversación que mantienen Marcela y su tía Ramona cuando ésta acude para convencerla de que se case con su primo Pepe:

«Tía Ramona: Dime, Marcela. ¿Tú no estás cansada de ser soltera?

Marcela: Me va muy bien, tía. Además yo no tengo nada de vieja.

Tía Ramona: ¡No! ¡Ni yo tampoco! ¿Quién habla de vejeces? (tono con ironía) Tu eres aún una chiquilla que debía ir de corto con trenza y lazos.

Marcela: Pues claro.

Tía Ramona: ¡Clarísimo! Y a la media hora te llevaba un poli al manicomio.

Marcela: No sé por qué. Además, eso de los años es muy relativo. Supongamos que con la cara que yo tengo resultara que mi edad era... voy a echar mucho: veintiocho o treinta años...

Tía Ramona: (¡Tiene treinta y dos!)

Marcela: ¿Qué me importaría a mí? Los años están en la cara, porque ¿qué son los años? ¿qué es el tiempo? Nada. Las huellas que las cosas de la vida dejan en el rostro.

Tía Ramona: (¡Pero qué filosofías discurren en la corte para hacerle creer a una que treinta y dos son veinticuatro!)

Marcela: ¡Pues entonces!... Mientras haya Crema Simón, untura Peele, pomada Gal, pasta Pompadour, *maquet* Nimón de Lenclos, polvos Flores del Campo, jabón Heno de Pravia y depilatorios de la *rue Crochette*...

Tía Ramona: (interrumpiéndola con guasa) Pues hija mía... Dime donde venden untura *pelele*, pintura de *Corchetes* y pasta *pim pam pum* porque yo también quiero volver a mis veinte abriles.

Marcela: ¡Ay tía...! Usted lleva ya un letrero en la cara que dice: «Asegurada de incendios».

Tía Ramona: Y tú otro que dice: «Se alquila este local» (suelta una carcajada) Bueno; dejémonos de bromas. Tú estarás deseando casarte, ¿no?

Marcela: Según con quién» (José Carmena Santos, 1916: 20-21).

La obra transmite, a un mismo tiempo, valores heteropatriarcales como la presión social hacia la mujer adulta que permanece soltera y que corre el peligro de no encontrar marido y, por tanto, que «se le pase el arroz»; la edad y la belleza como binomio inseparable que marca las posibilidades de una mujer para encontrar marido, la aparente inexistencia de un camino diferente al del matrimonio para que una mujer encuentre la felicidad, la unión heterosexual como única posibilidad en la construcción familiar e, incluso, el enfrentamiento entre mujeres, en este caso el de las tres hermanas, por un mismo hombre. La conjunción de todos estos factores explica que, a pesar de haberla rechazado sucesivamente, las tres hermanas pidan a su tía Ramona que retome su oferta de matrimonio con su primo Pepe al descubrir que ninguna tiene un pretendiente. La negativa final de su tía presenta a los ojos de las pequeñas lectoras la inevitable y lógica infelicidad de las tres hermanas sin posibilidad de casarse.

¡¡¡A freír espárragos!!! es una obra escrita por Federico de Urcarregui y Ochondiano bajo el pseudónimo de G. Iurrekua, publicada en 1901 por la editorial Bruno del Amo para el *Teatro Moral* y reeditada hasta 1945 en cinco ocasiones. La obra, anunciada como «juguete cómico en un acto y en prosa», transcurre en el Madrid de la época a lo largo de once escenas y con siete personajes: doña Candelaria (señora de 40 años), Sinfososa (hija de doña Candelaria, 19 años), Adela (hija de doña Candelaria, 15 años), Raimunda (sirvienta, 55 años), Rufa (asistenta mayor robusta, 40 años), doña Visitación (50 años) y doña Dolores (40 años). *¡¡¡A freír espárragos!!!* es la historia de Candelaria, una mujer que perdió a su marido hace dos años y que ahora desconoce el paradero de su hijo Ricardo. Desde entonces, ha cambiado hasta en doce ocasiones de casa junto a sus hijas Sinfososa y Adela, recurriendo a numerosas videntes que se aprovechan de su desesperación para ganar dinero. Un día, acude a visitar a Candelaria una mujer viuda procedente de América,

doña Dolores, que dice traer noticias importantes de su hijo, sin embargo, la inseguridad y el miedo llevan a Candelaria a pedirle a su asistente Rufa que se haga pasar por ella. La confusión de personajes genera una escena comprometida y divertida en la que doña Dolores cuenta por error a doña Rufa y no a doña Candelaria las novedades de su hijo Ricardo, quien está felizmente viviendo en México. Entonces, doña Candelaria sale de su escondite y pide perdón a todas por sus extraños comportamientos. Las noticias sobre el paradero de su hijo devuelven a Candelaria la cordura y las ganas de vivir.

En esta segunda obra, con una madre desesperada por encontrar a su hijo como protagonista, se defiende la maternidad como eje central de la felicidad de una mujer. Ser madre no solo era el destino de toda mujer, sino que, además, en la época se identificaba a la maternidad con la feminidad: una mujer no llegaba a ser mujer si no se convertía en madre. Esta vinculación, establecida por Dios y la naturaleza y apoyada por una larga lista de autores que durante siglos defendieron esta misma idea, justificaba la obligación de las mujeres de cumplir su misión en la vida: «La consideración de la maternidad como elemento central del ideal de feminidad [...] enlazaba con una larga tradición ideológica que unía el destino de las mujeres, ricas y pobres, a la procreación» (Nerea Aresti Esteban, 2001: 163). Con la historia de doña Candelaria, las lectoras comprenden de inmediato la misión central de su sexo: la maternidad. La desaparición de su hijo hace que doña Candelaria sea incapaz de ser feliz y caiga en una aparentemente natural y divertida, pero preocupante, «locura maternal» que sirve de excusa para numerosas escenas surrealistas en las que se ridiculiza a su personaje por su incapacidad para vivir sin su hijo Ricardo. Solo el descubrimiento del paradero de su hijo puede devolver la felicidad a la protagonista.

La hija del mar es una obra escrita por Samuel Ruiz Pelayo, pseudónimo que Bruno del Amo empleó en sus publicaciones para el *Teatro Moral*, como *El casero detective* y *Que viene el general* para niños, *Hace falta cocinera*, *Un lío de mil diablos* y *Dos princesas han llegado* para niñas o las adaptaciones de dos pasos de Lope de Rueda que tituló *A estudiar, a Salamanca* y *Los palos merecidos*. Esta «comedia en un acto y en prosa para niñas» fue publicada en 1908 por la Tipolitografía de Luis Faure. La historia transcurre en un pueblo cerca de Santander a lo largo de seis escenas y con seis personajes: señora viuda de Serrano (madre de Elvira, 35 años), Elvira (10 años), Angelita (primera hermana de Elvira, 15 años), Señora Eugenia (50 años), Nela (7 años), Mariuca (doncella de la señora viuda de

Serrano, 20 años). *La hija del mar* cuenta la historia de Elvira y su madre, doña Andrea, que han venido a un pueblo de Santander porque el médico le ha recomendado a su madre asentarse cerca del mar para tratar la tristeza que sufre tras la pérdida de su hija menor, María. Cuando María era pequeña, enfermó de gravedad pero, tras ser operada en Liverpool por un afamado médico, a su regreso, el barco en el que volvían naufragó y murieron María y su padre, sobreviviendo únicamente la madre, quien desde entonces estaba hundida en la tristeza. Con el fin de animarla, Elvira convence a su madre para ir a la montaña a escuchar los cantos de Nela, la hija del mar. Sin embargo, doña Andrea queda destrozada al escuchar la historia de Nela, una joven que había sido rescatada por la señora Eugenia y su marido, Antoñuco, tras ser abandonada por sus padres en unas peñas. Desde la muerte de Antoñuco ayudando a unos pescadores que habían naufragado, doña Eugenia y Nela vivían solas. Cuando doña Andrea ve al fin la cara de Nela siente claramente que es su hija María, por lo que decide acogerla junto a la señora Eugenia en su casa.

Doña Andrea, la protagonista de esta tercera obra, sufre, al igual que doña Candelaria en *¡¡¡A freír espárragos!!!* por la ausencia, en este caso, de su hija. De nuevo, la negativa de la protagonista por seguir adelante a pesar de la pérdida de su hija María presenta a los ojos de las lectoras la forzosa subordinación de su felicidad a su condición de madres. Estas dos historias hablan de una feminidad inevitablemente unida a la maternidad, siendo no solo éste el destino de toda mujer, sino el eje central de su felicidad o, como en el caso de doña Candelaria y doña Andrea, de su infelicidad. Únicamente recuperar a su hijo/a permite a las dos protagonistas disfrutar de nuevo de sus vidas.

La herencia de tía Isabel es una obra también escrita por Bruno del Amo bajo el pseudónimo de Samuel Ruiz Pelayo, publicada en 1925 por la editorial Bruno del Amo y la Librería Salesiana de Sarrià (Barcelona) y reeditada hasta 1956 en seis ediciones. Esta «comedia en un acto y en prosa» cuenta con nueve personajes: Carolina (madre de Amparo), Amparo, Antonia, doña Hipólita, Amalia (tía de Amparo), doña Juana, Lucía, señora Isabel (tía de Amparo), Claudia. La historia comienza con la visita de doña Juana, una señora que informa a Carolina y a su hija Amparo de que ha fallecido su tía Isabel y que son las beneficiarias de su herencia. Felices con la noticia, ambas dejan su trabajo y Carolina llama a todos sus acreedores para que vengan a cobrar sus deudas pendientes, sin ni si quiera aún saber cuál es la herencia de la tía Isabel. Por la noche, aparece en casa la tía Isabel, como si de un

espíritu se tratase, con una cesta con una docena de huevos y un paquete de manzanilla, como solía hacer habitualmente. Entonces Carolina y Amparo recuerdan que la señora que les informó de la supuesta herencia, doña Juana, les preguntó si Carolina era viuda de un coronel llamado igual que su difunto esposo, solo que éste no era coronel, por lo que habían soñado antes de tiempo, pues, la herencia no era de su tía Isabel, sino de otra mujer.

En este caso, la moraleja de la historia es no creer en el popular cuento de la lechera y esperar a saber la verdad sin decidir prematuramente, sin embargo, en lo que al análisis de género respecta, se ha escogido esta obra por la crítica a la «mujer moderna» y la defensa de la feminidad convencional que se hace en varios de sus diálogos. Así lo vemos, por ejemplo, al inicio de la obra en una conversación que mantienen Carolina y Amparo mientras ésta se encuentra estudiando y su madre le recomienda dejar de malgastar su tiempo en esa actividad:

«Carolina: Y tú, niña, ¿qué es lo que haces? De seguro leer alguna novela.

Amparo: No, estoy estudiando la Historia de la Casa de Austria.

Carolina: Ya sabes que no me gusta que te ocupes de casas ajenas.

Amparo: Es que me lo ha mandado la profesora y después tengo que resolver los problemas que me ha puesto.

Carolina: ¿Para qué tantas cuentas? Dinero es lo que necesitamos.

Amparo: ¿Pues entonces para qué voy a la Academia?

Carolina: Esto digo yo. ¿Para qué vas a la Academia? Leer sabes lo mismo que un loro, escribir... ¡ay! escribes más de lo que yo quiera. Sumar y multiplicar lo haces perfectamente.

Amparo: Pero en restar y en dividir estoy muy mal

Carolina: ¿Eso qué importa? Lo principal, créeme, es saber aumentar el dinero, que lo que es disminuirle y repartirle, ya se hace bien deprisa» (S. Ruiz Pelayo, 1925: 4).

Carolina critica a su hija por destinar tanto tiempo a los estudios ya que, aunque las niñas ya se habían ido incorporando al sistema educativo nacional desde mediados del siglo XIX, lo cierto es que «en la base de su educación no estaban sus derechos, sino sus obligaciones» (Pilar Ballarín Domingo, 2008: 41). Las labores propias de su sexo o la higiene doméstica formaban parte central del currículum de las niñas en las escuelas españolas de la época. La cultura escrita tampoco estaba entre sus obligaciones y, por ello, aunque se suponían que debían aprender a leer y a escribir en la escuela, aquellas mujeres «demasiado» interesadas por las letras eran descritas

con calificativos despectivos como *bachillera*, *erudita*, *marisabidilla*, *pedante*, *licurga* o *sabionda*, entre otros (Juan Gabino Pedro, 2008: 20).

También vemos esas críticas a la «mujer moderna» en el diálogo que mantienen Antonia y Doña Hipólita sobre las tres hijas de ésta, ejemplos de ese nuevo arquetipo de mujer, en gran medida, opuesto al convencional:

«Antonia: ¿Y sus hijas? Esas estarán dedicadas a la casa y a sus labores.

Doña Hipólita: Nada de eso. Ninguna de las tres sabe marcar una servilleta, ni freír un huevo. Son mujeres a la moderna, dedicadas a disputar a los hombres los puestos que injustamente han venido ocupando hasta ahora. La mayor es Doctora en Medicina y Cirugía, pero no crea usted que se dedica a enfermedades generales. Lo que la entusiasman son las operaciones quirúrgicas.

Antonia: ¿Qué hace operaciones?

Doña Hipólita: Ya lo creo. Cuando la necesite la tiene a su disposición. Lo mismo la da cortarle a usted un brazo, que sacarle un riñón y tenerle en la mano y pesarle y medirle, como si estuviese en el Mercado.

Antonia: Eso es...

Doña Hipólita: Estupendo, una barbaridad, como dicen cuantos la conocen. La segunda se dedica al foro, estudia el Derecho romano, vamos, usted no sabe lo que es eso... ni yo tampoco. Pero la cuestión es que antes sólo los hombres estudiaban, así... derechos. La pequeña tiene aficiones literarias, escribe artículos sobre crítica teatral, compone versos y ahora pretende estrenar y, aunque la dicen que las circunstancias no son favorables, ella sueña con el estreno.

Antonia: Pues dale usted gusto. Ahora vienen unos modelos ideales para jovencitas. ¿Quiere usted examinar los figurines?

Doña Hipólita: Pero si lo que mi hija quiere estrenar es una comedia que ha escrito.

Antonia: ¡Ah! ¡Ya!

Doña Hipólita: ¿Ve usted qué hijas tengo?

Antonia: Un portento. Vamos, tres portentos. ¿Y no tiene usted ningún hijo?

Doña Hipólita: Uno, pero como demuestra poca afición por los estudios y además no podemos gastar más en carreras, se queda en casa con su papá cuidando de que todo esté en orden y de que no nos sise la cocinera.

Antonia: Si, de los cuidados domésticos que no saben desempeñar sus hermanas...

Doña Hipólita: ¡Ay! Mis hijos no pueden ni siquiera oír hablar de esos menesteres.

Antonia: Pues el día que se casen, ¿cómo van a arreglarse?

Doña Hipólita: Tendrán que buscar un esposo que sea hombre de su casa.

Antonia: Y en cambio su hijo de usted...

Doña Hipólita: Ese tendrá que casarse con alguna amiga de sus hermanas, que sea tan intelectual como ellas. (Mira el reloj) ¡Ay! ya se han pasado quince minutos. No puedo esperar más.

[...]

Antonia (sola): Esta señora parece escapada del manicomio de Ciempozuelos... y los individuos de su familia como los personajes de una comedia titulada *La isla de San Balandrán* en la que los hombres friegan los cacharros y duermen a los chicos, mientras las mujeres son médicas y labradoras» (Samuel Ruiz Pelayo, 1925: 17-19).

Este nuevo modelo de «mujer moderna» nace con el final de la Primera Guerra Mundial, hacia la década de 1920, cuando se produce, necesaria e irremediadamente, una reconsideración de los roles de género tras la importante contribución de la mujer a numerosas actividades profesionales con motivo de la ausencia de los hombres, que se encontraban en el campo de batalla. En consecuencia, surgió un doble temor, por un lado, a la posible competencia femenina en un espacio que hasta entonces había dominado el hombre como lo era el del mundo laboral y, por otro lado, al abandono de las obligaciones de la mujer derivadas de su sexo. Esta «mujer moderna», también conocida como «tercer sexo», podía ser:

«La feminista marimacho, la mujer emancipada, la *coqueta*, la *garçon*, el homosexual, la sufragista solterona, la lesbiana. Era notoria la dificultad para deslindar fenómenos de naturaleza tan diferente como corrientes de la moda, tendencias sexuales, opciones ideológicas, estado civil o situación profesional. El *tercer sexo* resultaba ser, en definitiva, todo aquello que no respetaba los modelos sexuales, masculino y femenino, definidos de acuerdo a los criterios tradicionales» (Nerea Aresti Esteban, 2001: 102).

Por ello, este nuevo modelo de feminidad va a ser fuertemente criticado en todos los ámbitos de la sociedad, incluida la literatura infantil y juvenil del momento, como es en este caso *La herencia de tía Isabel*, donde las hijas de doña Hipólita son duramente juzgadas por aspirar a ejercer profesiones tradicionalmente masculinas, como la escritura, la medicina o el derecho, y abandonar así las obligaciones derivadas de su sexo. En definitiva, las tres hijas de doña Hipólita son presentadas ante las lectoras como el modelo antagónico de la «mujer perfecta», presente en las protagonistas de *Tres eran tres...*, ¡¡¡A freír espárragos!!! o *La hija del mar*.

Conclusiones

Con la incorporación de los niños y niñas al sistema educativo nacional y su consiguiente alfabetización desde mediados del siglo XIX y, especialmente, a lo largo del primer tercio del siglo XX, emerge un nuevo foco editorial dirigido a la creación de productos específicamente destinados a la infancia. En este contexto de desarrollo, por primera vez en nuestro país, de una literatura infantil y juvenil propiamente dicha, se van a crear toda clase de productos editoriales al servicio del lema pedagógico del momento: «instruir deleitando». La lectura, desde cuentos y novelas hasta obras de teatro o tebeos, se convierte en una herramienta pedagógica útil para transmitir al nuevo público lector infantil un mensaje instructivo, donde los valores morales del momento, fundamentalmente el nacionalismo y el catolicismo, pero también especialmente los roles sexuados, serán las moralejas más habituales.

En este sentido, los mensajes de género presentes en productos editoriales como las obras de la colección de teatro infantil *Teatro Moral*, transmitirán a las jóvenes lectoras y actrices las obligaciones o deberes propios de su sexo: ser una hija respetuosa, una buena esposa, una madre perfecta y una ama de casa modélica. Personajes femeninos como las protagonistas de las obras *Tres eran tres...*, *¡¡¡A freír espárragos!!!* o *La hija del mar* defienden una feminidad directamente unida al matrimonio y a la maternidad como misiones vitales de toda mujer y fuentes de su felicidad. En oposición a este modelo tradicional, apareció hacia la década de 1920 la conocida como «mujer moderna» o «tercer sexo», probablemente minoritaria al conjunto de la sociedad pero que, en cualquier caso, representaba una amenaza a la hegemonía patriarcal ya que, en palabras de Pilar Ballarín Domingo (2002: 39) y haciendo referencia a la obra de Rousseau, «sin la Sofía doméstica y servil, no sería posible la existencia del Emilio libre y autónomo».

Una mujer sumisa, silenciosa, sin opinión propia, dulce, subordinada al hombre y al servicio de los demás, dedicada en cuerpo y alma a su marido y sus hijos/as, y cuya felicidad dependía de ellos/as y no de sus propias aspiraciones vitales, es lo que las obras del *Teatro Moral* transmitían a aquellas niñas que tuvieron, entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, la oportunidad de entretenerse, sin dejar por ello de aprender estos y otros valores morales, con alguna de las obritas de esta colección de teatro infantil.

Referencias

- Aresti Esteban, Nerea (2001), *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Ballarín Domingo, Pilar (2008), *La educación de las mujeres en la España contemporánea (siglos XIX y XX)*, Madrid: Síntesis.
- Botrel, Jean-François (1993), «Nacimiento y auge de una editorial escolar: la Casa Hernando de Madrid (1828-1902)», en Botrel, Jean-François (dir.), *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, pp. 385-470.
- Bravo Villasante, Carmen (1969), *Historia de la literatura infantil española*, Madrid: Doncel.
- Castillo Gómez, Antonio (2004), *Historia mínima del libro y la lectura*, Madrid: Siete Mares.
- Catálogo Casa Editorial Saturnino Calleja Fernández*. Madrid, agosto 1911. Centro de Estudios sobre la Memoria Educativa (CEME) (Murcia), CAT-CALLE 2.
- Catálogo de la Casa Editorial Antonio J. Bastinos*. Barcelona, 1897. CEME (Murcia), CAT-BAS 1.
- Catálogo de las obras de primera enseñanza y libros de consulta y de utilidad para los maestros, bibliotecas, diplomas, medallas y otros objetos para premios en las escuelas, Librería y casa editorial Hernando (S.A.)*. Madrid, 1931. CEME (Murcia), CAT-HRN 6.
- Catálogo de obras para la juventud, Librería Chirivella*. Madrid, 1925. CEME (Murcia), CAT-SUB.
- Catálogo del material y efectos para las clases. Libro de primera enseñanza y obras de consulta y de utilidad para los maestros, Librería de la viuda de Hernando y C^a*. Madrid, 1892. CEME (Murcia), CAT-HRN 3.
- Catálogo Editorial «Saturnino Calleja» S.A. relación extractada 1876-1922*. Madrid, 1922. CEME (Murcia), CAT-CALLE 1.
- Catálogo escolar Librería y Casa Editorial Hernando S.A.* Madrid, 1948-1949. CEME (Murcia), CAT-HRN-1.
- Catálogo General 1915 Librería y casa editorial Perelló y Vergés*. Barcelona, 1915. CEME (Murcia), CAT-PER 1.

- Catálogo ilustrado de la Librería Escolar Hijos de Antonio Pérez*. Madrid, 1930. CEME (Murcia), CAT-1C.
- Cervera, Juan (1982), *Historia crítica del teatro infantil español*, Madrid: Editorial Nacional.
- Chivelet, Mercedes (2009), *La prensa infantil en España desde el siglo XVIII hasta nuestros días*, Madrid: Ediciones SM.
- Durán y Sampere, Antonio (1952):, *Editores y libreros de Barcelona. Estivill, Piferrer, Brusi, Bastinos. Centenario de la librería Bastinos (1852-1952)*, Barcelona: José Bosch Librero.
- Federico de Urcarregui y Ochondiano, *¡¡¡A freír espárragos!!!*. Madrid, 1901. Biblioteca Nacional de España (BNE) (Madrid), T/26192.
- Fernández Cambria, Elisa (1987), *Teatro español del siglo XX para la infancia y la juventud (Desde Benavente a Alonso de Santos)*, Madrid: Escuela Española.
- Gabino, Juan Pedro (2008): «*In principio erat Verbum*: el léxico caracterizador de la letraherida o la mujer anda en lenguas», en Fernández Ortega, Pura y Ortega, Marie Linda (coord.), *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones de la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 17-32.
- García Padrino, Jaime (1992), *Libros y literatura para niños en la España contemporánea*, Madrid: Pirámide.
- García Padrino, Jaime (1997), «Promoción y difusión del teatro infantil en la escuela», en César Cerrillo, Pedro y García Padrino, Jaime (coord.), *Teatro infantil y dramatización escolar*, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, p. 12.
- José Carmena Santos, *Tres eran tres...* Madrid, 1916. BNE (Madrid), T/22580.
- María del Pilar Contreras Rodríguez, *Teatro para Niños. Tomo primero*. Madrid, 1910. BNE (Madrid), TI/106 V.1.
- Martínez Martín, Jesús A. (2003), «Editores y empresas editoriales», en Infantes, Vicente; López, François y Botrel, Jean-François (dirs.), *Historia de la edición y de la lectura en España 1472-1914*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, pp. 601-608.
- Martínez Martín, Jesús Antonio (2002), «La edición artesanal y la construcción del mercado», en Martínez Martín, Jesús A. (coord.), *Historia de la edición en España, 1836-1936*, Madrid: Marcial Pons, pp. 29-71.

- Pilar Pascual de Sanjuan: *Flora o la educación de una niña*. Barcelona, 1889. BNE (Madrid), 2/84258.
- Samuel Ruiz Pelayo, *La herencia de tía Isabel*. Madrid, 1925. BNE (Madrid), T/27766.
- Samuel Ruiz Pelayo, *La hija del mar*. Madrid, 1908. BNE (Madrid), T/17725.
- Sánchez García, Raquel (2002), «La edición de libros infantiles y juveniles», en Martínez Martín, Jesús A. (coord.), *Historia de la edición en España, 1836-1936*, Madrid: Marcial Pons, pp. 337-354.
- Vélez i Vicente, Pilar (2003), «La industrialización de las técnicas», en Infantes, Vicente; López, François y Botrel, Jean-François (dirs.), *Historia de la edición y de la lectura en España 1472-1914*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, pp. 545-551.

Las mujeres del 98 en la esfera pública: el caso de Carmen Baroja

Ofelia González Escoda
(Universitat de València)

Llora la muchacha, como lloró Juana camino de la hoguera, como han llorado sin ser oídas las enterradas en sepulcro de piedra o en soledad bajo el tiempo. Y el delirio brota de estas vidas, de estos seres vivientes en la última etapa de su logro, en el último tiempo en que su voz puede ser oída. Y su presencia se hace una, una presencia inviolable; una conciencia intangible, una voz que surge una y otra vez (María Zambrano. *La Tumba de Antígona*).

Introducción

Carmen Baroja y Nessi (Pamplona 1883 - Madrid 1950), mujer intelectual de la Edad de Plata española, murió ensombrecida y bajo la soledad del tiempo. Su figura, pese haber crecido en un ambiente familiar y social burgués, no consiguió traspasar la barrera de la eternidad histórica. Incluso, hoy día, nos resulta complicado encontrar referencias en las memorias de sus hijos (el historiador y etnógrafo Julio Caro Baroja y el documentalista Pío Caro Baroja) y en las de sus hermanos (el novelista Pío Baroja y el pintor y grabador Ricardo Baroja). Sin embargo, la labor llevada a cabo por Amparo Hurtado, en los años noventa del siglo pasado, y la de su nieta, Carmen Caro Baroja, han conseguido vivificar la presencia de Carmen Baroja en los círculos académicos de nuestra época.

Desde este punto de vista, el análisis de su obra literaria y sus memorias llaman la atención al arrojar luz sobre la consolidación, en la esfera pública, de una identidad individual y colectiva feminista. Así pues, a través del «yo» de Carmen Baroja encontramos la aparición de la mujer moderna española y el fortalecimiento de una voz femenina que busca menguar la identidad impuesta por el hombre durante la historia. En este sentido, a partir de los espacios públicos en los que participó Carmen Baroja nos interesa su presencia en el El Mirlo Blanco al convertirse en el telar donde se forma su memoria.

Precisamente a partir de la investigación en sus memorias es donde hallamos ese paso entre lo tradicional y lo moderno y la aparición de la identidad de género al tiempo que se adquiere esa conciencia de pertenencia a una comunidad que dirime con lo establecido. Así las cosas, las memorias de Carmen Baroja, y su presencia en

El Mirlo Blanco, ejercen como agentes motores de una nueva dialéctica social que le permitieron tomar conciencia de sí misma y de sus valores dentro del ámbito íntimo y público.

Desde esta perspectiva, la vida de Carmen Baroja representa también la de muchas mujeres que, en mayor o menor medida, buscaban encontrar su habitación propia. Sin embargo, muchas de ellas aún se las conoce por ser «hermana de» o «mujer de» y su labor propia queda realzada por ser la voz que acompaña a un hombre. Casos como este requieren cambiar la óptica de estudio para que, de tal forma, se otorgue a la mujer el papel que su creación artística merece. Por ello, las redes de sociabilidad que engloban a la mujer en la Edad de Plata abren el campo de trabajo hacia nuevas dialécticas que tratan de reconstruir el discurso de la mujer dentro de una comunidad identitaria. Efectivamente, estudiar los diferentes espacios donde existía una praxis social fortalece la afirmación acerca de que la mujer era también un agente social que creaba historia.

En este marco, la mujer y la literatura van íntimamente ligadas con el progreso educativo y la esfera pública. Así pues, «es de esperar que los cambios en el grado de alfabetización de las mujeres y en la educación influyan en el auge de la literatura femenina» (Kirkpatrick, 1991: 72). Al mismo tiempo, «la aparición decisiva de las escritoras en España tuvo lugar en el momento en que las reformas liberales y el prestigio del romanticismo alcanzan su cubre» en tanto que «las nuevas ideas acerca del individuo y la importancia de la vida íntima fueron cruciales a la hora de crear un ambiente en el que las mujeres pudieran sentirse autorizadas a afirmarse como sujetos y no como objetos de la literatura» (Kirkpatrick, 1991: 71-72). Las publicaciones en prensa se convirtieron entonces en el primer paso en la consolidación de la mujer intelectual pero que, sin embargo, no se extendió a otros ámbitos literarios. La novela, la poesía o el teatro, por ejemplo, fueron considerados como características hechas para el hombre y la sociedad miraba con desdén a toda aquella mujer que se atreviera a publicar alguna obra bajo sus iniciales.

Por otro lado, durante el siglo XIX, la mujer quedó unida al hogar ya que «se desarrollaron estructuras de pensamiento que distinguían la esfera doméstica de las áreas de actividad económica y política, definiéndose no sólo como espacio físico del hogar, sino como ambiente emocional supuestamente idéntico a la subjetividad femenina». (Kirkpatrick, 1991: 45). No obstante, a partir del siglo XIX se empieza a integrar a la mujer en el espacio público a través de la educación, fomentando a la

vez una nueva dialéctica social y la creación de una comunidad que se engrana dentro de los nuevos acontecimientos históricos. En semejante contexto, sin embargo, era también recurrente el querer mantener a las mujeres silenciadas. Así según Ballarín (2001: 34) en la época:

«Se dirá que el talento de la mujer se muestra callando y escuchando, mensaje reiterado en todos los tiempos, que se mantendrá en el período contemporáneo. También se presenta el silencio como la mayor prueba de su inteligencia. Negarles la palabra, el instrumento político por antonomasia, significaba la privación de poder definir el mundo situándose en él».

A partir de la segunda mitad del siglo XIX el marco social empezó a cambiar; la irrupción de un nuevo estado social, que implicaba una nueva configuración social, vio en la escuela un nuevo medio de propaganda para la afirmación de la nueva moral burguesa. De tal forma, la escolarización de la mujer no fue más que una consecuencia interesada del estado para reafirmar una estructura jerárquica en tanto que, por ejemplo, la educación primaria de las niñas sirvió para domesticar a las clases populares en unos valores sociales conservadores. Un buen reflejo de esta idea fue la aparición de la figura de la maestra destinada a la educación primaria y difusora de los valores tradicionales como lo fue María de Lejárraga (1874- 1974) o María de Meztu (1881-1948).

En este orden de las cosas, la aplicación de la Ley Moyano en 1857, en la cual se obligaba a la instrucción de las mujeres, fomentó la entrada en el marco público de la mujer que, aunque relegada a estudios meramente femeninos, emprendió el vuelo hacia una nueva red dialectal. No fue, sin embargo, hasta la Revolución de 1868 cuando se encuentran los primeros intentos para tratar de mentalizar al sexo femenino sobre la necesidad de instruirse. Así la llegada del krausismo a España gracias a la figura de Julián Sanz del Río hizo mella en Fernando Castro, el que puso en boga el debate sobre la presencia y la educación de la mujer en el ámbito universitario. Entre 1868 y 1870 se potenció la creación de un Ateneo Artístico y Literario de Madrid, además de la organización de las Conferencias y Lecturas Públicas dedicadas a fomentar la educación de la mujer. Al margen de lo dicho, para Castro, la función de la mujer en esta época debía restringirse a una doble función: la de educadora de los hijos y esposa. En 1870 nació la Asociación para la Enseñanza

con el objetivo de educar a la mujer en su comportamiento en todas las esferas sociales y personales.

Tras la muerte de Castro, sus seguidores decidieron redirigir las bases en tanto que la educación de la mujer debía considerarse como un beneficio propio alejado de la idea tradicional de subordinación y opresión social. Con esta base, en 1876 nació el Instituto de Libre Enseñanza con un doble objetivo: educar e instruir a todos los individuos. Con tales fines, la ILE buscaba cambiar la metodología de aprendizaje, los planteamientos desde la escuela partiendo de los valores de igualdad entre los ciudadanos, una educación gratuita, pública y obligatoria en los niveles primarios y, por último, no dogmática y coeducativa. Un programa pedagógico que pronto se focalizó en los niveles educativos inferiores, considerados como una esfera de mayor impacto o efectividad social.

En dicho escenario, durante el gobierno liberal de 1881-1884, se organizó el I Congreso Pedagógico con nuevas perspectivas en el ámbito educativo y en relación con la integración de la mujer. Las conclusiones, sin embargo, disiparon en el incremento la integración de la mujer en todos los ámbitos sociales y ratificaron la aún existente percepción de que la mujer debía ser instruida dentro del estatus social de acuerdo con las exigencias de su sexo y clase, siempre y cuando no se pusiera en peligro las estructuras sociofamiliares.

Desde ese momento, el peso de la ILE quedó marcado en una travesía por el desierto sin volver a renacer hasta 1907 con la JAE. Cabe señalar, sin embargo, que previamente a la JAE, tras el congreso de la ILE, había desarrollado diferentes proyectos de carácter educativo destinados a reformar la educación pero no fue hasta la inauguración de la JAE cuando se puso en marcha esa red de sociabilidad. Una red que puso en práctica tuvo como escenario la creación de la Residencia de Señoritas.

La irrupción del siglo XX trajo consigo un conjunto de avatares que consolidaron la presencia de la mujer en el espacio público. Esto se debe:

«al proceso de revolución industrial que causó la generalización de las fábricas teniendo como consecuencia un movimiento de campo-ciudad y el crecimiento de las ciudades europeas de forma abrumadora. El mundo rural, no obstante, no desapareció y la agricultura siguió siendo un elemento fundamental, el cambio vino, más bien, de una mano de obra que acabó siendo absorbida por las fábricas». (Bloom, 2017: 121).

En este sentido, la aparición del hombre-masa en el escenario político no fue sino consecuencia de todo un proceso evolutivo marcado por una industrialización económica y un liberalismo político, ambos habían llevado a la sociedad el progreso e impulsaron la creación de redes de sociabilidad entre las mujeres. De tal manera, se buscó absorber al sexo femenino dentro del marco político a través de la ampliación del derecho al voto lo que implicaba la integración de la sociedad. Al mismo tiempo, a finales del siglo XIX tuvo lugar la creación de nuevos elementos políticos, como la publicidad, los mítines, la prensa, etc. que buscaban atraer a las nuevas masas.

En España, por su parte, el proceso industrializador no llegó con la misma fuerza que en el resto de los países europeos. A esto se sumó que la mayor parte de la población seguía siendo campesina y viviendo de la agricultura, provocando así que la clase media no tuviera la misma relevancia que en el espacio europeo. Desde esta perspectiva, la crisis del 98 y la corriente regeneracionista dieron especial importancia a la educación como motor de cambio en la sociedad española.

Dichos espacios contextuales conectan con la irrupción de la mujer en el escenario social, no sólo en los espacios educativos sino también en el ámbito laboral. En este sentido, se produce una reducción del analfabetismo de las mujeres, aunque seguía siendo amplio en comparación con las tasas masculinas, al unísono que una mayor presencia en las aulas públicas y privadas. En tal panorama, en 1907, se creaba la Junta para Ampliación de Estudios, en 1909 se ampliaba la educación obligatoria hasta los 12 años y se ampliaron las enseñanzas profesionales como las de mecanografía, enfermería o institutriz. Un poco después, en marzo de 1910, las mujeres españolas obtuvieron el derecho a matricularse libremente en los centros de enseñanza y, aunque podría parecer que la dictadura de Primo de Rivera ahogaría a la mujer en el silencio otra vez, en estos años la presencia de la mujer en las universidades aumentó.

La Primera Guerra Mundial abrió el panorama europeo y español para la inserción de la mujer en lo que concierne al espacio laboral. Una inserción que se vio limitada tras finalizar la guerra ya que el hombre intentó devolver a la mujer su rol tradicional. Unas intenciones en vano ya que el cambio de percepción social necesario para la emancipación y la libertad del sexo femenino se habían convertido en discursos intrínsecos en la mujer. El *yo* íntimo se constituía, a partir de ahora,

como una proyección del cuerpo colectivo en tanto que las acciones propiciadas por la mujer, impulsarían cambios históricos.

La llegada de la República española mejoró la situación de la mujer que estableció la igualdad de la mujer en el terreno jurídico, reguló el trabajo femenino hacia la igualdad salarial, protegió la maternidad, elaboró una progresiva ley de divorcio, reguló el voto de la mujer y su integración en la vida política. La guerra civil y el franquismo, sin embargo, devolvieron a la mujer a la esfera privada, a la casa y a un exilio interior. Así, los roles femeninos se restablecieron en torno a la figura de mujer como adorno, sin una función más allá de la educación de los hijos, de esposa y ama del hogar. La posguerra y el triunfo del nacionalcatolicismo sentenciaron al silencio de la voz de la mujer ya que «la legislación franquista impuso un sentimiento tradicional de la familia, reconocida como célula primaria natural y fundamento de la sociedad, y redujo a las mujeres al exclusivo papel de esposas y madres» (Ballarín, 2001: 112). Asimismo, «el franquismo supuso un retorno a los principios pedagógicos del catolicismo más reaccionario del siglo XIX con rígidos contenidos educativos basados en la división de los dos sexos» (Ballarín, 2001: 112).

En este contexto Carmen Baroja fue una de estas mujeres que vivió cercada por los sustratos de una comunidad emocional que imponían patrones de conducta ante la sociedad. La familia y el espacio privado se convirtieron en los lugares de mayor proliferación del ideal tradicional pero que, sin embargo, se fueron diluyendo hasta crear espacios dialectales nuevos donde la mujer creaba también conciencia identitaria. Una nueva conciencia que se entrelaza entre lo privado y lo público, lo íntimo y lo colectivo y que vemos en Carmen Baroja a través de su participación en *El Mirlo Blanco*.

El Mirlo Blanco

El Mirlo Blanco, teatro de cámara entre los años 1926 y 1927, situado en Madrid en la Calle Mendizábal y la casa de Vera en Bilbao, constituye un ejemplo pragmático sobre la existencia de redes de sociabilidad femenina y la consolidación de una nueva dialéctica social. Carmen Baroja fue, en estos años, una de las mujeres modernas que se envolvió en el nuevo asociacionismo femenino.

Entorno a esta dialéctica, los años previos a la creación de *El Mirlo Blanco* fueron para Carmen Baroja vividos en una esfera privada donde todo se concentraba

en su casa y su familia lo que, según Francisco Fuster (2018:117) habían encorsetado a Carmen Baroja en los:

«valores educativos decimonónicos pero que bajo esta sensación de libertad coartada, hasta cierto punto natural en todo adolescente, subyacía una realidad innegable y, tal vez por ello, más dolorosa: el convencimiento de estar sufriendo un trato injusto y, en cualquier caso, diferente al recibido por sus hermanos».

Por su parte, en sus memorias, Carmen Baroja (1999:45) crítica los valores que se le habían intentado inculcar afirmando: «La moral de mi casa, muy a la española, era por demás rígida para mí en cosas pueriles y sin importancia, y muy laxa para mis hermanos en cosas que yo, ya entonces, consideraba importantes». Pese a haber vivido una época rodeada de una moral tradicional, los años que siguieron en Madrid en la Calle Mendizábal, Carmen los recuerda como «de lo más divertido y alegre de mi vida y los recuerdo con verdadero gusto». (Baroja Nessi, 1999: 82). Semejante afirmación contiene detrás toda una carga contextual alineada con unos factores culturales que propiciaron la revolución silenciosa de la protagonista.

Dichos factores se encuentran en el marco espacial de principios del siglo XX en un contexto español y europeo marcados por una revolución cultural, política, económica y social. Resulta difícil, sin embargo, describir tanta explosión cultural en tan pequeño espacio, lo que nos lleva, por tanto, a focalizar nuestra atención en la construcción de la cultura de masas. Ya en los años sesenta del siglo XIX, pero sobre todo en los años ochenta, nos topamos con un proceso de mercantilización del mundo cultural, es decir, la aparición de industrias culturales de masas como por ejemplo las publicaciones en revistas, la novela de quioscos o los teatros de cámara. La industrialización en el marco cultural agravó el recelo entre sectores burgueses que veían que la irrupción de la masa había llevado a poner en cuestión muchos de sus privilegios.

Adoptando una perspectiva análoga, también la mujer se integró dentro de la nueva dialéctica social al unísono que entraba a formar parte del espacio público. Relegada siempre a la esfera privada, el siglo XX favoreció la consolidación de movimientos asociacionistas que propiciaron la reafirmación de una voz propia. En semejante escenario, hallamos en el teatro un espacio público en el cual muchas mujeres se integraron y crearon una comunidad dialectal colectiva. Esta nueva cultura societaria «no es en absoluto ajeno al 98 español ni a la crisis de conciencia

desatada por la guerra colonial, ni tampoco a los anhelos de cambio que impregnaron las prácticas sociales de una etapa» considerada como «la edad de plata de la cultura española 1898-1936». (Barrachina, 2002: 94). Así pues, la teoría regeneracionista también fue asimilada por muchas figuras ligadas con el teatro que ayudaron, en cierta medida, a la participación de la mujer en la escena pública cultural. Figura de gran relevancia en España fue la Rivas Cherif, el que según Juan Aguilera Sastre y Manuel Aznar Soler:

«partiendo de la concepción ilustrada de su función social del teatro como “espejo de costumbres” [...] y tras caracterizar el teatro comercial como negocio fácil ajeno a todo criterio artístico, propone el teatro experimental como única alternativa válida para “reeducar” tanto al actor como al espectador». (Aguilera & Aznar, 1999: 88).

Esta regeneración teatral vino marcado, sobre todo, por un recelo de ciertos sectores sociales que consideraban que el nuevo teatro viajaba a la par de convertirse en un mero pasatiempo burgués y comercial provocando una crisis y prostitución de la escena teatral.

De esta idea nació entre 1920 y 1929 el conocido como teatro experimental o teatro del arte. Previamente, lo que triunfaba en España era:

«por un lado, la llamada alta comedia, con rasgos románticos, pero atenuando el carácter idealista, dirigida a un público burgués, con un enfoque docente y un lenguaje más sobrio, cuyos representantes más característicos fueron Adelardo López de Ayala (1828-1879) y Manuel Tamayo y Baus (1829-1898); y por otro lado, el drama neorromántico, lleno de efectismos exagerados y fáciles, cuya máxima figura sería José de Echegaray (1832-1916) con el honor ultrajado —y su venganza— como tema principal». (Rubio, 1982: 55).

Al mismo tiempo, la rápida introducción del teatro de Ibsen hizo posible el nacimiento de un nuevo drama en los escenarios españoles caracterizado por el descenso del tono a la hora de interpretar y el interés por reflejar los problemas del entorno inmediato. Un drama moderno que convive con el drama poético de figuras como Valle-Inclán (1866-1936), Francisco Villaespesa (1877-1936) o los hermanos Machado y que tenían como base el movimiento prerrafaelista y la recuperación de la tradición clásica y romántica del teatro español.

Al margen de esto, e influenciado por el teatro parisino e italiano, Rivas Cherif apostaba:

«por la formación de grupos reducidos de aficionados para recuperar la dignidad artística del teatro, sobre la base de dar cabida a nuevos autores, de formar un tipo de actor diferente, fresco, dúctil y no viciado” [...]” había que crear una empresa artística alejada de los avatares del comercio teatral». (Aguilera & Aznar, 1999: 89).

Dichas redes de sociabilidad fueron propicias para que, en la tarde del 7 de febrero de 1926, tuviera lugar:

«en la calle Mendizábal, número 34, casa familiar de los Baroja, la primera representación de un grupo teatral que, a partir de sucesivos programas, se denominó El Mirlo Blanco. La promotora de este “teatro de arte” fue Carmen Monné, esposa de Ricardo Baroja, a la que secundaron, animosamente, los asiduos a su tertulia» (Faraldós, 1985: 1).

Así lo refleja, por su parte, Carmen Baroja en sus memorias “al volver de Vera en el otoño, se le ocurrió a Ricardo que se debía representar en su casa alguna comedia. La idea fue acogida por los contertulios con verdadero entusiasmo y empezó a reunirse gente por las tardes, todos muy ilusionados con representar” (Baroja Nessi, 1998: 84). De la misma manera lo relata en una de sus publicaciones en prensa titulada *Memorias íntimas de un teatro de cámara. Desde el nido de «El Mirlo Blanco»* donde expone:

«Es una empresa muy difícil para mí hablar con imparcialidad de las representaciones del Mirlo Blanco. ¿Cómo decir al público que en nuestra casa, nuestra familia, nuestros amigos hacen algo que nos parece muy agradable, sin dar a los demás una idea antipática de petulancia? ¿Sería mejor llenarse de falsa modestia? Creo que no. Mis lectores me tendrán, pues, que perdonar si del Mirlo Blanco no hablo más que con alegría y entusiasmo» (Baroja Nessi, 2018: 141).

Este hito, tan significativo en el desarrollo personal de Carmen Baroja, lo fue también para otras mujeres que participaron en la realización de los estrenos. Se empezó a forjar, de tal forma, el telar intelectual entre mujeres que posteriormente también formarían parte del Lyceum Club. Y, es que «para que ese intercambio de ideas y compenetración de sentimientos se haga posible se necesitaba un espacio propio, un lugar de esparcimiento” (Marina, 2009: 113). Algunas de ellas, las recuerda Carmen Baroja en sus memorias:

«Además de las amigas, Nati, Carmen Abreu, Marichu Arisqueta, etcétera, a casa de Ricardo venían los domingos por la noche a tomar café algunos amigos más o menos aficionados a las letras. Los asiduos, los fijos, eran cuatro, aunque algunas veces el número era mucho más crecido: Cipriano Rivas Cherif, Fernando Bilbao, Sindulfo de la fuente y Manuel Azaña». (Baroja Nessi, 1999: 83).

Dentro de este nuevo marco de actuación femenino y de la repercusión de la compañía de teatro en torno a Carmen Baroja va ligado al concepto de «credo barojiano». Según Francisco Fuster, la familia Baroja se puede englobar en aspectos como «el individualismo como forma de ser y estar en el mundo, liberalismo en todo lo referente a ideas sobre la sociedad o la política y, por encima de todo, sinceridad y valentía para la crítica a lo que se une una tendencia natural al aislamiento» (Fuster, 2018: 10). Una visión elitista que se complementa perfectamente con la praxis de El Mirlo Blanco ya que «los días en que se estrenaba una obra en El Mirlo Blanco, la sala baja o comedor de la casa de mi tío Ricardo se llenaba de bote en bote, de críticos, literatos y gente más o menos conocida de la sociedad de Madrid» (Caro Baroja, 1978: 125).

El elitismo, tanto individual de los Baroja como el colectivo en torno El Mirlo Blanco, indica que las mujeres que participaron en el teatro de cámara estuvieron vinculadas con la clase social burguesa. No cabe, por ello, desdeñar la relevancia de como un espacio privado, como lo era el salón de una casa, que se convirtió en un puente que se unía con la integración de muchas mujeres en la vida pública.

Dentro de este ámbito burgués Carmen Baroja empezó a encontrar su espacio íntimo y colectivo a partir de su participación en algunas de las representaciones. Sin embargo, lo cierto es que, esa libertad medio coartada por los valores tradicionales seguía latente diariamente. Julio Caro Baroja (1978: 172), en sus memorias, reafirma esta premisa ya que:

«La actuación de mi tío Pío como cómico no fue de las menos comentadas, ya que, en esencia, era la antítesis de hombre de tablas. Pero, generalmente, no bajaba a las fiestas teatrales del piso inferior. Tampoco concurrían a ellas ni mi abuela ni mi padre. Mi madre sí, cuando los quehaceres se lo permitían».

No obstante, los valores conservadores impuestos no frenaron a Carmen Baroja a la hora de actuar en algunas representaciones. Fueron el caso de obras como *Arlequín*, *Mancebo de botica* o el caso de *Marinos Vascos*.

En este punto, el asociacionismo femenino y la identidad colectiva se unen «en la tercera representación que ofreció El Mirlo Blanco, organizada a beneficio del Lyceum Club femenino» (Faraldós, 1985: 124) y se reafirma esa red de sociabilidad entre las mujeres con la intención de conectar espacios y dialécticas de rebelión al fin de legitimar la presencia de la voz femenina. Carmen Baroja (1999: 90) también afirma esta cohesión entre la praxis cultural, lo material, y la conciencia de pertenecer a una comunidad con conciencia de clase al aludir en sus memorias:

«Carmen Monné propuso dar una representación en el Mirlo a beneficio del Club. [...] Efectivamente, se preparó el mismo programa de Ligazón, Arlequín y el cuento vasco, se pusieron los asientos a 20 pesetas, se llenó el salón de Carmen, y se reunieron más de cuatro mil pesetas».

Tras este acontecimiento y un pequeño cierre, el teatro de cámara reabrió sus puertas ofreciendo la oportunidad a Carmen Baroja de estrenar «una pequeña farsa, que se representó como si los actores fueran muñecos de «guignol» (Caro Baroja, 1978: 172) titulada *La Merè Michel*, la que se representó por segunda vez a en la última puesta en escena de El Mirlo Blanco «a finales de agosto, atendiendo a una solicitud del director del hospital de Irún, doctor Galeano, los “mirlos”, tras unos días de ensayo en la casa de los Baroja en Vera de Bidasoa, vuelven excepcionalmente a las tablas en la ciudad guipuzcoana» (Aguilera & Aznar, 1999: 119). Gloria Rey, por su parte, también confirma que, tras la última representación en Madrid, se celebró en Irún el 27 de agosto de 1927 la representación de *El Gato de la Mercè Michel* de Carmen Baroja junto con *El café chino* y *El torneo*.

Si bien la vida de El Mirlo Blanco supuso para la intelectualidad masculina un teatro de aficionados, para la figura de la mujer constituyó la creación de una comunidad emocional. Lo que se formó en torno al espacio teatral de la casa de los Baroja, pues, fue la difusión de unos valores y deseos comunes que manifestaban y conectaban el yo interior con el exterior a través de la participación de la mujer en prácticas culturales públicas. Efectivamente este lirismo lo hallamos en los textos escritos por mujeres que sentían en su interior la conexión con un espacio que empezaba a asimilar su presencia en la escena universal. En este sentido, la idea nos sirve para crear una perspectiva comunitaria existente entre las mujeres de la Edad de Plata y Carmen Baroja. Sus textos, que son una variante de sí misma, junto con un contexto teatral de cambio dialectal nos acercan a una realidad donde el

reconocimiento de redes de sociabilidad femenina y de producción de nuevas prácticas culturales compartidas hacen que aparezca en la mujer la necesidad de expresarse a través del lenguaje. A partir de la construcción de este lenguaje, mediante publicaciones en prensa, autobiografías, textos ensayísticos, etc., hemos conseguido encontrar la presencia, dentro de un espacio privado, un contacto con la esfera pública, lo que se constituye como canal de liberación y emancipación intelectual femenina.

El Lyceum Club

No es de extrañar que la consolidación del espíritu colectivo feminista no arraigara en España hasta mediados de los años veinte. Entre tanto, «aunque en el siglo XIX hubo en España algunos casos aislados de mujeres emancipadas, no existió un movimiento feminista bien organizado como los que había en otros países europeos y en los Estados Unidos» (Magnini, 2001: 55). Eso no quiere decir que no existiera un debate entre la sociedad española en torno al feminismo en la prensa y los foros intelectuales. De hecho, en España era común definir el movimiento feminista como «el problema feminista» denotando de tal manera ese rechazo de una parte de la sociedad hacia la emancipación de la mujer. En este sentido, el feminismo europeo, visto en ojos españoles, era considerado como todo aquello que rompía con los valores patriarcales tanto desde el punto de vista religioso, político como social. Al mismo tiempo, la situación política de España; la pérdida de colonias, el malestar por parte de la intelectualidad (Pío Baroja, Unamuno o Azorín) o la no participación en la Primera Guerra Mundial agudizaron el sentimiento de protección del hombre hacia su fuerza patriarcal, aspecto que se vería disminuido si la mujer entraba a formar parte del espacio público. Al unísono, fueron también «las connotaciones políticas de las diferentes clases de feminismo las que contribuyeron en gran medida a la debilidad del movimiento español» (Scalon, 1986: 78). De ahí que no fuera hasta la inauguración del Lyceum Club cuando las redes de sociabilidad, que implica el asentamiento del feminismo en España, se conectaran e irguieron el despertar una inteligencia social femenina.

En semejante escenario, la aparición del Lyceum Club en Madrid era definido y entendido por sus componentes, citando a María Lejárraga, como un «hogar intelectual» además de haber sido creado para «devolver a la palabra sociabilidad su verdadero sentido» (Barrachina & Bussy & Fagoaga, 2002: 102). Podríamos resumir,

pues, que el Lyceum era: «una institución cosmopolita, lo que, como sabemos desde Kant, es la antesala de la universalidad. Tal vez éste es uno de los rasgos que estrepitosamente distingue al Lyceum del provinciano ambiente español, que aún no ha perdido el pelo de la dehesa, del cortijo, la masía, el pazo, o el caserío» (Marina & Rodríguez, 2009: 58), lo que, como hemos comentado previamente, chocaba con los ideales españoles asentados en un sistema patriarcal.

Con esta perspectiva, el 4 de noviembre de 1926 se inaugura en la calle de las Siete Chimeneas el Lyceum Club en Madrid. Su apertura había implicado, claro está, todo un esfuerzo previo. De hecho, Carmen (1999: 85) en sus memorias afirma que «por entonces veníamos reuniéndonos unas cuantas mujeres con la idea, ya muy antigua en nosotras, de formar un club de señoras. Esta idea resultaba un poco exótica en Madrid y la mayoría de las que teníamos era por haber estado en Londres, donde eran, y supongo que siguen siendo, tan abundantes». No cabe duda de que el contacto europeo de los miembros del grupo fue centro de inteligencia social. Sin ir más lejos, en su autobiografía se relata cómo «en 1925 Carmen Baroja y su cuñada, Carmen Monné, viajaron -¡sin maridos!- a Londres, y se hospedaron en el Lyceum Club» (Baroja Nessi, 1999: 80). En otras palabras, fue decisivo, como afirma Amparo Hurtado, «para muchas socias el intercambio de sus propias experiencias, ideas y opiniones, pues les permitió tomar conciencia de que, en muchos casos, sus problemas derivan menos de su personalidad que de la situación colectiva de las mujeres» (Baroja Nessi, 1999: 29). De hecho, Carmen Baroja fue en el Lyceum Club donde cobró conciencia de una nueva perspectiva colectiva ya que en su adolescencia «no tenía el arranque de romper con lo que me molestaba y llevar otra vida, porque tampoco conocía a nadie que la llevara y que me hubiera podido iniciar fuera del ambiente mezquino y estrechó mío» (Baroja Nessi, 1999: 56).

En otro orden, el reglamento organizativo del Lyceum se constituyó en base al Club de Londres. Así, según Carmen (1999: 90) «la junta estaba compuesta por María de Meztu, presidenta, Ella Palencia, Victoria Kent, Zenobia Camprubí, Amalia Salverría, la tesorera más admirable que pueda darse, y no recuerdo si alguna más». De acuerdo con este marco organizativo, Carmen se ocupó de la sección de arte, según ella ubicado en «un saloncito para exposiciones donde se hicieron gran cantidad de ellas, la mayoría bastante malitas, pero, como era para que las mujeres expusieran sus obras sin gasto, y cómo, mediante unas tazas de té y un poco de

palique con halagos a su vanidad, engatusaba a los críticos de arte más conspicuos, resultaba que los artículos encomiásticos menudeaban en los principales periódicos de Madrid y hasta se venían obras» (Baroja Nessi, 1999: 90). De igual forma, Julio Caro Baroja (1978: 64) en sus memorias habla sobre el Lyceum Club y la presencia de su madre en él:

«Mi madre buscó una pequeña solución para cultivar su instinto social, que en casa veía poco cultivable. Fundó con varias amigas y conocidas un club femenino, el Lyceum: algo inspirado en el de Londres, que conocían María de Maeztu y otras. Este club funcionó durante los años finales de la Monarquía y en tiempos de la República en la casa pegada a la de las siete chimeneas, que luego se ha tirado. Mi madre dirigía la sección de Arte y organizó exposiciones y conferencias. Yo recuerdo haber ido alguna vez allí de chico. El «Lyceum» congregó a muchas señoras de la burguesía madrileña, mujeres e hijas de escritores, profesores, médicos, etc. También las mujeres de la colonia extranjera».

Los primeros años del Lyceum, desde 1927 hasta 1931, las conferencias fueron, sin duda, la mejor atracción del club. Carmen (1999; 91) recuerda que «otro éxito fue el de las conferencias. Todos se pirraban por el Lyceum». No obstante, un contexto cambiante, propició que el Lyceum Club se embarcase en un nuevo escenario de actuación. Hablamos, por supuesto, de un contexto marcado por la politización de la sociedad, la consolidación de la clase obrera, la cultura republicana y la llegada de la Segunda República española afianzaron nuevas comunidades emocionales que representan la sociedad española del período de entreguerras. No es de extrañar, ante semejante escenario, que algunas mujeres del Club empezaran a tomar una vía de actuación política. Carmen Baroja, que formaba parte de la generación de fin de siglo, recuerda su desvinculación con el Lyceum Club, entre los años 1934 y 1935, a causa de la propia politización de las mujeres: «han pasado más de diez años desde que yo me di de baja en el Lyceum. Comprendía que aquello se iba haciendo demasiado político». (Baroja Nessi, 1999; 103).

Con igual perspectiva lo recuerda Julio Caro (1978;68) en sus memorias cuando habla de su madre y añade que:

«En los años finales el Lyceum dejó de ser para ella tan agradable como lo había sido al principio. Empezó a estar dominado por las mujeres de algunos políticos republicanos y socialistas. Varias de las fundadoras se espantaron y dejaron de ir. [...]

Pero, además, al Lyceum concurrían las mujeres de ciertos escritores y políticos de izquierda que eran de origen extranjero y que tenían una antipatía peculiar a la «mujer española», que concebían según un patrón, propio de la pequeña burguesía pseudorrevolucionaria de los países de origen: Suiza, Holanda, etc».

Una vertiente más política que empezó a resquebrajar la inteligencia social entre las componentes del club al tiempo que lo hacía también la socialidad. El entendimiento social entre sus miembros había sido gracias a su desvinculación de aspectos políticos y religiosos. En ese sentido, se había buscado crear un espacio común donde sólo actuarán factores como la justicia y la ética. A pesar de esto, el contexto circundante de politización que se adueñó de España hizo cada vez más difícil el diálogo entre sus integrantes. De hecho, la primera rivalidad vino por el sufragio femenino. Es, pues, cuando se elige el paradigma del poder frente al paradigma de la racionalidad compartida, que se funda en la educación cuando se fuerza al discernimiento entre dos sectores.

El estallido de la guerra civil, no obstante, implicó frenar cualquier avance social. De hecho, fue en este período cuando las actividades del Lyceum cesaron por completo. Durante este período muchas socias del Club dejaron de Madrid, unas hacia el exilio y otras hacia zonas más seguras. Otras, incluso, se alistaron para participar en la guerra de forma más activa. Carmen, tras volver a Madrid después de la guerra, recuerda que «[Nieves Pi, amiga del Lyceum] me contó que durante la Guerra había quedado todo intacto, no faltaba ni una cucharilla. Vinieron los nacionales y el señor creo que Serrano Suñer obligó a entregarlo todo a una delegada de Falange» (Baroja Nessi, 1999; 108). De tal modo, una vez las tropas franquistas habían tomado Madrid y se había proclamado el nuevo régimen bajo el mandato de Franco, el Lyceum Club se convertía a ojos del franquismo como una amenaza. Así lo describe también Julio Caro (1978; 65) en sus memorias al hablar del Lyceum:

«Después de la guerra el “Lyceum” fue considerado como un círculo nefando, como tantas otras instituciones que habían podido funcionar durante la Dictadura de Primo de Rivera. Y ya en esta época mi madre, como muchas mujeres y hombres, no tenía más programa que el de sobrevivir o ir tirando como fuera, aunque sin perder su idealismo».

Así los hechos, la instauración de la dictadura militar franquista supuso para España derribar el andamio de la modernidad y la democracia, acabar con el progreso

e imponer un nuevo modelo social que erguía sus bases sobre ideales tradicionales. Con semejante marco de actuación, la mujer volvió a convertirse en el ángel del hogar y se le devolvió a su papel subalterno. En el mismo sentido, el Lyceum se convirtió en el Club Medina, sección dentro de la Sección Femenina. La voz de la mujer, pues, volvió a ser acallada y desterrada de los ámbitos públicos, anochecía otra vez las ideas de libertad y emancipación mientras que sus voces se hundían en unos ecos lejanos. Muchas, como hemos dicho, se exiliaron a otros países, no obstante, muchas otras se quedaron en España sufriendo su exilio interior. No quedaba, por entonces, más opción que el recuerdo metamorfoseado a través de las palabras, a través de lo que en su día había unido a la mujer para alzarse y crear el Lyceum Club Femenino: la cultura. En 1944, Carmen Baroja (2018; 195) escribía un artículo en el periódico *El Español* en el que describiendo la evolución del ideal de amor en la literatura describe cual había sido el objetivo de la mujer en los últimos años:

«Se habla de emancipación, de falta de comprensión, de egoísmo ciego masculino. La mujer que se llamó moderna desprecia un poco su fuerza instintiva, sobre que no conquistará al hombre, al revés; pero no le importa. Ella pretende llegar a la compenetración absoluta; a ser la compañera del hombre, no su muñeca; la verdadera madre de sus hijos.

La literatura futura, fiel espejo de la vida, llegará a unir felizmente estos extremos, estos anhelos amorosos en arquetipos primorosos y eternos».

Asimismo, Carmen Baroja (2018; 237), en sus numerosas publicaciones en prensa demuestra que, aún el exilio que les tocó sufrir a estas mujeres, la memoria siempre es imborrable. Quisiera terminar aludiendo a uno de sus artículos inéditos, fechado en marzo de 1942, titulado *Mis amigas las hilanderas*, en el cual apelando a la historia de una vieja lavandera y sus amigas alude a la memoria y las redes de sociabilidad como arma de perdurabilidad histórica:

«Nosotras seguiremos hilando sus lanas blancas y esponjosas como unas pobres chicas bastante estúpidas. Mis amigas y yo tendremos la enorme ventaja de que, en nuestra tumba, en la lápida sepulcral que se coloque sobre los pobres despojos, haya una leyenda, una inscripción grabada en la piedra que diga, como decían las de las mujeres romanas: “Cuidó de su casa, hiló”. Alguien puede añadir esta vulgarísima y poco clásica coletilla: “hizo calcetines”». (Baroja Nessi, 2018; 237).

Conclusión

Como ha escrito Gérard Noiriel, la publicación de *El contrato social* de Rousseau estableció «una diferencia radical entre el pueblo concebido como un conjunto de «súbditos» sometidos a las leyes del Estado, y el pueblo entendido como comunidad de “ciudadanos” que participan en la «autoridad soberana», es decir, en la elaboración de la ley» (Frevert, 2001; 244). Dicho aspecto, abrió el camino para que la mujer tomara conciencia de su derecho a formar parte de la *res pública*. Se sumó, además, a este concepto la idea de identidad individual en tanto que el ciudadano se convirtió en un ser perteneciente a la categoría privilegiada de los individuos capacitados para participar en la vida política de su Estado. Pero el ejercicio de ese derecho lo encierra en un cometido totalmente individual. No es de extrañar, pues, que la mujer también tomará conciencia de su individualidad y su posición en el mundo que la rodeaba.

A lo largo de estas páginas, he tratado de demostrar la presencia e importancia que tuvo la mujer en la España contemporánea a través de la vida singular de Carmen Baroja. Por medio de los ejemplos aquí expuestos, se puede llegar, pues, a las siguientes conclusiones:

En primer lugar, el concepto de mujer moderna, que define a figuras como Carmen Baroja, nació de un panorama español donde la mujer, a través de la consolidación de redes de sociabilidad, dejó de tener presencia exclusiva en el espacio privado y tomó voz en la vida pública. Asimismo, a través de sus memorias, del rescate de una voz singular, del yo íntimo, hemos llegado a comprender la evolución dialéctica de la mujer en las primeras décadas del siglo XX. En semejante escenario, la vida pública comunitaria se enlaza con la vida individual de Carmen Baroja y que, en definitiva, consiguieron crear una estructura que conecta al individuo con la sociedad y su dialéctica de rebelión.

Tal estructura que sujeta esta argumentación parte de un contexto histórico que es la Edad de Plata y que abarca aspectos culturales tales como la educación, los espacios de sociabilidad o la literatura al tiempo que convergen con la irrupción de conceptos como la identidad de nación, la sociedad de masas, la creación de nuevas comunidades emocionales, la modernidad y la industrialización. En este espacio temporal, la mujer empieza a formar parte del nuevo engranaje social e histórico. Los conceptos que configuran la superestructura social de la Edad de Plata se entrelazan

con el individuo, sobre todo con la toma de conciencia del yo individual a la par de la toma conciencia de la fuerza del colectivismo.

A partir de estas bases, se abrió el camino a que la mujer tomara conciencia de su derecho a la libertad individual y su participación en la vida pública en tanto que también ejercieron como sujetos históricos. Así pues, los progresos en el marco educativo sentaron las bases necesarias para que la voz interior se expresara hacia el exterior y se unieran al compás de una etapa histórica conocida por la irrupción de las masas, la industrialización y la politización de la sociedad.

Por otro lado, los dos espacios públicos que se organizan en ámbitos privados, El Mirlo Blanco, en la casa de los Baroja, y El Lyceum Club, en la casa de la Calle de las Siete Chimeneas, han aportado una nueva visión panorámica en torno a la historia constituida sobre la mujer. El estudio interdisciplinar, por un lado, desde un punto de vista histórico y, por otro, desde un punto de vista literario, que se ha llevado a cabo ha suministrado los suficientes argumentos como para afirmar que, a través de la mirada de Carmen Baroja, encontramos una fuerte presencia de la mujer que tiene conciencia y asimila los nuevos ideales que las rodean al tiempo que deciden poner en práctica sus objetivos de emancipación. Los dos espacios en los que interactuó Carmen Baroja son núcleos culturales que se crean para satisfacer la necesidad de un sector femenino, el burgués, y que llevaron posteriormente a que muchas de sus participantes tuvieran presencia en el panorama político.

En definitiva, la interconexión entre lo íntimo y lo colectivo, lo privado y lo público y el sujeto y el objeto, teniendo como eje la vida de Carmen Baroja, afianzan el rescate de la voz de todas aquellas mujeres que, aun habiendo sido silenciadas, sus ecos han conseguido permanecer ensordecedores en la memoria.

Referencias

- Baroja y Nessi, C. (1999), *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*. Tusquets.
- Baroja y Nessi, C. (2018), *Con voz propia. Colaboraciones en prensa de Carmen Baroja*. Caro Baroja.
- Ballarín Domingo, Pilar. (2001). *La educación de las mujeres en la España contemporánea (siglos XIX-XX)*. Madrid: Síntesis.
- Blom, P. (2017), *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente 1914*. Anagrama.
- Caro Baroja, J. (1978), *Los Baroja: (memorias familiares)*. Madrid: Taurus.

- Faraldós Rey, G. (1985), "Pío Baroja y" El mirlo blanco"." *Revista de literatura* 47.93.
- Fuster García, F. (2018), "Aire de familia: historia íntima de los Baroja". Cátedra, 2018.
- Frevert, U. (2001), "*El hombre del siglo XX*". Alianza.
- González Shirley, M. (2001), *Las modernas de Madrid: las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*. Vol. 306. Ediciones Península.
- Jiménez Rubio, J. (1982), *Ideología y teatro en España, 1890-1900*. Vol. 4. Departamento de Literatura Española, Universidad de Zaragoza.
- Kirkpatrick, S. (1991), *Las románticas: escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*. Vol. 1. Universitat de València.
- Marina, J. A, Rodríguez de Castro, M. T. (2009), *La conspiración de las lectoras*. Editorial Anagrama.
- Sastre Aguilera, J., Aznar Soler M. (1999) *Cipriano de Rivas Cherif y el teatro español de su época: 1891-1967*. Vol. 16. Asociación de Directores de Escena de España.

La literatura como fuente histórica, desde una perspectiva de género: una mirada para una mujer que escribe sobre mujeres en el Brasil de 1920

Evelyn de Almeida Orlando
(Pontificia Universidade Católica do Paraná)

Introducción

La reflexión a seguir nació de una inquietud con relación a la presencia femenina en el cuadro de intelectuales en Brasil. Poco se ha discutido sobre su lucha por un lugar, por su reconocimiento en el campo intelectual, sus modos de ser y ocupar este espacio o de las producciones que resultan de tal ocupación, bien como tampoco se habla de su participación en la producción del conocimiento histórico nacional.

Estas mujeres, aunque ofuscadas en la historiografía, en su acción política e intelectual, necesitan ser encontradas y comprendidas en sus proyectos, sus acciones y su condición femenina, ocupando lugares como sujetos que participan y movilizan el flujo de la historia. Es esta acción femenina que nos interesa colocar en pauta aquí, aceptando la provocación de Michelle Perrot de ir más allá de aquello que fue construido, de explorar cuidadosamente otros caminos: «Lo que importa reencontrar son mujeres en acción, innovando en sus prácticas, mujeres dotadas de vida, y no absolutamente como autómatas, sino las que crean ellas mismas el movimiento de la historia» (Perrot, 1988: p.187).

Tomamos las reflexiones de Sirinelli (1996) para pensar las mujeres como intelectuales, como «actores (o actrices) de lo político» a partir de la producción y mediación de interpretaciones del papel que ejercieron tanto en la realidad social como cultural, para dedicarnos también a su compromiso político y a las redes de sociabilidad que garantizaron su tránsito en este campo. Para este autor hay:

«dos acepciones del intelectual: una amplia y sociocultural que engloba los creadores y mediadores culturales; y otra más estrecha, fundamentada en la noción de compromiso. En el primer caso están abarcados tanto el periodista como el escritor, el profesor secundario como el erudito. En los escalones que llevan a este primer conjunto se coloca una parte de los estudiantes, creadores o mediadores en potencial, además de otras categorías de receptores de la cultura [...] El abordaje extensivo del feudo intelectual, de cualquier forma, constituye una faceta del estudio de los

intelectuales. Estos últimos también pueden ser reunidos alrededor de una segunda definición más estrecha y apoyada en la noción de compromiso en la vida de la ciudad como actores – aunque según modalidades específicas, como por ejemplo la firma de manifiestos -, testigos o como consciencia. Una acepción no es, en el fondo, autónoma de la anterior, pues son dos elementos de naturaleza sociocultural, la notoriedad eventual o la ‘especialización’ reconocidas por la sociedad en la que se vive – esta especialización legitima y privilegia su intervención en el debate de la ciudad – son lo que el intelectual pone al servicio de la causa defendida» (Sirinelli, 1996: 242-243).

En ese sentido, el presente escrito presenta algunas notas dentro de un cuadro de investigación más ampliado sobre la relación entre «Mujeres, educación y cristianismo»,⁵¹ sobre los modos además de las condiciones de inserción y participación de las mujeres en el campo de la producción intelectual, sobre todo por la cultura impresa, a partir de la experiencia de la educadora Maria Junqueira Schmidt en sus primeros años de carrera en Brasil, más específicamente en la última década de la Primera República.⁵²

Maria Junqueira Schmidt fue una intelectual carioca declaradamente católica que actuó entre los años de 1920 y 1980 en muchos frentes del campo educacional. A pesar de su *locus* privilegiado de trabajo haber sido la ciudad que entonces se declaraba como Distrito Federal y que posteriormente vendría a ser conocida como Rio de Janeiro, sus acciones se extendieron por todo el territorio nacional por medio de sus libros, cursos, conferencias, además de los programas de radio y TV que presentaba.⁵³

Observar su trayectoria a partir de sus producciones nos da pistas para comprender las tácticas movilizadas por muchas mujeres para afirmarse en el campo intelectual. Nos concentramos, en este trabajo, apenas en el inicio de su carrera y en sus dos primeras obras: la biografía de Amelia de Lauchtemberg, publicada en 1927; y la biografía de la princesa Maria da Gloria, las cuales indican algunas preocupaciones que la orientaban en ese momento.

⁵¹ Investigación integrada al proyecto «Educación, género y cristianismo: circulación, representación, formación y prácticas femeninas en el escenario religioso y educativo», bajo mi coordinación con apoyo del CNPQ (Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico), Edital Universal, 2016.

⁵² La Primera República, también conocida como la Vieja República, fue el período entre 1889 y 1930 que marcó el comienzo del republicanismo en Brasil con el predominio de las oligarquías en la política nacional.

⁵³ Sobre Maria Junqueira Schmidt, ver Orlando 2015; 2017; 2017a y la disertación de maestría de Skruzinski, 2018 (orientada por Orlando).

¿Por qué pasar a integrar el campo intelectual publicando biografías históricas? ¿Por qué pasar a escoger mujeres como personajes? Esto se da en un momento en el que las pocas biografías que encontraban lugar en el campo de la historia eran las de los grandes hombres, especialmente los grandes héroes. ¿No estaría Maria Junqueira Schmidt, una joven de veintiséis años⁵⁴, intentando demarcar el lugar de las mujeres en un campo eminentemente masculino, como el campo intelectual? ¿Ella no estaría también buscando marcar el lugar de las mujeres en la propia historia de Brasil a partir de estas biografías? Es importante resaltar que los personajes escogidos por la joven eran las mujeres de la corte que poco aparecían en los libros didácticos. Sus presencias fueron silenciadas, negadas, ocultadas de nuestra historia. Recuperarlas parece haber sido un acto de resistencia táctica de una joven educadora, quién al llamar la atención a la importancia del reconocimiento de estas mujeres en nuestra historia creaba también para sí misma un lugar en este escenario a través de su narrativa en el campo de la producción histórica nacional.

Las letras como estrategia de circulación en el espacio público y legitimación en el campo intelectual

A partir del siglo XIX, las mujeres brasileñas emprendieron un movimiento en dirección a su emancipación, a su reconocimiento como sujetos sociales con derechos, anhelos y expectativas en relación a la vida. La educación femenina fue «considerada esencial para la emancipación de las mujeres» (Sohiet, 2003: 221). Por diferentes caminos, ellas fueron ondeando banderas de lucha y afirmándose como actores fundamentales para el progreso de la nación. Grupos menos radicales, principalmente aquellos vinculados al cristianismo, se movilizaron de forma más conservadora al preservar los papeles femeninos tradicionales de esposa, madre o ama de casa, por ejemplo. Comprometidas con cuestiones relacionadas con el cuidado y defensa de las familias, con los derechos de los niños, con la preservación y difusión de la fe y la moral, encontraron otros caminos para su actuación por medio de los cuales se han afirmado en el espacio público y han intervenido en la cultura y la organización de la sociedad.

⁵⁴ Edad en la que publica su primera biografía.

Si ni todas las «mujeres públicas» –para adoptar una expresión de Michelle Perrot (1998)– se involucraron directamente en el movimiento y en la causa feminista, no se puede negar que muchas de ellas hayan tenido pautas en común, entre las cuales se encuentra la emancipación de la mujer por la educación, por ejemplo.⁵⁵

La discusión sobre las representaciones del poder femenino no es nueva y ha sido tema de debates, especialmente en la historia y la antropología. Michelle Perrot (1988) al discurrir sobre estas diferentes representaciones, señala el poder y el rol que las mujeres ejercen en la sociedad civil. Es más, es exactamente de allí que su importancia emerge. La necesidad de comprender la sociedad civil, sus actores bien como la relación política y cultural que se establece entre la vida pública y privada encendieron el interés de comprender a las mujeres como personajes de este escenario, sus modos de actuación, los múltiples papeles por ellas desempeñados, así como el poder por ellas ejercido.

«Las relaciones de las mujeres con el poder se circunscriben en primer lugar en el juego de palabras. “Poder”, como muchos otros términos, es polisémico. En singular, tiene una connotación política y designa básicamente a la figura central, al cardenal del Estado, quién comúnmente se supone ser masculina. En plural se desbarata en múltiples fragmentos, equivalentes a influencias difusas y periféricas, donde las mujeres tienen su gran fracción. Si ellas no tienen *el* poder, las mujeres tienen, se dice, *poderes*. En el occidente contemporáneo, ellas invierten en lo privado, en lo familiar y hasta mismo en lo social, en la sociedad civil» (Perrot, 1988:167).

Es ese poder multifacético el que nos interesa aquí. Más específicamente el poder que ellas ejercieron por las letras, por la difusión de saberes desde de la palabra impresa y la cultura letrada, por el modo en el que se valieron de estas y otras tácticas

⁵⁵ El movimiento feminista en Brasil, por la diversidad en sus pautas, agendas y formas de lucha, debe ser comprendido principalmente en su pluralidad. Según Pinto (2003), en las primeras décadas del siglo XX se pueden identificar por lo menos tres corrientes, se destacan: la primera, liderada por Bertha Lutz, que tuvo como punto central el reconocimiento de los derechos políticos de las mujeres, esenciales para el ejercicio de su ciudadanía, aunque no levantaran ninguna bandera con relación a la alteración en las relaciones de género; la segunda, cuyas representantes son mujeres cultas, profesoras y escritoras que se manifestaban en la prensa feminista alternativa y abordaban temas polémicos como el divorcio y la sexualidad, defendían la educación de las mujeres y criticaban a la dominación masculina y al empeño del distanciamiento de las mujeres de la vida pública; y la tercera que tiene como mayor exponente a Maria Lacerda de Moura, caracterizada por sus raíces en el movimiento de anarquistas y, posteriormente, en el Partido Comunista, era compuesta por mujeres intelectuales y trabajadoras que luchaban por la liberación de la mujer de forma más radical y tenían como cuestión la exploración del trabajo como tema central de debate.

movilizadas –como los viajes de erudición o de misión que emprendieron– para distinguirse y legitimarse en el campo intelectual.

De acuerdo con Telles (2011:409) «la conquista del territorio de la escritura, de la carrera de letras, fue larga y difícil para las mujeres en Brasil». Sin embargo, desde el siglo XIX ellas escribían y escribían mucho, con finalidades distintas. En el campo de la historia de la educación, las producciones hechas a partir de mediados de los años ochenta vienen destacando voces femeninas ahogadas o excluidas de la historiografía, voces de mujeres que desarrollaban actividades intelectuales y políticas que participaron activamente de la vida pública en Brasil.

«A los que sugieren que tales mujeres tenían “ideas avanzadas”, que estaban “delante de su tiempo” o que ‘escapaban de las convenciones sociales’, podemos decir que ellas pensaban y actuaban como individuos pertenecientes a su época y así, entre otras actividades, también se involucraban con la política (más intensamente de lo que se ha apuntado y no apenas a partir del fin de siglo, cuando las luchas sufragistas ganaron destaque).

Recordemos que la *política* no se restringe apenas a la esfera del Estado y sus instituciones. Ella atraviesa los dominios de la vida cotidiana y se encuentra presente en las relaciones variadas que se establecen entre los individuos incluyendo aquellas entre hombres y mujeres. También hay política en las representaciones y simbologías elaboradas por los diversos grupos sociales y en las manifestaciones (espontáneas u organizadas) en las que hasta los sentimientos tienen un valor importante» (Prado & Franco, 2013: 194-195).

Esta perspectiva permite comprender la producción cultural femenina como una forma de participar en las cuestiones de orden público de su tiempo y demarcar un espacio propio en ese debate. Podemos juntarnos con Prado y Franco al decir que

«[...] la participación política de las mujeres fue constante a lo largo del siglo XIX y encontró diversas formas de manifestación, desde la acción directa en las batallas al uso de la escritura como arma política. A partir de mediados del siglo, a través de la prensa femenina, varias escritoras buscaron garantizar un lugar para las mujeres en el medio letrado. [...] la República, fundada en la idea de representación política de los diversos estratos sociales, fue proclamada en Brasil en 1889 y esto ciertamente aceleró el proceso de comprometimiento político de las mujeres a favor de la lucha por derechos políticos» (2013: 209).

En general, a partir del final del siglo XIX, con el advenimiento de la República, las aspiraciones de las mujeres brasileñas cambiaron significativamente. La conquista del espacio público pasa a ser bandera de lucha también para mujeres de segmentos medios y más privilegiados de la sociedad, al lado de mujeres pobres que siempre lo ocuparon por estar inmersas en el mercado de trabajo. Según Sohiet,

«Para eso colaboró, entre otros motivos, el hecho de que los productos consumidos por las familias con la industrialización pasaran a ser adquiridos en el supermercado, cediendo lugar a la creciente necesidad de contribución financiera por parte también de las mujeres. En consecuencia, en amplios sectores medios sobrevivieron reivindicaciones por el aumento de capacitación profesional y por la supresión de barreras impuestas al trabajo femenino remunerado. A esas causas también adhirieron mujeres de la alta burguesía, igualmente deseosas por la realización profesional y la autosuficiencia económica» (2013:218).

En ese sentido, se puede ver la inversión de Maria Junqueira Schmidt en presentarse como una intelectual a la sociedad brasileña desde su regreso de un viaje de diez años de formación en Suiza como una táctica que buscaba el reconocimiento profesional por parte de sus pares. Un reconocimiento en el campo de las letras, de la educación, de la intelectualidad y de la cultura.⁵⁶

El apoyo de la prensa impresa no sirvió apenas como estrategia de presentación a la sociedad, como también de legitimación en el campo intelectual. En ese sentido fue fundamental el papel desempeñado por los periódicos en la legitimación de los intelectuales bien como en la producción de nuevos valores de la vida urbana y de la sociedad moderna.

«La imagen social de la prensa tanto ayer como hoy es asociada a su poder de influenciar la sociedad, de formar la llamada ‘opinión pública’. Medir ese poder es algo que ha sido discutido intensamente, aunque lejos de llegarse a conclusiones consistentes, las respuestas a esa cuestión del papel social de los medios oscilan entre la capacidad de adaptar las mentes al ejercicio del mero registro de la vida social [...] independiente de esa especie de polémica sobre sus efectos, sin lugar a dudas la prensa registra, comenta e interviene sobre diversas esferas de la vida social: del cotidiano ciudadano a los grandes problemas internacionales. La batalla constante por la conquista de los corazones y las mentes, en la expresión de Clovis Rossi, es parte de la

⁵⁶ Sobre las representaciones de Maria Junqueira en periódicos, ver Orlando 2015; 2017; 2017a.

intervención de los medios de comunicación de masas que, hasta la segunda mitad del siglo veinte en Brasil, tenían en los periódicos diarios su expresión más significativa» (Vieira, 2005:2).

Maria Junqueira fue una mujer de actuación expresiva en el campo educacional brasileño de los años 1920 a 1980. Ella publicó un conjunto de 34 obras con temas relacionados con la historia, la literatura y la educación, tal como listadas en el siguiente cuadro:

TÍTULO	EDITORIA	AÑO
<i>Entre a vida e o sonho (contos)</i> [Entre la vida y el sueño (Cuentos)]	¿	1925
<i>A segunda imperatriz do Brasil – Amelia de Leuchtenberg (biografia laureada pela Academia de Letras)</i> [La Segunda emperatriz de Brasil – Amelia de Leuchtenberg (Biografía premiada por la Academia de las letras)]	Ed. Melhoramentos	1927
<i>História do Brasil</i> de Jonathas Serrano (colaboración de Maria Junqueira Schmidt y D. Helena S. de Medeiros) [Historia de Brasil (colaboration de Maria Junqueira Shmidt y D. Helena S. de Medeiros)]	F. Briguiet & Cia	1931
<i>Francez – (lère année)</i>	Companhia Editora Nacional (CEN)	1933
Princesa Maria da Glória	F. Briguiet & Cia	1934
<i>Heures Joyeuses -1^a série ginásial</i> [Horas alegres] - 1 ^o año ginásial	CEN	1934
<i>Mon Petit Univers (méthode vivante) - 2^a série ginásial</i> [Mi pequeño universo] - 2 ^o año ginásial	CEN	1934
<i>O Ensino Científico das Línguas Modernas</i> [La enseñanza Científica de las lenguas modernas]	F. Briguiet & Cia	1935

<i>My little world vitalized method estágio intermediário entre o método direto e o método científico</i> [<i>My little world vitalized method</i> etapa intermediaria entre el método directo y el método científico]	CEN	1935
<i>La France (3ème anée de francez)</i> [La França] 3º año de francés	CEN	1937
<i>Cours de Français (1ère année)</i> [Curso de Francés] [1º año]	CEN	1943 (?)
<i>Cours de Français (2ème année)</i> [Curso de Francés] [2º año]	CEN	1943 (?)
<i>Cours de Français (3ème année et 4ème année)</i> [Curso de Francés] [3º año y 4º año]	CEN	1943
<i>Les plus belles histoires</i> [Las más bellas historias]	Americ	1943
<i>Cours de Français (3ème année)</i> [Curso de Francés] [3º año]	CEN	1944
<i>Cours de Français (4ème année)</i> [Curso de Francés] [4º año]	CEN	1944
<i>La Littérature Française: Curso Clássico e Científico – 1º e 2º ano</i> [La La Literatura Francesa: Curso clásico y científico - 1º y 2º año]	CEN	1944
<i>Français Commercial, 1º ano – curso básico</i> [Francés comercial – 1º año – curso básico]	CEN	1950
<i>Français Commercial, 2º ano – curso básico</i> [Francés comercial – 2º año – curso básico]	CEN	1951
<i>La litterature française (de acôrdo com os novos programas, conforme Portaria n. 966, de 2-10-51 e n. 1.045 de 14-12-51.) Para os cursos clássicos e científicos</i> [La Literatura Francesa (según los nuevos programas y la ordenanza nº 966, du 2-10-51 et nº 1 045 du 14-12-51). Para los cursos clásicos y científicos del colegio.]	CEN	1952
<i>Français Commercial, 3º e 4º ano – curso básico</i>	CEN	1954

[Francés comercial – 3º y 4º año – curso básico]		
<i>A Orientação educacional dos adolescentes: Conferência pronunciada no curso de Orientação Educacional do Colégio do Ar – Radio MEC.</i> [La orientación educacional de los adolescentes: Conferencia pronunciada en el curso de Orientación Educacional del Colegio del Ar – Radio MEC (Ministerio de Educación)]	CADES/ MEC	1954
<i>Pequeno dicionário Francês – Português em co-autoria com Marina Delamare</i> [Pequeño diccionario Francés – Portugués en coautoría con Marina Delamare]	CEN	1957
<i>Educar pela recreação</i> [Educar por la recreación]	Agir	1958
<i>Le Français</i> [Francês]	CEN	1959
<i>O adolescente na escola: Conferencia proferida no “Encontro de Educadores”, de Belo Horizonte</i> [El adolescente en la escuela: Conferencia llevada a cabo en el “Encuentro de Educadores” de Belo Horizonte]	CADES/MEC	1959
<i>Educar para a responsabilidade</i> [Educar para la responsabilidad]	Agir	1961
<i>Também os pais vão à escola...</i> [Los padres también van a la escuela...]	Agir	1962
<i>Orientação Educacional em co-autoria com Maria de Lourdes de Souza Pereira</i> [Orientación educacional en coautoría con Maria de Lourdes de Souza Pereira]	Agir	1963
<i>Associação de Pais e Professores</i> [Asociación de Padres y Profesores]	C.A.D.E.S/ MEC	1965
<i>A família por dentro</i> [La familia por dentro]	Agir	1965
<i>Deus em casa</i> [Dios en casa]	Agir	1967

<i>Vivência para a cidadania</i> [Vivencia para la ciudadanía]	MEC	1966
<i>Curso de Educação Moral e Cívica 3v.</i> [Curso de Educación Moral y Cívica 3v.]	Agir	1970/1971

Cuadro 1: Títulos publicados por Maria Junqueira Schmidt

Fuente: Organizado por la autora con base en los anuncios de lanzamientos de libros publicados en la prensa de 1920 a 1970, principalmente en los periódicos *Diário de Notícias*, *Gazeta do Povo*, *Jornal do Brasil* y el *Estado de São Paulo*, en el IHGB (Instituto Histórico y Geográfico Brasileño), además de algunos ejemplares localizados en bibliotecas y librerías antiguas. Una primera versión de este cuadro fue publicada en Orlando, 2017a.

Sus primeras obras, entretanto, están relacionadas con la historia, más específicamente se tratan de biografías históricas, seguidas del libro *Historia do Brasil* en el cual colabora con Jônathas Serrano, publicado en 1931.⁵⁷⁵⁸

Después de los años de 1930, Maria Junqueira cambia el foco y su producción pasa a centralizarse, fundamentalmente, en libros del área de la educación (didácticos o escolares), literatura francesa y educación de las familias. En ese conjunto expresivo emprendido por la autora, podemos percibir tres nichos de producción que pueden ser leídos como frentes de actuación y de intervención política en la sociedad brasileña, considerando su condición de mujer vinculada al grupo de los intelectuales católicos.

⁵⁷ Aunque el libro no haya sido objeto de este trabajo, que tiene como recorte pensar apenas en las biografías, la obra merece atención en el cuadro de las producciones históricas de la autora durante este periodo, puesto que, a pesar de haber sido publicada en 1931, según Giovane Silva (2011) el libro venía siendo escrito desde 1926, cuando Jônathas Serrano, al recibir la propuesta de publicación, la presenta a su colega Maria Junqueira Schmidt, quien emprende en este trabajo junto a él, como lo es expuesto por el mismo en la presentación de la obra (1931). Sobre el libro *Historia do Brasil* y la presencia católica en la producción historiográfica del país, ver también Freitas, 2008.

⁵⁸ Poco se habla sobre la autora y especialmente sobre estas primeras producciones en el campo de la Historia. Además de los trabajos de mi autoría ya mencionados, que son resultados de la inversión en este personaje desde 2015, solamente Itamar Freitas (2008) y Giovane Silva (2011) hacen alguna mención a ella. Freitas ofrece una nota de pie de página presentándola a través de la óptica de João Ribeiro: «Maria Junqueira Schmidt escribió biografías sobre mujeres destacadas de la nobleza “nacional”: *Amélia de Leuchtenberg*, la segunda emperatriz de Brasil; y la princesa *Maria da Gloria*, probablemente publicadas entre 1928 y 1934. Las obras merecen la simpatía de João Ribeiro por su estilo “fácil y ameno” y por su rareza temática: “tanto nuestros historiadores como nuestros biógrafos dejaron en la sombra las formas de estas princesas y reinas que fueron tan influyentes en Brasil y Portugal. En esa originalidad se especializó Doña Maria Junqueira Schmidt, de quien se esperaba esta tarea (más fácil, aunque más curiosa) de la vida de Doña Carlota Joaquina, o de Doña Tereza Cristina, la esposa del segundo emperador, o hasta mismo de la Princesa Isabel, la redentora. Estaría así completa esa galería de retratos femeninos de mayor relieve en la historia. Los libros de Maria Junqueira son muy leídos y estimados por la delicadeza y simplicidad con la que sabe desarrollar sus temas, naturalmente inspirados en profunda simpatía”» (Ribeiro, *Jornal do Brasil*, 25 de febrero de 1928. In: Leão, 1961 *apud* Freitas, 2008: 253-254).

Su formación aliaba la tradición católica a las propuestas progresistas de la modernidad pedagógica aprendidas durante toda la década de 1910, cuando estuvo en Suiza y Alemania. Sin embargo, Maria Junqueira Schimdt era una mujer de su tiempo y construyó una red de sociabilidad que se extendía a diferentes frentes de la sociedad.

La elección de integrar el campo intelectual a partir de biografías históricas femeninas es indicativa de una lucha –aunque esta misma no haya sido declarada– por la afirmación del lugar de la mujer en la sociedad y en la historia. El recorte enfocado en mujeres de la nobleza nacional llama la atención a una posible adhesión inicial al grupo católico monárquico⁵⁹ entre quienes estaba, por ejemplo, el conde Affonso Celso, presidente del IHGB (Instituto de Histórico y Geográfico Brasileño), institución marcadamente católica en la Primera República⁶⁰ y que abre espacio para la legitimación de una intelectualidad femenina, la cual se presentó bajo la organización de Maria Eugênia Celso,⁶¹ hija del Conde Affonso Celso, en el Ciclo de Conferencias conocido como *Tardes del instituto*, realizado en el IHGB en 1928. Una legitimación respaldada por el propio Conde Affonso Celso en el momento de presentar el evento:

«Abriendo la sesión el presidente perpetuo del INSTITUTO, el Conde de Affonso Celso, dijo que el mismo INSTITUTO, invitando a la intelectualidad femenina a colaborar en sus trabajos, tuvo dos intuitos: el primero de rendir justo pleito de aprecio a esa intelectualidad que siempre se distinguió, pero que presenta ahora, como nunca, exponentes notables; después, demostrar que la vieja corporación, constantemente operante y vivaz, sabe conciliar el amor a la tradición y al pasado con el culto al modernismo y a la novedad, en todo lo que sea esmerado y pueda contribuir para el brillo de la Patria. La Corporación

⁵⁹ A lo largo de la Primera República, el ideal monárquico perduró en los centros católicos, continuando a ser defendido por figuras de gran prestigio en el escenario nacional, como Affonso Celso, Carlos Laet y Joaquim Nabuco (Azzi, 2003: 15)

⁶⁰ «En el IHGB, después de 1889, al lado de fervorosos cristianos como el Conde Affonso Celso, el Barón de Studart, el Barón de Ramiz (todos nobles por concesión pontificia), Eduardo Prado, Carlos Kliet y César Augusto Marques, estaban cardenales, Obispos, Monseñores y Párrocos. Entre noviembre de 1889 y el final de la presidencia del Barón de Rio Branco, en 1912, ingresaron 23 sacerdotes a los profesionales del IHGB. Entre los “socios de sotana” estaban no solo los residentes en territorio nacional como también los establecidos de la Santa Sé, como el cardenal Mariano Rampolla del Tindaro, secretario de Estado del Papa León XIII y Don Jerônimo Maria Gotti, Internuncio apostólico» (Hruby, 2009: 51-52). Una marca que permanece a lo largo de la Primera República. «Incompatible para algunos y perfectamente armonizable para otros, las discusiones sobre historia, ciencia y fe marcaron los discursos de los socios en pleno comienzo del siglo XX» (Hruby, 2009:58).

⁶¹ Importante activista feminista y escritora, miembro de la Federación Brasileña por el Progreso Femenino. Ver Azevedo, 2015.

esencialmente conservadora es también animadamente progresista: promueve, acoge, estimula cualesquiera iniciativas nobles y patrióticas como lo es, sin duda, esa que comenzaba a realizarse. No le cabía recordar los méritos de la conferencista a quien agradeció, así como a sus compañeras haber aceptado la invitación del INSTITUTO. Agradeció también al auditorio, en el cual se encontraba el Excelentísimo Señor embajador de los Estados Unidos –el auditorio, cuya gran, ilustre y brillante asistencia dio a la primera de las tardes del Instituto el esplendor del amanecer, un hermoso y genuino amanecer brasileño» (Celso, s/d: 7-8).

En el evento auspiciado por el IHGB, es importante resaltar que todas las conferencistas que se encontraban reunidas eran escritoras y católicas, a saber: Maria Eugênia Celso,⁶² Maria Junqueira Schmidt,⁶³ Maroquinha Jacobina Rabello⁶⁴ y Anna Amelia de Queiroz Carneiro de Mendonça.⁶⁵ La proyección del evento garantizó a las mujeres que estaban en él involucradas el reconocimiento en la esfera intelectual, marca que fue ampliamente propagada en los periódicos de la época especialmente en *O paiz, Jornal do Commercio, Correio da Manhã, Jornal do Brasil*, entre otros.

De este modo podemos decir que hay un uso político de las letras por parte de estas mujeres. En el caso de Maria Junqueira Schmidt, este uso se ampliaría para un uso político también de la historia, a partir de las biografías. Un uso político que estrecha la relación de las mujeres con la Patria, abarcando su actuación más allá de la esfera privada y del universo de la casa.

El tema de su conferencia en las *Tardes del Instituto* fue una síntesis de su biografía sobre la segunda emperatriz de Brasil – Amelia de Leuchtenberg, publicada en 1927 por la editora *Melhoramentos* y premiada por la Academia Brasileña de Letras (*Jornal do Brasil*, 5 de enero de 1929, p. 8).

⁶² Maria Eugênia Celso, hija del Conde Affonso Celso y activista feminista presentó la conferencia: *El espíritu y heroísmo de la mujer brasileña*. La conferencia fue comentada en el periódico *Correio da Manhã*, 01 de junio de 1928:5.

⁶³ Maria Junqueira Schmidt, escritora, pedagoga e historiadora presentó la conferencia: *la segunda esposa de Don Pedro I*. La conferencia fue comentada en el periódico *Correio da Manhã*, 18 de julio de 1928:5.

⁶⁴ Maroquinha Jacobina Rabello, hija de Américo Jacobina Lacombe y escritora, presentó la conferencia *Cantares Brasileños*. La conferencia fue anunciada en el periódico *Correio da Manhã* pero no fue comentada como las demás.

⁶⁵ Anna Amelia de Queiroz Carneiro de Mendonça fue una poetisa reconocida y aclamada en la sociedad brasileña, feminista, presentó la conferencia *Poetisas y prosadoras brasileñas*. La conferencia fue comentada en el periódico *Correio da Manhã* el 29 de septiembre de 1928:5

Al hojear el libro *A segunda Imperatriz do Brasil* (La segunda emperatriz de Brasil – Amelia de Leuchtenberg), la información del dorso de la hoja llama la atención, pues dice:

«LIBROS DE LA AUTORA

Entre a vida e o sonho (Livro de contos)⁶⁶

A Segunda Imperatriz do Brasil (Amelia de Leuchtenberg)⁶⁷

EN PRENSA

Princesa Maria da Gloria

POR SALIR

Imperatriz Leopoldina⁶⁸

EM PREPARACIÓN:

Thereza Cristina

Princesa Isabel

Carlota Joaquina»

La página informa al lector sobre el proyecto en curso de un conjunto de biografías históricas de mujeres de la nobleza firmadas por la autora. Algunas más conocidas y otras raramente abordadas en nuestra historia, como la propia Maria Junqueira lo dice en la presentación de *A segunda Imperatriz do Brasil (Amelia de Leuchtenberg)*, donde también destaca la intencionalidad de insertarse en la producción histórica nacional como una contribución patriótica:

«Amelia de Leuchtenberg es un sencillo y humilde ensayo alrededor de la figura gentil y atrayente, aunque poco conocida, de la segunda emperatriz de Brasil.

No hay en él la más leve fantasía, ni siquiera una libertad de imaginación justificable. Fue elaborado exclusivamente a la luz de los documentos en vista de los acontecimientos sociales de la época y la compulsión de la correspondencia íntima, a partir de cuyo examen pude trazar en líneas rigurosamente precisas el perfil moral y la actuación política de Amélia de Leuchtenberg, sea en la vida agitada de los últimos días del primer imperio de Brasil, sea en la fase olímpica de la arrancada heroica de Pedro I en Portugal después de haber abdicado al trono en el Nuevo Mundo, o sea, por fin, en la soledad de su viudez en Baviera, en la Isla de Madeira y en el Palacio de

⁶⁶ Entre la vida y el sueño (Libro de cuentos)

⁶⁷ La Segunda Emperatriz de Brasil (Amelia de Leuchtenberg).

⁶⁸ Emperatriz Leopoldina.

Ventanas Verdes – en todos esos periodos angustiosos de la existencia de esta princesa, cuyo destino fue un contraste constante entre su belleza y su bondad.

Me consideraré recompensada si es así juzgado y apreciado este ensayo, lanzado bajo el pensamiento patriótico de poder contribuir con una cooperación imparcial para la obra de reconstitución histórica del reinado de Pedro I» (Schmidt, 1927: presentación).

A pesar de presentar su obra como un «sencillo y humilde ensayo» la autora demuestra una propiedad en la operación historiográfica, movilizand o fuentes diversas y trayendo a la luz un conjunto de fuentes primarias que revelan un cuidado con la producción del conocimiento histórico que le otorgó el reconocimiento tanto a la obra cuanto a ella misma por la parte de los letrados e historiadores de oficio, como Jônathas Serrano quién le propuso que colaboraran juntos en la producción del libro *Historia do Brasil*, como fue mencionado anteriormente.

Al decir que pretende «contribuir con una cooperación imparcial para la obra de reconstitución histórica del reinado de Pedro I» se hace necesario resaltar que su reconstitución histórica del reinado de Pedro I es contada a partir de la figura de su segunda esposa, una mujer completamente mantenida en la invisibilidad en la historiografía educacional brasileña,⁶⁹ algo que, considerando el momento histórico y su posible aproximación a una de las corrientes del movimiento feminista –aunque lo haya sido con la corriente más conservadora– no nos permite aceptar hoy la versión de la elección imparcial, aun cuando reconozcamos el peso de esa afirmación en la época.

La dedicatoria del libro es también digna de ser notada, una vez que nos deja pistas sobre su red de sociabilidad y nos permite pensar en el peso de esta red en la trayectoria intelectual de Maria Junqueira Schmidt. «Para el eminente brasileño Dr. Epi tácio Pessoa y para su esposa Doña Mary Sayão Pessoa, homenaje de gratitud de la autora» (Schmidt, 1927: Dedicatoria).

Sin embargo, no se puede negar que la premiación recibida por la obra *A segunda Imperatriz do Brasil (Amelia de Leuchtenberg)* se alía a la su entrada notoria en el circuito cultural, colocando a Maria Junqueira Schmidt en un lugar privilegiado entre las mujeres de su época, siendo ella reconocida en el circuito público de la vida intelectual de Rio de Janeiro (Orlando, 2015).

⁶⁹ Según Isabel Lustosa, la única biografía de Amélia de Leuchtenberg fue producida por Maria Junqueira Schmidt (*O Estadão*, 23 de Febrero de 2013). Recuperado de: <https://alias.estadao.com.br/noticias/geral,o-imperador-e-suas-duas-mulheres,1000616>

Posteriormente, como anunciado, Maria Junqueira publica su segunda biografía *Princesa Maria da Gloria*. Aunque la obra solo haya sido publicada en 1934⁷⁰ e independiente al hecho de que esta obra apareciera como «en prensa» en el libro que la antecede, los periódicos ya habían anunciado ampliamente su lanzamiento y el *Correio da Manhã* lo publicó por capítulos en 1928, siguiendo el formato de *folhetim*⁷¹. Una semana antes, el periódico anunciaba previamente –en un artículo que ocupaba casi un tercio de la página incluyendo una foto de la autora– el nuevo lanzamiento:

«[...] el libro que será publicado por el *Correio*, *Princesa Maria da Gloria*, es el segundo de la colección de perfiles históricos de princesas brasileñas, por nacimiento o matrimonio, que Maria Schmidt escribió y al que le siguen: *A imperatriz Leopoldina*, *Thereza Christina*, *Princesa Isabel*, *Carlota Joaquina*.

Se compone de 7 capítulos y en ellos se describen todos los movimientos de la existencia accidentada de la hermana de Don Pedro II, a comenzar por su infancia en Brasil y en Inglaterra y a terminar en el periodo angustioso en el que Don Pedro I, después de haber abdicado al trono brasileño, dirigió la campaña restauradora en Portugal, la cual culminó en el cerco de Porto y salió victoriosa con su entrada triunfal a Lisboa. Todos los aspectos políticos, sociales y mundanos del largo reinado de Doña Maria II son relatados y criticados en este libro, a la luz de documentos bien interesantes, algunos de los cuales no fueron explorados por los estudiosos de la historia [...] Ese es el trabajo que el *Correio da Manhã* publicará en *folhetim* a partir de la próxima semana, con seguridad de que el público lo apreciará como lo merece» (*Correio da Manhã*, 09 de diciembre de 1928: 3).

Aquí la autora adopta la estrategia de escritores reconocidos en el mundo de las letras y la publica primero en capítulos, en el formato de *folhetim*. Metodológicamente fue producida con el mismo rigor historiográfico del primero, pero sumándole un detalle. En sus referencias bibliográficas, la autora incrementó el archivo en el que se encontraban las fuentes utilizadas en el trabajo, un diferencial,

⁷⁰ Hasta ahora no fue ubicada ninguna edición anterior a esta fecha y en esta edición no hay ninguna indicación de reedición o reimpresión de la obra.

⁷¹ [N.T] Mantuvimos la palabra *folhetim* debido a las connotaciones posibles del género literario *Folletín* (que sería una traducción literal dadas sus raíces etimológicas) al español. En portugués la palabra *Folhetim* sugiere una publicación en serie, publicada de forma parcial y en periódicos, pudiendo ser o no una obra de ficción. Ya en el español, una acepción directa del folletín da a entender un género literario de drama o ficción. Teniendo en cuenta esta diferencia, optamos por mantener la palabra en portugués.

si comparado con su trabajo anterior. En esta obra no hay más presentación, pero la dedicatoria es indicativa, de nuevo, de su red de sociabilidad y de los recorridos de su formación: «A ALCEBIADES DELAMARE, que tanto contribuyó para mi formación literaria. LA AUTORA» (Schmidt, 1934).⁷²

El libro fue indicado entre las diez obras literarias que serían traducidas al inglés o al francés por la Comisión Intelectual de la Sociedad de las Naciones, como una de las obras de mayor «éxito literario» del año de 1928, al lado de *Bagaceira* de José Américo de Almeida y de *A promessa inútil*, de Mucio Leão. Según el periódico:

«El romance histórico de la señorita Junqueira Schmidt –hija del sur– que acaba de ser publicado por el *Correio da Manhã* en *folhetim*– es una hermosa concepción literaria concretizada con la gracia y agudeza de espíritu, de la figura de la princesa Maria da Glória – “...reina fría, enérgica, autoritaria”, y que vivió y murió al lado de un príncipe hermoso, idealista, sentimental...

La señorita Junqueira Schmidt tiene un raro poder evocativo. Su colorido, la tonalidad de su prosa encantadora, la simplicidad de no afirmar pensamientos elevados, todo eso, aliado a una excelente cultura, le garantizó un lugar de relieve en la sociedad intelectual de Brasil» (*Correio da Manhã*, 20 de enero de 1929:6).

Curiosamente, el proyecto de publicación de perfiles históricos de princesas parece no haber sido llevado a cabo, a pesar del éxito y del reconocimiento que estas dos primeras obras dieron a la autora. Hasta ahora, no encontramos los otros títulos anunciados, que señalaban su entrada al campo de la historia y de la historiografía. ¿Por qué Maria Junqueira habría abandonado esta iniciativa? ¿Habría sido el comienzo de su carrera docente en 1929, seguida por su interés en la gestión en 1933? ¿Habría ella cambiado su enfoque y pasado a concentrarse más detenidamente en los asuntos escolares? ¿O habría enfriado su simpatía y aproximación aparente a la causa escogida por el grupo católico adepto de la restauración monárquica? ¿Su aproximación a intelectuales como Jônathas Serrano,⁷³ conocido por su moderación

⁷² Alcebiades Delamare era su tío que también era editor de la revista Gil-Blas, un periódico cuya vida, a pesar de corta, fue un reducto de intelectualidad católica y se incumbió de presentar a Maria Junqueira Schmidt cuando regresó de su estadía en Europa como intelectual y como una mujer de referencia para la sociedad brasileña. También abrió espacio para que sus conferencias fueran publicadas integralmente en la revista (Jesus, 2012).

⁷³ Con quien colabora en la obra *História do Brasil*, en 1931, como ya fue citado anteriormente.

en los debates más acalorados y sus posiciones políticas, la habría influenciado de alguna manera?⁷⁴

En general, podemos pensar que la carrera que comenzó por las letras se amplió y permitió que Maria Junqueira ocupara, en los años subsecuentes, diferentes espacios de poder, principalmente en el campo educacional. Sin embargo, su permanencia como autora de libros, en diferentes tiempos, indica su habilidad de intervenir en la realidad social de cada época por la palabra impresa.

Conclusiones

Este escrito buscó apuntar, a través de anotaciones de dos obras biográficas producidas por una mujer sobre otras mujeres, una forma de intervención en la sociedad por la palabra impresa y el uso de la cultura letrada por las mujeres en la construcción de identidades femeninas en la Historia de Brasil.

Maria Junqueira Schmidt fue, a lo largo de su trayectoria, una mujer que actuó de muchas formas, pero, sobre todo, por la palabra impresa. Estrechó la relación entre *educación, iglesia y política* para colocarla como una causa nacional que asumió como proyecto de vida.

Sin embargo, sus primeros años de carrera, pautados en la cultura impresa y en la red de sociabilidad que estableció, permiten pensar la relación entre cuatro categorías que, en Brasil, durante la Primera República, estuvieron presentes también en el universo femenino: *política, historia, catolicismo y feminismo*, siendo esta última muy difusa cuando se piensa en los segmentos católicos. No obstante, invisibilizar esta relación y la presencia de voces femeninas en los debates nacionales

⁷⁴ Observar atentamente a Jônathas Serrano puede ayudar a comprender la posición de Maria Junqueira Schmidt, una vez que pasada la Primera República, el hizo parte de su red de sociabilidad, compartiendo diferentes espacios burocráticos relacionadas con la educación tales como la Campaña Nacional del Libro Didáctico y la Comisión de Educación Secundaria, que discutía la LDB 40244/61 (Primera Ley de Directrices y Bases de la educación). Sobre Jônathas Serrano, afirma Silva: «No lo encontramos en el grupo de los católicos adeptos a la restauración monárquica en el comienzo de la Primera República (Affonso Celso, Escaragnolle Dória, Carlos de Laet Eduardo Prado), ni en sus atardeceres como en el Patrianovismo de Arlindo Veiga dos Santos. Serrano tampoco fue un católico-soldado que adheriría a la Liga de Defensa Nacional, fundada en Rio de Janeiro en 1916; no gravitó alrededor de la “generación del orden” liderada por Jackson, como acertadamente lo afirmó Candido Mendes. Serrano pasó al margen del integralismo que seduciría a muchos católicos en los años 1930, a ejemplo de Alceu Amoroso Lima. Además, en dirección contraria a la posición de los católicos en la educación, Serrano se aproximaría del grupo de los educadores de la Escuela Nueva. Jonathas Serrano deseó proyectarse a partir de la imagen de “serenidad” en periodo de “apasionados debates”, como él mismo lo atestiguó en su ensayo *A Escola Nova*» (2011: 17-18).

en sus diversas matrices sería negar la construcción histórica de una nación que se formó no apenas con hombres, como también con mujeres.

La afirmación como intelectual por las letras fue una estrategia que muchas mujeres utilizaron para involucrarse en los espacios públicos e intervenir en la cultura y en la sociedad a través de orientaciones, consejos, lecciones pedagógicas para el hogar y para la vida difundida, generalmente, en manuales para muchachas y para familias, o hasta mismo por medio de revistas femeninas con contenido doctrinario para las mujeres. Libros didácticos, romances, cuentos, crónicas, poesías, biografías históricas, entre otros tipos de obras, contaron con autoría femenina. Las mujeres también se hicieron presentes en la prensa periódica, asumiendo columnas, emprendiendo críticas o asumiendo la edición de periódicos y revistas de contenido privilegiadamente asociado a temas relacionados con las mujeres, extendiéndose desde cuestiones del cotidiano a las pautas del movimiento feminista en sus variadas vertientes.

El hecho es que muchas mujeres de diferentes grupos sociales parecen haber entendido que entrar, circular y ser reconocidas en el mundo de las letras era el pasaporte que les daría la distinción necesaria para su entrada al campo intelectual. El reconocimiento en este campo significaba la legitimación de sus pares para inmiscuirse en la vida pública, interviniendo, de manera autorizada, en la producción cultural e intelectual del país.

Referencias

- Azevedo, C. B. (2015). *Maria Eugenia Celso: entre o impresso espaço feminino, a casa e o espaço público (1922-1941)* (Dissertação de Mestrado). Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro.
- Azzi, R. (2003). *Os Pioneiros do Centro Dom Vital*. Rio de Janeiro, RJ: Educam.
- Celso, A. (s/d). «Tardes do Instituto». In: *Conferências realizadas pelas senhoras Maria Eugenia Celso Carneiro de Mendonça, Maria Junqueira Schmidt, Maroquinha Jacobina Rabello, Anna Amelia de Queiróz Carneiro de Mendonça*. Disponible en: <http://lhs.unb.br/bertha/?p=434>
- Freitas, I. (2008). «Uma versão católica para a história do Brasil nos anos 30». *Educação e filosofia*, 21(42), 251-272. DOI: <https://doi.org/10.14393/REVEDFIL.v21n42a2007-471>

- Hruby, H. (2009). *O templo das Sagradas Escrituras: o IHGB e a escrita da História do Brasil (1889-1912)*. História da Historiografia, 2, 51-69. Disponível em: <http://www.ichs.ufop.br/rhh/index.php/revista/issue/current>.
DOI: <https://doi.org/10.15848/hh.v0i2.7>
- Jesus, C. G. N. (2012). *Revista Gil Blas e o nacionalismo de combate (1919-1923)*. São Paulo, SP: Cultura Acadêmica. Disponível em: <http://hdl.handle.net/11449/109239>
- Orlando, E. A. (2017). «*A Bandeira e a Cruz*»: caminhos da trajetória intelectual da educadora Maria Junqueira Schmidt. *Educar em Revista*, 33(65), 103-118.
DOI: <https://doi.org/10.1590/0104-4060.53319>
- Orlando, E. A. (2017a). «Maria Junqueira Schmidt e os caminhos de uma trajetória intelectual pela palavra impressa». In E. A. Orlando (Org.), *Histórias da Educação Católica no Brasil e em Portugal* (p. 119-140). Curitiba, PR: Appris.
- Orlando, E. A. (2015). «Quando o mundo cabe na bagagem: as experiências de formação e distinção de Maria Junqueira Schmidt». In A. L. da Silva, E. A. Orlando, & M. J. Dantas. *Mulheres em trânsito: intercâmbios, formação docente, circulação de saberes e práticas pedagógicas* (p. 209-225), Curitiba, PR: CRV.
- Perrot, M. (1998). *Mulheres públicas*. São Paulo, SP: Fundação Editora da UNESP.
- Perrot, M. (1988). *Os excluídos da História: operários, mulheres e prisioneiros*. Rio de Janeiro, RJ: Paz e terra.
- Pinto, R. C. J. (2003). *Uma história do feminismo no Brasil*. São Paulo, SP: Fundação Perseu Abramo.
- Prado, M. L., & Franco, S. S. (2013). «Participação feminina no debate público brasileiro». In C. B. Pinsky, & J. M. Pedro (Orgs.). *Nova história das mulheres no Brasil* (p. 194-217). São Paulo, SP: Contexto.
- Schmidt, M. J. (1927). *A Segunda Imperatriz do Brasil (Amelia de Leuchtenberg)*. São Paulo, SP: Melhoramentos.
- Schmidt, M. J. (1934). *Princesa Maria da Glória*. Rio de Janeiro/Paris, SP/IL: Briguiet & Cia Editores.
- Serrano, J. (1931). *História do Brasil*. Rio de Janeiro/Paris, SP/IL: Briguiet & Cia Editores.

- Silva, G. J. (2011). *O Batismo de Clio: catolicismo social e História em Jonathas Serrano (1908-1931)* (Dissertação de Mestrado). Universidade Federal de São João del Rei, São João del Rei.
- Sirinelli, J-F. (1996). «Os intelectuais». In R. Rémond. *Por uma história política*. Rio de Janeiro, RJ: Ed. UFRJ/Ed. FGV.
- Sohiet, R. (2003). «Mulheres e Biografia. Significados para a História». *Locus, Revista de História*, 9(1), 33-48.
- Skrusinski, J. G. G. (2018). «*Nós somos a história*»: o projeto de educação das famílias nas obras de Maria Junqueira Schmidt (Dissertação de Mestrado). Pontifícia Universidade Católica do Paraná, Curitiba.
- Telles, N. (2011). «Escritoras, Escritas e escrituras». In M. D. Priore (Org.), & C. B. Pinsky (Coord. de textos), *A História das Mulheres no Brasil*. 10ª ed., São Paulo, SP: Contexto.
- Vieira, C. E. (2005). «Intelectuais e modernidade: o discurso sobre a educação na imprensa periódica paranaense na década de vinte». In *Anais ANPUH* (p. 1-8). Londrina, PR.

Fuentes

- Correio da manhã, 09 de dezembro de 1928, p. 3.
- Correio da Manhã (1929). 20 de janeiro, p. 6.
- Correio da Manhã (1928). 01 de junho, p. 5.
- Correio da Manhã (1928). 18 de julho, p. 5.
- Correio da Manhã (1928). 29 de setembro, p. 5.
- Jornal do Brasil (1929). 5 de janeiro, p. 8.
- Lustosa, I. (2013). O Imperador e suas duas mulheres. In *O Estadão*. Recuperado de <https://alias.estadao.com.br/noticias/geral,o-imperador-e-suas-duas-mulheres,1000616>
- Schmidt, M. J. (1927). *A Segunda Imperatriz do Brasil (Amelia de Leuchtenberg)*, São Paulo, SP: Melhoramentos.
- Schmidt, Maria Junqueira. (1934). *Princesa Maria da Gloria*, Rio de Janeiro, RJ: F. Briguet & Cia Editores.

La literatura como espejo de la realidad: los docentes republicanos en la novela

Diego Cameno Mayo
(Universidad Complutense de Madrid)
Janira Susaño Tolosa
(Universidad Complutense de Madrid)

Introducción

El interés suscitado por las reformas republicanas en su primer bienio (1931-1933), ha dado como resultado gran número de análisis y estudios acerca de cuestiones tan relevantes y descuidadas por las autoridades políticas anteriores como el problema agrario, la organización del ejército o la estructura territorial. Junto a ello, la educación se convirtió en el eje central del proyecto republicano, protagonizando los quebraderos de cabeza de un gobierno que luchaba por modernizar y democratizar el país a través de la herramienta más poderosa: la escuela. Así, los maestros y maestras se convirtieron en la pieza clave que hizo posible tan ardua tarea. Su misión no se constreñía a los límites de la ciudad, como era costumbre hasta el momento; las zonas rurales, en un estado de completo abandono, pasaron a ser prioridad para las autoridades republicanas.

Cuando estas tomaron las riendas del país, encontraron con una situación educativa mucho más que preocupante. Si la educación era precaria y se tambaleaba en zonas urbanas, las escuelas de los pueblos de nuestra geografía eran sin duda las más castigadas, y con ellas, sus docentes. Muchos de los hombres que ahora regían el país habían sido educados en el seno de la ILE (Institución Libre de Enseñanza), cuyo modelo fue tomado como referencia por las nuevas autoridades. Esta institución puso en marcha una serie de iniciativas para acercar la cultura a aquellos y aquellas que vivían lejos de los centros urbanos y que, por lo tanto, no tenían tantas facilidades para acceder a ella. Junto a los decretos, leyes, formación de maestros y maestras e intento de mejora de las infraestructuras educativas en los pueblos de España, la República puso en marcha iniciativas tan exitosas e innovadoras como las Misiones Pedagógicas. Estas, además de llevar el aliento del progreso, la democracia y la cultura a las zonas rurales, sirvieron de apoyo a aquellos maestros y maestras que, tras abandonar los lujos de la ciudad y dejar atrás a familiares y amigos, marcharon a estos recónditos lugares a ejercer su profesión.

Pese a la importante labor realizada y a ser un tema muy atractivo para analizar, los maestros y maestras rurales no han gozado de un eco masivo en la historiografía; más bien al contrario, fue la literatura la que, a través de novelas como *Historia de una maestra* o *La lengua de las mariposas*,⁷⁵ acercó al gran público las dificultades y penurias que vivieron estos aventureros y aventureras amantes de su profesión. El objetivo de nuestro trabajo es realizar una comparativa entre esas obras literarias y los vestigios (ya sea en forma de fuentes primarias, como memorias de maestras, o secundarias), intentando establecer paralelismos entre ambas narrativas y comprobar si los autores de este tipo de novelas fueron capaces de reflejar con precisión lo que vivieron los y las docentes de los años treinta del pasado siglo.

Vestigios de una realidad difícil

Gracias a los viajes de Luis Bello (1927), periodista y defensor convencido de la escuela nacional, y a sus libros producto de estos, tenemos como legado una recopilación de observaciones y anécdotas que describen, con todo lujo de detalles, la lamentable situación de las escuelas rurales. A través de sus páginas, descubrimos hasta qué punto se encontraban en situación de abandono: contaban con un material prácticamente inexistente, ausencia casi total de medidas de higiene o de salud, absentismo escolar y unas infraestructuras que en ocasiones, eran incluso peligrosas como la escolita de Portomarín (Lugo), que disponía de luz por tener «media solana que da al río». Recoge el testimonio de su maestra, que reconocía que en los días de crecida: «paso mucho miedo, de día y de noche, hasta irme acostumbrando, porque cuando viene fuerte el río suena así como si atronara» (Concha Flecha García, 2017: 207). Las escuelas se acomodaban en edificios cedidos por el ayuntamiento sin más utilidad para el pueblo, que podían ser almacenes abandonados, calabozos, cuadras o incluso palomares. La cantidad de niños y niñas en el aula era o desbordante (superando en mucho las ratios recomendadas) o estaban casi vacías, aumentando las ausencias en épocas de siembra o recogida de alimentos. El profesorado rural fue el gran denunciante de la falta de inversión económica que sufrían sus escuelas, y lo describían como uno de los grandes impedimentos que les hacía imposible la tarea

⁷⁵ Hemos escogido estas por ser las más famosas y, por tanto, las que más han podido influir en un amplio número de lectores. Estas ya han sido objeto de diferentes análisis: Andrés Olaizola (2010-2011); Aránzazu Calderón Puerta (2012); Celia Romea Castro (2001); Alejandro Caamaño Tomás y Diana M. Magaña Hernández (2017). Al adaptarse al cine, *La lengua de las mariposas* cuenta con algún análisis dedicado a su versión cinematográfica: Otto Roberto Yela Fernández (2007).

de desarrollar un plan de escuela activa.⁷⁶ Relataban, además, la terrible reticencia de las familias, que por un lado se escandalizaban ante cualquier intento de modernización que intentasen implantar y que, por otro, se empeñaban en «imponer la rutina de la cotidianeidad rural a la marcha educativa» del alumnado (Carmen María Sánchez Morillas, 2014). La educación no se sentía como un derecho, y mucho menos para aquellas aldeas desfavorecidas y sus familias, en las que un hijo o hija se entendía como una boca más que alimentar y dos manos más para trabajar. Instruirse era casi una pérdida de tiempo, así lo reflejaba Julia García Fernández Castañón (1955: 99) en su diario, «(...) todo el mundo está entregado a la faena de las castañas, y la Escuela se encuentra medio desierta». Si el trabajo y la instrucción coincidían, la prioridad estaba clara: lo primero de todo era trabajar.

Esta idea era francamente difícil de rebatir habiendo sido testigos de metodologías que no respetaban ni los saberes populares, ni que tampoco se amoldaban al entorno en el que debían desarrollarse. Nuestras maestras y maestros republicanos, terminaban su formación con la cabeza llena de sueños, sabiendo cómo debía ser un aula tipo. Cuando se les asignaba su primera escuela rural, empezaba el duro trance de alejarse de su hogar, su familia y cuanto conocían, por responder a la llamada del deber en pueblos que, muchas veces, pasaban meses aislados por la nieve o las intensas lluvias. Para llegar a su primer destino, un pueblecito asturiano, Julia (1955: 13-14) nos narra el terrible trayecto: «Primero viajamos en el tren, después en un coche de línea, y por último hemos tenido que caminar a pie tres kilómetros cuesta arriba», y sobre su nuevo hogar, decía:

«La habitación que se me ha destinado es un cuartito muy pequeño, bajo de techo, sin cielo-raso, con un tillado viejo lleno de rendijas y un ventanuco que cae sobre un maizal. El ajuar es también muy elemental. Una pobre camita, un aguamanil del tiempo de los visigodos, una silla de enea y una percha».

La mayoría de testimonios reflejan lo dura que se les hacía la adaptación que, muchas veces, no era facilitada por alcaldes y párrocos que veían en aquellos y aquellas jóvenes cultos e ilusionados una amenaza. Julia relata la dura separación con su padre: «Entonces experimenté una dolorosa sensación de soledad y unas inmensas, unas avasalladoras ganas de llorar (...)». Esta aclimatación resultaba mucho más

⁷⁶ María de la Cinta, aparecido en la publicación *El Imparcial*, en fecha de 5 de junio de 1932. El texto se titula «La escuela activa y el medio».

sencilla para aquellos docentes que, como Julia, eran religiosos. En buena medida la acogida fue positiva en su caso por la hermandad que tenía con el párroco, para el que organizaba obras de teatro y recitales siempre relacionados con la religión. En muchas zonas rurales y en algunas ciudades, las familias se opusieron a los planes del gobierno respecto a la coeducación y a la retirada de crucifijos de las clases. Algunos enviaron a sus hijos a la escuela con grandes cruces al cuello como medida de protesta. Los maestros y maestras de aquellos lugares estaban mal vistos si no asistían a misa y fueron objeto de cierto aislamiento social por dicho motivo (Manuel Garrido Palacios, 2005). No dejaban de ser docentes en ningún momento, cada ámbito de sus vidas era observado con lupa, utilizando cualquier argumento para encasillarlos en una u otra ideología, para juzgarlos y menospreciarlos. En aquellas condiciones, implantar metodologías alternativas era extremadamente difícil, y muchos reconocían sentir remordimientos por no saber si lo estaban haciendo bien. Así lo expresaba Dolores Medio, maestra rural a la que atenazaba la soledad, concretamente por sumar al hecho de estar aisladas, la gran dificultad que encontraban cuando querían poner en marcha innovaciones

«que tenían que experimentar con unas alumnas y alumnos habituados a sistemas de enseñanza muy diferentes, con la desorientación e inseguridad que ello provocaba en la marcha del aula; con la llamada a la responsabilidad y hasta con el sentimiento de culpa que sentían las que lo estaban llevando a cabo». (Concha G. Flecha, 1997: 204).

Para adaptarse, trataban de mimetizarse con el entorno; enseñaban desde las referencias vitales que tenían los niños y niñas y aportaban las suyas propias. La coeducación no llegó a todas las escuelas rurales, por lo que muchas veces niños y niñas continuaban aprendiendo separados, en contra del deseo de muchos docentes. La enseñanza superaba los muros de la escuela y lo inundaba todo: las maestras y maestros se convertían, poco a poco, en referentes que muchas veces ayudaban al médico de la zona, como es el caso de Julia (1955: 44), que salvó la vida de un convecino al impedir que le medicaran sin fundamento y al atenderle después junto al médico del pueblo colindante. También ayudaban a rellenar impresos, redactaban cartas para novios/as o familiares que estaban lejos o incluso explicaban las noticias de los periódicos que llegaban de la ciudad. Las clases para adultos eran más que frecuentes, siendo muchas veces el único recurso que encontraban las mujeres de los pueblos para recibir una alfabetización, aunque fuera básica. Julia nos contaba en su

diario cómo se le ocurrió organizar reuniones de lectura y debate diarias a las que, en un principio, no acudía casi nadie. Despacito y con buena letra, fue ganándose el respeto y el aprecio de sus convecinos y con él, crecieron los asistentes hasta conseguir incluso subvenciones por parte del ayuntamiento para financiar nuevos libros y materiales de lectura. Además de las reuniones, creó una «Sociedad de Amigos de la Biblioteca» que fue muy bien acogida. Los socios, donaban dinero para adquirir nuevos tomos que disfrutaría todo el pueblo (Julia García Fernández Castañón, 1955: 68). Como ella y muchas otras nos cuentan, las Misiones Pedagógicas supusieron, en este sentido y en muchos otros, un apoyo significativo que superaba lo material (en cuanto a la construcción o reparación de escuelas), porque con sus libros, sus reproducciones de obras de arte, los teatros y las películas, traían a las maestras y maestros la ilusión necesaria para recargar pilas y recordar que eran ellas y ellos los que estaban haciendo posible el sueño de una educación para todos y todas. Tanto era así que, como dice García Flecha (1997: 204):

«Ejercer el magisterio en los pueblos se presentaba, sin embargo, ante la opinión como la tarea más noble a que las maestras podían dedicarse, ya que la acción que en ellos realizaran, en el sentido que fuera, tendría una más rápida y eficaz repercusión en los mismos».

Gracias al duro trabajo, a la dedicación y al inmenso amor que ponían en el desempeño de su oficio, la imagen del profesorado mejoraba, en algunos casos, hasta el endiosamiento. Julia (1955: 70) nos cuenta como incluso el alcalde se refiere a ella como «señora maestra», haciendo notar que, en aquella región, solo se llamaba señor al párroco y a los docentes, como muestra de respeto y reconocimiento a su labor. Las muestras de cariño eran frecuentes, muchas veces tomando la forma de pequeños regalos como, en su caso, ricas cerezas de temporada, ciruelas, dulces, mantequilla, o sorpresas en los bolsillos como un día en el que se encontró unas castañas. Este testimonio, coincide con el de otra experimentada maestra, Concepción Sainz-Amor, quien llegó incluso a elaborar una lista en la que detallaba los presentes que le hacían tanto el alumnado, como sus familias, habitantes todos de la pequeña localidad riojana de Alberite.⁷⁷ Esto compensaba, de alguna manera, el escaso reconocimiento

⁷⁷ Archivo de la Universidad de Burgos, Fondo Concepción Sainz-Amor, Signatura H-384, «Regalos de los cursos 1921-1922 a 1924-1925, Cuaderno con el listado de regalos de los vecinos de Alberite».

que sentían recibir en forma de sueldo (bastante precario a pesar del aumento promovido por la República), que quedaba retratado en el dicho popular «Pasas más hambre que un maestro de escuela».

Dentro del aula, encontrábamos una metodología activa, que fomentaba el aprendizaje a través de la experimentación que el marco natural incomparable ponía a su disposición. Así lo recogen distintos testimonios como el de Lola Velasco, la sobrina de Antonio, maestro rural:

«Mi tío Antonio invitaba a los alumnos a traer todo tipo de plantas a clase... Y a partir de ahí estudiaban botánica, biología. En cada dictado se desmenuzaba la frase; y cualquier circunstancia era buena para explicar una regla de ortografía o provocar el análisis y la reflexión». (Joaquín Mayordomo, 2006).

Utilizaban recursos como la motivación del alumnado con preguntas constantes para que no se distrajeran, el esfuerzo para despertar su curiosidad, el argumento imposible para centrar la atención de la clase... La dedicación específica e individual siempre que se pueda: «Siempre que me ha sido posible le he puesto a cada alumno un problema... Como hacía mi tío Antonio, del que aprendí muchísimo», recuerda. Pero también, «como se llaman hoy, las actividades complementarias» (Joaquín Mayordomo, 2006) han ocupado un tiempo importante en la actividad docente de Lola.

La diversidad funcional⁷⁸ era un asunto un tanto desatendido. El artículo nueve del Decreto del 29 de septiembre de 1931, hablaba de una formación específica llamada «Trabajos de especialización» en los cuales los y las docentes podían especializarse en la enseñanza a «párvulos, retrasados, superdotados, etcétera».⁷⁹ Sin embargo, a la hora de la verdad, parecían encontrarse sin recursos (ni metodológicos ni materiales) para adaptar los contenidos al ritmo de aprendizaje de aquellos y aquellas niñas con necesidades específicas. Encontramos un ejemplo nuevamente en Julia, que nos cuenta cómo ante una niña con lo que parece un retraso madurativo, no sabe qué hacer.

«Porque es de anotar que en estos pueblos, a los anormales, en cualquiera de sus grados, los llaman, con un piadoso eufemismo, *inocentes*. Y esta pobrecilla es bastante inocente. (...) Me he esforzado con ella; hasta en la velada catequística de Navidad

⁷⁸ «Retrasados» en la nomenclatura de la época.

⁷⁹ *Gaceta de Madrid*, Núm. 273, 30/09/1931; p. 2092.

quise que interviniera, y traté de enseñarle un verso cortito; pero, imposible. No puede retener nada. Comprendo que esto es muy triste, pero ¿qué culpa tengo yo?» (Julia García Fernández Castañón, 1955: 72).

Pese a ello, su formación no estaba desatendida, se promulgaba una renovación de sus conocimientos de forma constante, gracias a viajes y excursiones de interés pedagógico. Como claro ejemplo, tenemos una vez más a Julia, quien, tras una visita de Inspección, tuvo la oportunidad de viajar a Madrid. En la capital española visitó monumentos y museos, y asistió a conferencias en las que maestros y maestras rurales aprendían a formar bibliotecas escolares, nociones de puericultura, medicina de urgencia, bordados populares, recursos metodológicos pensados para utilizarse en medio rural, y un extenso etcétera. Recogemos sus palabras para poner fin a este apartado: «Gozaba yo viendo cómo los maestros rurales nos movíamos en aquel marco, y comprobando cómo los más altos organismos de la cultura sentían la preocupación de estos humildes forjadores de la infancia de nuestra Patria» (Julia García Fernández Castañón, 1955: 113).

La ficción como reflejo de la realidad

Para acercarnos a la figura del maestro en la ficción, hemos elegido a Gabriela, la protagonista de la novela de Josefina Aldecoa, *Historia de una maestra* (1991), y a don Gregorio, el entrañable docente creado por Manuel Rivas para *La lengua de las mariposas*, uno de los relatos que componen su obra *¿Qué me quieres, amor?* (1995).

Aldecoa relata la vida de la maestra desde que sale de su Escuela Normal, abarcando las experiencias que Gabriela vive en sus diferentes escuelas, una de las cuales la llevará hasta Guinea. Por tanto, el lector podrá seguirla en sus viajes hasta las aulas de los pueblos, sus casas, sus alumnos, el recibimiento con que le obsequian en cada aldea, sus condiciones de vida allí, etc. Por el contrario, don Gregorio ya está asentado en su escuela, en la que parece llevar ya un tiempo. De él no conocemos con exactitud cómo y cuándo se graduó, dónde estudió o el momento en que se hizo cargo del colegio en el que practica su actividad docente.

Ambos tienen clara su función, que va más allá de enseñar y educar a los niños y niñas de sus respectivas poblaciones. Son conscientes de que el maestro o maestra son agentes modernizadores, difusores de la cultura, cuyo fin no es otro que mejorar la vida de la gente de los pueblos españoles. Aldecoa remarca, a través de

Gabriela, el rechazo que generaban las pequeñas y apartadas poblaciones entre sus compañeros y compañeras de profesión. Nadie quería ir a los pueblos y las razones las expone seguidamente. La situación allí estaba monopolizada por el hambre, la miseria, la enfermedad y el analfabetismo (en muchos lugares ni siquiera entendían el castellano). A esto se sumaban las incomodidades propias de la orografía, ya que muchas poblaciones se hallaban tan apartadas y escondidas, que la travesía hasta ellos era larga y penosa, a menudo sin carreteras y aún en burro era complicado acceder a ellas. Además, en los meses de invierno, cuando el temporal de nieve azotaba nuestro país, era frecuente que estas aldeas pasasen meses aisladas.

Una vez instalada, Gabriela se siente sola e incomprendida, nadie se interesaba por ella ni por su labor y, en ocasiones, podía sentir la hostilidad con la que trataban a la extraña que venía para hacerse cargo de los niños y niñas que, dicho sea de paso, eran de los pocos que le hacían caso. Josefina Aldecoa pone en su boca los sinsabores de esta aventura que a muchas y muchos maestros, sumía en una tristeza perenne que solo desaparecía de puertas adentro de sus escuelitas:

«La escuela era mi único recurso. Por entonces, ya empezaba a sentir esa profunda e incomparable plenitud que produce la entrega al propio oficio. Me sumergía en mi trabajo y el trabajo me estimulaba para emprender nuevos caminos. Cada día surgía un nuevo obstáculo y, a la vez, el reto de resolverlo. Los niños avanzaban, vibraban, aprendían. Y yo me sentía enardecida con los resultados de ese aprendizaje que era al mismo tiempo el mío. Nunca he vuelto a sentir con mayor intensidad el valor de lo que estaba haciendo. Era consciente de que podía llenar mi vida sólo con mi escuela. Cerraba la puerta tras de mí al entrar en ella cada día. Y las miradas de los niños, las sonrisas, la atención contenida, la avidez que mostraban por los nuevos descubrimientos que juntos íbamos a hacer, me trastornaban, me embriagaban».

Pero también:

«La tristeza me dominaba a todas horas. Sólo durante el tiempo dedicado a la escuela, salía del marasmo en que me debatía. El trabajo era mi medicina, mi estímulo, lo único que me conservaba firmemente asentada en la realidad. Al entrar en la clase, dejaba atrás mi carga de angustia. El desaliento se transformaba en vigor, la debilidad en fortaleza». (Josefina Aldecoa, 1991: 226).

Por si esto fuera poco, su vida estaba lejos de todo lujo: una cama incómoda y una silla en un pequeño cuarto fueron sus únicos enseres. Hasta tal punto se hallaba deprimida, que llegó a plantearse si realmente esa era la vida y el sueño con el que fantaseaba de niña.

Por otro lado, la casa de don Gregorio, sin ser paradigma de la ostentación, parece confortable, es más espaciosa y puede albergar en ella estanterías con libros que prestar a sus alumnos. Esto contrasta con lo expuesto por Gabriela, que llega a encontrarse maestros sin casa que no tienen más remedio que dormir en la escuela y comer en la taberna.

La situación de los colegios descritos por Gabriela no es muy diferente a la de la casa. Las aulas, a menudo amenazando ruina, tienen que ser decoradas, reformadas y pintadas por los maestros y maestras, siempre con la ayuda de los niños y niñas. Muchos de ellos se tomaron muy en serio esa labor y pronto se pudo ver cómo en las clases se respiraba otro ambiente, con paredes saneadas y adornadas con las láminas y trabajos de los educandos, o con plantas que, además de decorar, servían para la lección de botánica, con los treinta niños y niñas muy implicados en las tareas de cuidado de las plantas. La guinda al pastel la puso una iniciativa de la maestra de recolectar periódicos y libros que encontrasen para formar una especie de biblioteca que alumnos y alumnas pudiesen utilizar libremente cuando quisieran. La escuela adquiría nuevos aires: estaba limpia, arreglada y decorada con flores y dibujos. No obstante, este tipo de actividades no siempre eran comprendidas por las autoridades de los pueblos o por los padres, que las veían como una pérdida de tiempo y así se lo hacían saber a la maestra a través del alcalde: los maestros y maestras estaban para enseñar, no para dedicar a los niños en faenas de pintura.

Precisamente, la figura del alcalde será clave. Por lo general, Gabriela no tuvo buena relación con los alcaldes. Este hizo piña con el cura para dificultarle las cosas a la maestra. Ni siquiera dejaron a Gabriela residir en la casa de Wenceslao, el «intelectual» del pueblo. A ninguno de los dos le gustaban las «modernidades» que traía la maestra. En lo que respecta a la Iglesia, tampoco don Gregorio tuvo buenas relaciones con el párroco de su pueblo, que veía en el docente un enemigo que intentaba alejar a los niños de su influencia cristiana. El momento de su discurso sobre la libertad será clave, puesto que muestra claramente quiénes están del lado del maestro y quiénes no. Al concluir sus palabras, todos menos el cacique, que se

marcha airado ante tanta idea subversiva, llevándose a su hijo con él, el cura y el guardia civil aplauden la oda a la libertad del anciano maestro.

El alcalde quiere que la maestra enseñe a los niños y niñas, pero lo cierto es que la situación que se encuentra es desoladora. Gabriela recuerda cómo al llegar a clase muy pocos de sus alumnos sabían leer y escribir. La razón se la explicó un niño: si supiesen no estarían en la escuela sino trabajando. Más descorazonador para ella era ver cómo la afluencia al aula dependía del calendario agrícola, reduciéndose al mínimo en tiempos de vendimia.

A través de algunos ejemplos, puede verse la metodología que ambos empleaban en el interior del centro escolar. Gabriela decidió separar a los niños por grupos: por un lado, los que no sabían leer ni escribir; por otro, los que lo hacían con dificultad y, por último, los que ya dominaban ambas habilidades. De esta forma, mientras unos trabajaban cálculo, los otros aprendían con la maestra. Luego, los segundos hacían cuentas, ajustadas a su nivel, a la vez que los primeros leían y los terceros escribían una redacción. Tras eso, venía el recreo, y después, una lección de la maestra que variaba cada día: Geografía, Historia, Ciencias... Gabriela dejaba constancia de su ilusión por aprender lo más básico: eran niños que desconocían la localización de España en un mapa y que tampoco sabían colocar con facilidad su pueblo dentro del mapa español.

Las materias no variaban en función de los sexos. No dudaba en enseñar de todo, tanto a niñas como a niños, a los que ponía a hacer punto, ganándose las críticas de muchos padres que sospechaban de su intención de feminizar a los chicos. Precisamente, en un pueblo, el alcalde le presentó a la antigua maestra (que se había jubilado y a la que Gabriela sustituía). En todo momento el edil criticó, de forma velada, mediante alabanzas a la anterior maestra, los métodos de la joven. Según este, la antigua profesora (pariente suyo) era querida y respetada, tanto por los alumnos y alumnas como por los convecinos. Ante tanta adulación por parte del alcalde, la vieja docente no dudó en mostrar su método: el palo. Tras comparar a los niños con animales, recomendó a Gabriela el castigo físico para lograr un buen comportamiento, método que la joven rechazaba de plano. Precisamente, este punto será central en el otro retrato. Moncho, el pequeño protagonista, estaba aterrorizado. Su miedo era acudir a la escuela y que el viejo maestro, con cara de mal genio, la tomase con él y le pegase un par de azotes. Este temor, casi traumático, fue disipado por don Gregorio, que siempre dejó claro que, si la práctica del castigo físico se

empleaba en el pasado, los tiempos habían cambiado y el jamás había puesto la mano encima a un niño y no iba a empezar en ese momento. Su método era mucho más sutil. Cuando los chicos alborotaban, el maestro se callaba y esperaba a que se tranquilizasen para continuar su explicación.

Por otro lado, si dos chiquillos se pegaban, les instaba a hacer las paces y, posteriormente, les sentaba juntos en clase para que se conociesen y acabasen siendo amigos. Este método tampoco sentaba bien a algunos padres, especialmente al cacique del pueblo, que llegó a pedir al maestro que fuese más duro y que pegase a los niños si eran desaplicados (incluido a su propio hijo). No aprobaba sus métodos y veía al maestro como alguien muy alejado, como un enemigo en el que no tenía más remedio que confiar la educación de su hijo, y no podía evitar interferir.

No siempre que los padres y madres acudían al maestro o maestra era para cuestionar sus métodos o para ofrecerle «sugerencias». Muchas madres iban a consultarle de todo a la maestra, incluidas cuestiones médicas, ya que el médico no solía pasar frecuentemente a visitarlos. La maestra era la que sabía de todo y, aunque Gabriela reconocía no saber de medicina, no tuvo más remedio que atender las súplicas de una madre desesperada por la enfermedad de su hijo. Este parecía mejorar pero, finalmente, murió y, como es obvio, la madre culpó a la maestra. En este apartado, don Gregorio tuvo más suerte. En una excursión al campo, Moncho sufrió un repentino ataque de asma. La rápida actuación del maestro, que decidió sumergir al niño en el agua fría del río, le salvó la vida, ganándose, con su ocurrencia, la gratitud «eterna» de sus padres.⁸⁰

Al vivir rodeados de naturaleza, las oportunidades de mostrar a los niños y niñas ejemplos de lo que en clase veían en la teoría, no podían desaprovecharse, especialmente en las estaciones en las que predominaba el buen tiempo. Don Gregorio quería enseñar a sus educandos la lengua de las mariposas pero, para eso, necesitaban un microscopio, instrumento del que la escuela no disponía. El maestro se vio obligado a pedirlo a las autoridades y esperar a recibirlo. Algo similar le sucedió a Gabriela, que planeaba enseñar a sus alumnos y alumnas la situación de los países y continentes en un globo terráqueo, pero no tenía ninguno. Gabriela no llegó a pedirlo porque Wenceslao disponía de uno y no dudó en prestarlo, aumentando las suspicacias del cura y del alcalde.

⁸⁰ Eterna porque el estallido de la Guerra Civil (1936-1939) obligó a la familia a actuar en contra de su voluntad y a desligarse lo máximo posible del sospechoso maestro.

Estos dos últimos fueron un problema constante tanto para Gabriela como para Gregorio. La decisión del gobierno de la República de quitar el crucifijo de las aulas provocaba conflictos en los pueblos y los maestros y maestras estuvieron en el centro de la diana. Muchos padres se sentían molestos y dejaban de enviar a sus hijos a la escuela. Los ataques a esta última se sucedían. Por el contrario, la República quiso mejorar la condición social y de vida de los maestros y maestras subiéndoles el sueldo, algo que compensó padecimientos como los anteriores. Con el sueldo de un maestro o maestra no se podía vivir y, además, estaban faltos de consideración social. Pese a todo, el cura seguía teniendo mucho poder, hasta el punto de que había lugares en los que mandaba más el párroco que el gobierno. Por eso, el peligro rondaba siempre a la figura del docente, visto por religiosos y caciques, como revolucionarios, como culpables de todo lo malo que les pasaba, de todos los privilegios que les intentaban quitar.

Tampoco iban a permitir que el maestro o maestra despertase la curiosidad en una masa de gente que era más segura viviendo en la ignorancia. De esta manera, cuando Gabriela decidió organizar clases para mujeres, recibió los ataques de aquellos que pensaban que las mujeres tenían suficiente con atender la casa y a los animales. Sin embargo, sus charlas para mujeres fueron un éxito y, animada y con fuerzas renovadas, amplió las clases a los hombres.

En estas clases de adultos se trataban todos los temas, incluidos la política, no como una forma de adoctrinamiento sino buscando que fuesen conscientes de lo que significaba y pusiesen fin a los engaños con que los manejaban políticos, caciques y curas. Como es obvio, no todos vieron con buenos ojos este tipo de enseñanzas y Ezequiel, el marido de Gabriela, que también era maestro, fue denunciado. Los sospechosos de la delación estaban claros para todos: podía haber sido el rico cacique del pueblo o el cura, es decir, aquellos que preferían que la gente siguiese siendo analfabeta.

En contra de esta creencia, Ezequiel y Gabriela tenían claro que la escuela pertenecía al Estado y, por ello, era una escuela de todos los ciudadanos, incluidos aquellos que pudiesen sufrir cualquier tipo de diversidad. Mateo era un niño con este tipo de característica, razón por la cual nunca le habían llevado a clase. El maestro Ezequiel insistió mucho para que sus padres le llevaran, prometiendo que dedicaría más tiempo y esfuerzo a su hijo para que lograra integrarse con los demás. Si la acogida de los niños y niñas, que pasaron del recelo a la normalidad, fue excepcional,

no fue así la de algunos padres que, a través de excusas irrisorias, no veían con buenos ojos que sus hijos e hijas compartiesen clase y pupitre con alguien como Mateo.

Conclusiones

A la luz de este trabajo, podemos colegir que detrás del romanticismo con el que se intentaba disfrazar la idea de educar en pequeñas aldeas, se encontraba una triste realidad: muchos de los docentes que se veían abocados a comenzar su andamiaje profesional por las escuelas rurales lo hacían porque las plazas en zonas urbanas eran las más cotizadas y las que antes salían elegidas. Esto explica que, al acumular experiencia, cuando podían elegir, prefiriesen cambiar las aldeas por escuelas de ciudad. No obstante, las novelas seleccionadas para este texto reflejan fielmente dicha situación. Gabriela no para de cambiar de destino durante toda la obra y lo hará por múltiples razones. Además, tanto las condiciones de vida, como su acogida en los pueblos, su alejamiento de la familia, el precario estado de la escuela, la escasa afluencia de niños y niñas y los obstáculos que encuentran a su paso los docentes está muy bien reflejado. Si Gabriela recuerda cómo su clase se reducía drásticamente en tiempos de la vendimia, Julia, la maestra de un pueblecito de Asturias, reseñaba el menor número de asistentes a su aula cuando había que recoger las castañas.

Las similitudes alcanzan hasta las situaciones más anecdóticas, recordando los novelistas que los maestros solían recibir regalos por parte de los niños y niñas o sus familias, por diferentes motivos. Algo que deja patente Concepción Sainz Amor, la maestra de Alberite, y que se refleja, de un modo un tanto diferente, con don Gregorio, quien se niega a recibir el obsequio. Esto sirve para recalcar la manera en que viven los maestros y maestras. Gabriela y Julia, ficción y realidad, describen su vivienda de forma tan parecida que parecerían ser inquilinas del mismo piso. Su adaptación a los pueblos también es bastante similar y, además, ambas acaban organizando clases para adultos, algo que será central en la novela de Josefina Aldecoa, aunque con diferente resultado.

La maestra o maestro eran una de las máximas autoridades del pueblo, aunque eso, hasta la llegada de la República, no se reflejase en su salario. El médico no solía visitar los pueblos muy a menudo y las madres decidían consultar con el docente acerca de dolencias o tratamientos para sus hijos e hijas. Julia y Gabriela se tienen que enfrentar a esa situación, diagnosticando y, finalmente, dando clase a las madres

para que, no sin reticencias, dejaran de tratar a sus criaturas como se venía haciendo tradicionalmente.

Quizás, el punto en el que más distancia haya entre el maestro y maestra de la ficción y Julia sea en sus relaciones con el cura del pueblo. Gabriela y don Gregorio no eran maestros muy devotos, pero Julia sí lo fue y eso, sin duda, influyó en sus amistosas relaciones con el cura del pueblo, que nunca fue un obstáculo para ella. No tan bueno será su trato con el alcalde, pero su enfrentamiento no vendrá provocado por la política sino por un conflicto de tipo familiar. Ya ha sido comentado, pero es de reseñar cómo tanto Ezequiel, el marido de la maestra de Josefina Aldecoa, como Julia, tuvieron que lidiar con lo que en la época se llamaba «retrasados» o «inocentes». Una niña con diversidad funcional pone en aprietos a Julia, que no sabe cómo actuar ni cómo lograr que avance en clase. La familia de la niña, a la que pertenece el alcalde, acusará a la maestra de dejar por imposible y no dedicar su tiempo y esfuerzo a su pequeña. Por el otro lado, es Ezequiel el que pide que lleven a Mateo a su escuela, prometiendo trabajar con él personalmente y prestarle mucha más atención para que no se quede atrás en relación a sus compañeros y compañeras.

No todos los maestros y maestras tuvieron la oportunidad de viajar a continuar formándose. Si Concepción pudo viajar por todo el mundo, Julia lo hizo a Madrid. Gabriela también viaja bastante, llegando a dar clase en África, pero no lo hace como parte de su formación, lo que también la distingue de Julia.

En definitiva, la realidad es cruda para estos maestros y maestras valientes que se esforzaron por llevar a cabo su misión con la mayor aplicación. Eran conscientes de que la vida en los pueblos de España a comienzos de la década de 1930 no era sencilla y estaba regida por un analfabetismo galopante, una ignorancia supina, por la enfermedad y muerte. Las condiciones eran muy duras pero aún así acudieron para sacar de ese pozo de miseria a unas generaciones de jóvenes (y no tan jóvenes) que conformaban el porvenir del país. El lector o lectora de este tipo de novelas puede hacerse una idea de dichas circunstancias, para nada agradables. En ella se refleja fielmente la ardua tarea de los docentes, pero también de la satisfacción de ver a los niños y niñas aprender, crecer y labrarse un futuro ausente de analfabetismo. Y lo mejor y más valioso de todo esto, es que, como hemos podido ver, cualquiera que dedique su tiempo en la lectura de estas obras, se llevará una idea bastante aproximada de lo que realmente vivieron esos maestros y maestras enviados por la República a todos los confines de nuestro país con la ilusión de que, como

decía el propio don Gregorio, al menos una generación pudiese crecer y vivir en libertad, algo que, para los republicanos y republicanas, tan solo se podía conseguir a través de la educación.

Referencias

- Archivo de la Universidad de Burgos, Fondo Concepción Sainz-Amor, Signatura H-384, «Regalos de los cursos 1921-1922 a 1924-1925, Cuaderno con el listado de regalos de los vecinos de Alberite».
- Bello, L. (1927), *Viaje por las escuelas de España*. 4 vols., Madrid: Magisterio Español.
- De la Cinta, M. (5 de junio de 1932), «La Escuela activa y el medio», *El Imparcial. Gaceta de Madrid*, Núm. 273, 30/09/1931: 2092.
- García Fernández Castañón, J. (1955), *Diario de una maestra rural*, Madrid: Escuela Española.
- Aldecoa, J. (1991), *Historia de una maestra*, Madrid: Punto de Lectura.
- Caamaño Tomás, A. y Magaña Hernández, D.M. (2017), «La lengua de las mariposas: el derecho a la educación y el ocaso de la educación liberal y laica española», *ArtyHum Revista de Artes y Humanidades*, 43, 1-20. ISSN: 2341-4898.
- García Flecha, C. (1997), «La vida de las maestras en España», *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*, 16, 199-222. ISSN: 0212-0267.
- Garrido Palacios, M. (2005), «Historia de la educación en España (1857.1975). Una visión hasta lo local», *Contraluz*, 2, 89-146. ISSN: 1698-8817.
- Mayordomo, J. (17 de abril de 2006), «Una maestra del 34», Disponible en: https://elpais.com/diario/2006/04/17/educacion/1145224803_850215.html (fc 22/10/2020).
- Olaizola, A. (2010-2011), «Historicidad de la escuela española y narración en *La lengua de las mariposas*», *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, 46, 330-339. ISSN: 1139-3637.
- Rivas, M. (2009), *¿Qué me quieres amor?*, Madrid: Alfaguara.
- Romea Castro, C. (2001), «Lectura a cinco bandas: “La lengua de las mariposas”», *Revista Científica de Comunicación y Educación*, 17, 71-78. ISSN: 1134-3478.

- Sánchez Morillas, C. M. (2014), «La figura de la Maestra rural en la Segunda República», *Revista de Antropología Experimental*, 10, 119-128. ISSN: 1578-4282.
- Yela Fernández, O. R. (2007), «El cine como laboratorio en el aula: una revisión semiótica de la película *La lengua de las mariposas*», *Foro de Educación*, 9, 99-124. ISSN: 1698-7799.

Las cartas que le abrieron los ojos. Un tesoro que recibió Margarita Bremer de sus padres

Francisca Moya Alcañiz
(Universidad Nacional de Educación a Distancia)

Precisamente en la tuya de hoy me hablas de nuestros peques, los seres que juzgarán nuestro pasado de una forma escrupulosa. Como la oportunidad de contárselo detalladamente la tendremos, no será por demás el que estas cartas nos ayuden para que de una manera documentada podamos mostrárselo, si lo que ha contribuido en forja nuestro hogar ... Ellos vivirán de nuestros ejemplos y de nuestro fiel comportamiento. Supongo, mi adorada, que las cartas que te he escrito las tendrás en orden a fin de que un día podamos coleccionarlas y guardarlas como uno de nuestros más queridos recuerdos.⁸¹

Los deseos expresados en esos párrafos se cumplieron, pues los cientos de cartas que se escribieron los padres de Margarita Bremer, Bautista y Teresa,⁸² republicanos españoles separados por dos exilios, primero en Francia y después en la RDA, fueron la gran herencia que recibió su hija. Como ella misma diría en una entrevista a quien escribe este texto, aquellas cartas le «abrieron los ojos» al descubrir episodios de la vida familiar hasta entonces desconocidos para ella. De las cartas tuvo conocimiento el mismo día de su jubilación como profesora de español en un instituto de Berlín. Al llegar a casa fue recibida por su marido Manfred, quien le hizo entrega de una vieja «caja-sorpresa» por encargo de su madre Teresa, fallecida hacía unos años, con la misión de que conociera su contenido una vez que se liberara de sus ocupaciones laborales. La caja incluía más de seiscientas cartas y otros documentos de los cuales Margarita no tenía la menor idea. Su asombro aumentó cuando comenzó a leer aquellas cartas, auténticos testimonios de amor, vividos mientras se sucedían algunos de los acontecimientos históricos más traumáticos de la Europa del siglo XX.

El grueso del epistolario fue escrito entre septiembre de 1941 y julio de 1944, después de la separación de Bautista y Teresa, del centro de internamiento para niños y jóvenes en el cual se conocieron siendo él su profesor, cerca de la ciudad de Saint-Quentin, situada al norte de Francia. Tras la ocupación nazi, el padre, activista del PCE, fue enviado a un campo de internamiento en Argelès, y Teresa aún muy joven

⁸¹ Carta de Bautista a Teresa escrita el 6 de noviembre de 1941 desde el campo de Argelès.

⁸² Por deseos expreso de Margarita Bremer mantenemos el anonimato de los apellidos de sus padres. Bremer es el apellido de Manfred, esposo de Margarita.

con sus padres a Lespignan, a una cooperativa de trabajo de producción vinícola llamada *La Clotinière*. Las cartas del segundo exilio fueron escritas entre septiembre de 1950 y abril de 1951, después de ser el padre detenido y deportado a la RDA, primero a Malchow y después a Dresde, a consecuencia de la operación llamada «Bolero Paprica» (CERVERA, 2007), consistente en la expulsión de todos los comunistas extranjeros residentes en Francia.

Para la elaboración de esta comunicación me he servido, además de las cartas que generosamente me entregó Margarita Bremer en mi visita a Berlín en noviembre de 2019, de dos libritos escritos y editados por ella, de tirada pequeña, solo para familiares y amigos: *Crónica de una familia*, un relato sobre el contenido de las cartas y de las vicisitudes familiares, y de este otro: *Y, el año que viene... ¡en España!*, breves autobiografías de treinta y cuatro republicanos españoles exiliados en Dresde que fueron escritas en 1951 (Bremer, 2018).

Las cartas del exilio y su contribución a la historia

Las cartas como documentos históricos trascienden la intimidad de sus autores en el momento en que los historiadores nos entrometemos en sus vidas privadas. Cuando así ocurre, las cartas representan más que simples relatos de emociones, de sentimientos, de hechos cotidianos o noticias familiares ajenas. Son el hilo conductor que ayuda a desentrañar lo que acontece fuera de sus protagonistas, el mundo en torno al cual giran sus vidas y el modo en que son interpretadas por los historiadores. Acometer el género epistolar en perspectiva histórica permite incorporar elementos y enfoques historiográficos diversos, desde la historia política, social, cultural, de la escritura y de las emociones (Delgado 2018). Las cartas del exilio son portadoras de ello, y su recuperación conjuga Memoria e Historia como forma de conocer e interpretar el pasado. (Sierra, 2009 y 2016); (Adámez, 2017); (Teruel, 2018); (Nova y Sánchez de Madariaga, 2019); (Herederos de Emilio Prados, 2018); (Rossy, 2020); (Pérez Baldo, 2013); (Gaspar, 2016); (Hillesum 2001); (Toyofumi, 1982).

El valor del género epistolar para la investigación histórica del exilio republicano español ha suscitado siempre especial interés. Bajo la perspectiva de la historia de la cultura escrita, la recuperación de cartas, memorias y biografías del exilio, del mundo de la cultura, y más recientemente de personas anónimas, permite construir la historia desde la intimidad de todas aquellas vidas que se vieron forzadas

a huir en plena Guerra Civil o tras la victoria de Franco en 1939. Inicialmente, hacia Francia «La Retirada» y después, a otros destinos europeos, africanos y americanos. Comparto las palabras de Verónica Sierra cuando dice: «las cartas del exilio permiten construir la historia desde dentro, sirven para medir el pulso del sufrimiento de todas aquellas personas que se vieron forzadas a huir para poder salvar sus vidas. Las cartas y las memorias sirven para ponernos en situación y entender lo que significó abandonar el hogar, la tierra, la familia, amantes, amigos... Para la comunidad exiliada escribir y vivir fueron la misma cosa: terapia y medicina, el alimento que les dio aliento para seguir viviendo».⁸³ Significativa también es la reflexión de Francisca Montiel Rayo, de quien me permito reproducir sus palabras en relación con la «escritura del yo» durante la posguerra: «las cartas ayudaron a sus innumerables víctimas a sobrellevar el aislamiento en el que vivían, igualándose en este sentido unas situaciones que, aunque originadas por una misma causa, eran objetivamente muy dispares» (Montiel, 2018). Sentimientos también, como los expresados por Eulalio Ferrer en su diario escrito mientras permaneció en los campos de internamiento franceses de Argelès, Barcarès y Saint-Cyprien, entre el 14 de abril de 1939 y 7 de diciembre del mismo año:

«La correspondencia es un elemento vital de nuestro presente destino. Saber de la familia y de los amigos, tener simplemente noticias, significa tanto o más que la comida. Por eso, la barraca del correo es la más visitada del campo. Desde primera hora se forman largas filas. La ansiedad es gesto de todos. Una carta en la mano es indicador de orgullo, independientemente de lo que contenga. Hay compañeros que no se despegan de esta barraca en busca de la carta que esperan. Otros, no pueden contener su impaciencia y la abren de inmediato, delante de todos. Hay gritos y saltos de alegría. Y no faltan quienes, por el contrario, caen abatidos o se alejan crispados por las noticias que reciben ... Nos hemos ido adaptando a la vida del campo de concentración, pero en las primeras semanas, tendidos al sol o acurrucados en la noche, solo hemos pensado en escribir cartas. Toda clase de cartas. Cartas en busca de familia, cartas pidiendo auxilio a todos los comités del mundo, cartas siguiendo la pista de algún pariente... Cartas, como si jugáramos con ellas el nuevo destino» (Ferrer, 1988).

⁸³ Ritama Muñoz, S., entrevista a Verónica Sierra para CTXT con motivo de la lectura de “Exiliados en Transición VI” el 3 de julio de 2019, disponible en internet: <https://ctxt.es/es/20190703/Politica/27106/Ritama-Munoz-Rojas-entrevista-Veronica-Sierra-Blas-historiadora-cartas-exiliados-guerra-civil-memoria.htm>.

Razón no les falta a estos autores, tal como queda plasmado en la relación epistolar mantenida por los padres de Margarita Bremer. Sus cartas son diarios de su día a día, sobre todo de Bautista, a quien gustaba escribir largas y románticas cartas. En ellas expresaban el deseo de ser recordados, sus anhelos más íntimos, volver en libertad juntos a su querida España. Son cartas apasionadas, de inmenso amor, reflejan el dolor de la separación, el esfuerzo diario por sobrevivir, las carencias materiales, el afán de superación y de aprendizaje, los planes de futuro y de esperanza. Leer sus cartas es traspasar la frontera de su intimidad, mezclada con pinceladas de hechos de carácter político-militante poco explicitados, o escritos en clave, que solo ellos podían entender. La férrea censura de los Campos y la situación de clandestinidad que se vio obligado a vivir Bautista, impidieron descripciones más abiertas y explícitas, lo que obliga al lector a tener que leer entrelíneas.

Bautista y Teresa

Bautista nació en octubre de 1916 en Falset, pueblo de la provincia de Tarragona. Era el menor de siete hermanos, de origen familiar humilde, de padre minero y apasionado del cante, y de madre de carácter enérgico, que entre sus variadas tareas lavaba la ropa para las gentes acomodadas del pueblo. En la casa había una pequeña biblioteca que, junto con la música compuesta por canciones folclóricas y revolucionarias, ocupaban el tiempo de ocio de la familia. Era un muchacho al que le gustaba leer y aprender, pero a los catorce años tuvo que empezar a trabajar de aprendiz en una fábrica de cartonajes en Reus, lugar al que se había trasladado toda la familia en busca de nuevas oportunidades laborales. Debido a un accidente laboral perdió la mano izquierda por un defecto de la máquina en la que trabajaba. Le despidieron sin ninguna indemnización. Al no poder trabajar por el accidente, dadas sus dotes para los estudios, la familia le animó a que cursara el bachillerato y comercio. Después estudiaría pedagogía. Nunca dejó de formarse, ni siquiera en los momentos más difíciles, aprender era su obsesión. Tuvo una vida política intensa, formalmente comenzada en Reus al calor de la efervescencia de la Segunda República. Fundó las Juventudes Comunistas y el Socorro Rojo Internacional en Reus, fue miembro de la Federación Nacional de Estudiantes de Cataluña (FNEC) y durante la guerra estuvo voluntario en las milicias antifascistas. Toda su vida fue militante activo, ejerció cargos de responsabilidad dentro del PCE en la ayuda a los

refugiados españoles y de la guerrilla contra Franco en el sur de Francia. Le gustaba el deporte, se hizo socio de una asociación deportiva de trabajadores donde se entrenó en el lanzamiento de disco en la sección de minusválidos. Se preparó para participar en la olimpiada popular que se organizó en Barcelona en oposición a la olimpiada oficial del Berlín fascista de 1936, pero no llegó a celebrarse por la sublevación militar del 18 de julio. El 5 de febrero de 1939 Francia abrió sus fronteras para los republicanos españoles, se produjo entonces «La Retirada» masiva de hombres, mujeres, niños y ancianos, y a su llegada maltratados como si fueran delincuentes. Sus padres habían fallecido durante la guerra, y un hermano, en el frente de Aragón. Con el resto de la familia cruzó la frontera, sufriendo la dureza del paso por los Pirineos, las bajas temperaturas, los caminos abruptos, sin ropa adecuada, el hambre ... Sus hermanos y hermanas fueron internados por varios años en los campos de Bram, Gerardmer, Gurs y Rivals. Bautista estuvo en el de Argelès, hasta que en otoño de 1939 fue enviado a una casa de internamiento para niños y jóvenes cerca de Saint-Quentin. Su trabajo consistiría en dar apoyo educativo y ejercer de enlace con el PCE en Francia. Allí conoció a Teresa, cuando apenas tenía catorce años y él veintitrés.

Teresa nació en 1924 en Lleida, de padre ferroviario y madre enfermera. Creció rodeada de una gran familia concienciada políticamente dentro del anarcosindicalismo. Durante bastante tiempo los padres no aprobaron la relación sentimental entre Bautista y Teresa, debido a las diferencias ideológicas entre comunistas y anarquistas, muy latentes en aquellos años. Cuando terminó la guerra, Teresa no había terminado la primaria, pero en cuanto pudo se hizo miembro de las Juventudes Libertarias. El 31 de enero de 1939 la familia se refugió en Francia siendo separadas del padre, el cual permanecería en diferentes campos durante un tiempo. Teresa y su madre, tras convivir en otros campos, fueron enviadas a Saint Quentin, donde permanecieron dieciocho meses, en la misma casa de refugiados de niños y jóvenes españoles donde Bautista impartía clases, en condiciones bastante penosas. La madre pudo trabajar de enfermera en el «Hôtel des 3 marchands de Saint-Quentin, Hébergement de Réfugiés Espagnols» hasta mayo de 1940. De allí fueron evacuados debido al avance de la ocupación nazi por la zona y enviados a otro centro en Villers-Cotterêts (Aisne). Mientras tanto, el padre, por órdenes del 3.º GTE (Grupo de Trabajadores Extranjeros), fue enviado a trabajar a una finca bastante grande e importante de Lespignan (Beziers), al sur de Francia, libre de la ocupación nazi.

Apoyados por el Prefecto, Teresa y su madre pudieron reunirse allí con su padre, donde también se vieron obligadas a trabajar.

Bautista, había sido enviado a Marsella por el PCE a fines de 1940 para encargarse de la Residencia de Refugiados Españoles, la cual estaba bajo la protección del Gobierno mejicano. En esta residencia se presentó la policía francesa con una lista de nombres, en la que él estaba incluido. Franco pedía la inmediata extradición, pero Bautista pudo escapar y esconderse por un tiempo en casa de un camarada. A partir de entonces tuvo que adoptar una nueva identidad, «Rosendo Iturmendi». En septiembre de 1941 fue destinado por el PCE a los Pirineos Orientales, permaneciendo en el campo de concentración de Argèles por un periodo de tres meses. Posteriormente, le enviaron al campo de Le Barcarès, por otros quince meses, tras lo cual, pasó a Perpignan para trabajar en el GTE 427. El trabajo clandestino se intensificó, pero con relativa tranquilidad gracias a su nueva identidad. Fue nombrado colaborador de la dirección del PSUC en Francia. Su condición de minusválido ayudó a que su situación no fuera tan mala como la de otros compañeros, lo que facilitaría los contactos con sus compatriotas refugiados.

Cartas desde el exilio en Francia

Después de un año de separación y sin saber nada el uno del otro, a partir de septiembre de 1941 se sucedieron las primeras cartas. En estas, expresan incertidumbres sobre su relación sentimental, hablan de su futuro, de posibles encuentros que nunca llegan, de la dureza del trabajo, de las difíciles condiciones de vida en los campos de trabajo y de la negativa de los padres de Teresa para que formalizaran su relación. Una crónica constante de sus sentimientos y de su triste existencia. Bautista, escribe y escribe extensas cartas. Las cartas de Teresa son más cortas, al principio se ven las dificultades que tiene con la escritura, pero según transcurre el tiempo se observa su mejoría. Desde que se conocieron, él puso mucho empeño en educarla y culturizarla, a que aprendiera con los libros que le recomendaba. Tal era su insistencia, que en las cartas que escribía desde los Campos de Argelès y Barcarès le ponía deberes de gramática en español y francés. Ella comentaría que, a veces, se veía bastante presionada al no poder responder como él pedía debido al trabajo y al escaso tiempo de que disponía para dedicarse a ello.

En aquellas cartas rememoran sus primeros momentos de conocerse, sus encuentros en aquel Centro de Saint-Quentin donde se enamoraron, de su primer

beso, de las mariposas que revoloteaban en sus cuerpos cuando él le enseñaba las reglas ortográficas, cuando leían libros o paseaban por el canal. Allí se juraron amor eterno, grabando sus nombres en el tronco de un árbol. Bautista decía en una carta de fecha 14 de septiembre de 1941: «Mi hogar eres tú, tú sola dentro de mi sueño. Tú que llevas los recuerdos más vivos de mi juventud, tu, quien yo juré querer hasta siempre, tú la chiquilla de Saint Quentin». En esta otra recuerda con enorme melancolía su paso por Marsella:

«Marselle, Marselle, cuantas veces me acordaré de ella. Lejos de mi familia, de mis seres queridos, de mis fieles amigos, solo abriendo paso entre las dificultades de mi subsistencia. Me acordaré. Trabajo y más trabajo, presente, ante todo, ante la vida y ... yo pensaba que un día te sentirías orgullosa de mí. No era una bestia, un hombre sin razón, sin sentidos, sin comprensión, sin dignidad, un arrastrado, un cualquiera, un árbol sin hojas, un mundo sin sol y que se yo, supe oír tu voz, la nuestra, la de tantos ... Días de separación, días de destierro, días de silencio y dolor, pero fecundos en el fondo. La vida es algo más de lo que vemos, parte de ella también algo que no se ve, pero se siente».

Dentro de su relación epistolar acordaron que el 30 de octubre de 1941 sería una fecha emblemática para ellos, la elegida para formalizar su unión, pese a la distancia. Decidieron que sería una «unión teórica que más tarde, ya en España se celebraría la boda oficial». Todas las cartas están llenas de emotividad, en las que también caben recuerdos de otros seres queridos desaparecidos, como los padres de Bautista, que para él eran «ejemplo del amor y confianza que ambos se guardaron: ... He aprendido y tomado ejemplo de mis padres. Ellos me han enseñado prácticamente y mejor que nadie, como se construye, como se mantiene y se hace feliz un hogar. Yo, que guardo de ellos los más tiernos recuerdos, nunca podré olvidarlos. Puedes estar segura mi queridísima Tere, que el día 30 los tendré muy presente, muy a nuestro lado...»

Las cartas eran sometidas a una constante censura, no llegaban con la regularidad deseada, incluso algunas se perdían en el camino. Es por ello, que no podían decirse más de lo que debían por temor a represalias. Los permisos de salida estaban vedados, o requerían autorizaciones especiales difíciles de obtener, por lo que para Bautista era imposible salir de Argelès. Ni siquiera le permitían visitar a su familia en el campo de Rivesaltes, próximo a Perpignan. Como escribía en una carta,

eran tratados como delincuentes, sin derecho siquiera a un mínimo contacto con los suyos.

Teresa escribía el día a día en la finca la «Clotiniere» en Lespignan, cuyos propietarios eran dueños de grandes plantaciones de viñedos y de una gran casa señorial, en la que ella trabajaba y cuidaba de los niños. Aunque el trato era correcto, lo cierto era que se aprovechaban de la mano de obra de los obreros. Vivían en una casucha para los peones separada de la casa grande, sin electricidad, por lo que casi todo el tiempo permanecían fuera, delante de la casa, y por la noche, al lado de una estufa que daba luz y calor. En invierno la situación se agravaba con los intensos fríos al carecer mínimamente de ropa y zapatos adecuados. También contaba cosas agradables, como que en su pequeño jardín cultivaban verduras y muchas flores, y en los ratos libres les gustaba cantar, pues pese a todo, eran alegres. Cerca de la finca había un enorme molino de viento rodeado de un paisaje montañoso y caminos frondosos. Siempre que se lo permitían los patronos, salían a pasear por allí, entablaban relaciones con otras familias, tanto francesas como exiliadas españolas. A veces, salían también por Beziers, incluso en alguna ocasión al cine. También iba a una pequeña biblioteca que había en el pueblo, pero solo había libros en francés, y aunque prefería novelas románticas, por influencia de Bautista leía otros libros más instructivos. La madre de Teresa no dejó de ser políticamente activa, intercambiaba información con otras mujeres sobre militancia, emancipación, derechos, etc. Más tarde, ya en Perpignan, llegarían a llamarla la «Pasionaria de Perpignan». Seguía trabajando de enfermera y matrona, cobrando por ello una pequeña paga de «ayuda militar», y con ello podían cubrir las necesidades más elementales como pan y leche. Su madre le preparaba un trozo de pan blanco mojado en vino tinto con azúcar, pensando, como tantas madres españolas de aquellos años, que era sano y nutritivo, algo que los franceses no podían entender.

Bautista, «Rosendo Iturmendi», en su carta de 4 de octubre de 1941, comenta la situación del Campo de Génie, Baraque, 2, en Argelès-sur-Mer, donde por aquel entonces estaba internado. Siendo conocidas las malas condiciones de aquel campo, sorprende lo que comenta en una carta sobre lo buena que era la comida y lo satisfecho que se sentía. ¿Sería por congraciarse con las autoridades del campo?, o bien ¿era cierto gracias a ciertos privilegios provenientes del PCE?:

«Siempre ocupado en algo, paso las horas del día sin que me canse y me aburra. No deseo otra cosa que seguir de esta forma, puesto que la comida que está bastante bien (mejor que la dan en muchísimas compañías y comen centenares de españoles trabajando libremente): 400 gr. de pan, un cuarto de litro de vino, una sardina, un buen cacho de carne con salsa y caldo vegetal, y por la noche, el caldo vegetal, salsa con carne y mermelada. Mañana nos darán dos paquetes de tabaco y, puesto que, trabajamos en recuperación, etc. etc., se habla de pagarnos unos ocho francos diarios aparte de la comida...»

En sus momentos más nostálgicos describía lo que veía desde su barraca, en una dirección el mar, y en otra, los Pirineos. Decía que, le gustaba sentarse junto al mar, disfrutar del aire libre en una noche de paz y dedicarse a pensar, a leer y escribir poemas. Explotaba de romanticismo y hablaba de su amor por Teresa: «La luz va a apagarse, parece que hasta los elementos turben la paz, y esta vida de tumba que nos es impuesta por la fuerza ... Muchos dicen que el amor es la enfermedad de la juventud. Si eso fuera cierto, Tere, diría que prefiero vivir dentro de esa enfermedad que sentirme curado de ella ...». En una carta de fecha 25 de octubre de 1941, Bautista escribía: «¿Cuándo estaremos y viviremos juntos? Nunca me había interesado tanto esta cuestión. Siento la necesidad de tenerte, sentirte, hablarte y qué se yo, pero sí, estar a tu lado, empezar nuestra vida, la nuestra. España, ¿cuándo España nos abrirá las puertas? ¿cuándo estos Pirineos que contemplo todos los días darán el grito acogedor para todos los hijos expatriados? Toda nuestra felicidad depende de esto y no dudo que se cumpla un día ...». En momentos más prosaicos escribía:

«Sobre mi situación pocas cosas puedo contarte puesto que me desenvuelvo normalmente, esto es, con tranquilidad, con regular comida y con una regular ocupación. Ya sabes, en las actuales circunstancias la tranquilidad es media vida y eso tiene para mí un gran valor. Hoy nos han dado para comer solo para el medio día, lo siguiente: calabaza y zanahorias en cantidad, carne con ensalada, un arenque, 300 gr. de pan y ¼ litro de vino. Por la noche: col y nabos y una ensalada de tomate y apio con una sardina. Hoy sábado por la noche nos darán un paquete de tabaco (este lo guardaré para tu padre) y el cobro de ocho francos diarios está en proyecto. Se sabe que en otros campos el grupo de ingenieros los están cobrando. La barraca donde residí es bastante buena en comparación a todas las demás, puede que la mejor. Somos catorce. Hay dos estufas-fogones, dos lámparas, varias ventanas, suelo de madera ...

Como tengo mi cama situada muy cerca del alumbrado, aprovecho las noches para estudiar [alemán] hasta que el sueño me lo permita. Es para no perder la costumbre».

En las barracas se hablaba de política y del temor sobre la posibilidad de ser llevados a regiones ocupadas por la Alemania nazi. Por supuesto, nadie quería irse de forma voluntaria. Los reencuentros con otros compañeros eran siempre motivo de alegría, pero también de tristeza por su situación. Diseñaban sus estrategias políticas, siempre en absoluta clandestinidad. A pesar de las limitaciones de censura, la posibilidad de enviar y recibir cartas era posible en Argelès, al menos tres veces por semana, al contrario de otros campos, donde las prohibiciones eran más explícitas. Teresa recibía cartas de amigos con contenido político y se las enviaba a Bautista de forma codificada. A ella, le costaba más expresar sus sentimientos a pesar de que compartían sus mismas inquietudes y anhelos.

Trasladado Bautista al campo de Barcarès, este narraba en una de sus cartas que, el campo se extendía a lo largo de ocho kilómetros por la playa, había muchos internos e incluso había un hospital. La comida era buena, pero la cantidad mucho menor, por eso, los que poseían dinero podían comprar comida en el pueblo, si tenían permiso de salida. Las barracas, que antes eran campamento de la gendarmería francesa, eran de madera y de regular calidad. El año 1941 estaba próximo a finalizar, las navidades se presentaban tristes y pese a que podía disfrutar de momentos de esparcimiento dentro del campo con la celebración de eventos culturales de teatro, recitales de poesía, música, etc., él no lo disfrutaba. La imposibilidad de estar junto a Teresa, la nostalgia de la familia se lo impedía, por lo que prefería pasar el tiempo escribiendo las cartas. Teresa, parecía más animada, aunque las carencias materiales aumentaban. En una de sus cartas decía que, se había apuntado al grupo de teatro de la colonia española de Beziers y que representaría en las festividades navideñas la zarzuela «Los claveles». Se quejaba del frío, del dolor que sentía por los sabañones que le habían salido en los pies, y pese a que se ponía en la cama una plancha caliente, nada le servía, pues los dolores eran insoportables. No había calmantes para ello, y la ropa y el calzado que tenía no la protegían del frío. Hacía días que no tenían petróleo para encender las lámparas, esto significaba que en pleno invierno el fogón de la cocina no funcionaba.

El año 1942 no se presentaba con buenos augurios para un reencuentro. Los permisos para salir del campo eran denegados a Bautista, y a Teresa, a pesar de que

vivía sin tantas restricciones, sus padres prohibieron que fuera a visitarle. La situación de ambos iba empeorando, la guerra incrementaba la incertidumbre. Decía Bautista que la vida en el campo era monótona y dura, el abastecimiento era cada día peor, pues el presupuesto se redujo un veinticinco por ciento. El trabajo era intenso, se sentía esclavo. Le era prohibido cualquier contacto con el mundo exterior. El futuro lo veía incierto, oscuro, su juventud perdida, energías desperdiciadas. Sorpresivamente, en febrero llegó al campo un suministro de ropa fruto de la solidaridad internacional. Cuando se la pusieron, decía que parecían arlequines, pero todos estaban felices, porque por fin podían desprenderse de su ropa ya bastante gastada; sin embargo, no la tiraron, por si acaso la necesitaban. Poco después recibió una donación de 640 francos provenientes de la Embajada mejicana, lo cual significaba mucho dinero para ellos: «Ya sé mi pequeña que esta cantidad constituye una miseria. Es de la miseria, de la pobreza, es del trabajo que fundamos nuestro hogar. Nunca lo olvidaremos. Así aprenderemos en amor nuestros esfuerzos y nos haremos dignos de nuestra pobreza».

La tristeza y soledad se acusaban cada vez más en sus cartas, tal como se muestra en estas líneas: «Sí, nuestra vida siempre la misma: barracas, arena, cielo y mar con trabajo y alambradas. Sin risas, sin gozo, sin vida ... Véome tan solo, tan solo, que la amargura de la soledad me amarga hasta la vida, pero no la ilusión al recibir tu foto: cómo te beso mi Tere, hasta con los ojos mirándote tan altanera como una gaviota en alta mar, como una ilusión ... Pronto, muy pronto, tan pronto como el Canigó abre sus puertas y nos permita entrar en nuestra tierra... Esto me da pánico, horror, desespero, no. No quiero pensarlo, no quiero saberlo. Campos, alambradas, distancias. Cielo, mar, aire, dolor, gemidos, lágrimas».

Con mayor ánimo, llegada la primavera, en alusión a Víctor Hugo, escribió en una carta de marzo 1942: «Todo el mundo se mueve, todo vive, todo sonríe, todo respira hasta las alambradas ... Día juvenil, día hermoso para aquellos que pueden gozar de la libertad ... cuando nuestra potencia juvenil se estrella contra las circunstancias que nos obligan a vivir separados, solo las cartas cubren nuestras necesidades ... Yo sé lo mucho que se sufre queriendo ... Yo espero día tras día el momento de nuestra liberación». Decía que, solo estudiando se sentía bien y tranquilo, y era lo que más fuerzas le daba. De hecho, solicitó a la Organización de Ayuda a los Estudiantes en Europa con sede en Suiza, un método para estudiar alemán y estenografía, material que recibió meses después.

A primeros de junio Bautista escribe que está prevista la evacuación del campo, probablemente a Rivesaltes, donde las condiciones humanitarias son catastróficas, por lo que solicitó su deseo de permanecer en el que estaba, lo cual logró por un tiempo. Tuvo que despedirse de sus queridos alumnos, pues la escuela que él había instalado en el campo la cerraron de un día para otro. Había rumores de que los niños judíos iban a ser enviados a un campo de concentración nazi en Alemania. Pocos días después recibió la orden de trabajar de secretario en la oficina de la GTE 416 en la jefatura del campo. Las condiciones de vida de los internos eran pésimas. Dormían en estrechas camas dobles, sin apenas espacio para los objetos personales. La alimentación escaseaba, pero como recibía un pequeño salario, podía, si le daban permiso de salida, comprar alimentos.

Por suerte, un fin de semana del mes de septiembre Bautista pudo visitar a Teresa, lo disfrutaron al máximo, como así lo recordarían en las siguientes cartas. La ocupación territorial de Francia por los alemanes incrementaba los temores. Negarse a ir a trabajar a la zona ocupada, en principio como voluntario, no aseguraba posteriores represalias. Con el traslado de los judíos a un lugar desconocido quedaban vacantes los puestos de trabajo. Al respecto, Bautista expresaba: «Es muy duro pequeña, tener que familiarizarse con los despidos, con alejamientos, con las ausencias y sobre todo cuando te preguntas por qué ... Hoy solo siento la dureza de la separación y me siento fastidiado al verme obligado a aceptarlo, hasta sin darme cuenta, a veces me acuso de cobarde ...». Algo le alivia, colaborar en la instalación de una biblioteca en el campo y ser el bibliotecario. Dedicarse a los libros era su pasión. En una carta de 20 de septiembre comunica a Teresa que le envían a la GTE 427 en Perpignan, lo cual significa salir del campo. Allí trabajaría de contable y como secretario en la oficina de teléfonos de la central de abastecimientos, dentro de una jornada normal, y pudiendo alquilar una habitación. Próximas las navidades esperaban poder pasar diez días juntos. Teresa obtiene el permiso de sus padres, pero cuando fue a Beziers a recoger su salvoconducto, las autoridades le comunicaron fríamente que no podía viajar porque Perpignan había sido declarada zona de frente y no se podía entrar, por lo que las navidades las pasaron de nuevo separados y solos. Una vez más decepción y desolación.

Para Bautista eran momentos de gran actividad política. Fue nombrado primer secretario del PCE en Perpignan, Pyrénées-Orientales. Por su trabajo como contador y secretario en la GTE, tenía acceso a documentos personales de importancia. Se

haría un experto «falsificador», lo que serviría de ayuda a muchos españoles que iban a Francia huyendo de la represión franquista. En las cartas se refería poco a ello, y cuando lo hacía era en clave. Si hablaba de un encuentro familiar o deportivo, en realidad se refería a reuniones clandestinas del PCE. En la zona la situación de abastecimientos alimenticios era crítica. Comenzó a distribuirse tarjetas de racionamiento para adquirir alimentos y víveres, que cada vez escaseaban más. Teresa escribía en una de sus cartas que, como tanta gente, pasaban hambre y el sufrimiento era enorme. Faltaba incluso material de escritura y dinero para comprar sellos.

Empezado el año 1943, la vida de los refugiados españoles era todavía más insegura. Tenían tres posibilidades: ponerse a disposición del régimen francés como soldados, seguir siendo mano de obra barata en los GTE, o pedir la arriesgada repatriación. Esta última opción fue descartada por Teresa y sus padres, así como por Bautista, pues sabían por conocidos que volvían a España el peligro que representaba.

Teresa escribió a Bautista para comunicarle que el pueblo iba a ser evacuado. Los patronos donde trabajaba con sus padres concedieron los permisos pertinentes para que pudiera trasladarse a Perpignan. Después de ciertos obstáculos y tramitación de documentos, la pareja pudo reunirse y vivir en familia, con dificultades los primeros años de convivencia debido a las penurias económicas y situación de guerra. 10.000 soldados alemanes ocuparon el departamento Pyrénées-Orientales con su capital en Perpignan, y 9.000 hectáreas de la zona estaba minada. La alegría llegó cuando nació su primer hijo en junio de 1944.

De nuevo se vieron obligados a separarse y comunicarse por correspondencia. En julio de ese año la GTE envió a Bautista a Mont-Louis, pequeño pueblo francés en medio de los Pirineos catalanes, a unos 80 kilómetros de Perpignan para trabajar en el servicio técnico de una fortaleza militar controlada por alemanes. Aunque fue por un periodo corto de tiempo (10 días) las cartas volvieron a ser su única vía de comunicación. El 18 de julio de 1944 Bautista escribió la última carta en el país galo. En aquella zona había muchos refugiados españoles que operaban en los campos de trabajo de leña y carbón, precisamente una de las bases estratégicas más importantes de la guerrilla del PCE en territorio francés. Bautista servía de apoyo y Teresa se encargaba de la distribución del periódico del PSUC *Lluita* y otros documentos, aprovechando el volumen de su cuerpo cuando estaba embarazada de su segundo hijo. Bautista manejaba mucha documentación de tipo personal en su trabajo dentro

de la GTE, lo que sirvió para que se integrara en un reducido grupo encargado de la falsificación de documentos para ofrecer nuevas identidades a compatriotas españoles que desde Francia organizaban la guerrilla contra Franco.

En agosto de 1944 Francia fue liberada de la ocupación alemana. A partir de entonces sus vidas se fue normalizando en Perpignan. Bautista trabajaba de tapizador de muebles, oficio en el que Teresa también colaboraba. Ella, se integró en la Federació Nacional de Estudiants Catalans y en el Centro Cultural Catalán de Perpignan. El 29 de septiembre de 1946 por fin se casaron oficialmente en el ayuntamiento, y el 20 de enero de 1949 nació su hija Margarita.

Cartas desde el exilio en la RDA

Las cartas en este segundo exilio en la RDA se iniciaron en septiembre de 1950. Al ser el periodo de separación bastante más corto, el volumen de cartas es menor y también el tono varía. Básicamente se centran en los trámites burocráticos y de estrategias para poder reunirse mientras Teresa permanecía en Perpignan con sus pequeños, y Bautista en territorio alemán. Pero siempre con la añoranza y el amor que se profesaban. Las circunstancias de este segundo exilio fue consecuencia de la expulsión de Francia, por orden del Gobierno de René Pléven, de un grupo de españoles comunistas, operación conocida por «Bolero Paprika». Cientos de militantes comunistas fueron deportados a Córcega, Argelia, Hungría, Polonia, Checoslovaquia o Alemania Democrática, bajo la falsa acusación de colaborar en una supuesta invasión soviética de Europa. El 7 de septiembre de 1950 a las 5 de la madrugada fueron detenidos en una brutal operación secreta. Antes de partir, mientras el grupo permanecía encadenado en la plaza delante del Castillet de Perpignan, el hijo mayor de Bautista se acercó a su padre y éste le introdujo en un bolsillo la siguiente nota:

«Querida mujer: estoy bien. Deseo que tengas el mismo coraje que yo. No quiero que llores. Es mejor que te enfrentes a la vida con valentía para organizar la vida en casa de tal manera que no les falte nada a nuestros hijos. Podrías escribir a nuestro hermano en América. Haré todo lo posible para que nos podamos reencontrar. No sé si será en África o en el Este. Hay que vivir con esta esperanza. Me llaman, tengo que irme. Hasta la vista. Un fuerte abrazo. B».

Una de las primeras reacciones de Teresa fue redactar un escrito de protesta para la liberación de los detenidos, firmado por amigos y personas a las que se les pedía que lo apoyaran por la calle. Los familiares de los detenidos no fueron informados de adonde fueron enviados, pero Teresa recordó el acuerdo al que llegó con su marido tiempo atrás, de que, si algún día él tuviera que salir del país con destino desconocido, tal vez podría obtener alguna información por radio a través de la Cruz Roja Internacional. Después de días de incertidumbre y trato vejatorio, Bautista fue oficialmente reconocido como refugiado político en la RDA. A primeros de octubre, Teresa recibió esta carta, pero sin remite, por lo que no la pudo contestar:

«Querida: me doy cuenta de lo que debes sufrir, pero ten ánimo y voluntad porque es muy posible que pronto estemos nuevamente juntos y seguro de que después de estos días amargos brotarán nuevos días de felicidad y más grande aun que en el pasado ... Seguramente, te extrañará que no os haya escrito antes y es muy posible que malas lenguas te hayan dicho que es por haberos olvidado ... Hoy más que nunca has de tener fe y comprender que si no os he escrito antes ha sido por causas que ya te contaré otro día ... La culpa recae sobre aquellos que nos han arrancado el uno del otro y nos han partido momentáneamente nuestro tranquilo hogar.... Comprendo lo que significan para nosotros estas cartas ... ayudan tanto a soportar esta dura separación».

Primero fue enviado a Malchow y desde allí el 18 de octubre escribía: «Hoy siento una gran alegría al poder mandar mi dirección para que puedas escribirme inmediatamente, y a poder ser la carta por avión. Ya puedes suponer los deseos que siento de saber de ti y de los chicos ... Os escribo desde una casa de reposo situada frente a un magnífico lago rodeado de pinos. La casa está llena de comodidades, juegos, en fin, es un sueño. La comida no puede ser mejor. Los amigos dicen que he engordado ...». En la carta del 30 de octubre: «No puedes hacerte una idea de la alegría que he experimentado al recibir tus dos cartas. Todos teníamos los ojos fijos sobre el paquete de correspondencia. Todo eran felicitaciones de unos con otros, ... nos mostrábamos las fotos ...». En esta otra carta del 4 de noviembre escribía: «Ya ves Teresa el daño que nos han hecho, ves cómo ellos continúan siendo los responsables de nuestra separación, de nuestros sufrimientos.... Ha sido la lucha contra Franco, contra los nazis alemanes, ha sido todo el peligro que hemos afrontado juntos y que como tú dices han hecho de los dos un solo cuerpo y estos son los motivos por los cuales nos queremos tanto».

El 27 de enero de 1951, ya trasladado a Dresde, escribe sobre las instrucciones y los preparativos necesarios para que puedan reunirse todos allí, con la ayuda de la «gran familia», el PCE. Describe el maravilloso recibimiento de la gente, con «banderas, cantos, discursos, algo inolvidable. Claro que, todo este cariño que este pueblo siente por nosotros nos obliga a ser un ejemplo en el trabajo, en la lucha por la paz, en toda nuestra conducta ...». El 3 de febrero el Partido Socialista Unificado de Alemania asumió la organización del viaje de los familiares de los exiliados españoles. Días después, Bautista escribe diciendo que ha empezado a trabajar en una gran fábrica en la que hay más de seis mil obreros, él de pintor, bien tratado, con amabilidad y atenciones. Comen todos en la misma fábrica y cenan en la casa. Hacen ocho horas seguidas de trabajo, lo que permite que haya tres turnos durante las 24 horas, algo normal en toda la RDA, pues hace que la producción sea mayor y que el país se levante con mucha más rapidez. «Y si vieras, las mujeres hacen los mismos trabajos que los hombres, de pico y pala ... por todas partes ves mujeres. Desde luego, no será eso la única cosa que te chocará, pues hay otras que es preferible que tú las veas para darte cuenta de una mayor idea». El entusiasmo de Bautista de su nueva «patria» se respira en sus cartas. «desde luego, aquí se trabaja con entusiasmo y fe en la victoria final. El miércoles vino el presidente del Gobierno de la República y como puedes pensar fue una cosa maravillosa. Músicos, banderas, pancartas, altavoces y gentío, yo no he visto jamás en mi vida tanta gente reunida para escuchar a sus dirigentes. Hay que verlo». En la carta del 2 de marzo, Bautista se expresaba así:

«Sí amada mía, la defensa de la paz debe de ser hoy una tarea de honor para todos. Yo quisiera que los que se muestran indiferentes ante esa cuestión, que visiten Dresde, entonces comprenderían lo que es la guerra, yo te aseguro que si verdaderamente aman la vida y el progreso estarían de nuestro lado. Hay extensiones inmensas de casas completamente destruidas. Yo no sé las víctimas que ocasionó ese terrible bombardeo efectuado por los americanos cuando las tropas soviéticas estaban a 15 kilómetros de la ciudad ... Tere, querida, eso es lo que nosotros no queremos que ocurra nunca más, nosotros no queremos que la muerte triunfe sobre la vida, no, ahora que estamos aún a tiempo de poderlo evitar ... Sí, Tere querida, a pesar de todo, con o sin guerra saldremos victoriosos, como tú dices... Por eso lucho, por eso entrego toda mi juventud para que se termine de una vez con esos viejos regímenes culpables de tanto destrozo...»

En otra carta escribe que acaban de comunicarle que los alojamientos para las familias españolas se están preparando con cariño y que el edificio está rodeado de un inmenso jardín. En otra, daba más detalles sobre la casa: «es hermosa, con agua corriente, baño, gas, una gran estufa, un hermoso jardín, magníficos muebles, etc. ... Todo lo indispensable para que nos sintamos y vivamos como personas. Nunca sabremos agradecer bastante lo que hace este magnífico pueblo por nosotros. Ellos prueban con hechos lo que es la solidaridad y el internacionalismo proletario ...».

Las cartas tardaban en llegar apenas una semana. Mientras, Teresa preparaba el viaje a Alemania, gracias al apoyo de la «gran familia» y de amigos. En sus cartas, ella le habla de sus trámites y las dificultades que va solventando. También le envía fotos de los niños, sabe que es muy importante para él. En una carta de 10 de febrero de 1951 Bautista comenta: «los bolcheviques soviéticos nos han demostrado y enseñado cómo se pueden vencer las dificultades y triunfar en todos los sentidos». Y días después apuntaba: «No, no tienen perdón estos bandidos fascistas ... se tan fuerte como puedas esperando el día y verás como luego recuperaremos estos cinco meses que esos malditos fascistas nos han robado». Las siguientes cartas se escribieron básicamente sobre la organización práctica del viaje de Teresa y los niños, de la documentación, pasaportes, permisos, la importancia de llevarse para el viaje ropa de invierno, los libros de estudio de los niños, la radio, el método de estudio de la lengua alemana, y si no fuera demasiado caro, un diccionario de francés-alemán. Finalmente, el 27 de marzo de 1951, Bautista escribiría la última carta: «... aquí está la casa en condiciones de recibiros ... Vamos a rehacer nuestro hogar destruido por los esos malditos fascistas ...».

Conclusiones

Hasta aquí, una parte de la historia de los padres de Margarita Bremer. Lo que ella cuenta en su crónica familiar, así como la que me fue narrado personalmente, se complementan con otros episodios y hechos históricos que se sucedieron en el exilio, en Francia y en la RDA, que aquí por cuestión de espacio no ha sido posible contextualizar. Todo ello, queda a la espera de una futura publicación.

La escritura epistolar en el exilio republicano es contemplada cada vez con mayor interés por quienes abordan estudios que dialogan sobre «Historia y Memoria» como forma de reconstrucción del pasado. Especial interés adquieren las cartas de personas anónimas que soportaron el exilio, sin la proyección pública de otros

exiliados y exiliadas del mundo de la política, de la cultura y de la intelectualidad en general, precisamente de aquellos de quienes la historiografía se ha ocupado con mayor atención. Sus epistolarios ayudaron a todos ellos a sobrellevar la soledad y el aislamiento, y por su valor, también sirvieron de vehículo de transmisión de conocimiento.

Las cartas privadas de personas anónimas, como las que hemos tratado, salen a la luz cada vez con mayor frecuencia gracias a sus descendientes. Un día sorpresivamente llegan a sus manos una «caja» y descubren episodios de la vida familiar que desconocían, incluso acontecimientos históricos que probablemente no habían estudiado en los libros de Historia. Sin duda, un fabuloso legado para conocimiento de familiares y amigos más íntimos, y también para su difusión al público en general, si gracias a la generosidad de personas como Margarita Bremer acceden y trabajan para que la memoria de los protagonistas de aquel exilio no se olvide.

Referencias

- Adámez Castro, G., (2017), *Gritos de papel. Las cartas de Súplica del exilio español (1936-1945)*, Comares.
- Bremer, M. (ed.), (2018), *Crónica de una Familia*, Berlín (uso privado); de la misma autora, *Y, El año que viene en = ¡España!*, (sin publicar).
- Cervera Gil, J., (20027), *La guerra no ha terminado: el exilio español en Francia (1944-1953)*, Taurus.
- Delgado, L.E.: Fernández, P. y Labanyi, J. (eds.), (2018), *La cultura de las emociones, y las emociones en la cultura española contemporánea (siglo XVIII-XXI)*, Cátedra.
- Ferrer, E., (1988), *Entre Alambradas*, Grijalbo, p. 97.
- Gaspar Celaya, D., (2016), «Palabras de un exilio particular: de las CTE a los Campos de Exterminio nazis», *Hispania Nova*, núm., 14, p. 229.
- Herederos de Emilio Prados, (2018), *Cartas desde el Exilio*, edición y prólogo de José Luis Cano, Pre-Textos.
- Hillesum, E., (2021), *El corazón pensante de los barracones, Cartas*, Antropos.
- Montiel Rayo, F., (2018), «Crónica de una paradójica insatisfacción: los epistolarios del exilio republicano español de 1937», en Montiel Rayo, Francisca (ed.),

- Las escrituras del yo. Diarios, autobiográficas, memorias y epistolarios del exilio republicano español de 1939*, Editorial Renacimiento, p. 189.
- Nova Melle, P. y Sánchez de Madariaga, E., (coord.), (2019), *Caminando fronteras. Memorias del Exilio Republicano Español*, Ministerio de Justicia, Asociación Descendientes del Exilio Español, Madrid.
- Pérez Baldo, F., (2013), *Cartas desde el exilio*, Arráez editores.
- Rosy, M., (2020), *Diario de un exilio. Lo que contó mi madre*, La vocal de Lis, enero-2020.
- Sierra, Blas, V., (2009), *Palabras huérfanas. Los niños y la Guerra Civil*, Taurus, 2009 y *Cartas Presas. La correspondencia carcelaria durante la Guerra Civil y el Franquismo*, Marcial Pons, 2016.
- Teruel, J., (ed.), (2018), *Historia e intimidad. Epistolarios y autobiografía en la cultura española de medio siglo*, Iberoamericana, Vervuert.
- Toyofumi, O., (1982), *Cartas desde el fin del mundo. Por un superviviente de Hiroshima*, Pasado y Presente.

Arturo Barea: raíces rotas y resistencia

Janete Abrao ⁸⁴
(IELAT - Universidad de Alcalá de Henares)

Introducción: Arturo Barea, una breve biografía

En las páginas que siguen, se busca analizar en *La raíz rota*, los relatos de Arturo Barea sobre la cuestión identitaria, social y política de la España de la posguerra y la transcendental reflexión que su obra nos brinda sobre la experiencia del desarraigo y de la escritura como forma de resistencia y de combate. Este estudio se desarrolla a partir de un diálogo entre historia y literatura y está fundamentado en las obras del autor, en fuentes secundarias y en teorías, conceptos, biografías y análisis de contextos de autores como: Santos Juliá, Carme Molinero, Antonio Muñoz Molina, Stuart Hall, Paul Preston, entre otros. Ante todo, antes del análisis y de la interpretación de *La raíz rota* es ineludible exponer una breve biografía del escritor para una mejor comprensión de su obra y su pensamiento. Así que: ¿Quién fue Arturo Barea?

Arturo Barea Ogazón, escritor, comentarista, ensayista y crítico literario, nació en Badajoz a finales de siglo, en 1897. De origen popular, vivió su infancia y adolescencia en Madrid, entre dos realidades sociales diferenciadas: a la de su madre, lavandera en el río Manzanares y criada, con la cual vivía dos días a la semana en una buhardilla de uno de los barrios obreros más castizos de Madrid, El Avapiés (Lavapiés) y, en los días restantes, residía con sus tíos, de condición acomodada, en el centro histórico de la ciudad. Gracias a ellos, estudió en la Escuela Pía de San Fernando, también en Lavapiés, en un colegio de curas de la Orden de los Escolapios, donde comenzó a escribir y a publicar sus primeros cuentos. Aficionado a la literatura, Barea tuvo especial admiración por la colección *La Novela Ilustrada*, cuyo director literario era Vicente Blasco Ibáñez, el último gran autor del realismo decimonónico español. En el colegio, convivió tanto con niños provenientes de la clase media como con los de la clase trabajadora urbana (Barea, 2010). Arturo Barea, a partir de sus experiencias y de su convivio con las diferentes clases sociales, desde su niñez y adolescencia, tuvo conciencia de los prejuicios y discriminaciones de

⁸⁴ Doctora en Historia Contemporánea (U.B). Profesora e investigadora asociada al Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos (IELAT), Universidad de Alcalá de Henares (UAH).

clase. En efecto, las duras críticas a las injusticias sociales, al clasismo y al elitismo, están presentes en prácticamente todas sus publicaciones (Jackson, 2001).

A partir de los trece años, tras la muerte de su tío, pero también por decisión propia y por necesidad económica, Barea abandonó los estudios y empezó a trabajar. Fue aprendiz en una tienda de bisuterías, trabajó en un banco, se sindicalizó en la UGT (Sindicato Unión General de Trabajadores) y contribuyó a la organización del Sindicato de Empleados de Oficinas de Madrid, montó una fábrica de juguetes, fue secretario en la empresa Hispano-Suiza y sargento en la Guerra del Rif (1911-1927), en Marruecos (Barea, 2010b). En 1924, dejó el Ejército como oficial en la reserva, regresó a España y trabajó en una oficina de tramitación de patentes; se casó y tuvo cuatro hijos, pero su casamiento resultó poco afortunado (Barea, 2010c).

Al producirse el Golpe de Estado, en julio de 1936, que derivó en la Guerra Civil, Barea, republicano y socialista, participó en el asalto al Cuartel de la Montaña, en Madrid. En agosto del mismo año, con el apoyo del PCE (Partido Comunista de España), con lo cual se distanciaría más tarde, comenzó a trabajar en la Oficina de Censura de Prensa Extranjera del Ministerio de Estado, situada en el edificio de la Telefónica, en la Gran Vía. Allí conoció su futura esposa, Ilsa Kulcsar (1902-1973), socióloga, activista política y socialdemócrata austríaca. De excepcional cultura letrada, Ilsa dominaba varios idiomas y vino a España a luchar voluntariamente contra el fascismo.

En mayo de 1937, Barea concilió su función de censor de las comunicaciones realizadas por los corresponsales extranjeros con la de locutor, es decir, con la emisión de charlas radiofónicas nocturnas, difundidas desde un sótano de la Gran Vía, y bajo el seudónimo de *La voz incógnita de Madrid*. Agotado por el trabajo exhaustivo, casi sin dormir y alimentándose de forma precaria, a base de café y coñac, Barea fue testigo de los incesantes bombardeos sobre Madrid (y posteriormente sobre Barcelona), lo que le desencadenó crisis nerviosas, las cuales intentó superar a través de la escritura (Townson, 2009; Chislett, 2019).

A su vez, a mediados de 1938, Ilsa Kulcsar fue acusada (y detenida temporariamente) por milicias comunistas de ser una «agente trotskista» y Barea visto como sospechoso (Jackson, 2019). En ese año, Barea se trasladó a Barcelona, donde publicó su libro de cuentos *Valor y Miedo*. Se casó con Ilsa antes de partir al exilio y, luego, se fueron a vivir en París bajo precarias condiciones existenciales. En marzo de 1939, en el mismo mes del desplome de la II República, se exiliaron en

Inglaterra. Algunos meses después, en el verano de 1940, Ilsa consiguió un trabajo como monitora en la BBC de Londres y, luego, Barea allí ingresó y pasó a escribir programas y a dar charlas radiofónicas dirigidas a los oyentes latinoamericanos bajo el seudónimo de *Juan de Castilla* (Monferrer Catalan,1998). Según Eva Nieto McAvoy (2015), sus programas en la radio, durante la II Guerra Mundial, tenían el propósito de contrarrestar la propaganda de los nazis en América Latina.

Cabe resaltar que Ilsa Kulcsar contribuyó de forma significativa en la vida de Barea como escritor, no solo tradujo al inglés sus obras, sino que le proporcionó otras aportaciones de carácter intelectual, además de la auténtica igualdad en su relación (Muñoz Molina, 2020).

En Inglaterra, Barea obtuvo la nacionalidad inglesa, pudo desarrollar su vocación y se consolidó como escritor y crítico literario.

En 1941, Barea publicó, en inglés (como casi toda la obra del escritor), *La forja*, la primera parte de su trilogía autobiográfica *La forja de un rebelde*, en la que narra, en detalles, su infancia y primera juventud en Madrid. Después del gran éxito de ese libro, llegó, en 1943, a las librerías inglesas, la segunda parte, titulada *La Ruta*, en la que el autor relata, sobre todo, sus experiencias en la guerra de Marruecos. En 1945, publicó *Lorca, el poeta y el pueblo* y, en 1946, fue editada la tercera parte de la trilogía, titulada *La Llama*, que trata de las causas de la Guerra Civil y de sus vivencias en esa época. El libro fue publicado por la editorial inglesa Faber & Faber y vendió cerca de 6.000 ejemplares en solo seis meses. Barea, principalmente con la trilogía, se hizo célebre no solo en Inglaterra, sino también en Estados Unidos, Dinamarca y América Latina (De Villena, 1951). La edición en castellano de su trilogía la publicó la editorial Losada, de Buenos Aires, en 1951, pero no vio la luz en España hasta 1978 (sus libros circulaban clandestinamente durante la dictadura de Franco).

En 1951, Barea publicó *La Raíz Rota* (que no se publicó en España hasta 2009) y, en el año siguiente, viajó a Estados Unidos para trabajar como profesor de Literatura. Fue publicado, todavía en 1952, el libro *Unamuno*. En 1956, el escritor colaboró con la Asociación Congreso por la Libertad de la Cultura, dirigida por Julián Gorkín, y realizó un ciclo de conferencias en Argentina, Uruguay y Chile.

Falleció en *Faringdon*, aldea del condado de *Oxfordshire*, el 24 de diciembre de 1957. Tras su muerte fueron publicados otros títulos, como: *El Centro de la Pista* (1960, 1 ed.) y *Palabras Recobradas* (2011).

La raíz rota

Los personajes de este libro son invención mía. Los detalles de la escena española y los episodios fuera del argumento del libro son auténticos y podrían comprobarse», afirmó Arturo Barea, en una nota al principio de *La raíz rota* (2009:21), una novela que se puede calificar, en muchos aspectos, de autobiográfica pues, el autor, de manera «camaleónica», se transmuta en su personaje principal, su *alter ego*, Antolín Moreno, con el fin de retornar de forma imaginaria a España de 1949, precisamente a Madrid.

Si en *La Llama* (1946), el tercer volumen de la trilogía, Barea se propone a entender las causas de la Guerra Civil de 1936, así como narrar, a partir de lo vivido, el desarrollo de la trágica contienda, en *La raíz rota* (1951), el autor desvela las consecuencias de la Guerra Civil y denuncia la España reprimida o exiliada, polarizada entre vencedores y vencidos, desarraigada, bajo el régimen fascista de Francisco Franco y sus aliados.

La raíz rota contempla una variedad de temas: la condición de refugiado y la nostalgia, el retorno y el desarraigo individual y colectivo, los estereotipos, la otredad y la cuestión de la identidad personal, nacional (cultural y política); el mercado negro y el estraperlo, el nacionalcatolicismo, la Falange, la corrupción y la pérdida de valores éticos o relativismo moral, la censura impuesta por el régimen dictatorial, la hipocresía, la cuestión de género, la permanencia de estructuras arcaicas; la crítica social, la polarización de la sociedad española entre vencedores y vencidos, además del punto de vista de Barea sobre una posible transición política en España con el final de la II Guerra Mundial. Aunque el escenario y la mayoría de los temas están directamente relacionados con España, Barea dejó claro en el inicio del libro que: «he tratado de dar forma a problemas humanos que son universales y que de ninguna manera se limitan a un determinado país» (2009: 21).

La trama se desarrolla no sólo a través de los pensamientos y reflexiones del protagonista, Antolín Moreno, un republicano exiliado que retorna a Madrid de la posguerra, sino también a partir de sus diálogos con un amplio escenario poblado de variadísimos personajes como el coronel Caro, un militar corrupto; Doña Felisa, la dueña de una pensión; Eusebio, un viejo amigo republicano y socialista; la mujer (Luisa) y los tres hijos de Antolín: Amelia, la beata; Pedro, el estraperlista y miembro de la Falange; Juan, obrero y afiliado al Partido Comunista; Conchita, ayudante del espiritista Don Américo, muerto de un infarto después de ser asediado por los policías

en la Comisaria y viuda de un socialista que fue fusilado por el régimen franquista; Don Santiago, el cura, expresión del discurso nacionalcatólico.

El retorno y la cuestión identitaria, «las raíces»

Antolín Moreno tuvo que abandonar forzosamente su tierra natal, su familia, sus amigos y sus ideales para no ser muerto o puesto en la cárcel por la dictadura de Franco. Acabó por exiliarse en Inglaterra, donde encontró trabajo en un restaurante en el Soho, en Londres, durante la II Guerra Mundial. Vivió en medio a ratas, a cucarachas, a un olor a grasa agria, durmiendo «sobre un jergón en un nicho como una tumba» (Barea, 2009: 45). Cuando le hicieron camarero pasó a vivir en una pensión, «en un cuarto diminuto, pero allí no había calor humano. Eran diez o doce huéspedes, nunca lo supo exactamente, todos aislados entre sí, todos desconocidos» (Barea, 2009: 46) y «el idioma lo había aprendido por fuerza» (Barea, 2009: 46).

Después de diez de exilio, en 1949, Antolín decidió volver a España. Si bien en los años que estuvo fuera se adaptó a las costumbres, encontró la armonía en una nueva relación afectiva (Mary) y conquistó la nacionalidad inglesa, «no había dejado de sentir la nostalgia de su vida anterior, de su mujer y de sus chicos y del país donde había nacido y se había creado. Había llegado a un punto donde le parecía que no podía seguir adelante sin decidir definitivamente a cuál de los dos mundos pertenecía.» (Barea, 2009: 98) En un continuo «zigzag mental», Antolín, en sus constantes reflexiones sobre lo que le había motivado a regresar, manifestó que «hacia muchos años que había rechazado todas las inclinaciones nacionalistas» (Barea, 2009: 208). Se consideró «un ciudadano del mundo, un ser humano, nacido por azar en un punto geográfico igual que podía haber nacido en otro» (Barea, 2009: 208). A pesar de ello, reconoció que había adoptado esta actitud para mejor adaptarse al país de acogida y «no sufrir la nostalgia agresiva de otros refugiados» (Barea, 2009: 208). Asimismo, «[...] había hecho comparaciones del valor que se daba a la vida humana en los dos países, y se había avergonzado del poco respeto que merecía en su país. Algunas veces pensaba que le hubiera gustado haber nacido inglés» (Barea, 2009: 209). Sin embargo, después de recapacitar sobre que significaba su retorno,

«[...] descubriría de golpe que se había estado engañando a sí mismo. Era español y no podía escapar de esa realidad. Había estado echando de menos todo lo que le había formado, lo bueno y lo malo. Claro que sería feliz si pudiera vivir en España con Mary; en España donde cada ruido, cada olor, cada visión representaban algo para él» (Barea, 2009: 209).

Según sostiene Ernest Gellner:

«La idea de un hombre sin una nación parece imponer una tensión a la imaginación moderna. Un hombre debe tener una nacionalidad, así como debe tener una nariz y dos orejas. Todo esto parece obvio, aunque, desgraciadamente, no es cierto. Pero el hecho que haya llegado a parecer una verdad tan obvia es ciertamente un aspecto, quizás el mismo meollo, del problema del nacionalismo. Tener una nación no es un atributo inherente de la humanidad, pero ha llegado a parecer tal cosa» (1983: 6).

En otras palabras, si bien la nación, base de la construcción de la identidad nacional, surge ante cada uno como un hecho natural constitutivo del ser individual y colectivo, en realidad, las naciones son «construcciones» sociales, culturales, ideológicas (discursivas) y políticas que se desarrollan en determinados contextos históricos y en las cuales las tradiciones pueden ser parcialmente inventadas.⁸⁵ Más bien, la nación es una «comunidad imaginada»⁸⁶, debido a la carga simbólica y emocional que comporta, pues sólo existe identidad y conciencia nacional porque existe un pasado común, códigos culturales, representaciones simbólicas y vínculos sociales preexistentes que conforman la relación estrecha entre el real vivido y el imaginario de una nación⁸⁷ y es esto lo que explica su poder para generar un sentido de identidad y de pertenencia. Por tanto, en sí misma, una identidad nacional es puramente un artefacto cultural y político, un tipo de «comunidad imaginada», como lo establece Benedict Anderson en el caso de la nación (Anderson, 1983: 15).

⁸⁵ La tradición es la encargada de «cronificar», determinados modos esencialistas de ser, hacer y pensar, en fin, de modular la continuidad de una representación de una nación determinada.

⁸⁶ Es imaginada «porque siquiera los miembros de las menores naciones jamás conocerán la mayoría de sus compatriotas, ni estarán con ellos, ni siquiera oirán hablar de ellos; sin embargo, en la mente de cada uno de ellos vive la imagen de su comunión» (Anderson, 1983: 14-16).

⁸⁷ «Para que una entidad pueda tener autoconciencia precisa de una representación de sí misma. Tal representación es tanto una imagen, un concepto de sí mismo, como un conjunto de representaciones sobre su propio ser» (Rosa, Alberto; Bellelli, Guglielmo y Bakhurst, David, 2000: 43). Conforme Hall, «representación es la producción de sentido de los conceptos en nuestra mente mediante el lenguaje. El vínculo entre los conceptos y el lenguaje es lo que nos capacita para referirnos bien sea al mundo 'real' de los objetos, gente o eventos, o bien sea incluso a los mundos imaginarios de los objetos, gente y eventos ficticios» (1997: 13-74).

Para Stuart Hall, «pensar la identidad es un dialogo entre el sujeto y sus representaciones» (1983: 222). Sin embargo, en el caso del exilio, según elucida Luis Roniger:

«En el marco de los estados-nación, el exilio agudiza y revela una tensión que subyace entre el principio de pertenencia a una nación y el principio de ciudadanía. Ambos principios se confunden en el marco de los estados-nación, indisolublemente combinados bajo la lógica operativa del Estado y la socialización escolar. Pero, una vez que una persona es desterrada – o sea, expulsada del territorio nacional, o empujada a migrar por temor a verse afectada su integridad física o por haber elegido el exilio para escapar de la falta de libertad – se produce una ruptura entre el principio de ciudadanía sostenida por el Estado y el proyecto de nación que los exiliados han imaginado poder construir y compartir» (2009: 90).

En *La raíz rota*, Antolín Moreno, al depararse con la realidad del país, pensó: «Si, ya sabía lo que la gente dice: que es el deber de uno no renegar de su país o de los suyos en ningún caso. Pero la realidad no era tan sencilla» (Barea, 2009: 99). En su retorno, ya en el tren en dirección a Madrid, cerca de la Puente de los Franceses, tuvo un torbellino de visiones; le vinieron los recuerdos de sus viajes a la sierra en los varios momentos de su vida: como muchacho, como padre de familia y también como combatiente. «Si hubiera un poco más de luz», pensó Antolín, «seguramente podría reconocer hasta las piedras y los barrancos. Allí, en los alrededores del puente, a uno y otro lado del río, había peleado durante semanas. Se arrancó la evocación con un esfuerzo. Se había prometido a sí mismo no recordar» (Barea, 2009: 24). Antolín se negaba a recordar, en su llegada, la guerra fratricida, las experiencias y sentimientos negativos de un conflicto que resultó en la derrota republicana, de un proyecto democrático de nación y en la división de la sociedad entre vencedores y vencidos. No era el momento de su memoria⁸⁸ rendir tributo al trágico pasado, aunque, como exiliado, era su único punto de referencia. Siendo así, el exiliado sólo puede contar con un pasado y con recuerdos plenos de nostalgia que le alivian el dolor del desarraigo, mitifican el país de origen y, al mismo tiempo, le impiden de integrarse y de construir otra identidad en el país de acogida. En esas condiciones, el regreso y la adaptación al país, después de muchos años, pueden ser desconcertantes:

⁸⁸ «La memoria es una reconstrucción psíquica e intelectual que acarrea de hecho una representación selectiva del pasado, un pasado que no es nunca el del individuo aislado sino el de un individuo preso a un contexto familiar, social, nacional» (Rousso, 1993: 105-113).

«Antolín bajó del tren y, en el andén, se sintió aturdido en medio de la muchedumbre con sus trajes, sus voces, sus gestos y ruido algo irreal que resurgía del pasado y que trataba de borrar de golpe la realidad de las multitudes de ayer. Sus reacciones no se ajustaban: tropezó con alguien, pidió disculpas en inglés, se avergonzó, rectificó en español y buscó desaparecer entre la gente» (Barea, 2009: 26).

A pesar de cierto extrañamiento, el narrador en tercera persona, en este caso Barea, nos cuenta que Antolín, en el Bar Sol, en la Puerta del Sol:

«Pidió un vermú y acercó a sí uno de los platillos con gambas que se alineaban en el mostrador. Un camarero llenaba vasos de cerveza del grifo, con movimientos diestros, sin pausa. Se veía que era un maestro en el arte de tirar cerveza, y la espuma blanca subía lentamente en cada vaso, exactamente a la misma altura con la misma presión. Esto es algo que hacemos mejor que los ingleses, pensó Antolín, cascando entre sus dedos el caparazón rojo de una gamba. Le invadieron un orgullo y una alegría infantiles» (Barea, 2009: 107).

Antolín quería reanudar su vida en España y los vínculos con su familia, pero, después de las charlas y reuniones con su mujer e hijos, se percató de «que se había engañado a sí mismo» (Barea, 2009: 85). Su mujer, Luisa, «era una extranjera para él y él se convirtió en un extranjero para ella», concluyó (Barea, 2009: 226). Su hijo, Pedro, era un falangista por conveniencia y también lo era por «una especie de venganza contra los otros» (Barea, 2009: 80). Asimismo, era un estraperlista, un proxeneta y un sujeto que no sabía lo que estaba bien o lo que estaba mal, ni lo que era decente o indecente, a punto de afirmar, en un diálogo con su padre, que el «concepto de decencia era un poco elástico» (Barea, 2009: 245). Pedro despreciaba los libros y, por añadidura, menospreciaba la educación⁸⁹, el conocimiento y el espíritu crítico:

«Los libros son un lujo que no nos podemos pagar. Y, además, ¿para qué hacen falta? Son pesados de leer. [...] y lo que se podría llamar libros serios me ponen de mala uva. No puedes tragarte lo que te cuentan en ellos, o eres tonto. La vida no es así. Todos los libros son mentira y los peores, los que se empeñan en decir que la vida significa algo. [...]. No, papá. Nos tienes que tomar por lo que somos. Tú crees en libros, en educación y en pamplinas; nosotros, no» (Barea, 2009: 235).

⁸⁹ Sobre educación y cultura bajo el franquismo véase: (Juliá, 2006).

A su vez, la hija, Amelia, después de la Guerra Civil, y según su hermano Pedro, «se había agarrado como una garrapata a las faldas de las monjas, porque le daban unos mendrugos y unas sopas y la protegían de la porquería de la vida diaria» (Barea, 2009: 49). Conforme la percepción de su padre era una mujer frágil y fácilmente manipulable por el cínico cura, D. Santiago.

Pero, Antolín, no se decepcionó solo con su familia, sino también con unas estructuras mentales y sociales arcaicas que persistían en su país y estaban presentes en el discurso y en las actitudes sobre los roles entre hombres y mujeres, determinados por convenciones y por una perspectiva biológica y patriarcal de las relaciones de género que, tal como el machismo estructural y transversal, fueron reforzados a partir de la posguerra por el régimen franquista, mientras que Antolín había desde hace mucho cambiado de mentalidad y de actitud en ese sentido (Barea, 2009: 54 y 205).

Como bien elucida el crítico literario y exiliado uruguayo, Hugo Achúgar, sobre el difícil proceso de «des-exilio»:

«El lugar mítico era real en su potencialidad, una vez lograda la concreción se convierte en el lugar del encuentro y del desencuentro. La foto fue movida... Vueltos al hogar o al menos con la ilusión de haber vuelto realmente al hogar [...] nos encontramos con todos y con todo cambiado: nosotros los idos, en primer lugar. Recuperábamos el país y perdíamos el país» (1987:242).

Al regresar a España, Antolín también evidencia un consolidado nacionalcatolicismo que, pese que tuvo sus antecedentes en las concepciones integristas, tradicionalistas y reaccionarias católicas anteriores a la Guerra Civil, en la posguerra fue uno de los principales pilares del régimen. Con relación a sus críticas al nacionalcatolicismo, Antolín, precisamente en su último encuentro con D. Santiago, le contestó: «— Este país es lo que usted y sus amigos han hecho de él, un sitio donde cada acción buena se envenena y donde toda la mala acción crece con sus bendiciones» (Barea, 2009: 332).

Con todo, lo que más dejó Antolín desengañado fue la pérdida de los valores en su propia familia, en las instituciones, en la sociedad, y la aquiescencia ciega con la corrupción y la delincuencia.⁹⁰ En uno de sus encuentros con su hija, Amelia le contó que su hermano, Pedro, cuando hizo su servicio militar en la aviación, su

⁹⁰ Sobre la corrupción durante el franquismo, véase: (Preston, 2004).

capitán, que vendía cocaína, le eligió asistente y, de esta forma, Pedro se convirtió en el distribuidor de la droga y el capitán se hizo rico. A su vez, «Antolín se había asombrado. [...]. Lo peor aún era que la muchacha, en toda su simplicidad, lo aceptaba y hablaba de ello como de una cosa normal, una cosa de cada día» (Barea, 2009: 93) Y concluyó: «La sociedad española debía estar bien podrida si podía ocurrir que un capitán en servicio activo se atreviera a usar a su propio asistente como distribuidor, sin miedo a la cárcel o al escándalo» (Barea, 2009: 94). Así pues, Antolín sintió que sus raíces estaban rotas. Entonces, reconsideró que lo que salió mal en su país natal podía ir más allá de explicaciones circunstanciales. En ese sentido, cuestionó si había sido la Guerra Civil el origen de todos sus tormentos, pero se dio cuenta que no:

«¿Qué raíces le había arrancado la guerra? Cuando la guerra estalló, su casa no tenía raíces profundas; se sentía con unos pocos tentáculos débiles y miserables, escasamente suficientes para evitar que se derrumbara todo. Antes de aquello se había sentido ya desarraigado. [...]. La guerra no le había quitado nada de lo que no tenía, cuando le había desarraigado de España» (Barea, 2009: 207).

Pero, ese desarraigo no era solo una cuestión personal. En una conversación entre Antolín y Doña Felisa, ella cuestiona: «— ¿Quiere usted decir que su problema es que usted ha cambiado y la gente, su gente, aquí, también ha cambiado, y que ahora están muy lejos unos de otros?» (Barea, 2009: 265). Al que le respondió Antolín:

«— Mucha gente que he encontrado en Madrid, con la excepción de usted y dos o tres personas más, está tan desarraigada como yo, aunque no haya emigrado. La verdad es que no siquiera tienen raíces. ¿Qué es lo que ha pasado aquí? He andado por las calles durante más de una hora, dando vueltas a mi cabeza. Naturalmente, ya sé que todo el mundo está envenenado con la corrupción y la violencia de los últimos diez años» (Barea, 2009: 265).

El desarraigo colectivo es reiterado en la obra cuando el personaje Conchita, al ser preguntada por Antolín si consideraba un error que él arrancara a Lucía (la novia de su hijo comunista, que acabó muerto en la calle a tiros por los falangistas) de sus raíces al pretender llevarla a Inglaterra, le respondió sin vacilar: «— No digas tonterías, Antolín. Todos tenemos las raíces rotas. Lo nuestro ¿qué es lo nuestro? La

mayoría de la gente joven daría cualquier cosa por marcharse a América. Saben que aquí no tienen esperanza» (Barea, 2009: 366).

Finalmente, Antolín decidió volver a Londres, no como un turista o un refugiado, a pesar de reconocer que sería por toda la vida un extranjero. Lo que no admitía era ser extranjero en su país, pues «esta clase de soledad es peor y me hiere mucho más, porque me hiere en la propia carne» (Barea, 2009:292). Echaría de menos los colores, los olores, el paisaje, la puesta de sol de Madrid, pero, «su nostalgia estaba muerta ya. Este, al menos, era uno de los fantasmas que no volverían» (Barea, 2009: 292-293). Concluyó su discurso con un homenaje a García Lorca.

La cuestión social y política

Uno de los temas que Barea trata en todas sus obras es la cuestión social, principalmente las relaciones entre las clases. En su trilogía, por ejemplo, nos brinda descripciones detalladas sobre las condiciones en que vivían los trabajadores, los pobres y los miserables, así como las condiciones y las relaciones laborales entre patronos y empleados. En *La raíz rota*, Antolín explica a su amigo Eusebio sus ilusiones y desilusiones en un país en que la movilidad social era una dificultad enorme para quien tenía principios y «pertenece» a una u otra clase:

«Yo he vivido aquí como usted y como todos. [...] Me convertí en un empleado, me casé, y se acabó. Pero claro es que a mí me pasó lo que pasó a todos, incluso a usted. Todos soñamos. Cuando yo comencé a trabajar en el banco, pensaba que un día llegaría a ser por lo menos uno de los directores; cuando me casé, que a mi mujer era la mejor de todas las mujeres, que iba a crear una casa maravillosa para ella, un verdadero palacio, y cada año nos iba a traer más felicidad y prosperidad. Y aprendí muy pronto que en el banco nunca sería un director y que mi casa nunca sería un palacio y nunca estaría llena de alegría. En el banco, cuanto más viejo me hacía, más claro veía que no iba a ser más que uno del rebaño, porque me faltaba el talento para especulaciones y para ser un lameculos; que lo único que podía ser era un esclavo del miedo a que me pongan en la calle y pierda mis cuarenta duros. No me había hecho daño si sólo me hubiera enterado de lo que era ilusión y lo que no» (Barea, 2009: 55-56).

En términos sociales, reinaba en la posguerra, hasta por lo menos 1952, la miseria, el hambre, o sea, las pésimas condiciones existenciales principalmente vividas por las clases menos favorecidas de la sociedad, la degradación de las relaciones sociales, el mercado negro y el estraperlo, convertido este último en elemento esencial en la estabilización del gobierno franquista (Del Arco, 2010: 65).

La crítica política, en especial a Franco, a su régimen y, asimismo a la Falange⁹¹, es una constante en toda la obra, como se puede evidenciar en el relato del personaje Eusebio:

«Al fin y al cabo, que él supiera, Antolín nunca se había metido en política. Sí, cuando estalló la guerra, había cogido un fusil como los demás, como lo había hecho él. Pero si por eso fuera, Franco tendría que haber fusilado a más de la mitad de los españoles. No es que no hubiera fusilado bastantes. Y aún seguía la historia. [...]. Pero ahora Franco había proclamado que todos los que se fueron y quisieran volver, podían hacerlo si no habían cometido robos o asesinatos. Desde luego él estaba seguro de que Antolín no se había ensuciado las manos. Aunque vaya usted a saber qué es lo que los falangistas llaman robar y matar» (Barea, 2009: 42).

Barea, que no regresó a España, pues se negó a vivir bajo la dictadura franquista, también se refiere a la esperanza defraudada, a la desilusión de los republicanos y de los demócratas exiliados cuando, a partir de 1945, con la derrota de Alemania e Italia, la dictadura de Franco no dejó de existir. Antolín, en un diálogo con Eusebio, así se la explica:

«Lo que [...] quería explicarle era la alegría desbordada de todos, los planes fantásticos y el desengaño tremendo que vendría después. No sólo iban a volver a España los españoles, a Italia los italianos, y cada uno a su país, es que iban a reformar el mundo reformando cada uno de ellos el mundo que conocía. En España se proclamaría de nuevo la República, y esta vez sí que España iba a ser una República revolucionaria» (Barea, 2009: 47-48).

Cabe añadir que, en *La raíz rota*, el escritor narra que Antolín vaticinó al final de la Segunda Guerra Mundial, con la derrota del Eje, una posible transición política en España, pero no alentó quimeras con relación a la política de los vencedores:

⁹¹ Sobre la Falange y su relación con el régimen de Franco, véase: Preston, 2004.

«Al terminar la guerra Antolín estaba dispuesto a volver a España en el momento en el que el dictador desapareciera. [...]. Y a la vez comprendía que un gobierno apoyado por los restantes aliados no podía ser más que un gobierno de compromiso, en el que la Iglesia, la aristocracia y la industria tuvieran asegurados sus privilegios. Tenía la convicción de que una solución semejante sería aceptada por los españoles como una transición necesaria para evitar otra Guerra Civil y con una liberación del dictador. Pero cuando los gobiernos aliados se desentendieron de mandar un ultimátum a Franco, su entusiasmo por volver a España se enfrió» (Barea, 2009: 51-52).

La dictadura franquista representó un retroceso atroz en las reformas realizadas por el gobierno republicano. Fue impuesta una censura férrea y una represión de alto componente inquisitorial a todos los que tenían unos ideales distintos de aquellos que efectuaron y dieron apoyo al golpe de estado. Había una política de la memoria que visaba demonizar la Segunda República (Molinero, 2006). Pese a eso, para Barea, el proyecto republicano no estaba muerto. El autor expresó claramente esa idea a través de un niño que pidió a Antolín una peseta para comprar un pan y, así, aliviar el hambre. Al darle la moneda, «el chiquillo se empinó y echó su carilla hacia atrás con el gesto indudable de confiarle un secreto. Cuando Antolín se agachó, le gritó en su oreja: ‘Viva la República’» (Barea, 2009: 101-102). No obstante, Barea, en sus escritos, no ahorró un juicio crítico a los desaciertos y a los despropósitos del bando republicano durante la Guerra Civil (Barea, 2010).

Consideraciones finales

En un fragmento del libro *Mínima Moralia*, Theodor Adorno, sostiene que: «Quien ya no tiene ninguna patria, halla en el escribir su lugar de residencia» (1989: 85). El escritor exiliado, Arturo Barea, no solo encontró en la escritura un lugar de residencia, sino también de resistencia y de combate. Resistió, a través de la escritura, a sus crisis nerviosas, narradas en su libro *La Llama* y provocadas por los bombardeos sobre Madrid y Barcelona por las fuerzas nazi-fascistas; resistió, mediante sus textos, en especial, *La Raíz Rota*, al desarraigo, a la nostalgia, a la soledad, a la dificultad en adaptarse, pero, principalmente, denunció y combatió a la dictadura y a la pretensa memoria histórica y colectiva de España, de la Guerra Civil y de la posguerra producidas por las narrativas y discursos franquistas. Desde el exilio, luchó como escritor y periodista contra el fascismo internacional y criticó el sectarismo y toda forma de oscurantismo (Muñoz Molina, 2020).

Barea, como exiliado, no sólo imaginó literariamente su retorno, sino que, en *La raíz rota*, acabó por ofrecernos una reconstrucción histórica, sociopolítica, económica y de las estructuras mentales de España de los años cuarenta, pues para escribirla se documentó con las descripciones de testigos (de otros exiliados y de personas que visitaron España en la posguerra), así como a partir de audiciones de programas y noticias de radio. De ahí el valor tanto literario como documental de su obra.⁹²

En *La raíz rota*, y desde la perspectiva de la historia inmediata o historia del tiempo presente⁹³, los acontecimientos narrados por Barea tienen una trascendencia histórica y un valor documental indiscutible, pues, junto a su honestidad intelectual, sus relatos son reconocidos no solo por el realismo analítico pormenorizado, sino también por la preocupación del escritor por la autenticidad, la precisión, la veracidad de su narrativa sobre la sociedad, la política y el exilio, configurando un casi perfecto equilibrio entre la interpretación histórica y el relato autobiográfico.

Se puede inferir que, Arturo Barea, legó un retrato lo más fidedigno posible de la España de la posguerra, principalmente del año 1949, cuya interpretación consideró abierta al debate en el seno de la sociedad española, principalmente acerca de la memoria social, cultural y política de los que no tienen voz y de los que no fueron considerados sujetos de la historia nacional, al mismo tiempo que ofrece, de forma sincera, diferentes perspectivas de los personajes involucrados en las discusiones, conflictos y reflexiones que propone. Como escritor, republicano y socialdemócrata pretendió ofrecer, desde su escritura en el exilio, resistencia y combate a una larga e inhumana dictadura que mantuvo viva la polarización entre vencidos y vencedores, generadora de un destierro colectivo y traumático que se puede definir como una violación de los derechos humanos. Al narrar, el escritor buscó en el pasado reciente una explicación para el presente, sin descuidar de las relaciones entre pasado, presente y futuro. Cabe remarcar que *La raíz rota* es una obra en la cual al no poder retornar a España y tener de imaginarla, Barea expuso

⁹² Cabe añadir que, *La raíz rota*, presenta una indudable continuidad temática y cronológica con su trilogía autobiográfica. Según Nigel Townson, «no es casual que Barea hubiera pensado en un principio en denominar la trilogía ‘Las raíces’» (2009: 6).

⁹³ «Por historia del presente — reciente, del tiempo presente o próxima, conceptos todos ellos válidos— entendemos la posibilidad de análisis histórico de la realidad social vigente, que comporta una relación de coetaneidad entre la historia vivida y la escritura de esa misma historia, entre los actores y testigos de la historia y los propios historiadores» (Cuesta, 1993: 11).

todas las agruras no solo de su desarraigo forzado, sino de toda una colectividad («Todos tenemos las raíces rotas»). De igual forma, denunció las míseras condiciones en que vivía la mayoría de la población bajo el franquismo en la década de los cuarenta en una España fracturada por el dolor, la violencia, la hipocresía, la corrupción y por el desprecio a la cultura letrada.

Bajo varios prismas, en su narrativa, el escritor da vida al cotidiano, a las relaciones personales, a los problemas sociales, al contexto político y socioeconómico, al paisaje. Además de su indiscutible valor literario, su novela autobiográfica está indisolublemente ligada al valor humano y a una dimensión ética en el tratamiento de los temas, pues presenta al lector un vivo y preciso retrato de las miserias éticas de la España de la posguerra, aunque el escritor afirma tratar en su novela de problemas universales. En efecto, a partir del desarraigo, Arturo Barea problematizó y amplió sus perspectivas de identidad y de desarrollo personal, así como su entendimiento de la relación entre lo nacional, lo transnacional y lo universal.

Referencias

- Achúgar, H. (1987), «Entre dos orillas, los puentes necesarios», en Sosnowsky, S. (comp.). *Represión, exilio y democracia: la cultura uruguaya*, (242-243). Montevideo/Maryland: College Park University of Maryland/Ediciones de la Banda Oriental.
- Adorno, T. (1999), *Mínima Morada: reflexiones desde la vida dañada*, versión castellana de Joaquín Chamorro Mielke, Madrid: Taurus.
- Anderson, B. (1983), *Nação e consciência nacional*, tradução de Lólio Lourenço de Oliveira, São Paulo: Ática.
- Barea, A. (2010a), *La Forja*, Barcelona: Debolsillo. Colección «La forja de un rebelde», vol.1.
- Barea, A. (2010b), *La Ruta*, Barcelona: De Bolsillo. Colección La forja de un rebelde, vol. 2.
- Barea, A. (2010c), *La Llama*, Barcelona: Debolsillo. Colección La forja de un rebelde, vol. 3.
- Barea, A. (1988), *El Centro de la Pista*, Badajoz: Diputación de Badajoz, Colección Raíces, n. 6.

- Barea, A. (2009), *La raíz rota*, Madrid: Editorial Salto de Página.
- Cuesta Bustillo, J. (1993), *Historia del presente*, Salamanca: Ediciones de la Universidad Complutense.
- De Villena, L. A. (1951). «Prólogo». Barea, A. *La forja de un rebelde. La forja*, Madrid: Bibliotex/El Mundo, vol.1.
- Del Arco Blanco, M. A. (2010), «El estraperlo: pieza clave en la estabilización del régimen franquista», *Historia del Presente*, 15, 65-78. ISSN: 1579-8135.
- Gellner, E. (1983), *Naciones y nacionalismo*, Madrid: Alianza Universidad.
- Hall, S. (ed.), (1997), *Representation: cultural representations and Signifying Practices*. London: Sage Publications.
- Hall, Stuart, (1983), «Cultural identity and diaspora», *Frameworks*, 36, 222-237.
- Julià, S. (dir.), 2006, *Memoria de la guerra y del franquismo*. Madrid: Taurus.
- Moliner, C. (2006), «¿Memoria de la represión o memoria del franquismo?», en Julià, S. (dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, (219-246), Madrid: Taurus.
- Monferrer Catalan, L. 27 de noviembre a 1 de diciembre de 1995), «La colaboración de Arturo Barea, ‘Juan de Castilla’, en la BBC.» *El exilio literario español de 1939: Actas del Primer Congreso Internacional*, Bellaterra, vol. 1, 1998, pp.159-168.
- Nieto McAvoy, E. «Arturo Barea, ¿un bevanista en la BBC? Exilio y Tercerismo en la Guerra Fría», (2015), en Bengochea, T. (coord.), Monzón Pertejo (coord.), Pérez Sarmiento, D. (coord.), *Relaciones en conflicto: Nuevas perspectivas sobre relaciones internacionales desde la historia*, (120-124), València: Universitat de València.
- Preston, P. (2004), *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Barcelona: Quinteto.
- Roniger, L. (2009), «El exilio y su impacto en la reformulación de perspectivas identitarias», *Revista Ciencias Sociales*, San José: Universidad de Costa Rica, 125, 83-101. ISSN: 0482-5276
- Rosa, A., Bellelli, G., Bakhurst, D. (eds.), (2000), *Memoria colectiva e identidad nacional*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Rousso, H. (1993), «La mémoire n'est plus ce qu'elle était», en *Écrire l'histoire du temps présent. En hommage a François Bédarida*, Préface de Robert Franck, (105-113), París: CNRS.

Townson, N. «Prólogo», Barea, A. *La raíz rota*. Madrid: Editorial Salto de Página.

Fuentes Electrónicas de Datos

Chislett, William. «Del Madrid de la Guerra Civil a la campaña inglesa».

Disponible en: <https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/barea/chislett.htm>
(fc 20/08/2019).

Jackson, Gabriel. «Escaping a vanished past», translated by Ilsa Barea, *The Times literary supplement* TSL. Disponible en:

<https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/barea/> (fc 13/03/2019).

Muñoz Molina, Antonio. «La vocación de Arturo Barea». Disponible en:

<https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/barea/munozmolina.htm> (fc
04/05/2020).

Representación del *American Way of Life* en los cómics de superhéroes

Andrea Hormaechea Ocaña
(Universidad Complutense de Madrid)

Introducción

La construcción de la nación estadounidense nos permite hablar, a su vez, de la formación de una identidad tremendamente compleja que trae consigo la imposibilidad de ciertos sectores de participar de la misma. Por ello, vamos a presenciar diferentes escenarios de crisis identitaria en los que aquellos valores primigenios sobre los que se sostiene Estados Unidos presentan una serie de debilidades y carencias que van a ir siendo sometidas a procesos de discusión. Estas carencias vienen derivadas de la propia formulación de estos valores concebidos como símbolo de representación de una nación, cuyo conjunto poseía una diversidad mucho más amplia que aquella que englobaba originalmente.

Ante la problematización de la exclusión socio-política sufrida por aquellos sectores de la sociedad carentes de derechos y, por tanto, ausentes en la construcción nacional, se conforman varios escenarios de reconfiguración identitaria: uno durante y tras la Guerra de Secesión, a raíz del cuestionamiento de la esclavitud; un segundo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, con la lucha por los derechos civiles como marco de actuación de aquellos colectivos que permanecían apartados de la vida social y política de Estados Unidos y, finalmente, aquella que estamos viviendo en la actualidad —a la espera de conocer su evolución—, que engloba diversas problemáticas de nuevo, bajo lemas como *Black Lives Matter* o *Me Too*.

La segunda crisis identitaria que acabo de señalar se gesta durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX, en pleno desarrollo de la Guerra Fría y ante la generalización de una sociedad de masas en la que aquellas realidades sociales, políticas y culturales tienen su expresión en los medios de comunicación y entretenimiento. En este caso concreto, voy a analizar cómo se expresa el *modus vivendi* estadounidense en origen y si las modificaciones que se van sucediendo en su propia identidad tras el proceso de movilización y lucha civil, tienen su representación en los cómics de superhéroes estadounidenses. Es tal la cantidad de personajes a los que nos enfrentamos, que he decidido acotarlos a un grupo reducido

de superhéroes de las dos principales compañías del sector del cómic: Marvel y DC. Trato así de reivindicar este sector dentro de los medios de masas y la conexión y retroalimentación existente entre estos y la realidad social en la que se encuadran.

La identidad estadounidense y sus correspondientes crisis

El nacimiento de Estados Unidos a partir de la formalización de su constitución (1787) no solo supone el surgimiento de una nación, sino la asunción de una serie de valores que, pese a contar con una clara influencia británica, se va a ir desarrollando adquiriendo una estructura identitaria con características propias.⁹⁴ A partir de su historia como colonia y el cariz religioso y moral que trajeron consigo los primeros colonos procedentes del puritanismo inglés, se organiza una identidad basada esencialmente en valores como el individualismo, el mesianismo o providencialismo, el imaginario en torno a la Frontera, el capitalismo como sistema económico ideal o el aislacionismo en contraposición a la política imperialista propia de la Europa evangelizadora (Neila Hernández y Merino Morales, 2016: 11-18). Sin embargo, la influencia de la metrópoli va a ir debilitándose tratando de reivindicar una nación totalmente independiente nacida de una lucha por alcanzar su excepcionalidad —considerada otra de las grandes características de Estados Unidos. Se gesta así lo que en palabras de José Luis Neila representa una «dialéctica de la ruptura» con su pasado, abandonando cualquier vestigio de entidad colonial (no sucede así con aquellos elementos religiosos que hemos mencionado con anterioridad y que permanecen hasta la actualidad, ocupando un lugar vital en la dinámica identitaria de Estados Unidos). Nace una nación con un carácter utópico, denominada por el propio presidente Abraham Lincoln como «la esperanza de la humanidad» (Neila Hernández, 2018: 23-24). Estados Unidos se caracterizará por un proyecto político en el que se combina una suerte de liberalismo y «radicalismo democrático», asociado a diversas conceptualizaciones extraídas del Romanticismo (Neila

⁹⁴ Por no ser este el objeto de este artículo, no voy a desarrollar la cuestión de la identidad. Simplemente señalar que, tal y como menciona Stuart Hall, la identidad se comprende a partir del lenguaje. Así, «el enfoque discursivo ve la identificación como una construcción, un proceso nunca terminado: siempre “en proceso”». [...] «La identificación es, entonces, un proceso de articulación, una sutura, una sobredeterminación y no una subsunción».

Igualmente, usa identidad «para referir[se] al punto de encuentro, el punto de *sutura* entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan “interpelarnos”, hablamos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de “decirse”. De tal modo, las identidades son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas». (Stuart Hall y Paul du Gay, 2011: pp. 15-20).

Hernández y Merino Morales, 2016: 11). Por supuesto, el hecho de que la independencia tuviera un cariz republicano hace de ella algo insólito y sin precedentes (Anderson, 2006: 267).

Además, su propia fundamentación histórica posibilita que, tal y como explica Benedict Anderson, los nuevos Estados Unidos adquieran capacidad para «imaginarse a sí mismos como comunidades *paralelas y comparables* a las de Europa» (Anderson, 2006: 267). Tanto la Declaración de Independencia de 1776 como la defensa militar de la misma favorecen un contexto de unión y comprensión de comunidad.

Sin embargo, como sucede tradicionalmente en el origen de cualquier entidad nacional, la identidad estadounidense va a ser formulada por y para un núcleo de población muy específico, por lo que las diversidades étnicas o de género quedan excluidas en esta nueva construcción. La identidad estadounidense se constituye así por los hombres WASP, por ser el sector al que pertenecían de forma mayoritaria los padres fundadores de la nación. De esta forma, aquellos sectores de la población que no pertenecen a esta cultura van a apreciar una naturalización de estos valores, sin posibilidad de inclusión pese a su pertenencia a esta nación. Se ha de tener presente que toda esta problemática tan compleja no sólo viene derivada del hecho de que la construcción identitaria de la nación se haya ceñido a una esfera tan limitada como es la WASP, sino al hecho en sí de que el resto de integrantes de la comunidad no puede participar de ella por el simple hecho de que no son considerados ciudadanos, lo que genera una total escisión.

Los padres fundadores presentan un discurso de conquista de la libertad, pero con una clara defensa de la jerarquía racial, por lo que la adquisición de este derecho queda limitada al hombre, por ser el único con derecho de ciudadanía. Es a partir de esta lógica como se conforman las fuerzas subalternas —es el caso, entre otras, de la población afroamericana, las mujeres o las integrantes posteriormente del colectivo LGTBIQ+— excluidas del imaginario colectivo de la nación estadounidense. Así Mar Gallego Durán presenta el siguiente escenario en la formación de Estados Unidos:

«Los hombres blancos europeos eran considerados “una mezcla promiscua” [...] idónea para esa “perfecta sociedad”, claramente opuesta al “olvido” al que son sometidos quienes no calificaban como tales debido a razones de género y etnia, entre

otros factores discriminatorios. De este modo, se fue tejiendo el entramado ideológico de la futura nación norteamericana sobre una base de prejuicios y desigualdades fuertemente enraizados» (Gallego Durán, 2014: 168).

Ahora bien, ya desde el siglo XIX se va a gestar en Estados Unidos una corriente reformista promotora de la lucha por la integración de estos grupos dentro del sistema. Tras la Guerra de Secesión, la población negra no solo consigue la desaparición del reconocimiento legal de la esclavitud, sino también la formulación de la Decimoquinta Enmienda por la cual: «The right of citizens of the United States to vote shall not be denied or abridged by the United States or by any State on account of race, color, or previous condition of servitude» (The 15th Amendment, 1870).

A partir de la Guerra de Secesión y la toma de conciencia de la necesidad de poner fin a la esclavitud, adquiere mayor importancia el cuestionamiento de uno de los sostenes ideológicos de la nación estadounidense: el de libertad. El periodo de Reconstrucción, pese a las limitaciones que tiene, se formula como un capítulo memorable en la historia de la libertad estadounidense, asentándose las bases de una nueva comprensión de las características de integración de las que debía reforzarse. Además, expone las tensiones existentes dentro de las discusiones en torno a la libertad y las contradicciones políticas que se van a suceder, teniendo en cuenta que mientras esa Decimoquinta Enmienda otorgaba a la población negra el derecho al voto, se les negaba la posibilidad de ser propietarios de la tierra. Se coloca sobre el centro del debate político un escenario que se va a prolongar durante la siguiente mitad del siglo XIX, aquello que Eric Foner define como la «esencia económica de la libertad» (Foner, 2011: 622).

Ahora bien, cabe señalar que todo este cuestionamiento ideológico se planteó desde un escenario tremendamente convulso, en el que colectivos como el de las mujeres o la población afroamericana van a comenzar un proceso de reivindicación de sus derechos esenciales, con lo que poder alcanzar una ciudadanía total. Hasta el momento estos colectivos se habían presentado dentro de la propia alteridad a la que se contraponen la República, por lo que tratan de romper ese paradigma e insertarse en una dialéctica de inclusión. Se busca así reclamar la pertenencia de las mujeres o los afroamericanos a la identidad estadounidense, por lo que necesitan sentirse reconocidos por un origen común y en esas características compartidas de las que se viene hablando.

Frederick Douglas planteó en su discurso de 1869, titulado *Composite Nation*, una idea de defensa y protección de toda aquella población que habitaba Estados Unidos (aunque, como sabemos, existen ciertas limitaciones que impiden hablar de una igualdad total para el conjunto de la nación):

We are a country of all extremes, ends and opposites; the most conspicuous example of composite nationality in the world. Our people defy all the ethnological and logical classifications. In races we range all the way from black to White, with intermediate shades which, as in the apocalyptic vision, no man can name or number. [...]

Europe and Africa are already here, and the Indian was here before either. He stands today between the two extremes of black and white, too proud to claim fraternity with either, and yet too weak to withstand the power of either. Heretofore, the policy of our government has been governed by race pride, rather than by wisdom (Douglas, 1869).

Defendía la concepción de una nación como un espacio común para todas aquellas que formaran parte de ella, independientemente de su lugar de origen. Una idea ciertamente progresista, en contraposición a un sur con una línea ideológica totalmente contraria a cualquier tipo de integración racial.

A esta formulación se suma el intento de Charles Sumner de eliminar la palabra *blanco* de los requisitos de naturalización, algo que no logró ante la objeción de los senadores procedentes de los estados del oeste. Pese a este primer obstáculo consiguió que la población africana migrante sí pudiera obtener los derechos de ciudadanía, no así en el caso de los asiáticos, que permanecían excluidos de esta concesión hasta el siglo XX (Foner, 2011: 608).

El surgimiento tan temprano de esta primera reelaboración conceptual de la identidad estadounidense y su prolongación a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX, permite que no se vuelva a generar una nueva crisis identitaria en este sentido hasta la segunda mitad del siglo XX, cuando la generación descendiente de esos esclavos vuelve a la lucha política y reclame así unos derechos civiles que habían quedado expulsados de esa primera fase de reivindicación. Por tal motivo, en estos años del siglo XX se da lo que en múltiples ocasiones ha sido denominado como Segunda Reconstrucción (Foner, 2011: 608).

Tal y como señala James T. Patterson en su obra *Grand Expectations* (1996), son crecientes las críticas que se desarrollan en los años cincuenta a ciertos modos de vida que comienzan a extenderse en Estados Unidos. Estas críticas no dejan de

exponer una preocupación por lo que el autor define como «la salud psicológica de la nación», que tienen su reflejo en conceptos cada vez más extendidos «alienación», «crisis de identidad» o «edad de la ansiedad» (Patterson, 1996: 339). Este problema tiene su epicentro en el desarrollo de una sociedad de masas, a partir de la cual algunos soportes identitarios que conforman la estructura socio-cultural de Estados Unidos comienzan a experimentar un proceso de crisis particular, que acaba derivando en una crisis global del conjunto de la identidad estadounidense. Esta nueva concepción cultural favorece, en una medida limitada, la ruptura con el individualismo (Patterson, 1996: 339) como un elemento más de integración identitaria en Estados Unidos, en tanto en cuanto supone que una persona ya no presenta unas características únicas, sino que entra dentro de un conjunto de indiferenciación, no así en el otro sentido propio del individualismo por el cual cada ciudadano desarrolla un estilo de vida basado en sus propios intereses y el desarrollo personal.

Aparentemente, para algunos coetáneos, el nacimiento de los suburbios vino acompañado de una merma en los valores tradicionales estadounidenses al modificarse, entre otras cosas, las formas de consumo y a la pervisión de todos aquellos medios de comunicación de masas, como la televisión o los propios cómics contribuyendo así a una mediocridad y vulgaridad cultural (Patterson, 1996: 340).

No cabe duda de que los medios de comunicación de masas favorecen un tipo de consumo radicalmente diferente y una forma de ocio mucho más accesible, transformándose radicalmente las lógicas de acceso a la información. Es la edad por excelencia de la prensa, por ser el foco de adquisición de la información en un momento en el que el consumo de la misma está totalmente generalizado.

Tal y como vengo señalando, no se trata de la primera cesura identitaria en este país, sino que representa un nuevo escenario de discusión, especialmente concretado en la nueva política referida a la población afroamericana, su lucha por el reconocimiento de sus derechos civiles así como la contraparte dirigida por la nueva organización del Ku Klux Klan (Patterson, 1996: 397).

Tal y como he señalado, durante la primera Reconstrucción se presenta un primer cuestionamiento de esta identidad, que había sido gestada por y para un sector limitado de la población, a partir de la discusión en torno al concepto de libertad, un valor esencial en la casuística estadounidense (Foner, 2011: 608).

En el caso de esta segunda crisis de identidad, nos enfrentamos a un cambio en el paradigma, a un debilitamiento generalizado del conjunto de valores sobre los que se sustenta la nación estadounidense. Todo ello reforzado ante la supuesta amenaza del comunismo sobre el *American Way of Life* y el desastre social, económico y político que supondría su intromisión en Estados Unidos. Este factor sirve como justificación para una política interior de persecución y control sobre la población, bajo el fantasma del comunismo en cualquier sector de la población, y una política internacional basada en la beligerancia en aquellos territorios en los que, incluso, el comunismo ni siquiera está implantado. Así nace una propaganda destinada a presentar a un enemigo bárbaro, salvaje, sin escrúpulos y agresivo, siendo necesaria la intromisión en conflictos bélicos como el acontecido en Vietnam. Esta propaganda se ejemplifica de formas múltiples, como sucede con el documental *Por qué Vietnam*, donde se afirma que «si queremos que perviva la libertad en todas las poblaciones americanas debemos preservarla en naciones como Vietnam» (Englehart, 1997: 31).

Todos estos elementos, analizados de forma generalizada, son los que explican el proceso de transformación y de reconfiguración identitaria durante gran parte del siglo XX, debido esencialmente a los factores de cambio que se están generando. Gracias a los movimientos en pro de los derechos civiles, Estados Unidos se presenta como una nación en crisis, pero de la que sale verdaderamente reforzada gracias a que logra constituirse como pionera en este sentido.

Asimismo, cabe añadir que se ha podido comprobar a lo largo de este apéndice la ejemplificación del problema identitario que presenta Estados Unidos desde su origen, plasmado en el caso de las mujeres y de la población afroamericana. Sin embargo, estos no dejan de ser simplemente dos muestras de una cuestión mucho más amplia que abarca a otros muchos sectores de la población estadounidense. Así sucede con la comunidad indígena, migrantes o el colectivo LGTBIQ+, que han sido sometidos a los mismos mecanismos de exclusión.

El cómic como medio de comunicación de masas

Tal y como he apuntado en el apartado anterior, los medios de comunicación de masas experimentan un desarrollo tremendamente rápido, por el cual en apenas dos décadas son una amplia mayoría las viviendas estadounidenses que cuentan, ya no sólo con algún tipo de aparato electrónico destinado a facilitar las labores

domésticas, sino con otro tipo de dispositivo con el que informarse y entretenerse, como sucede con las radios o las televisiones.

Gillo Dorfles apunta en su obra *Símbolo, comunicación y consumo* (1972) que la comunicación es el factor definitorio del siglo XX. Una comunicación entendida como «utilización de los *mass media*, como comunicación escrita, hablada, cantada, recitada, visual, auditiva o figurativa, está, sin duda, en la base de toda nuestra actividad pensante».⁹⁵ La comunicación se comprende como constitutiva de la sociedad.

Para Umberto Eco, la generación de la cultura popular suscita la creación de una dualidad entre lo que él denomina *apocalípticos e integrados*. Esta cultura de masas supone para los primeros «una época de ampliación del campo cultural, en que se realiza finalmente a un nivel extenso, con el concurso de los mejores, la circulación de un arte y una cultura “popular”» (Eco, 1990: 28); mientras que para los segundos «la mera idea de una cultura compartida por todos, producida de modo que se adapte a todos, y elaborada a medida de todos, es un contrasentido monstruoso. La cultura de masas es la anticultura». Este rechazo suele responder al temor de que las clases subalternas ocupen espacios de participación activa en la vida pública, dándose un consumo de información, que se amplía de forma masiva y con el que las elites culturales van a verse avocadas a construir nuevos espacios restringidos en los que no se produzca una degradación del mensaje cultural. Se desecha de esta forma que este mensaje, tal y como señala Adorno, se acabe convirtiendo en simple mercancía. Ha llegado la era de lo que el propio Eco denomina como «civilización de masas» (Eco, 1990, 44-45) porque, no solamente cambia la lógica de consumo sino la de producción en serie, sometiéndose de esta manera el mensaje a las posibilidades de consumo (Arizmendi, 1975: 94).

Tal y como señala María Pilar Rodríguez Pérez en *Estudios culturales y de los medios de comunicación* (2009), este cambio es fundamental en la comprensión de las nuevas formas de reacción y relación con su entorno y su contexto; entendiendo, además, que indudablemente esta recepción va a experimentar diversas respuestas por la propia variedad, tanto por parte de los elementos que se envían como por el público que lo recibe (Rodríguez Pérez, 2009: 32-33). Por ende, en este caso, pese a que voy a introducir brevemente la revolución de los *media culture*,

⁹⁵ Citado por Arizmendi, M. (1975), *El cómic*, Barcelona: Editorial Bruguera, p. 41

concretaré su impacto en el sector del cómic, lo que permite realizar un análisis algo más detallado del mensaje y la vía de proyección del mismo y su posible recepción con base en el público que los consume durante la Guerra Fría.

La cultura de masas es un factor de conexión, de unidad, logra que los ciudadanos de un país encuentren puntos comunes a partir de la música, el cine o el cómic (Rodríguez Pérez, 2009: 36). Si a lo largo del siglo XIX el nacionalismo surge como una forma de favorecer la cohesión social, especialmente en aquellos territorios que habían experimentado un proceso de unificación —tal es el caso de Alemania e Italia— y que debían buscar mecanismos con los que lograr una identidad global con la que todos los ciudadanos que ahora se incorporaban a este país se sintieran próximos; en el caso de los Estados Unidos de los años 50 requiere de una nueva herramienta equivalente para una nueva cohesión social. El desgaste experimentado por las dos Guerra Mundiales en Estados Unidos favorece un proceso de desencanto y una crítica cada vez mayor a la clase política, poniéndose así en tela de juicio una estructura social mucho más amplia, que supera los límites de lo entendido como simple política. Ante tal desasosiego y descreimiento en la clase política, la cultura de masas sirve como núcleo de unidad, convirtiéndose en una nueva vía propagandística y de recuperación de aquellos elementos primigenios que conformaban la identidad estadounidense. Se trata de recomponer esa *koiné* de la que hablar Umberto Eco y que define como «un código (al igual que una lengua) con todas sus posibilidades de dar lugar a mensajes descifrables por los receptores, presupone una comunidad de la que forman parte, por lo menos en el momento en que el mensaje es emitido, tanto quien emite como quien recibe» (Eco, 1990: 169).

Juan Manuel Díaz de Gereñu apunta al cómic⁹⁶ como uno de los sectores de mayor trascendencia en el desarrollo de los medios de masas:

⁹⁶ Ante la limitación de espacio y por no tratarse de un artículo específico sobre esta cuestión, simplemente habría que precisar que el término cómic es sujeto de un debate conceptual que permanece hasta la actualidad. Sin embargo, para alcanzar una concepción más o menos clara parto de la definición de cómic que aporta Antonio Altarriba, quien habla de él en los siguientes términos:

Es un medio de comunicación perfectamente diferenciado, como el cine, la pintura o la literatura. Dentro de él existen —al igual que en el cine, la pintura o la literatura— géneros, subgéneros, registros, tonos, estilos... Y así tenemos historietas de humor, eróticas, sentimentales, de aventuras, de terror, de fantasía... Pero también poéticas, históricas, filosóficas, periodísticas, biográficas, autobiográficas, experimentales o, simplemente, inclasificables. Todas ellas están contadas siguiendo un código, una gramática pictográfica, una retórica escrito-icónica, un combinado léxico-gráfico, que las dota de originalidad al tiempo que las hace legible.[...] En un único espacio figurativo o en varios se constituye así un *contiguum*, una especie de contigüidad cronificada en la que los valores plásticos se mezclan indiscerniblemente con los narrativos. Formas y figuras devienen escenario y personajes. El espacio de la representación es consumido como tiempo para

«fue uno de los ganchos comerciales más eficaces de los editores de diarios populares norteamericanos desde finales del siglo XIX. Y se definió como lenguaje y alcanzó su mayor desarrollo comercial fuera de dichos márgenes de la cultura reconocida, como parte esencial del entretenimiento popular durante décadas» (Díaz de Gereñu, 2009: 264).

El cómic nace como un sector de consumo muy concreto, mayoritariamente destinado a un público infantil a partir de las tiras cómicas que comienzan publicándose en los periódicos y que pronto se recopilan en pequeñas revistas. Más concretamente se considera que su nacimiento se produce en 1895 con la publicación en el periódico estadounidense *World* de las historietas de *Yellow Kid*, un personaje creado por Richard Felton Outcault,⁹⁷ cuyos pensamientos eran plasmados en su vestido amarillo (Arizmendi, 1975: 7). Sin embargo, pronto adquiere una mayor complejidad por la cual las historias van tratando temas más adultos, ampliándose así el público al que iban dirigidos, alcanzando una transversalidad similar a la que disfrutaban otros sectores como el del cine. Tal y como señala Antonio Altarriba, «se trataba de un medio que se adaptaba a las nuevas posibilidades técnicas, a las infraestructuras industriales y a los niveles económicos del país».⁹⁸ Por este motivo y gracias a la creación de compañías que se dedicaban exclusivamente a la elaboración de estos cómics, se acaba convirtiendo en un objeto de consumo más en Estados Unidos y en los países de la Europa occidental. Es más, ya durante la Segunda Guerra Mundial, los soldados recibían entre sus suministros cómics para entretenerse e inhibirse de la realidad que estaban sufriendo.⁹⁹ Ya desde los años ochenta el sistema de distribución se transforma y comienza a dominar el «mercado directo», una fórmula basada en las tiendas especializadas como epicentro de venta de estos productos. Se trata de un espacio con una clientela habitual, que favorece una interacción directa entre el vendedor y el cliente, por lo que los lectores podían intercambiar impresiones con los vendedores acerca de sus personajes favoritos. A partir de la formación de este circuito de tiendas, se fomenta el contacto directo, a su vez, entre los propios editores y sus lectores, al disponer de un espacio exclusivo para

la sucesión o, en último término y por ilusión representativa, como suceso (Altarriba, 2011: 9 y 12).

⁹⁷ Quien llega a definir el cómic como “literatura en estampas”.

⁹⁸ Citado por Díaz de Gereñu, J. M., ob. cit., pág. 266.

⁹⁹ Canal Historia (2003), *Superhéroes del cómic [Documental]*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=NUOLrg--dX0&t=344s>

sus productos, dejando así espacio también para editoriales pequeñas con producciones más arriesgadas que requerían de un público más especializado (Díaz de Gereñu, 2009: 275).

Ahora bien, experimentó a su vez, una competencia feroz por parte de otros medios audiovisuales que lograron imponerse claramente (Díaz de Gereñu, 2009: 264). Este desplazamiento, sumado al hecho de que realmente nunca ha sido reconocido como un arte en el sentido más tradicional —pese a que en la actualidad se le denomina como noveno arte e, incluso, hay quien califica obras como las de William Hogart como los grandes precedentes del cómic—, han favorecido que tienda a comprenderse como un sector minoritario y poco demostrativo de la realidad social de los Estados Unidos. Sin embargo, el hecho es que el cómic en este país ha permitido aglutinar a miles de personas en las famosas convenciones celebradas en San Diego desde los años 60 gracias a la aparición de dibujantes y guionistas que replantearon la funcionalidad del cómic y cuáles eran las historias que se debían contar. Es más, en 1943 las ventas mensuales de sus publicaciones podían suponer 25 millones de ejemplares, a los que hay que sumar que los análisis de mercado atribuyen una difusión media de cinco lectores por cada ejemplar (Díaz de Gereñu, 2009: 270).

A su vez y de forma ineludible, hay que tener muy presente la existencia del *Comic Code*, un código de censura implantado en 1953, muy similar al que experimenta el mundo del cine, pero con mayores limitaciones al ser entendido como un medio de consumo esencialmente infantil y adolescente. A partir de ese momento, para que un cómic salga a la venta con «todas las garantías», debía pasar por un consejo que aprobaba el contenido del mismo para colocarle el sello por el cual los padres comprendían que aquello que iban a leer sus hijos era apropiado. El problema surge en que aquellas editoriales, como sucede con EC Comics, especializadas en un cómic de adultos, con temáticas de miedo y crímenes, van a sufrir la quiebra automática ante la imposibilidad de lanzar al mercado este tipo de contenido a partir de ese momento. De hecho, la única publicación de EC Comics que logró sobrevivir fue la revista *Mad*, por no tratarse de un cómic (Vidal Tamayo, 2017).

Todo este compendio de problemáticas nos lleva a hablar de un sector que ha sufrido un desprestigio tal que no sólo no ha sido tomado en cuenta como objeto de estudio por parte de la Academia, sino que ha visto cómo su público experimenta importantes fluctuaciones.

Los superhéroes y la identidad estadounidense

Tal y como vengo desarrollando el sector del cómic sirve como proyección de la realidad social de Estados Unidos, más concretamente voy a centrar la atención en la temática de los superhéroes. Se trata de unos personajes, cuyas características propias tanto como superhéroes como en su faceta de «ciudadanos de a pie», así como su forma de relacionarse con el contexto en el que viven, les convierte en garantes de los valores propiamente estadounidenses.

Los dos ejemplos más conocidos y representativos pertenecen a las dos principales compañías de cómics de Estados Unidos —Marvel y DC Comics— y son, sin duda alguna, Superman y Capitán América.¹⁰⁰ Nacen «en la década americana de 1930-1940. Una etapa de dificultades económicas y sociales que, como lógica contrapartida, se lanza a una búsqueda frenética de distracción, tratando de huir de una cotidianidad a menudo insostenible» (Arizmendi, 1975: 115). Más concretamente, se constituyen en 1938 y 1941 respectivamente, pocos años antes de la incorporación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, escenario altamente representado en sus cómics. Es más, el propio Capitán América aparece propinando un puñetazo a Hitler en la portada de su primera publicación (marzo 1941). En ambos casos, sus atributos como superhéroes nos llevan a hablar de la personificación de *American Way of Life* y las virtudes que representa.

El propio nacimiento de Superman se plantea como una representación de la alegoría del migrante. Nace como Kal-El en el planeta Krypton, desde el que es enviado por sus padres a la Tierra en busca de un futuro, frente a la destrucción de su propio planeta augurada por su padre, Jor-El. Es así como Michael Chabon lo conecta con los judíos europeos y su llegada a Estados Unidos: Superman llegó a Norteamérica de otro lugar, nunca volvería a su planeta de origen porque había sido destruido. Más o menos como los judíos europeos que lo dejaron todo atrás [...]. Es una alegoría del inmigrante: llegó a América e hizo el bien (Canal Historia, 2003).

Por su parte Gary Engle entiende también a Superman dentro de la lógica del inmigrante, viendo sus poderes como «los equivalentes de características étnicas», mientras que Clark Kent representa una ética y moral ideales para la participación de

¹⁰⁰ Para la elaboración de este apartado hemos recurrido a la lectura de los siguientes cómics: *Action Comics* (#1 junio 1938-#672 diciembre 1991), *Adventure Comics* (#104 mayo 1946-#323 enero 1986), *World's Finest Comics* (#1 agosto 1990-#3 octubre 1990), *Crisis of Infinite Earths* (#1 abril 1985-#12 marzo 1986), *Superman* (#1 junio-julio 1939-#485 diciembre 1991), *The Man of Steel* (#1 1986-#62 diciembre 1991) y *Capitán América* (#1 marzo 1941-#395 diciembre 1991).

la sociedad estadounidense (Chambliss, Svitavsky y Donaldson, 2013: 21). De hecho, en el #2 de *The Man of Steel* (Byrne, 1986: 20), Superman reivindica su identidad estadounidense tras la pregunta de Lois en torno a su procedencia.

Una vez llega a la Tierra, tras caer en una granja de Kansas, asume sus superpoderes y los aplica para hacer el bien sobre un país que entiende como suyo y en el que se integra plenamente. Ya en el uniforme se dejan intuir los colores de la bandera estadounidense, incluso se ha querido ver en su emblema de cinco puntas — símbolo kriptoniano de la esperanza— una referencia al Pentágono. Según Travis Smith Superman tiene raíces en la Biblia, sumadas a una fe ciega en el concepto de progreso (Travis, 2019:27). Estas raíces bíblicas tienen su expresión en que, al igual que Jesús, tiene dos padres: Jor-El y Jonathan Kent (o Pa Kent) (Travis, 2019: 138) y es portado por sus padres en una nave espacial hacia la Tierra, igual que le sucedería a Moisés por las aguas del Nilo. Sin embargo, Gino Frezza supera esta visión para plantear que se trata de una proyección de la relación cuerpo-máquina en plena era metropolitana, entendiendo que «el cuerpo y la figura de Superman asumen una posición plena como representación colectiva» (Frezza, 2017: 132-133).

Las referencias a Estados Unidos son una constante, en diferentes viñetas se hace mención al Capitolio y diferentes instituciones propias de esta nación. La representación de estas instituciones sirve como reconocimiento de aquellos elementos que se entienden como ideales propios de la República —democracia, libertad, justicia, propiedad privada...—, por tanto, son expresión de aquellos valores que impulsan la unidad social de Estados Unidos y su referencia habitual en este cómic nos indica cómo Superman, pese a haber nacido en Krypton, se identifica claramente con lo que Norteamérica representa (Torri, 2012: 29).

Además, se ha de señalar la importancia de que Superman, en su faceta como Clark Kent, trabaje en un periódico como el *Daily Planet*, ya que cabe recordar que se trata de una etapa en la que, tal y como he señalado anteriormente, la prensa se convierte en el cuarto poder, por lo que su importancia crece de forma inusitada y sirve como expresión de la realidad estadounidense, aparte de una herramienta tremendamente potente en el influjo social. A su vez, permite a Superman anticiparse a cualquier peligro que acecha sobre la ciudad de Metrópolis (Torri, 2012: 29-30).

Superman se presenta como un superhéroe ubicado por encima de estrategias y conflictos bélicos, casi como un poder supremo, con capacidad no sólo para resolver las problemáticas nacionales e internacionales haciendo uso de sus

superpoderes, sino apelando al propio sentido común, al uso de la razón como mecanismo prioritario para alcanzar el acuerdo (Torri, 2012: 37). Se muestra de esta manera como el adalid de la justicia, aunque siempre dejando espacio al poder judicial para que ejerza su función. Diríamos que Superman ejerce como una fuerza mediadora que se anticipa a la justicia, pero nunca la reemplaza.

Si Superman representa los valores propiamente estadounidenses, sus enemigos defienden el ataque a los mismos. Suponen una desvirtuación de cualquier tipo de ideal. Atacan a la propiedad privada y toda la actividad económica que sustenta el modelo capitalista. También quieren destruir cualquier vestigio de esperanza o virtuosismo propio de esta nación, apelando a recursos como el propio espionaje (Torri, 2012: 38) para colaborar con las grandes potencias enemigas, aumentando así el miedo al Otro en un contexto de gran incertidumbre internacional.

En el caso de Capitán América se integra también en aquel conjunto de superhéroes que conforman la dialéctica de la representación de los valores propiamente estadounidenses personificados en sus protagonistas. Así, será junto a Superman y Wonder Woman el gran referente en la plasmación en los cómics de la «epistemología de la dominación» estadounidense, partiendo de la fórmula mesiánica sobre la que se sustenta y que justifica la lógica de imperialismo informal como sustento de su política internacional. Capitán América nace en el contexto de la incorporación de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial —posicionándose, por ende, a favor del discurso de la causa justa y el mesianismo frente a aquellos que mantenían posiciones aislacionistas—, en la que participan como portadores de la bandera de la democracia y el liberalismo frente al comunismo, como alternativa legítima en el enfrentamiento conjunto contra el fascismo. Es el único, junto a Wonder Woman, que porta armas de carácter defensivo, por lo que no hace uso de la violencia para obtener la paz sino es como respuesta a un ataque previo; su única arma son sus propias convicciones, con las que siempre logra la victoria del bien sobre el mal. Viste, igual que sucede con los otros dos superhéroes mencionados, un traje en el que se reivindica su pertenencia a la nación estadounidense, con la barras y estrellas juntos a los colores azul, blanco y rojo extendidos por su uniforme y su escudo.

Sin embargo, algo verdaderamente interesante de este superhéroe es su proceso de reconfiguración identitario sufrido en paralelo a la propia crisis de identidad vivida por Estados Unidos durante esos años. Nos referimos concretamente

al año 1974, cuando Steve Englehart, Mike Friedrich, Sal Buscema y Frank McLaughlin publicaron «Capitán América: El imperio secreto», una saga con un total de 15 números que se prolonga hasta 1975 (1974-1975: #169-#184). En ella, nuestro superhéroe, se enfrenta a un grupo de encapuchados con un número en la frente, que quieren atacar a los Estados Unidos. Cuando, finalmente, sólo ha de detener al número uno comienza una persecución titánica por la Casa Blanca, siendo el líder apresado en el mismo Despacho Oval. Capitán América le quita la capucha y, aunque no se muestra en ningún momento su rostro, su expresión nos da muestra de que se ha estado enfrentando a un líder estadounidense (muy posiblemente el propio Richard Nixon) con unas ansias de poder que no quedan cubiertas con el puesto que ocupa. A partir de ese momento, los acontecimientos se precipitan. Capitán América abandona su papel como defensor del *American Way of Life* bajo el sometimiento del poder político, para pasar a convertirse en Nómada: un superhéroe que persiste en su afán por hacer el bien y ayudar a sus conciudadanos, pero alejado de las instituciones. Si nos fijamos en el año en el que se sucede esta saga, podemos claramente vincularlo con el escándalo *Watergate* que, de hecho, provoca la dimisión del presidente Richard Nixon en 1974. Si conectamos ambos acontecimientos, podemos concluir que «la Saga del Imperio Secreto» no deja de ser una representación de una desolación producida en la sociedad estadounidense de los años setenta, que experimenta un descrédito de sus instituciones, entendidas como corruptibles.

Sin embargo, dentro de trasposición identitaria, hay que entender que en el cómic los cambios que se producen en la línea argumental no pueden tener una forma radical, ya que de ser así se pierde la esencia de la serie. Por este motivo y, vinculado claramente a una cuestión moral y de creencia ferviente en los valores norteamericanos, Steve Rogers tras un suceso verdaderamente dramático, que rompe incluso con el carácter del cómic de superhéroes, como es la muerte del nuevo Capitán América a manos de Red Skull (Englehart, Robbins, Giacoia, Goldberg, Orzechowski y Wein, 1975: #183) comprende que su función no es la de representar a las instituciones, sino la de proteger y defender a la sociedad, que es la que realmente respeta y representa los valores más tradicionales de Estados Unidos. Steve Rogers vuelve así a su disfraz de Capitán América.

Además, la importancia otorgada a la realidad social del momento se ve claramente reflejada a partir de la incorporación de personajes como Falcon, un superhéroe negro que comienza acompañando a Capitán América mostrando al

mismo tiempo las reivindicaciones sociales que se estaban gestando en ese momento, pero que pronto conseguirá ser el protagonista de sus propias historias.

A partir de estos dos ejemplos podemos comprender cómo muchos de los superhéroes del cómic sirven para reforzar la defensa del sistema de la nación que representan. Incluso sirven como herramienta para mantener el «orden» en un momento de crisis identitaria, al recordar cuáles son los valores que integran al conjunto de la sociedad estadounidense.

A modo de conclusión

La aparición de los cómics de superhéroes en las décadas de los 30 y los 40 se da en clara relación con el propio contexto en el que surgen. Ante la crisis económica y social vivida tras el crac del 29, la población ansía una vía de entretenimiento con la que escapar de la realidad desesperante en la que se ubica. Los superhéroes de esta primera generación nacen con un espíritu esperanzador al que aferrarse frente a un incremento del descreimiento en el sistema. De esta forma, ejercen una importante influencia en la sociedad como mecanismos de protección del *American Way of Life*. Se perpetúa así un intento por proteger la visión de que cualquier crisis sucedida dentro de sus fronteras no deviene de un problema estructural, sino de una casuística internacional que afecta a lo interno por la propia evolución del modelo global o ante un mal uso de las herramientas gubernamentales (tal y como se aprecia en el caso de Capitán América y la visión del caso *Watergate*).

Por supuesto, cabe señalar que los superhéroes se integran dentro de un modelo bastante estanco, pero experimentan fluctuaciones provocadas no sólo por la redefinición social ante los cambios contextuales, sino por la propia situación interna de las compañías responsables de su publicación. A partir de la incorporación de dibujantes y guionistas procedentes de otros países o de otras esferas de creación, se favorece una perspectiva más crítica y rupturista.

Gracias, entre otros factores, a su incorporación con fuerza en la industria cinematográfica, el desplazamiento paulatino que ha ido sufriendo el sector del cómic dentro de los *mass media* no ha traído como consecuencia la desaparición de los superhéroes, sino que han gozado de un renacimiento espectacular ampliando de nuevo el número de lectores, incorporando a nuevas generaciones que se suman a los lectores tradicionales.

Por tanto, teniendo presente todas las cuestiones analizadas, comprendemos la importancia del cómic como un elemento de refuerzo del espíritu nacional, así como una vía de exportación de todos estos valores a otros países dentro de un modelo de propaganda cultural imperante en los Estados Unidos desde el siglo XX.

Referencias

- “The 15th Amendment”, 1870. *Library of Congress*. <https://memory.loc.gov/cgi-bin/ampage?collId=llsl&fileName=016/llsl016.db&recNum=1166>.
- Action Comics* (#1 junio 1938-#672 diciembre 1991).
- Adventure Comics* (#104 mayo 1946-#323 enero 1986).
- Capitán América* (#1 marzo 1941-#395 diciembre 1991).
- Crisis of Infinite Earths* (#1 abril 1985-#12 marzo 1986).
- Douglas, Frederick: “Composite Nation”, 1869. *Library of Congress*. <https://www.loc.gov/resource/mfd.22017/?sp=9>.
- Superman* (#1 junio-julio 1939-#485 diciembre 1991).
- The Man of Steel* (#1 1986-#62 diciembre 1991).
- World's Finest Comics* (#1 agosto 1990-#3 octubre 1990).
- Altarriba, A. (2011), «Introducción sobre el origen, evolución, límites y otros debates teóricos en torno a la historieta», *Arbor*, 187 (Extra 2), 9-14. Disponible en: <http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/issue/view/104> (fc 06/04/2021).
- Anderson, B. (2006), *Comunidades imaginadas*, México: Fondo de cultura económica.
- Arizmendi, M. (1975), *El cómic*, Barcelona: Editorial Bruguera.
- Chambliss, J. C., Svitavsky, W. L. y Donaldson T (2013), *Ages of Heroes. Eras os Men. Superheroes and the American experience*, Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.
- Díaz de Gereñu, J. M. (2009), «El cómic: procesos de consumo cultural», en Rodríguez Pérez, M. P. (ed.), *Estudios culturales y de los medios de comunicación*. País Vasco: Universidad Deusto.
- Eco, U. (1990), *Apocalípticos e integrados*, Barcelona: Lumen.
- Englehart, T. (1997), *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la guerra fría y el desencanto de una generación*, Barcelona: Paidós.
- Foner, E. (2011), *Give me Liberty!: An American History*, New York: W. W. Norton & Company.

- Frezza, G. (2017), *La máquina del Mito. En el Cine y el Cómic*, Alcalá de Henares: Ediciones Marmotilla.
- Gallego Durán, M. (2014), «La reinención de Estados Unidos a través de críticas afroamericanas contemporáneas», en Delgado, C. y Clemente C. (edit), *Identidad y disidencia en la cultura estadounidense*. Valencia: PUV Universidad de Valencia.
- Hall, S. (2011), «Introducción: ¿quién necesita “identidad?”» en Hall, S. y du Gay, P. (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Neila Hernández, J. L. (2018), *El destino manifiesto de una idea: Estados Unidos en el Sistema Internacional*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Neila Hernández, J. L. y Merino Morales, J. C. (2016), *Los Estados Unidos. La República con vocación de imperio*, Madrid: Mandala Ediciones.
- Patterson, J. T. (1996), *Grand Expectations. The United States, 1945-1974*, New York: Oxford University Press.
- Rodríguez Pérez, M. P. (2009), «Introducción», en Rodríguez Pérez, M. P. (ed.), *Estudios culturales y de los medios de comunicación*. País Vasco: Universidad Deusto.
- Canal Historia, *Superhéroes del cómic*. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=NUOLrg--dX0&t=344s> (fc 02/04/2021).
- Smith, T. (2019), *Ética y superpoderes. Diez formas de salvar el mundo aunque no sepas volar*, Barcelona: Planeta.
- Torri, P. (2012), *Manifestaciones de identidad, representación y alteridad en una fuente no tradicional: ¿Superman o la encarnación de los Estados Unidos? (1938-1942)* (Tesina, Universidad Nacional del Sur, Buenos Aires, Argentina). Disponible en: <http://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/3017> (fc 03/04/2021).
- Vidal Tamayo, R. (28/11/2017), «Comics Code Authority: censura y declive de la historieta norteamericana», *Soma arte cultura*, 23. Disponible en: <https://yucatancultura.com/comics/comics-code-authority-censura/> (fc 06/04/2021).